

RUSSELL BANKS

---

*Aflicción*



Lectulandia

Con *Aflicción*, una novela inolvidable que ha sido comparada con una tragedia griega, damos a conocer en España a uno de los mejores escritores norteamericanos contemporáneos, Russell Banks.

«Esta es la historia de la extraña conducta criminal de mi hermano mayor y de su desaparición —comienza el narrador, Rolfe Whitehouse—. Nadie me ha incitado a revelar estas cosas, nadie me ha pedido que no lo haga».

Wade Whitehouse tiene algo más de cuarenta años, se ha separado de su mujer y en el proceso de divorcio ha perdido su casa y la custodia de su hija. Malvive de diversos trabajos públicos y privados realizados al servicio del cacique de Lawford, la pequeña ciudad de la que, a diferencia de su hermano Rolfe, nunca consiguió escapar. Todos los meses de noviembre, Lawford se transforma en un campo de batalla, donde los cazadores llegan desde los más remotos lugares del estado y se lanzan contra los ciervos — en ocasiones, las balas perdidas han acabado con la vida de algún hombre —, y el eco de los disparos resuena en todas partes. Y es en dos semanas de un noviembre cuando transcurre la novela, y Wade, envuelto en una espiral de desdicha y violencia creciente, llega al punto sin retorno en el que la muerte —propia o ajena— es el único acto posible.

**Lectulandia**

Russell Banks

# **Aflicción**

ePub r1.0

Titivillus 12.02.17

Título original: *Affliction*  
Russell Banks, 1989  
Traducción: Benito Gómez Ibáñez  
Ilustración: Ángel Jové  
Diseño cubierta: Julio Vivas

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Earl Banks (1916-1979)

El gran enigma de la vida humana  
no es el sufrimiento sino la aflicción.

SIMONE WEIL

*El amor de Dios y la aflicción*

# 1

ÉSTA ES LA HISTORIA de la extraña conducta criminal de mi hermano mayor y de su desaparición. Nadie me ha empujado a revelar estas cosas; nadie me ha pedido que no lo haga. Los que le queríamos, simplemente ya no hablamos de Wade, ni entre nosotros ni con nadie más. Casi es como si no hubiese existido, como si fuese de otra familia u otro lugar y apenas lo conociéramos y no hubiera por qué hablar de él. De modo que al contar su historia así, como su hermano, me aparto voluntariamente de la familia y de todos los que alguna vez le quisieron.

De todas formas ya estoy separado de ellos en muchos aspectos, pues si cada uno de nosotros se avergüenza de Wade y se siente abrumado por la ira —mi hermana, su marido y sus hijos, la exmujer de Wade y su hija, su prometida y unos cuantos amigos—, los demás están abochornados e indignados de un modo distinto del mío. La vergüenza los desalienta, los aturde (como debe ser: a pesar de todo son buenas personas, y al fin y al cabo Wade es uno de ellos); la ira los confunde. Quizá por ello no me hayan pedido que guarde silencio. Yo no estoy desalentado ni confuso: como Wade, he sentido vergüenza y rabia prácticamente desde que nací, y estoy acostumbrado a mantener con el mundo esas dos relaciones oblicuas. Entre quienes le quisieron, eso me capacita de forma única para contar su historia.

Aun así, sé cómo piensan los demás. En secreto esperan haber entendido mal la historia de Wade, que yo la haya comprendido algo mejor o que al menos la cuente de manera que todos nos liberemos de la vergüenza y la ira y de nuevo podamos hablar con cariño, durante la cena o un viaje largo, de nuestro hermano, marido, padre, amante, amigo, o preguntarnos de noche en la cama dónde estará ahora el pobrecillo, antes de quedarnos dormidos.

Eso no ocurrirá. Sin embargo, la contaré por ellos; para los demás, pero también para mí. Con la narración pretenden recuperarlo; yo sólo aspiro a librarme de él. Su historia es el fantasma de mi vida y quiero exorcizarlo.

En cuanto al perdón, debe hablarse de ello, supongo, pero ¿quién de nosotros podrá ofrecerlo? Ni siquiera yo, a esta considerable distancia de los crímenes y el dolor. Perdonar a alguien significa que ya no hay que protegerse de él, y nosotros tendremos que protegernos de Wade durante el resto de nuestras vidas. Además, ya es demasiado tarde para que pueda servirle de algo. Wade Whitehouse ha desaparecido. Y tengo la convicción de que nunca volveremos a verlo.

Lo más importante —es decir, todo lo que da origen a la narración de esta historia— ocurrió durante una sola temporada de caza mayor en un pueblo pequeño, un villorrio, situado en un valle oscuro y boscoso al norte de New Hampshire, donde Wade nació y creció, igual que yo, y donde la mayor parte de la familia Whitehouse ha vivido durante cinco generaciones. Piensen en un cuento de hadas alemán de la

Edad Media. Imaginen un racimo de casas viejas y nuevas, pero sobre todo viejas, tiendas, un río que cruza, prados y árboles altos en las colinas. El pueblo se llama Lawford y está a unos doscientos veinte kilómetros al norte de donde yo vivo ahora.

Aquel otoño Wade había cumplido los cuarenta y un años y no estaba en buena forma; en el pueblo todos lo sabían, pero a nadie le preocupaba especialmente. En los pueblos las crisis de la gente se ven venir y desaparecer, y se aprende a esperar que se disipen por sí solas: la mayoría de las personas no cambian, sobre todo vistas de cerca; simplemente se hacen más complicadas.

Por tanto, todos los que conocían a Wade esperaban que se le pasara la melancolía, la racha alcohólica, la estúpida beligerancia. La crisis recortaba su carácter en nítido relieve. Hasta yo, que vivía muy al sur, a las afueras de Boston, esperaba que se le pasase. Era fácil para mí. Tengo diez años menos que Wade y dejé la familia y el pueblo de Lawford cuando terminé el bachillerato; en realidad huí de ellos, aunque a veces parezca que los abandoné. Fui el primero de la familia en ir a la universidad, llegué a ser profesor de enseñanza media y me convertí en una persona meticulosa, apegada a la rutina. Durante muchos años consideré a Wade un alcohólico triste, agresivo y estúpido, como nuestro padre, pero ahora que había cumplido los cuarenta sin suicidarse ni matar a nadie, yo esperaba que llegase a los cincuenta, los sesenta e incluso los setenta, igual que padre, de manera que no me inquietaba por él.

Aunque aquel otoño me visitó dos veces y solía hacerme largas llamadas telefónicas varias veces por semana después de haber bebido durante horas y ahuyentado a todos los que le rodeaban, yo no estaba especialmente preocupado. Escuchaba pasivamente sus confusas invectivas contra su exmujer, Lillian, sus lastimeras declaraciones de amor por su hija Jill y sus amenazas de infligir serios daños físicos a muchos de los que vivían y trabajaban con él, personas a quienes tenía obligación de proteger en su calidad de agente de policía municipal. Preocupado por las minucias de mi propia vida, le escuchaba como quien ve un aburrido serial de televisión y está demasiado absorto o distraído con los detalles de su existencia como para levantarse a cambiar de canal.

Se le pasará, pensaba yo, igual que el dolor de su divorcio y el nuevo matrimonio de Lillian, seguido de su marcha del pueblo con Jill. Yo calculaba que se le pasaría al cabo de seis meses. Lo que le situaría a tres años del divorcio, a dos años del traslado de Lillian a Concord, más al sur, y a mediados de la primavera siguiente: la nieve fundida corriendo colina abajo, los lagos liberándose del hielo, la luz derramándose en todas partes. Quizá se vuelva a enamorar, pensaba yo. Había una mujer del pueblo, una tal Margie Fogg, con quien se acostaba de cuando en cuando, según decía, y de la que casi siempre hablaba en términos afectuosos. Pensé que, en cualquier caso, Jill se haría mayor algún día. Muchas veces los hijos crecen antes que los padres, obligándolos a madurar. Aunque no tengo hijos y no estoy casado, lo sé.



Pero una noche algo cambió y desde entonces mi relación con la historia de Wade ya no fue la misma de antes, la que había mantenido desde la infancia. Aquella noche la indiferencia voluntaria fue sustituida por otra emoción. ¿Simpatía? Algo más, creo, y algo menos. Empatía. Peligroso sentimiento, para ambas partes.

Lo sitúo en el cambio que noté en el tono de su voz cuando me llamó por teléfono un par de noches después de Halloween. Debía de ser el 1 o el 2 de noviembre. En medio de una de sus interminables lamentaciones dijo algo que nunca le había oído, y por un momento me pregunté si no había juzgado siempre mal a mi hermano. A lo mejor no lo había interpretado bien y después de todo no fuese tan previsible; su carácter quizá no tenía nada que ver con el agravamiento de la situación, ambas cosas podían ser completamente independientes o estar a punto de diferenciarse por la magnitud de la crisis; mi hermano tal vez fuese tan real como yo, un hombre cuyo carácter podía entenderse como yo entendía el mío: proceso, flujo, cambio. Era una idea nueva para mí y no del todo bien acogida. No me explicaba de dónde venía, a menos que fuese del simple peso acumulado de la familiaridad; porque sin darme cuenta se había alterado un equilibrio sutil, como en medio de un sueño, y de pronto ya no contemplaba distraídamente la confusa y penosa vida de mi hermano, sino que prácticamente me encontraba inmerso en ella. Y yo despreciaba la vida de Wade. Me permito repetirlo. Yo despreciaba la vida de Wade. Huí de la familia y del pueblo de Lawford cuando era poco más que un muchacho para no tener que llevar aquella vida. Ésa es sólo una de las cosas que nos distinguen a Wade y a mí, pero constituye una enorme diferencia.

Wade me exponía la queja del exmarido sobre la infinita capacidad de la exmujer para la crueldad, el resultado de alguna humillación menor de unas noches antes. No lo entendí del todo y tampoco le pedí aclaraciones, pero de pronto noté un cambio en el tono, registro y timbre de su voz, muy pequeño para ser percibido en circunstancias normales, pero suficiente por la razón que fuese para que me enderezara en la silla y lo escuchara con interés, para que concentrara mi atención dispersa, y en vez de considerar su vida simplemente como una parte menor de la mía, vi, para variar, al hombre en su propia circunstancia. Era como si su relato ampliara y esclareciese mi propia historia: aunque peor y considerablemente distinto de mis jaquecas periódicas, el persistente dolor de muelas del que se había quejado al principio se convirtió de pronto en un eco importuno, y sus dificultades financieras, si bien descritas en la práctica con un lenguaje diferente del mío, concordaban angustiosamente con las mías, mientras que sus problemas del momento con mujeres, padres, amigos y enemigos, versiones grotescamente inversas de los míos, daban a mis conflictos una penosa articulación.

Al describir los acontecimientos de la víspera de Halloween, empezó comentando el tiempo que hacía aquella noche, más fresca de lo habitual, varios grados bajo cero, más fría que la teta de una bruja, según dijo, esa primera noche que avisa de que ya está aquí el invierno y no se puede hacer nada porque ya es demasiado tarde, otra

puñetera vez, para largarse al Sur. Uno sacude la cabeza, la agacha y se resigna.

El cambio, la alteración, bien podría haberse producido en mí, claro está, y no en Wade. Empleaba las mismas palabras de siempre, los mismos clichés y expresiones extrañamente ponderadas; mostraba el mismo estoicismo fatigado que había adoptado desde la adolescencia; a todos los efectos, era el mismo de siempre, pero yo le noté algo distinto. En un momento dado su historia no me interesaba lo más mínimo; al momento siguiente cobraba importancia en todos los sentidos. Tenía la mente y los ojos fijos en la pantalla de televisión, en un partido del Boston Celtics con el volumen quitado, y de pronto veía el centro de Lawford en la víspera de Halloween.

Eso no resulta difícil: en los quince años transcurridos desde la última vez que pasé Halloween allí, es decir, desde mis tiempos de bachillerato, el pueblo no ha sufrido grandes cambios. En cincuenta años no ha cambiado mucho. Pero visualizar el lugar, transportarme allí con el recuerdo o la imaginación, no es algo que me guste hacer. Lo evitaba cuidadosamente. Para ello casi tenía que ser víctima de alguna intriga o maquinación. Lawford es uno de esos pueblos de los que la gente se va y no vuelve. Y para empeorar las cosas, para hacer más difícil la vuelta, aun cuando se *quisiera* volver —lo que desde luego *nadie* que se haya marchado de allí en este medio siglo tiene intención de hacer—, los que se han quedado siguen obstinadamente apegados como lapas a los fragmentados restos de los ritos sociales que antaño conferían un sentido a su vida: les encantan los regalos de novia, las bodas, los cumpleaños, los entierros, las fiestas de temporada, los festejos nacionales e incluso los días de elecciones. Y también Halloween. Una fiesta ridícula: ¿para qué, para quién es? No tiene absolutamente nada que ver con la vida moderna.

Pero Lawford tampoco tiene nada que ver con la vida moderna. Hay una especie de fuerte conservadurismo que ayuda a los habitantes a superar el abandono de sus hijos más dotados e interesantes a lo largo de varias generaciones. Los que se quedan se sienten incapaces, insuficientes, estúpidos e ineptos, parece que todo el que tiene inteligencia y ambición, todo el que es capaz de vivir en un mundo más amplio, se ha marchado. De modo que en la familia, en la comunidad en su conjunto, ya incapacitada para unir y organizar a los individuos dotándolos de una identidad válida, la observancia de las ceremonias casi olvidadas y mal recordadas de épocas pasadas es algo fundamental. Halloween, por ejemplo. Los ritos afirman la existencia de un pueblo, pero en un falso sentido. Y esa falsedad es lo que más nos ofende a los que nos marchamos. Precisamente porque huimos en tan gran número sabemos que los que no quisieron o no pudieron marcharse ya no existen como familia, como tribu, como comunidad. Ya no son un pueblo, si es que alguna vez lo fueron. Por eso nos marchamos y por eso nos mostramos tan reacios a volver, aun de visita, y sobre todo en vacaciones. ¡Cuánto odiamos volver a casa en vacaciones! Para eso hemos de sentirnos obligados por la culpa o caer en alguna trampa no tendida por nosotros mismos, sino por la cultura sentimental, que es más amplia. Yo enseño historia; medito sobre esas cosas.

Wade, medio borracho como de costumbre, me llamaba desde su remolque azotado por el viento a orillas del lago, y mientras él divagaba yo imaginaba el pueblo, la gente a que se refería, las colinas y valles, los bosques y riachuelos por los que pasaba todas las noches de vuelta a casa y otra vez por las mañanas de camino al trabajo, el bar donde paraba a desayunar, la empresa de perforación de pozos en la que trabajaba, el ayuntamiento donde ejercía de jefe de policía a tiempo parcial: me representaba mentalmente el escenario donde se había desarrollado la vida de mi hermano dos noches atrás, cuando ocurrieron los hechos que me estaba describiendo.

El aire era seco y el cielo límpido como cristal oscuro, con cintas y franjas de estrellas en todos lados y la sonrisa de una luna creciente al sudeste. Recuerdo esas noches frías de otoño, con el olor de las primeras nieves en el aire. En la ladera de la colina, entre los abetos que ascienden por la cresta oriental del valle y el extenso prado amarillento que se desploma hasta el río, un espigado bosquecillo de abedules cuelga como un breve intervalo poroso. Abajo, el río es estrecho, salpicado de rocas, fragoroso con una morrena poblada de árboles en una orilla y una carretera de dos direcciones a lo largo de la otra. Ése es el pueblo donde me crié.

Hay una hilera de casas grandes, blancas casi todas, que dan a la carretera por el este. Pálidas cuñas de luz abren paso a los coches que circulan en dirección norte y sur. Algunos se detienen en el centro del pueblo, donde hay tres iglesias con altos campanarios, una plaza, un campo de juego y un edificio de dos pisos con fachada de madera, que es el ayuntamiento; otros aparcan delante de alguna casa mientras reducidos grupos de oscuras y pequeñas siluetas se disgregan y confunden a lo largo de la cuneta y entran y salen de las mismas casas donde paran los coches.

Imaginad conmigo que, en esa víspera de Halloween, por la loma oriental del pueblo todo estaba quieto, silencioso y muy oscuro. El viento había cesado, como reuniendo fuerzas para la tormenta, y de las casas de abajo ni siquiera llegaba el ladrido de un perro guardián. La luna acababa de ocultarse tras el oscuro cerro coronado de abetos. De pronto, entre los abedules, una pandilla de chicos, cinco o seis siluetas menudas y oscuras, salieron corriendo de la espesura. Su aliento flotaba tras ellos en blancas nubecillas mientras se precipitaban colina abajo como una manada de perros salvajes por el desigual terreno del prado, serpenteando luego por el limpio patio de una pulcra casa blanca al estilo de Cape Cod con establo y cobertizos al extremo, por donde dieron rápidamente la vuelta, como si al fin atisbaran su presa, en dirección a la entrada.

Llevaban gorros de lana y chaquetas de vivos colores, y tenían diez o doce años. Hace veinte años yo podía haber sido uno de ellos, o hace treinta el propio Wade. En fila india se deslizaron por la fachada de la casa que daba a Main Street, agachándose al pasar bajo las ventanas y alrededor del único pino del jardín. Cuando llegaron al porche se agruparon, corrieron derechos a los escalones y allí se apoderaron de dos grandes calabazas iluminadas.

Levantaron la tapa con resolución y cautela, como liberando algún espíritu

aprisionado, y sus menudos rostros se transformaron, volviéndose anaranjados y feroces. De un soplo apagaron las velas y volvieron corriendo a la oscuridad con las calabazas sin luz, sonriéndose mutuamente de miedo y placer, como si hubieran robado la oca favorita de un gigante.

Silencio. Poco después, un Ford ranchera de color amarillo con las juntas y los largueros roñosos se detuvo frente a la misma casa, y el conductor, una mujer joven y corpulenta con abrigo de paño, gorro de esquiar azul y guantes, se apeó, abrió la puerta trasera y ayudó a salir del coche a dos niños disfrazados, uno de hada madrina con varita mágica y el otro de vampiro con unos enormes incisivos de plástico manchados de sangre en la punta. Arrastrando bolsas de la compra, los niños subieron los escalones detrás de su madre, que llamó al timbre de la puerta.

Se abrió ésta y una mujer de rasgos firmes apareció en el umbral. De edad indeterminada, entre cincuenta y setenta años, llevaba pantalones de sarga verdes, camisa y zapatos masculinos, de faena, y durante un momento no hubo expresión alguna en su anguloso rostro. Al pie de los escalones, los niños extendieron las bolsas para que se las llenara gritando: «¡Dulces o bronca!». La mujer de cabellos blancos abrió muchos los ojos, como sorprendida. Moviendo sus largas manos delante del pecho, la mujer, que se llama Alma Pittman, fingió sorpresa. Es secretaria del ayuntamiento, contable diplomada y notario público, y carece de habilidad para divertir a los niños. La conocí cuando era pequeño y no ha cambiado nada.

—Vamos a ver —dijo a la niña—, tú debes de ser un ángel. Y tú —dijo al niño— apuesto a que eres un hombre lobo o algo así.

Los miró fijamente desde su considerable altura y ellos retiraron las bolsas y bajaron la vista.

—Qué tímidos —observó Alma.

La madre se disculpó con una sonrisa que iluminó sus pecosas mejillas. Se llama Pearl Diehler. Desde hace dos años, cuando su marido la abandonó para marcharse a Florida, vive de la seguridad social y de bonos de comida. Alma Pittman lo sabía, claro está, y Pearl era consciente de ello. Todo el mundo estaba al corriente. Los pueblos son así.

Alma le devolvió en seguida la sonrisa, abrió la puerta de par en par y con un gesto los invitó a entrar. Cuando pasaron los tres frente a ella en dirección al cuarto de estar, cálidamente iluminado, Alma miró al porche y vio que sus calabazas iluminadas habían desaparecido. Las dos.

Durante unos segundos observó fijamente el sitio donde habían estado, como si intentara recordar cuándo las había colocado, el momento en que las había tallado aquella tarde en la mesa de la cocina, la hora en que las compró el viernes anterior en el Anthony's Farm Market. Era una mujer solitaria y puntillosa, más culta y organizada que la mayoría de sus vecinos; aunque le producían cierta irritación, procuraba tratarlos con amabilidad y participar con ellos en la fiesta.

Como si despertara de un sueño, parpadeó, se dio rápidamente la vuelta y entró en

la casa, cerrando la puerta con firmeza.

Un río de curso rápido, el Minuit, atraviesa el pueblo en dirección sur, y la mayoría de los edificios de Lawford —casas, tiendas, ayuntamiento e iglesias, en total no más de cincuenta en el centro— están situados en la ribera oriental en un trecho de unos ochocientos metros a lo largo de la Route 29, la antigua carretera de Littleton a Lebanon, sustituida hace ya una generación por la autopista interestatal a quince kilómetros al este.

El nombre de Minuit se lo dieron los indios abenaki, que pescaron en él durante siglos hasta que los madereros de Massachusetts subieron al norte y empezaron a utilizar el río para transportar los troncos al sur y al oeste, hacia Connecticut. Cuando el floreciente y fangoso campamento maderero se convirtió en un pueblo limpio y en un centro de embarque llamado Lawford, había un par de pequeñas fábricas de ladrillo junto al río que producían tejas de madera y carretes. Durante un breve espacio de tiempo el pueblo prosperó, lo que explica la docena de impresionantes mansiones blancas situadas frente a la carretera en el extremo sur, donde el valle se ensancha un poco y la morrena, pulida por un lago primitivo desaparecido hace mucho, se convierte en un terreno glaciárico que, despejado por aquellos primeros madereros, ofreció durante unos años a los especuladores varios miles de hectáreas de buenas tierras de cultivo fáciles de vender.

Durante la Gran Depresión, las fábricas pasaron a manos de los bancos, se cerraron y clausuraron y el dinero y la maquinaria se invirtieron más al sur en la industria del calzado. Desde entonces, Lawford se distingue sobre todo por estar a medio camino de otros lugares, por ser un pueblo de donde la gente admite haber venido a veces pero al que casi nadie va nunca. La mitad de las habitaciones de las grandes mansiones blancas de estilo colonial que bordean el río y el alto y oscuro cerro occidental están vacías y selladas contra los rigores del invierno con poliuretano y contrachapado, aprisionando en los cuartos restantes a parejas de ancianos, viudas y viudos abandonados por sus hijos ya mayores a cambio de la vida más animada de ciudades y capitales. Algunos se quedan en Lawford, desde luego, y otros —después de combatir y resultar heridos en alguna guerra o echar a perder su matrimonio en otra parte— vuelven a la casa paterna y se ponen a trabajar en una gasolinera o de peluqueras. Sus padres los consideran unos fracasados y ellos se comportan como les corresponde.

Muchas casas del pueblo también sirven de tiendas y oficinas: seguros, inmobiliarias, armas y municiones, peluquerías, artesanía. Aquí y allá, una granja de mediados del siglo XIX especialmente bien conservada y admirablemente restaurada —sin contar el invernadero, la sauna en el establo y los paneles de energía solar—, satisface las complejas necesidades sociales, sexuales y domésticas de una mujer y un hombre de largos cabellos entrecanos con uno o dos hijos adolescentes internos en un

colegio, parejas esbeltas venidas al norte desde Boston o Nueva York para dar clases en Dartmouth, a treinta kilómetros al sur, o a veces sólo para plantar marihuana en sus grandes huertos de cultivos orgánicos y vivir del dinero de una herencia en la deprimida economía de la región.

Pero la mayoría de los habitantes del pueblo vive lejos del centro, normalmente en remolques o casas pequeñas estilo rancho construidas a base de hipotecas en pedregosas parcelas de una hectárea de monte bajo. Sus hijos van a la escuela primaria de las afueras, un edificio de ladrillo al norte del pueblo, y al instituto regional de Barrington, donde los chicos de Lawford mantienen todavía una envidiable reputación de atletas, sobre todo en los deportes más violentos, y las chicas siguen teniendo fama de prodigar sus favores sexuales a tierna edad y de llegar embarazadas a los cursos superiores.

Pero éstos no son los únicos habitantes de Lawford. También hay un pequeño número de residentes veraniegos, propietarios de casas desparramadas por las orillas de guijarro de los lagos, estructuras de madera que llaman «colonias», levantadas en los años veinte por grandes familias acomodadas del sur de Nueva Inglaterra y Nueva York que sentían la obligación de pasar algún tiempo juntas. Algunas de esas residencias familiares se construyeron más tarde, en los años cuarenta y cincuenta, pero entonces era difícil comprar buenas parcelas, al borde de los lagos a los antiguos propietarios y la mayoría se edificaron en terreno pantanoso de difícil acceso a la carretera.

Por lo demás, sólo puede mencionarse a los cazadores de ciervos; y es preciso hablar de ellos porque desempeñan un papel importante en la historia de Wade. Casi todos proceden del sur de New Hampshire y del este de Massachusetts; todos los años vienen al norte en noviembre blandiendo rifles de gran potencia y mira telescópica y no suelen quedarse en la zona más de un fin de semana. Se pasan toda la noche bebiendo en los moteles y bares de la Route 29 y vagan por el bosque del amanecer al crepúsculo, disparando a todo lo que se mueve y a veces hasta cazando algo, que se llevan atado en el parachoques hasta su punto de partida en Haverhill o Revere. Con frecuencia vuelven a casa con las manos vacías, resacosos y frustrados, pero satisfechos a pesar de todo por haber participado, aunque torpe y pasajera, en un antiguo rito masculino.

Cerca del centro de Lawford, tres casas al norte del ayuntamiento y situados en un solar grande y llano, hay un par de edificios discordantes, un enorme y centenario establo reformado de color azul pizarra y al lado un remolque gigantesco con un techo de dieciocho metros también azul. Ambas construcciones están rodeadas de media hectárea de asfalto, como arrojadas desde un helicóptero en medio del aparcamiento de un centro comercial. Ahí es donde vive y atiende su negocio Gordon LaRiviere, perforador de pozos y único triunfador de Lawford, sin contar a los que se

marcharon, pese a que el lema escrito en cada uno de sus vehículos y edificios dice así: COMPAÑÍA LARIVIERE. ¡LO NUESTRO ES IR AL HOYO!

La historia de LaRiviere también se contará a su debido tiempo, pero en este preciso momento, aún temprano en la víspera de Halloween, imaginemos a seis adolescentes, cuatro chicos y dos chicas, detrás del establo azul de LaRiviere —su combinación de oficina, taller, garaje y almacén—, maniobrando a oscuras en el huerto, un terreno cuidadosamente trazado y mantenido, la mitad cubierto con plástico negro para protegerlo del frío y la otra mitad con tallos de maíz completamente secos, tomateras muertas y desparramados sarmientos de calabazas aún sin recoger. Los adolescentes beben cervezas grandes y ríen entre ásperos susurros mientras despojan las pocas calabaceras de los escasos frutos que quedan. Lo sé porque yo también lo hice, no en el campo de calabazas de LaRiviere, sino en otro. Y lo hice imitando a mi hermano Wade, que a su vez se limitó a seguir el ejemplo de otro hermano mayor, de dos hermanos.

Pronto se incorporan y salen corriendo atropelladamente con latas de cerveza y calabazas al fondo de la casa de LaRiviere —imposible llamarlo remolque porque tiene cimientos sólidos, contraventanas, porche techado, chimenea—, precipitándose hacia la carretera, que siguen a lo largo un trecho hasta donde los espera otro chico en un Chevrolet de hace diez años con dos tubos de escape gorgoteando.

Los ladrones se amontonan en el coche con sus calabazas, riendo estúpidamente a grandes carcajadas que el frío aire de la noche lleva ahora hacia la casa de LaRiviere, y el chico que conduce quita el freno de mano y salta de la cuneta de grava a la carretera, quemando llanta al entrar en el asfalto, dando tumbos en dirección al ayuntamiento, pasándolo a toda velocidad mientras los demás exhiben sus risitas tontas por las ventanillas y hacen un corte de mangas a un grupo de adultos reunidos frente al ayuntamiento con niños disfrazados.

La mayoría de los adultos dejan de hablar y de moverse y lanzan severas miradas al viejo Chevrolet. En cosa de segundos el coche dobla la pronunciada curva al otro extremo del pueblo y se pierde de vista. La gente reunida frente al ayuntamiento titubea un momento, como esperando oír un choque, y luego vuelve a lo que estaba haciendo.

Siguiendo en dirección norte, más allá del ayuntamiento, de las tres iglesias de la Plaza —congregacionista, baptista y metodista— y de la casa de Alma Pittman, de cuya sombría puerta ya hace mucho que se han retirado Pearl Diehler y sus hijos, a lo largo de la Route 29 había unas cuantas casas dispersas con las luces del porche todavía encendidas para los rezagados en pedir las golosinas, niños cuyos padres habían prolongado la sobremesa bebiendo y discutiendo demasiado para llevarlos al pueblo a tiempo de ir con los demás. A esas horas sólo podían sumarse a un contingente de chicos mayores y más ambiciosos que no pararían hasta que ya nadie

les abriera la puerta, momento en que iniciarían su más seria tarea de la noche, el motivo principal de su salida: la jubilosa destrucción de la propiedad privada. Tenían intención de cortar cuerdas de tender, romper ventanas, pinchar ruedas y abrir grifos exteriores para que se secaran los pozos y se quemara el motor de las bombas.

En las afueras del pueblo está la gasolinera Shell de Merritt, una construcción cuadrada, cerrada, oscura, con piezas de automóviles desperdigadas por el recinto como escombros tras un ataque terrorista. Aquella noche, una tenue luz procedente de una ventana trasera indicaba que aún quedaba alguien en la oficina; Merritt no, desde luego, pues, como siempre, se había ido pronto a casa, a las seis, y en ese momento se encontraba en el ayuntamiento asistiendo a la fiesta anual en su calidad de concejal. Lo más probable era que se tratase del mecánico, Chick Ward, que hojeaba parsimoniosamente, como un monje estudiando las Sagradas Escrituras, una revista pornográfica sueca que suele ocultar bajo la alfombra del maletero del coche, un Trans Am púrpura que Merritt le permite arreglar en el garaje después del trabajo. Esta noche, con el ceño fruncido por la atención, fuma un cigarrillo, da un trago de cerveza, vuelve la página, pasando de una a otra contorsión rosada, y empieza a examinar la siguiente. Pone la lata de cerveza en el suelo y se pasa la mano por la ingle, hacia atrás y hacia adelante, como si acariciase la cabeza de un perro dormido.

Más allá de la gasolinera, los habitantes de las últimas casas del pueblo ya han apagado las luces del porche, señal para los pedigüeños de que la noche está a punto de acabar. En la carretera sólo queda un reducido grupo de niños disfrazados con trajes de confección casera, hermanos y primos del barrio de Hoyt, una colonia de cabañas junto al río construidas entre los restos de una fábrica abandonada. Van por la cuneta, engullendo el botín, arrebatando de vez en cuando una manzana o una golosina de la bolsa de otro —un asalto brusco, una patada, un grito; luego, una carcajada—, mientras siguen carretera abajo camino del pueblo y de la fiesta.

Un kilómetro y medio más allá de los niños de Hoyt, a la derecha, donde la Route 29 tuerce bruscamente hacia el este, se pasa por el restaurante de Wickham. Aún está abierto, pero Wickham y la camarera, Margie Fogg, se disponen a cerrar. Wickham, un hombre moreno y delgado con un bigote largo y húmedo, se sirve en la cocina tres dedos de vodka *Old Mr. Boston* en un vaso de refrescos y se lo bebe en dos tragos; luego contempla atentamente el amplio y redondo trasero de Margie Fogg, que rellena los servilleteros del mostrador.

Desde el restaurante de Wickham hasta Littleton, prácticamente todo el camino en dirección norte está lleno de espeso bosque a ambos lados de la carretera, y el río Minuit discurre en la oscuridad desviándose al oeste. Arriba, el cielo es una estrecha banda de color violeta oscuro, y desde la carretera no se ven edificios ni en el bosque ni en el río, a excepción del Toby's Inn, a unos cinco kilómetros del pueblo en la Route 29, por el lado del río. Toby's es una deteriorada granja de dos pisos que fue transformada en hostel cuando se inauguró la línea de viajeros de Littleton a Concord hacia la década de 1880, y ahora funciona como bar de carretera con habitaciones de



alquiler. Esta noche hay en el aparcamiento de Toby's menos de los habituales diez o doce coches y camionetas de la localidad, y un número sorprendentemente grande de vehículos de otros estados; sorprendente hasta que se recuerda que mañana, primero de noviembre, es el primer día de la temporada de caza mayor.

IMAGINEMOS que hacia las ocho de la noche de esta víspera de Halloween pasa frente a Toby's a buena velocidad, procedente de la desviación de la autopista interestatal y en dirección al pueblo por la Route 29, un Ford Fairlane verde claro de hace ocho años con una luz azul de la policía en el techo. Figurémonos que el conductor es un hombre moreno de facciones cuadradas que lleva una gorra de agente municipal. Tiene un atractivo convencional, pero nada extraordinario: si fuese actor, haría el papel del honrado pero testarudo jefe de ovejeros en una película del Oeste de los años cincuenta sobre la guerra de los pastos. Sus ojos, castaños y hundidos con arrugas a los lados, son los ojos de una persona que trabaja al aire libre; tiene la nariz pequeña y ganchuda, estrecha en el puente, con grandes y anchas aletas. Representa su edad, cuarenta y un años, y aunque de boca pequeña, labios finos y rectos y delicada barbilla de adolescente, la parte inferior de su rostro, teñida de gris por una sombra de barba formada desde las cinco de la mañana, tiene la leve carnosidad de un hombre sano y atlético que trabaja mucho y bebe demasiada cerveza.

Sentada a su lado va una niña de pelo como fibra de lino y la cara tapada con una máscara de plástico en forma de tigre. Es evidente que el hombre tiene prisa, y habla a la niña con gestos resueltos mientras conduce. La niña aparenta unos diez años.

Cualquier habitante de Lawford reconocería en seguida el coche: pertenecía al agente de policía municipal, Wade Whitehouse, mi hermano. La niña es su hija, Jill, y todo el mundo sabría que la traía de Concord, donde vivía con su madre y su padrastro, a pasar con él los tres días del fin de semana y la fiesta de Halloween.

Y Wade iba tarde, como siempre. No pudo ponerse en camino a Concord, adonde se llegaba tras una hora de viaje en dirección sur por la interestatal, hasta haber acabado el trabajo para LaRiviere (además de único policía de Lawford, Wade también era perforador de pozos, el capataz de LaRiviere). Una vez en Concord, después de parar en un centro comercial del norte de la ciudad para comprar un disfraz que prometió y había olvidado, se vio obligado —de nuevo y como de costumbre— a negociar con su exmujer determinados y complejos acuerdos sobre la tutela de la niña, después de lo cual tuvo que ocuparse de la cena de Jill, hamburguesa, batido de fresas, patatas fritas y tarta de cerezas, antes de emprender el camino de vuelta a Lawford.

Ya iba tarde para todo lo que había planeado con ilusión desde hacía un mes: tarde para pedir golosinas con su hija por las casas de los habitantes del pueblo, a quienes quería impresionar con su paternidad; tarde para asistir a la fiesta del ayuntamiento donde, como los demás padres, esperaba que su hija ganara algún premio en el concurso de disfraces, que fuera el mejor en alguna categoría, el más horroroso o divertido o lo que coño fuese; tarde para volver bien despierto al remolque, hasta donde tendría que conducir despacio y con prudencia mientras Jill dormiría tranquilamente con la cabeza apoyada en su hombro.

Intentaba explicarle que si llegaban tarde no era por culpa suya.

—Siento que se haya estropeado todo. Pero no he podido evitar que se haya hecho tarde para ir a pedir golosinas. He tenido que parar en Penney a comprar el disfraz —se excusó Wade, agitando la mano derecha en el aire y añadiendo—: Y tenías hambre, ¿recuerdas?

—¿Y de quién es la culpa, entonces, más que tuya? —replicó Jill tras la máscara de tigre—. Tú eres el que manda, papi.

El disfraz era de un endeble tejido negro y amarillo y en opinión de Wade lo que parecía era un pijama a rayas con garras y un rabo largo de punta negra, que la niña cogía con una zarpa y sacudía ociosamente en la palma de la otra. La bulbosa y sonriente máscara parecía más histérica que feroz, aunque quizá por eso resultara más aterradora.

—Sí —admitió él—, pero no del todo. En realidad, yo no soy el que manda.

Wade sacó un cigarrillo del paquete con una mano, se lo puso en los labios y pulsó el encendedor del salpicadero. Llegaron al pueblo y redujo un poco la velocidad al pasar por las primeras casas apagadas.

—Lo creas o no, yo mando en muy pocas cosas. Pero es culpa mía si me he entretenido comprando el traje, eso nos ha retrasado un poco. —Alargó el brazo, cogió el encendedor y prendió el cigarrillo, que osciló entre sus labios cuando siguió hablando—. Reconozco que lo he estropeado todo parando a comprar el traje. Pero bueno, olvídale. Lo siento, cariño.

Ella no contestó, se volvió a mirar por la ventanilla y vio a los niños de Hoyt, que iban por la cuneta en un grupo disperso y desorganizado, camino del centro del pueblo.

—Mira —dijo Jill—. Esos niños aún están en la calle, pidiendo golosinas.

—Son de Hoyt.

—No me importa, están en la calle.

—A mí sí —replicó Wade—. Son de Hoyt.

Lo que quiso decir fue: «*Calla la boca*». Quería confianza, por amor de Dios, no críticas. Quería que estuviese contenta, no que se quejara.

—¿No te das cuenta? Fíjate bien... —le dijo—. ¿No ves que nadie tiene ya encendido el porche? Es tarde; ya es demasiado tarde. Esos chicos de Hoyt lo único que conseguirán será meterse en líos. Mira —añadió, señalando hacia la derecha de la máscara—. Están echando crema de afeitar en aquel buzón. Y han tronchado los arbustos nuevos de Herb Crane. ¡Maldita sea!

Aminoró la marcha, casi parando. Detrás, los chicos de Hoyt se desperdigaron en la oscuridad.

—Esos puñeteros chicos han volcado la cabaña de herramientas de Harrison. ¡Santo cielo!

Wade conducía ahora despacio, atisbando entre los jardines y enumerando los destrozos a medida que los veía.

—Mira, han cortado las cuerdas de tender de los Annis, y apuesto a que han hecho otras de las tuyas ahí atrás, donde no se ve —indicó agitando de nuevo la mano, un gesto habitual—. ¿Y ves allí todos aquellos tuestos aplastados? ¡Dios santo!

Frente a la escuela primaria había un semáforo intermitente en ámbar. Wade sorteó con cuidado los restos de tres o cuatro calabazas aplastadas, seguramente lanzadas a toda velocidad desde un Chevrolet con dos tubos de escape.

—¿Lo ves, cariño? Esto es lo único que queda ahora por aquí. No querrás meterte con estas cosas, ¿verdad? Siento decirlo, pero lo de pedir golosinas se ha acabado.

—¿Por qué lo hacen?

—¿El qué?

—Pues ya sabes.

—¿Romper cosas? ¿Causar todos esos daños y molestias a la gente?

—Sí —repuso ella en tono seco—. No tiene sentido.

—Supongo que no. Es una estupidez.

—¿Tú también lo hacías, cuando eras pequeño?

Wade respiró hondo y tiró el cigarrillo por la ventanilla abierta.

—Pues sí —contestó—. Más o menos. Nada malo, ¿entiendes? Pero sí, hacíamos algo parecido, supongo. Mis amigos y yo, mis hermanos. Entonces era divertido, o al menos nos lo parecía. Robar calabazas y aplastarlas en la carretera, dar jabón a las ventanas. Cosas así.

—¿Era divertido?

—Era divertido, sí. Para nosotros lo era. Ya sabes.

—Pero ahora no lo es.

—No, ahora no es divertido. Ahora soy policía, de modo que tengo que atender las denuncias de la gente. Ahora soy agente de policía —anunció—. Ya no soy un niño. Las personas cambian, y en consecuencia las cosas se vuelven diferentes. Lo entiendes, ¿verdad?

Su hija asintió con la cabeza.

—Tú has hecho muchas cosas malas —afirmó.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que he hecho?

—Seguro que has hecho muchas cosas malas.

—Pues no; en realidad, no —repuso él. Hizo una pausa—. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Jill se volvió y lo miró tras los agujeros de la máscara, mostrando únicamente sus iris azules.

—Sólo pienso que has sido malo. Nada más.

—No —repuso secamente Wade—. No he sido malo. No, señor. Yo no me portaba mal.

Estaban entrando en el aparcamiento de la parte trasera del ayuntamiento y Wade saludó con la cabeza a algunas personas que lo habían reconocido y le hacían señas.

—Pero ¿de dónde sacas esas cosas? ¿De tu madre?

—No. Mami ya no habla de ti —repuso ella—. Pero lo sé. Estoy segura.

—¿Te refieres a que hacía cosas malas o a que era *malo*? ¿Quieres decir que me portaba mal porque era una persona mala? ¿Algo así?

Sintió deseos de alargar la mano y arrancarle la máscara, descubrir lo que quería decir en realidad, pero por alguna razón no se atrevió. De pronto se dio cuenta de que su hija le daba miedo. Nunca le había pasado eso, o al menos no se lo había parecido. ¿Cómo podía ser así ahora? Nada había cambiado. Ella sólo había dicho algunas cosas ridículas, no era más que una niña enfadada con su padre porque no le dejaba hacer lo que quería, eso era todo. Nada importante. Nada de que asustarse. Cosas de niños.

—Vamos dentro —dijo Jill—. Tengo frío.

Abrió el coche, salió y cerró de un portazo.

El ayuntamiento es un amplio edificio cuadrado de dos pisos situado en la parte norte de la plaza, el terreno comunal donde aun a oscuras se distingue el cañón de la Guerra Civil apuntando al Sur y el bloque de granito rojo que los habitantes del pueblo erigieron para conmemorar la guerra con España. Luego grabaron en el monumento los nombres de los caídos del pueblo en las guerras sucesivas. En las cuatro que ha habido en lo que va de siglo han muerto cincuenta y cuatro jóvenes del valle, todos soldados de reemplazo menos siete. Ninguna mujer. La mayoría de los nombres resultan familiares, al menos para mí —Pittman, Emerson, Hoyt, Merritt, etcétera—, y suelen ser los mismos que figuran actualmente en la lista de personas físicas de Alma Pittman.

Allí está el apellido de Wade —el mío—, Whitehouse, por parte doble. Mis hermanos Elbourne y Charlie murieron juntos en el mismo barracón, por fuego de mortero, cerca de Hue, en la ofensiva del Tet. Charlie iba camino de Saigón y se detuvo a visitarlo. No tenía que estar allí. Wade se enteró semanas más tarde, mucho después de que lo supiéramos en casa. Yo estaba en primaria y era el pequeño de los cinco hermanos; Wade estaba de policía militar en Corea, separando a borrachos en sus peleas en los bares. Según me dijo, no creyó verdaderamente que sus dos hermanos mayores hubieran muerto hasta dieciséis meses después, cuando volvió y vio sus nombres frente al edificio municipal, en el monumento a los caídos.

Wade creció mirando los nombres de los muertos grabados en el granito rojo, viéndolos en cada fiesta de la Independencia, de los Caídos, del Armisticio. Hasta jugando en la Plaza de extremo izquierda en la liguilla veraniega de béisbol podía leer los nombres grabados en la piedra. Para él, cuando alguien figuraba allí estaba verdaderamente muerto, indiscutible, irremediamente muerto. Eran hombres sin rostro, escapados para siempre de la memoria al absoluto más allá. Incluso Elbourne y Charlie.

A la entrada del ayuntamiento se había reunido un pequeño grupo de gente, en su

mayoría hombres que fumaban cigarrillos y hablaban en tono bajo y que enmudecieron cuando Wade y su hija salieron del coche y se dirigieron a la entrada. Lo saludaron amistosamente y uno de ellos dijo:

—Hola, Wade. Vaya compañía que te has echado esta noche, ¿eh?

Wade asintió con la cabeza y, abriendo la puerta para que pasara su hija, entró en la amplia sala de sesiones, brillantemente iluminada. Ocupa toda la planta baja, en la que también hay un pequeño estrado al fondo con una escalera a la izquierda y los servicios al otro lado. El techo y las paredes, sin pintar, están recubiertas de tablas de abeto machihembradas, y la estancia huele a bosque y al fuego de leña de la gran estufa que la caldea. Las sillas de madera que suelen llenar el salón están plegadas y apiladas junto a la puerta, a la derecha. Medio centenar de adultos se congregaban en grupos junto a las paredes, y los niños, todos disfrazados y maquillados, estaban en el centro de la sala, como en un redil.

Imaginen, si quieren, payasos, vagabundos y robots de diversos tipos y tamaños, al menos dos piratas, un ángel y un demonio, media docena de vampiros y otras tantas brujas. Había astronautas, un espantapájaros y el jorobado de Notre Dame, y entre los más pequeños, que apenas podían andar, se veía una representación de varias especies animales, conejos, leones, un caballo, un cordero. La mayoría de los disfraces eran hechos en casa y su efecto dependía de la voluntad del observador para suprimir los límites de la credulidad; pero únicamente del deseo del observador, no del de quien llevaba el disfraz, cuya credulidad era ilimitada con independencia de toda voluntad, pues todos los niños estaban claramente ansiosos por abandonar su cuerpo infantil, aunque sólo fuese temporalmente, por otro más poderoso. Reían, a veces con ruidosas carcajadas, mirando directamente a los ojos de los adultos a través de las máscaras y el maquillaje como no lo harían en otras circunstancias, parecían extrañamente independientes y seguros de sí mismos y transmitían cierta sensación de peligro.

En medio de ellos, como un nervioso árbitro rodeado de animales pequeños pero imprevisibles y posiblemente hostiles, estaba Gordon LaRiviere, con un cuaderno en la mano y apremiando en alta voz al tropel de niños para que empezaran a moverse en círculo por la sala en el sentido de las agujas de un reloj. Como presidente anual de la Junta Municipal, Gordon LaRiviere, de más de cincuenta años, pelo blanco cortado al cepillo y brillantes ojos azules, era el juez del concurso de disfraces, responsabilidad que parecía resuelto a ejercer con gran seriedad y atención al detalle, porque enumeró repetidas veces las distintas categorías poniendo sobre aviso a los espectadores y despertando sus simpatías mientras los niños empezaban a desfilar en un lento remolino en torno a la sala.

—¡Buscamos el disfraz más divertido! —gritó LaRiviere—. ¡Y el más sobrecogedor! ¡Y el más imaginativo! ¡Y el mejor de todos!

Cerca de la puerta, Wade puso la mano en el hombro de Jill y la empujó suavemente hacia adelante.

—Hemos llegado justo a tiempo para la elección —dijo—. Venga, ponte en la fila. A lo mejor ganas un premio.

La niña dio un paso al frente y se detuvo. Wade volvió a empujarla.

—Vamos, Jill. Ahí conoces a algunos niños.

Bajó la cabeza y vio la cola del tigre que rozaba el suelo y las zapatillas azules de la niña que sobresalían bajo el dobladillo del patético disfraz. Luego le miró la nuca, el pelo claro partido por la goma de la máscara, y de pronto tuvo ganas de llorar.

Pensó que era porque la quería mucho, y el impulso desapareció. Se le revolvió el estómago, sintió un sobresalto en el pecho, respiró hondo y le dijo:

—Adelante. Lo pasarás bien ahí con los demás niños. Fíjate qué contentos están.

Miró a los niños, que se movían lentamente en una apretada fila en torno al salón con Gordon LaRiviere en el centro, y le pareció que lo estaban pasando verdaderamente bien, un desfile de monstruos y tipos raros encantados de que los admirasen por una vez.

Jill dio otro paso y los adultos de alrededor, varios de los cuales la estaban mirando, parecían saber que era la hija de Wade que había ido a pasar el fin de semana con su padre, acontecimiento que desde hacía año y medio solía producirse más o menos una vez al mes. Al parecer, últimamente no se veía mucho a la niña, quizá desde la excursión del Día del Trabajador, cuando Wade y Jill jugaron en el partido de *softball* entre padres e hijas y Wade tuvo que abandonarlo en la séptima entrada para llevarla de vuelta a Concord al anochecer porque al día siguiente tenía colegio, aunque nadie se lo creyó del todo, pues los colegios de Lawford y Barrington nunca empezaban el curso hasta el miércoles siguiente a la fiesta y no era probable que en Concord hubiese un calendario escolar diferente. Su exmujer, Lillian, era una persona difícil. En el pueblo todos pensaban lo mismo. Siempre había sido un poco rara, arrogante y desdeñosa, de lo más exigente. Remilgada era la palabra con que algunos la describían, aunque era una Pittman, nacida y criada allí mismo, en Lawford, y desde siempre había estado claro que no era mejor que nadie del pueblo. Peor que algunos, para decir la verdad.

Claro que Wade era un hijoputa. Eso también era cierto. La pura verdad: cuando quería, podía llegar a ser muy desagradable. A pesar de todo, quería a su hija y su hija le quería a él, y la madre no tenía derecho a interponerse entre ellos de aquella manera. Fuera lo que fuese lo que Wade hiciera a Lillian cuando estaban casados, no debía de ser tan malo puesto que ella se casó con él dos veces. Así que era difícil saber por qué se merecía el hombre que lo tratara tan mal, ahora que se habían vuelto a divorciar. Trabajaba mucho, era un policía honrado a quien le gustaba tomar una copa con los amigos en el Toby's Inn, un hábil extremo izquierda del equipo local de *softball* y, si quisiese, probablemente podría jugar aún en ligas nacionales. Eso pensaba la mayor parte del pueblo.

—No quiero —dijo Jill.

Siguió mirando a los demás niños, que no le hacían caso, pero los adultos que

estaban cerca de la entrada le prestaban cada vez más atención.

—¿Por qué? ¿Por qué no? —preguntó Wade—. Ve, es divertido. Conoces a muchos niños de cuando venías aquí al colegio. ¡No hace tanto, por amor de Dios!

Abrió los brazos con las manos extendidas, fingiendo exasperación, y soltó una carcajada.

La niña retrocedió hacia él, como echándose en sus brazos, y con una voz que sólo él pudo oír, dijo:

—No es eso.

—Entonces, ¿qué?

—Nada —repuso ella—. Que no quiero. Es una estupidez.

—¿Que es una estupidez? Claro que sí. Pero es divertido. ¡Por Dios!

Wade miró alrededor como buscando ayuda. Allí estaban Pearl Diehler y otras tres o cuatro personas que conocía bien, además de una pareja que apenas conocía superficialmente. Quizá no hubiese nadie en el pueblo a quien no conociese de un modo u otro: 757 habitantes permanentes y unos 300 residentes más en verano. Wade tenía en la cabeza todos los rostros y casi todos los nombres; los recordaba con cierto orgullo, de modo que siempre que veía a alguien nuevo en el pueblo, en la tienda de Golden, por ejemplo, o en la gasolinera de Merritt, entablaba conversación con él, le preguntaba su nombre, dónde vivía y dónde había residido antes, y se enteraba de cómo se ganaba la vida. Se le olvidaba algo, claro está, pero rara vez el nombre y la residencia anterior del recién llegado, y nunca dónde vivía ahora ni en qué trabajaba. Wade era listo.

De pronto Jill se revolvió, tratando de desprenderse de él y ganar la puerta para salir.

—Pero ¿qué pasa? ¿Adónde vas, eh?

Alargó la mano, la cogió del brazo y la niña levantó la vista hacia él mirándolo con una expresión aterrorizada visible incluso a través de la bulbosa careta de plástico, los ojos azules muy abiertos y llenos de lágrimas bajo la máscara de tigre.

Wade le soltó el brazo y Jill se lo apretó contra el pecho, como si le hubiera hecho daño.

—Quiero ir a casa —dijo con voz queda.

—¿Qué? —preguntó Wade, inclinándose para oírla mejor.

—Quiero ir a casa —repitió ella—. No me gusta estar aquí.

—¡Oh, vamos! ¿Quieres hacerme el favor? No estropees las cosas más de lo que están, por amor de Dios. Venga, vete con los demás niños. En cuanto estés con ellos, antes de que te des cuenta te pondrás más contenta que unas pascuas.

Le dio la vuelta con la palma de la mano y la empujó suavemente a la zona despejada, hacia el círculo de niños. Gordon LaRiviere la vio y agitó el cuaderno en el aire, llamando su atención desde el otro extremo de la sala.

Ahora, pensó Wade, sus amigos la verán y se acercarán a recogerla. Entonces tendrá que irse con ellos, se lo pasará bien y se alegrará de estar aquí otra vez. Y a lo



mejor querrá ir mañana al colegio con los chicos de Lawford, en vez de estar todo el día conmigo en el trabajo.

Aún no había pensado en eso, en cómo entretenerla durante el día mientras él trabajaba en Catamount con el equipo de perforación. Dos semanas antes, en una de sus dos conversaciones semanales con Jill, Wade se enteró de que, debido a una asamblea de maestros, los niños de Concord no tendrían clase el día siguiente a Halloween, que era viernes. Inmediatamente insistió en que pasase la fiesta en Lawford y se quedara con él los tres días del fin de semana. Pero cuando Lillian supo que los niños de Lawford tenían clase el viernes, llamó en seguida a Wade para preguntarle qué planes tenía para Jill mientras él estuviera trabajando.

—Me sorprendes —le dijo—. Sigues sorprendiéndome, año tras año, igual que siempre.

La exigencia de ella le molestó, y le respondió que ya lo tenía todo planeado, maldita sea, de modo que déjame en paz, la ley no le obligaba a darle explicaciones de cómo pasaba cada momento de sus fines de semana con su hija. Por lo tanto, sólo entonces, pasado el momento de ira, fue capaz de reconocer que efectivamente no sabía qué hacer con su hija al día siguiente. Pensó, tranquilizándose, que cuando esa noche se lo pasara bien con sus amigos de Lawford, querría ir al colegio por la mañana con ellos. Sobre todo cuando comprendiese cuál era la alternativa: estar sentada todo el día en la cabina del camión mientras él terminaba de perforar el pozo en Catamount.

Más tranquilo, se volvió, sonrió a Pearl Diehler y salió un momento a fumar un cigarrillo y charlar un poco con los amigos. Desde el fondo de la mandíbula le llegaban los primeros avisos lejanos del dolor de muelas, y se le ocurrió que un cigarrillo podría aplazar la violenta embestida cuya inminencia presentía.

Fuera había cinco o seis, además de dos mujeres, fumando y probablemente bebiendo: Jimmy Dame y Héctor Eastman, que eran cuñados y tenían dentro a sus mujeres e hijos. Y también Frankie LaCoy, un chico delgado de Littleton, sospechoso de vender hierba a los estudiantes de bachillerato del pueblo pero que aparte de eso no parecía causar muchos problemas, por lo que Wade se contentaba con dejarle tranquilo. A su lado estaba su novia, Didi Forque, que aún estudiaba en el instituto pero que el verano anterior había dejado de vivir con sus padres para trabajar de camarera en Toby's Inn y compartir un piso en el pueblo con Hettie Rodgers, la otra chica presente. A Wade le gustaba mirar a Hettie, aunque sólo tuviera dieciocho años y fuese la novia formal de Jack Hewitt, que también trabajaba para LaRiviere y era un tipo estupendo. Hettie tenía coche propio y después de terminar el bachiller, el junio anterior, empezó a trabajar en la peluquería Ken's Kutters de Littleton, pero seguía viviendo en Lawford para estar cerca de Jack.

Jack Hewitt venía despacio por la acera desde su camioneta, que había aparcado en doble fila frente al edificio. Alto, de veintitantos años, tez y cabellos rojizos, piernas largas y facciones angulosas, de formas finas, dirían algunos, era inteligente y

de aspecto simpático. Caminaba con una leve cojera, casi dando saltitos para recuperar el paso, lo que quizá empezara como una afectación adolescente para luego convertirse en un hábito, y daba la impresión de que acababa de gastar una broma pesada a alguien y se alejaba subrepticamente, como bailando, antes de que estallara el petardo. En una mano llevaba lo que parecía ser una pinta de whisky envuelta en una bolsa de papel marrón. En la otra llevaba un rifle.

—¿Qué hay, muchachos? —saludó Wade, ahuecando las manos para encender el cigarrillo.

—Lo mismo de siempre —repuso uno de ellos, Héctor Eastman.

—¿Has visto los follones que están armando esos críos esta noche? —preguntó a Wade Frankie LaCoy—. Vaya destrozos están causando este año, los cabrones. Ya lo creo. ¡Por Dios santo! —exclamó—. Menudos hijoputas.

Wade no le hizo caso. En realidad LaCoy no le era simpático, pero se daba la satisfacción de tolerarle. En su opinión, la servil verborrea de LaCoy prácticamente no conocía límites y eso podría resultar peligroso a la larga, pero disfrutaba sintiéndose superior a otro ser humano, sobre todo a otro hombre, como le ocurría con Frankie, de modo que fingía escucharle y luego hacía como si no hubiese dicho nada. Era una agradable forma de dominación.

—Tendrás que mover la camioneta, Jack —dijo Wade a Hewitt.

—Lo sé. —Mostró al hombre mayor su media sonrisa y alargó el whisky—. ¿Un trago?

—¿Por qué no? —repuso Wade.

Tomó la botella, se la llevó a los labios y dio un buen trago. Lo necesito, pensó. No había creído que aquella noche le hiciera falta, pero, por todos los santos, necesitaba un trago. La niña le había puesto muy nervioso. No sabía qué bicho le había picado a Jill, pero fuera lo que fuese se lo había transmitido también a él. Es la misma actitud pretenciosa que su madre ha mostrado durante años, pensó, y con independencia de quién la manifestara, Jill o la propia Lillian, siempre le producía el mismo efecto: le daban ganas de agachar la cabeza de vergüenza y echar a correr.

—¿Ése es el rifle del que fanfarroneabas hoy? —dijo a Jack.

—Nada de fanfarronadas. La pura verdad.

Jack arrojó el rifle a Wade, que lo atrapó con un movimiento preciso, se lo llevó al hombro y miró por el cañón durante unos segundos. Luego examinó el arma con más atención, dándole la vuelta en las manos como si fuera el cadáver de algún pequeño y extraño animal. Era un Browning del 30/06 con mira telescópica.

—¿Cuánto te ha costado? —preguntó Wade—. ¿Cuatrocientos cincuenta, quinientos dólares?

Jack se limitó a sonreír, de modo que Wade se volvió y pasó el rifle a Héctor, un individuo muy alto, sombrío, con mono, camisa de lana de un rojo vivo y gorra a cuadros con las orejeras bajadas.

Héctor sopesó el arma en sus gruesas manos y apuntó a sus lejanos y enormes

pies.

—Bonito.

Jack se había acercado a la muchacha en vaqueros y chaquetón azul, Hettie Rodgers, que era su novia desde la primavera en que ella cursaba segundo de bachillerato superior y en que Jack fue despedido del equipo de los Red Sox y volvió a Lawford a trabajar con Wade en la empresa de perforación de pozos de LaRiviere. Jack rodeó con el brazo los hombros de Hettie y observó con orgullo cómo los hombres se pasaban unos a otros el rifle para examinarlo.

Wade observó a Hettie, que parecía distraída, perdida en sus pensamientos, con el largo cabello oscuro cubriéndole la mitad del rostro en forma de corazón. Quizá le recordase el aspecto que Lillian tenía de muchacha, con su cara lozana y contenta de sentir justificada su existencia sólo por el hecho de que Wade estuviera cerca de ella. Lillian permanecía a su lado pensando Dios sabía qué, aislada en su mundo particular, mientras él y sus amigos pasaban la noche bebiendo y riendo, lo que nunca causaba problemas con tal que Wade dejara a sus amigos cuando ella quería marcharse. Luego la llevaba en coche a casa y hacían el amor, una vez casados, en el primer piso que alquilaron y luego en el dormitorio de la casa que él construyó en Lebanon Road. Igual que Jack y Hettie, que dentro de poco se marcharían en la camioneta de color granate a casa de sus padres, en Horse Pen Road, o a otro sitio, pues si LaCoy se quedaba un rato en el ayuntamiento con la compañera de piso de Hettie, irían a acostarse al apartamento de las chicas, encima de la tienda de Golden.

Por aquel entonces nada iba mal, nada, o eso parecía entonces. Y al recordarlo veinte años después y observar a la joven pareja que tenía delante, le seguía pareciendo que nada había ido mal. Pensó que aquélla había sido una época maravillosa, verdaderamente maravillosa. Después, las cosas empezaron de pronto a ponerse feas. Lillian y él no eran más que unos críos y no sabían arreglar las cosas, de forma que cuando algo falló en su matrimonio, simplemente se separaron y se divorciaron, y luego vino el ejército y su destino en Corea, en vez de Vietnam como él quería, y después pasó todo lo demás: su segunda boda, Jill, más problemas, el segundo divorcio; la larga, enmarañada y penosa secuencia le había llevado finalmente, a los cuarenta y un años, a donde ahora se encontraba. Era un hombre solo que para protegerse del frío hundía las manos en los bolsillos mientras su única hija, en contra de los deseos de su madre, pasaba con él a regañadientes un fin de semana cada mes o dos. El resto del tiempo sus pensamientos se centraban sobre todo en su trabajo de perforar pozos día tras día para Gordon LaRiviere —lo cual le parecía aburrido, difícil y degradante, debido al bajo salario y a la caprichosa personalidad de LaRiviere—, y de ejercer parcialmente las funciones de policía municipal, lo que casi le parecía accidental, una consecuencia indirecta de su condición solitaria y de su destino en el ejército como policía militar.

Sin embargo, Wade continuaba creyendo en el amor. Es decir, a sus cuarenta años se las arreglaba para mantener una concepción romántica del amor. Y así, recordaba

aquellos breves años del final de la adolescencia, cuando Lillian y él eran felices sólo por estar juntos en la misma habitación, como el modelo por el que había de medirse toda su vida posterior. Comparada con aquel cálido y dorado resplandor, su vida de entonces le parecía gris, fría y tremendamente limitada, y al mirar cada vez más con una mezcla de envidia y tristeza a las personas como Jack Hewitt —guapos jóvenes enamorados de bellas muchachas que les correspondían—, tenía que hacer un esfuerzo para sofocar la rabia. Por la noche, solo en la cama, había establecido muchas veces relaciones entre rabia y tristeza, entre envidia, tristeza y amor, e intentaba disipar aquellas dolorosas emociones modificando su concepción del amor. Pero no lo conseguía. Estaba el amor que había conocido de muy joven con Lillian, que era perfecto, y luego el de después, que era una degradación.

Pero válgame Dios, esa tristeza no le impedía en absoluto ser un buen policía. Bruscamente, volvió a pasar el rifle a Jack.

—No dejes la camioneta ahí —insistió.

Dio media vuelta y volvió dentro, donde en seguida vio que LaRiviere ya había elegido a los ganadores del concurso de disfraces y los conducía hacia el estrado del fondo de la sala. La gente aplaudía, unos con más entusiasmo que otros, en función de si eran los padres de los alegres ganadores o de los atribulados perdedores. La hija de Pearl Diehler, el hada con la varita mágica, estaba entre los ganadores, pero su hijo, lleno de amargura y justo enfrente de Wade, ofrecía la imagen de un penoso perdedor. Pearl aplaudió con energía durante unos momentos y luego atendió al vampiro que tenía al lado.

Wade miró al estrado buscando a Jill entre los ganadores. Había un niño vestido de vagabundo, a su lado un payaso de sexo indefinido, detrás de éste una versión mucho más espectacular del vampiro de Pearl Diehler, de aspecto amenazador y lleno de garras, y cubriendo la retaguardia, sin duda el premio al mejor disfraz, estaba un niño alto forrado de plumas y con un enorme pico amarillo de cartón, un intento medianamente logrado de parecerse al personaje de un popular programa de televisión.

Wade vio que Jill no estaba allí y empezó a buscarla entre la multitud de niños que no habían ganado ningún premio. Casi todos se mantenían en el vago círculo en que LaRiviere los había agrupado mientras efectuaba la elección, pero algunos habían optado por otros entretenimientos, dirigiéndose al recipiente donde flotaban manzanas, a la larga y blanca mesa donde estaban preparando el refrigerio, a los juegos de lanzar anillas. Pero Wade no encontró a Jill en ninguna parte.

A lo mejor ha ido al lavabo, decidió, abriéndose paso entre la gente en dirección a los servicios, a la derecha del estrado. Y de pronto la vio sola en un rincón junto al teléfono público, con aire perdido, diminuta, abandonada. Tenía la careta puesta pero se había desabotonado la parte superior del disfraz, dejando al descubierto el jersey de esquí verde y blanco y ofreciendo un aspecto extrañamente desaliñado.

En seguida comprendió que no había debido dejarla sola sin asegurarse primero

de que había encontrado un amigo entre los niños.

—¡Hola, cosita rica! —le dijo cariñosamente—. ¿Qué tal te va? ¿Qué haces aquí sola?

La rodeó con el brazo, la atrajo hacia sí y escudriñó la sala como buscando un enemigo del que protegerla.

—Vaya fiesta, ¿eh? Siento haberte perdido de vista durante unos minutos. He tenido que salir a fumar. ¿Has encontrado a alguien conocido? Tiene que haber niños que conozcas del colegio. Mañana tienen clase —añadió—. ¿Quieres ir con ellos al colegio? ¿A ver a tus antiguas maestras? ¿Quieres que te lleve? Te divertirás más que estando conmigo todo el día.

—No —repuso ella con voz queda.

—¿No qué?

—No he visto a nadie conocido. Y tampoco quiero ir mañana al colegio de aquí —contestó Jill—. Quiero irme a casa.

—Vamos, Jill, por favor. *Estás* en casa. Conoces a muchos niños. El Día del Trabajador jugaste con un montón, ¿no te acuerdas?

—Han cambiando —dijo la niña—. Son distintos.

—Los niños no cambian tan de prisa. No han cambiado más que tú.

—Pues yo he cambiado mucho —sentenció Jill.

Wade bajó la cabeza y la miró. Tenía la vista clavada en los pies.

—Pero ¿qué te pasa, cariño? —le preguntó en tono pausado—. Dímelo.

—No quiero estar aquí, papi —repuso Jill—. No te preocupes, papi, te quiero, de verdad. Pero quiero irme a casa.

—Vaya por Dios. Te quieres ir a casa. —Wade emitió un hondo suspiro. Miró al techo, luego al suelo y después a los pies de su hija—. Escucha, Jill, te diré lo que vamos a hacer. Si mañana por la mañana sigues queriendo irte a casa, te llevaré. ¿Vale? Pero esta noche no; ahora, no. Es muy..., es muy tarde, entre otras cosas. Mañana ya veremos. ¡Qué demonios! —exclamó, quizá animándose por la idea—. Le diré a LaRiviere que estoy enfermo o algo así. Me debe una. A lo mejor se nos ocurre algo que hacer por la tarde en Concord, podríamos ir al cine o algo así. Y si entonces aún quieres real y verdaderamente quedarte allí, te dejaré en casa y me volveré solo —añadió sombríamente—. Y lo dejaremos para la próxima vez, ¿eh? Aunque ya sería para el día de Acción de Gracias... —No acabó la frase y, agitando la mano derecha en el aire por encima de la cabeza, añadió—: Bueno, en cualquier caso ya arreglaremos eso a su debido tiempo. Ahora estás bien aquí. Si mañana quieres quedarte en Concord, de acuerdo.

Jill permaneció callada un momento. Luego anunció:

—He llamado a mami.

—¿Cómo? —Wade la miró con incredulidad—. ¿Que la has llamado? —Lanzó una mirada furtiva al teléfono público, como buscando pruebas—. ¿La has llamado ahora mismo?

—Sí.

—¡Vaya por Dios! ¿Por qué?

—Pues... porque quería irme a casa. Ha dicho que vendrá a recogerme.

—¡Venir a recogerte! ¡Joder! Se tarda hora y media en venir y otro tanto en volver. ¿Por qué la obligas a hacer eso? ¿Por qué no has hablado conmigo primero, por amor de Dios?

—Pues porque sabía que te enfadarías —repuso ella—. Por eso se lo he dicho a ella, porque sabía que tú te ibas a enfadar, y tenía razón. Te has enfadado.

—Sí. Sí, exactamente. Estoy enfadado —afirmó—. Esto... esto es de consentida. Estas cosas son de niña mimada. A tu madre no le gusta hacer el viaje hasta aquí sólo para recogerte cuando se supone que has venido a pasar el puñetero fin de semana conmigo. Pero ¿qué le has dicho? ¡Por Dios santo!

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a balancearse hacia atrás y hacia adelante sobre los talones.

—Sólo le he dicho que quería irme a casa. No te enfades conmigo, papi.

—Me parece que ya lo estoy —repuso él—. Qué difícil es no enfadarse contigo, por Dios. Yo he organizado todo esto, ha sido idea mía, ¿sabes? Bueno, ya sé que no es mucho. Incluso resulta un tanto penoso. Pero lo he planeado yo. —Hizo una pausa y luego, cogiéndola de la mano, concluyó—: No deberías haber llamado a tu madre. Venga, vamos a llamarla antes de que salga.

—No, no quiero —dijo ella, dando un paso atrás.

Wade cerró su enorme mano sobre la de la niña, tirando de ella por la escalera hacia el largo corredor sin luz de la primera planta. Pasaron rápidamente frente a las puertas de cristal esmerilado de las oficinas de la administración municipal, del secretario de ayuntamiento y de la recaudación de contribuciones hasta la última, cuyo letrero decía simplemente: POLICÍA. Wade sacó las llaves, abrió y dio la luz. Era un pequeño cubículo funcional con paredes de paneles perforados y una amplia ventana, un archivo, un escritorio de metal gris con una silla y, al lado, otra silla de respaldo recto. En una pared había un armero de puertas de cristal, cerrado, con dos escopetas y un rifle, y en la otra un mapa geológico de los ciento veintinueve kilómetros cuadrados del condado de Clinton que componían el municipio de Lawford, New Hampshire.

Wade cerró firmemente la puerta, encendió la lámpara fluorescente del techo y se sentó en la silla del escritorio; Jill se dejó caer en la silla de al lado, cruzando las piernas y apoyando la barbilla en el puño, como abstraída en sus pensamientos. Wade marcó rápidamente el número y, mientras el teléfono sonaba, apretó el auricular contra la oreja. Le diré que lo olvide y se quede en casa, pensó, que Jill sólo estaba dando un poco la lata porque ha perdido el contacto con sus amigos de aquí y, como es un tanto apocada, ésa es su forma de combatir la timidez, eso es todo. Muy sencillo. No había nada de que preocuparse, nada de que Wade tuviese la culpa, nada de que enfadarse y, desde luego, ninguna razón para viajar hasta Lawford, por amor

de Dios. Que se quedara en Concord, en su elegante casa nueva con su fino marido nuevo, viendo la televisión o lo que fuera, y se olvidara de él, que se olvidara de él y de Jill, que olvidara todo lo que había pasado.

El teléfono zumbaba como un insecto, una y otra vez, y nadie respondía. Al fin concluyó que Lillian y su marido ya habían salido para Lawford, y de pronto sintió que la ira le invadía, abrumándolo.

—¡Se ha marchado ya! —Colgó el teléfono de golpe y se quedó mirándolo—. ¡Ya se ha ido, coño! No podía esperar. —Sí.

—Eso es todo lo que tienes que decir: «Sí».

—Sí.

—No llegará hasta dentro de una hora, por lo menos. ¿Crees que podrás esperar tanto rato?

—Sí.

—Bueno. ¿Dónde piensas esperarla? Evidentemente, abajo con los demás niños no es lo bastante apropiado para ti.

Wade se encontraba atrapado en una vieja y familiar secuencia: sus ideas y emociones se aceleraban a un ritmo que le arrastraba a una especie de sobremarcha, un flujo continuo a gran velocidad que no podía controlar y que solía provocar desastrosos resultados. Pero no le importaba. Esa indiferencia no era sino una prueba más de que de nuevo se hallaba inmerso en aquella secuencia particular. Pero no podía hacer absolutamente nada para remediarlo, ni tampoco quería, y ésa era la tercera señal que le avisaba de que otra vez se encontraba arrastrado por aquel ritmo vertiginoso.

—Puedes quedarte aquí mismo, maldita sea, quédate en la oficina y espérala sola —dijo a su hija—. Por mí, de acuerdo. Muy bien, estupendo. —Se levantó y añadió —: Me voy abajo.

—Por mí, también de acuerdo —dijo Jill con voz queda, mirando por la ventana—. Aquí puedo esperarla muy bien. Cuando venga mami, sólo dile que estoy aquí arriba. —Descruzó las piernas, se levantó a su vez y, poniéndose otra vez la careta, cogió la silla con ambas manos y la arrastró a la ventana—. Esperaré aquí. Así la veré cuando llegue y podré bajar yo sola.

Colocó la silla justo delante de la ventana, volvió a sentarse y, sin quitarse la careta, atisbo entre la oscuridad tras los cristales.

—¡Por Dios, Jill, qué trágica te pones! —dijo Wade—. En serio, trágica. Ahí sentada en tu torre como una princesa de cuento de hadas o algo así, esperando que te salven de un destino peor que la muerte.

—Soy un tigre, papi, no una princesa de cuento de hadas —repuso tranquilamente Jill, volviéndose hacia él—. Tú me has comprado el traje, ¿recuerdas?

Luego continuó mirando por la ventana.

—Sí, desde luego, una ocurrencia mía —dijo, abriendo la puerta con violencia y saliendo a toda prisa.

Cerró de un portazo, haciendo resonar el vidrio, y se alejó rápidamente por el pasillo hacia la escalera.

Abriéndose paso entre la multitud, ignorando el ruido y las caras conocidas, los saludos y movimientos de cabeza que le dedicaban, Wade cruzó la sala y llegó a la puerta justo cuando entraba Margie Fogg. Sobre el uniforme blanco de camarera llevaba un chaquetón verde oscuro, y quizá venía con la esperanza de ver a Wade. Pero como no quería que lo notaran, ni él ni nadie más, había ido con su jefe, Nick Wickham, pese a sus habituales intenciones respecto a ella. De la misma edad de Wade, Margie había sido novia suya en el bachillerato, antes que Lillian, aunque no fue hasta años después, una vez casados cada uno por su cuenta, cuando acabaron acostándose juntos. Ahora eran viejos amigos, sin embargo, y posiblemente se conocían demasiado para enamorarse, pero a falta de ocasionales desconocidos había muchas noches frías y solitarias en que dependían de su mutua ternura.

Wade pasó rozándola y ella le puso la mano en el hombro; cuando él se volvió, Margie seguramente comprendió en seguida, como todos los que le conocíamos, que se había retirado a las profundidades de su ser, a un lugar en el que no podía hacer otra cosa que limitarse a reconocerla. Una membrana cubría sus hundidos ojos castaños, y sus finos labios estaban firmemente fruncidos sobre los dientes, como luchando por contener una gran carcajada de burla. A lo largo de los años, Margie Fogg, como muchos de nosotros, había visto esa expresión suficientes veces para saber responder de forma sensata, lo que sencillamente consistía en apartarse de su camino y no acercarse hasta que él volviera a buscarla de nuevo.

Retiró la mano como si hubiera tocado una estufa caliente y pasó directamente al salón seguida de Wickham, que llevaba un palillo colgando airosamente bajo el oscuro y curvo bigote.

Me dijo después que debería haberse dado cuenta. Aquella noche Wade no estaba normal, como le sucedía de cuando en cuando, pero, estando completamente sobrio y con su hija Jill a su lado, era extraño, y ella debería haber intuido que algo importante le había salido mal, otra cosa más, quizá la que por su propio alcance tenía una importancia definitiva y verdadera en un sentido que las demás no habían tenido, ni siquiera el divorcio, con todo el desagradable asunto de los abogados, ni el perder su casa como lo hizo, y ya sabes qué amor tenía a esa casita que construyó él mismo, ni tampoco el hecho de que Lillian se marchara a Concord.

—Tuve que haberme dado cuenta, aquella noche en el ayuntamiento —me dijo—. Aunque habría sido lo mismo.

Alargó el brazo por encima de la mesa, me quitó el tenedor de la mano, partió un trozo de mi tarta de pasas y se lo metió en la boca.

—Lo siento. Me encanta la tarta de pasas de Nick. Deja que te traiga otro tenedor. —Rió—. No puedo evitarlo.



Es una mujer de miembros alargados y ancha cara irlandesa, tez pálida y ojos verdes entrecerrados. Por su estatura, quizá, y por la precipitación de sus movimientos da cierta impresión de torpeza, pero en realidad posee una extraña gracia y es un placer verla moverse. Su pelo rizado es de un rojizo oscuro, y lo lleva sujeto en la nuca en una coleta con una cinta negra, lo que realza su largo y hermoso cuello blanco.

—No, está bien, podemos utilizarlo los dos —repuse, pero ella se levantó de la mesa y trajo un tenedor limpio del mostrador.

Estábamos en el restaurante de Wickham y Margie me había servido café y tarta. Era un jueves por la noche, no había mucho movimiento y en aquel momento yo era el único cliente. Wickham estaba en la cocina, viendo un partido de los Bruin en una televisión portátil e ignorando mi presencia, acostumbrado ya a verme aparecer solo a extrañas horas una o dos veces por semana para hacerle preguntas a él, a Margie o a algún parroquiano, preguntas acerca de Wade, Jack y los demás, sobre lo que había pasado, qué se había dicho, qué se había pensado e imaginado, cuál era la verdad. ¿Era cierto que en la víspera de Halloween Wade se comportó de forma extraña en la fiesta del ayuntamiento? ¿O era el mismo de siempre, muy tenso, desde luego, pero no diferente de lo habitual? ¿Qué hizo? ¿Qué dijo? ¿Qué cree usted que pensaba?

FUERA, WADE ASPIRÓ PROFUNDAMENTE, llenándose los pulmones del frío aire de la noche, y caminó rápidamente por el sendero hacia la estrecha callejuela donde la alta camioneta granate de Jack Hewitt aún seguía aparcada en doble fila. Era una Ford con tracción a las cuatro ruedas y amortiguadores extralargos que elevaban la carrocería muy por encima del tren de rodaje. Tenía una barra luminosa y una batería de luces de posición, tubos de escape cromados que se elevaban por detrás de la cabina, paneles de roble en el suelo de la plataforma y un elaborado dibujo de finas rayas por toda la carrocería: un vehículo de trabajo con demasiados accesorios y pintura demasiado elegante para resultar de mucha utilidad. Jack y Hettie estaban dentro con el motor en marcha mientras Frankie LaCoy y su novia, de pie en el lado del asiento del conductor, les pasaban un canuto por la ventanilla.

—¡Creo haberte dicho que movieras este monstruo! —aulló Wade.

Se detuvo a unos metros de la camioneta y se colocó las manos en las caderas.

Era bonita, reconoció Wade. Sólo pelo y músculo, aquella camioneta. El chico tenía suerte: ganaba buen dinero trabajando para LaRiviere, mucho más de lo que le pagaban jugando al béisbol en categoría doble A, y sólo tenía que gastarlo en la dichosa camioneta, en rifles nuevos y en su novia. Está convencido de que va a vivir eternamente, se dijo Wade. Estaba seguro de que lo que le había ocurrido a él desde que tenía la edad de Jack le pasaría también algún día a aquel muchacho. Así había de ser, tanto por lo que el chico era como por lo que no era. Y Wade creía eso porque no tenía otro remedio: tanto por lo que era como por lo que no era. «No se puede escapar a ciertas cosas horribles de la vida», sentenció Wade en una ocasión. Me lo dijo sentado en la cocina de mi casa un domingo de verano por la tarde; venía de Fenway, de ver un partido de los Red Sox, y se disponía a marcharse de nuevo al norte, de vuelta a Lawford. Me miró a los ojos y supe que me desafiaba a contradecirle, a que le dijera, como seguramente tenía intención de hacer: «Sí, Wade, se puede escapar a ciertas cosas horribles de la vida. Fíjate en mí. Yo lo he conseguido».

Pero no dije nada. Eché una ojeada al reloj, luego él miró el suyo, suspiró y dijo:

—Bueno, muchacho, será mejor que coja la carretera si quiero estar de vuelta en el paraíso antes de que anochezca.

LaCoy y su novia se apartaron rápidamente de la camioneta. Jack sacó la cabeza por la ventanilla.

—Tranquilo, jefe, ya nos vamos. ¿Quieres una calada? —le ofreció, con una amplia sonrisa.

Era un joven guapo, prácticamente un muchacho todavía, verdaderamente satisfecho de su atractivo y de los placeres físicos y sociales que le proporcionaba.

—Esa mierda sigue siendo ilegal, ¿sabes? —repuso Wade—. Si te pasas de listo, te detengo. Lo digo muy en serio, Jack.

—¿Detenerme? ¿Por qué? ¿Por pasarme de listo o por la hierba? —inquirió Jack,

sonriendo.

Ese Jack Hewitt, vaya tipo.

—Por pasarte de listo, sabihondo cabrón. Te detendré por impertinente —replicó Wade, que ahora también sonreía mientras se acercaba al camión—. Oye, has de tener más cuidado con esa mierda. Si LaRiviere, Chub Merritt o cualquiera de éstos te ve fumando ese chisme cerca de mí, esperarán que te detenga. Y si no lo hago, tendré que empezar a buscarme otro trabajo. Personalmente, me importa un pito que lo fuméis, ya lo sabes. Con tal que lo mantengáis entre vosotros y no empecéis a venderlo. Pero tenéis que ir con cuidado, coño. Esto no es el puñetero Greenwich Village, ni Harvard Square ni nada parecido, ¿sabes?

—Sí, sí, lo sé —dijo Jack—. Toma, da una calada, venga. Relájate un poco. No seas tan desagradable, hombre. Sé que tienes problemas, pero todo el mundo los tiene. Así que venga, tranquilo —concluyó, pasando a Wade el canuto a medio fumar.

—Aquí no —dijo Wade.

La muela había empezado a dolerle otra vez después de casi una semana de leve mejoría, y se puso la mano derecha en la mandíbula como para calentársela.

—Bueno, entonces, venga. Sube y daremos una vueltecita, hombre.

Wade se balanceó hacia atrás sobre los talones y miró al frío y claro cielo, de color azul oscuro. La luna giraba hacia el sur y las estrellas, alfileres de blanca luz, parecían secretos murmurados desde muy lejos.

—No puedo —contestó—. Esta noche tengo a Jill.

Estoy mintiendo, pensó. Sólo se la habían prestado, y le habían reclamado el préstamo con anticipación. Pero ahí estaba, fingiendo ser un buen padre responsable que no podía alejarse por si su hija le necesitaba. Recordó las palabras de Jill: «Aquí puedo esperarla muy bien. Cuando venga mami, sólo dile que estoy aquí arriba».

Agachó la cabeza bruscamente y se acercó al morro del vehículo justo cuando Jack encendía los faros y las luces de posición. Wade avanzó despacio bajo el resplandor de las luces, pausadamente, deteniéndose durante un segundo: un hombre sin nada que ocultar pasando un control de contrabando. Dio la vuelta por la parte delantera del vehículo, abrió la puerta del pasajero, subió junto a Hettie y, al alargar el brazo frente a ella para coger el canuto de los dedos de Jack, olió a perfume y champú. Muy agradable.

Jack puso en marcha la camioneta, salió de la callejuela y, mientras el potente vehículo se dirigía suavemente hacia la Route 29, Wade pasó el brazo izquierdo por detrás de Hettie, lo colocó en el respaldo, se volvió y, atisbando entre los dos rifles colgados en el armero, miró por la ventanilla trasera. Sus ojos recorrieron el monumento a los caídos de granito rojo. A la pálida luz de la luna parecía un antiguo dolmen, y encima, en la ventana iluminada de su despacho, vio a su hija Jill, que le miraba a su vez con la horrible careta de plástico.

Recorrieron unos kilómetros por la Route 29 en dirección norte, pasaron Toby's Inn y continuaron rectos a la interestatal, por donde siguieron un trecho hacia el sur,

fumando un segundo y luego un tercer canuto. Por allí el paisaje desciende hacia el oeste y luego se eleva en una extensa y oscura cordillera boscosa que oculta Lawford y el valle del Minuit. Más allá hay otra sierra, Saddleback, algo más alta, que termina en una cresta cubierta de abetos llamada Parker Mountain. Por las planicies del suroeste del valle, Wade veía desde la camioneta algunos de la media docena de pequeños lagos que brillaban suavemente a la luz de la luna como sólidas gotas de plomo fundido. Ya estaba bastante más tranquilo; la marihuana le produjo un efecto totalmente sedante, quitándole de un plumazo el dolor de muelas, la ansiedad y la cólera, situándolo en una posición temporal levemente rezagada donde flotaba sin la menor preocupación, como si el llegar tarde a cualquier parte, incluso a su propia muerte, no significara nada para él.

En el cruce de Lebanon cambiaron de sentido y volvieron despacio por el borde del carril norte. Jack parecía disfrutar conteniendo la velocidad de la camioneta, manteniéndola a menos de sesenta, como si refrenándola pudiese exhibir mejor su enorme potencia. Hettie iba inclinada hacia adelante, sobre el salpicadero, para oír mejor una cinta nueva de James Taylor cuyo volumen había bajado Jack para contestar a las preguntas de Wade sobre sus planes de caza para aquella temporada.

Jack dijo que tenía que empezar un trabajo al amanecer, sirviendo de guía a un socio de Boston de LaRiviere, pero que pensaba tomarse libre el sábado para ir a cazar solo. Lo único que el cliente quería era matar un animal con cuernos —lo que sea, dijo Jack, incluso una vaca—, pero tenía intención de llevarlo a Parker Mountain, donde podían utilizar la cabaña de LaRiviere como base y donde Jack esperaba encontrar algún ciervo para aquel tipo y además rastrear y descubrir un gamo grande que él pudiera cazar en otra ocasión.

Wade conocía al cliente, igual que a todos los que residían algún tiempo en Lawford, incluso a los veraneantes, entre los que se contaba aquel individuo. Se llamaba Evan Twombly, era una especie de dirigente sindical de Massachusetts o algo así, y tenía una elegante casa en Lake Agaway que utilizaba un mes como máximo en verano más los fines de semana y fiestas el resto del año, porque estaba acondicionada para el invierno. En los últimos años la hija con su marido y sus hijos utilizaban más la casa que el propio Twombly, pero a pesar de todo Wade lo recordaba, tenía idea de que era rico y pensó que Jack era afortunado por tener la oportunidad de servirle de guía.

—Pues no estoy seguro de ser tan afortunado —repuso Jack—. Ese tío es un completo gilipollas. Mañana preferiría salir solo antes que trabajar para un payaso vestido de rojo que dispara a las sombras con un rifle que no ha utilizado jamás. Pero la paga es buena. Cien dólares al día. Tengo que garantizarle una pieza, desde luego, pero puedo hacerlo. Por allá arriba hay enormes ciervos agazapados.

—¿Cómo has conseguido el trabajo? —preguntó Wade.

—Por LaRiviere —contestó Jack. Inhaló, contuvo el aliento, volvió a pasar el canuto y prosiguió—: Ya conoces a Gordon, siempre está tramando algo. Ahora

parece que quiere tener contento a Twombly, y supongo que yo soy el más indicado.

—¿Os importa? —dijo Hettie, alargando la mano para dar la vuelta a la cinta y subiendo tanto el volumen que tuvieron que hablar a gritos para entenderse. Llegaron a la salida de la Route 29 y Jack giró por la rampa hacia la estrecha carretera de Lawford.

—¡Tendrías que hacer amistad con Twombly! —gritó Wade.

—¿Por qué?

—Ese cabrón está forrado. Por eso. Si quieres progresar, muchacho, tendrás que ingeniártelas para que un tipo como ése te considere indispensable. Que no pueda prescindir de ti.

Jack soltó una carcajada, exhibiendo la blanca dentadura, y Hettie rió también mientras Wade observaba cómo ponía la mano izquierda en el muslo de su novio.

—Que siga tu ejemplo, ¿eh? —sugirió Jack.

—Eso es. Fíjate en LaRiviere. Ese hijoputa no puede pasarse sin mí.

—Sí, si mañana le dejas, se arruinará, ¿verdad? —repuso Jack, riendo de nuevo—. Y tú te sentarás en el sillón del jefe, ¿no es eso?

—¡Efectivamente! —exclamó Wade, sonriendo como un lagarto y observando en el retrovisor de su lado el resplandor de las luces largas de un coche que iba a adelantarlos a toda velocidad.

—Ese cabrón lleva las largas —comentó Jack.

El conductor tocó el claxon con insistencia y, cuando el coche los adelantó por la izquierda, Wade se incorporó para mirarlo y lo reconoció: el Audi plateado del marido de Lillian.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Qué? —inquirió Hettie.

—Mi exmujer. Lillian y su nuevo marido. Son los del Audi que acaba de pasarnos.

—Es buen coche, el Audi —observó Jack.

—¿Lillian? —dijo Hettie—. ¿Y qué hace aquí? ¡Vaya, Lillian! Hace que no la veo, bueno, años. Desde que cuidaba a Jill cuando vosotros salíais, ¿te acuerdas? —dijo a Wade, dedicándole una afectuosa sonrisa.

—Sí.

—¿A qué viene? —preguntó Jack.

—¡A llevarse a Jill, coño! Una jodienda —contestó Wade—, Jill y yo hemos tenido una pequeña discusión. Oye, Jack, tengo que volver, he de estar en el pueblo. Mueve este cacharro, ¿quieres? Mira si puedes llegar al ayuntamiento antes que ellos, ¿vale?

—Eso está chupado, hombre.

Pisó el acelerador y la camioneta saltó hacia adelante con un súbito rugido de los tubos de escape semejante al agudo silbido del viento entre los pinos.

Wade estaba otra vez inquieto; de pronto, el efecto de la marihuana se le había

pasado totalmente. Ya estaba de nuevo en su propio tiempo, y retrasado, como siempre. Mirando por encima del aplastado morro de la camioneta a la estrecha y sinuosa carretera, se preguntó una y otra vez, como si tuviera la respuesta escondida en algún recóndito lugar del cerebro, por qué demonios tenía que acabar así la noche. Podía haber sido una velada corriente y tranquila, la de un padre divorciado que pasaba un rato con su hija de diez años. No era mucho pedir. Nada del otro mundo. Nada complicado. Ahora todo el asunto era un lío humillante, y se ponía peor a cada momento.

El Audi plateado llevó la delantera a la camioneta durante todo el camino al pueblo. En el semáforo intermitente en ámbar frente al colegio, con la camioneta a menos de cien metros detrás, el coche, sin aminorar la marcha, dio un bandazo para evitar el amasijo de calabazas aplastadas. Jack pasó justo por encima, lanzando al aire y a la cuneta trozos de calabaza semejantes a pulpa de naranja, pero fue incapaz de alcanzarlo en la única recta, de manera que seguía detrás cuando el Audi frenó bruscamente en la Plaza y aparcó en doble fila frente al ayuntamiento.

Jack cambió de marchas y redujo la velocidad, salió de la Route 29 y se acercó despacio, casi delicadamente, hacia el Audi, justo cuando salían el conductor y la mujer que iba en el asiento del pasajero. La mujer, Lillian, llevaba un abrigo de color espliego, hecho a medida y con capucha, que le llegaba a los tobillos; su rostro estrecho y anguloso sobresalía de la capucha como un arma que apuntara a la puerta del ayuntamiento, por donde salía gran cantidad de gente, niños y adultos.

El conductor, marido de Lillian, se llama Bob Horner. Es alto y delgado, de frente sumamente despejada, con flecos pajizos cuidadosamente distribuidos sobre el cráneo desde una raya apenas por encima de la oreja izquierda. Aquella noche llevaba una cazadora de tweed de color tostado, con cinturón y parches de ante en los codos, hombro derecho y pecho, y antes de cerrar la puerta del coche se inclinó hacia el asiento trasero, cogió un sombrero tirolés y se lo puso.

Para entonces Jack había aparcado junto al Audi, empujándolo, y Wade abrió la puerta y saltó al suelo.

—¡Lillian! —llamó.

Ella se volvió a mirarlo y su marido, que estaba en medio, se apartó con un rápido paso atrás.

—¿Dónde está Jill? —preguntó Lillian con una leve sonrisa, como si sólo sintiera curiosidad.

Como siempre, Lillian estaba representando un papel, pensó Wade. Y su intención era manipularle para que él hiciese de antagonista. Pero aunque no le engañara, su táctica surtía efecto de todos modos. Siempre era lo mismo: resultaba demasiado lista para él. Al menos cuando se trataba de establecer sus respectivos papeles: controlar lo que él le decía y cómo se lo decía. Siempre comprendía momentos después que sus peleas eran competiciones, partidas de grandes apuestas, y que ganarlas no tenía nada que ver con lo justo o lo injusto, ni siquiera con la fuerza

de voluntad; Dios sabía que a él no le faltaba fuerza de voluntad, todo el mundo lo decía, incluso Lillian. No, dependía de quién establecía primero las reglas del juego, que, según descubría siempre demasiado tarde, emanaban directamente de la naturaleza de los papeles que desempeñaban. Si ella tenía la ficha amarilla, la de él era roja; si a ella le salían seis a los dados, él tenía que sacar forzosamente uno.

Se inclinó hacia adelante, se apoyó con la palma de las manos en el maletero del Audi, como si fueran a cachearle, abrió despacio los dedos y los examinó durante un momento.

—Jill y yo hemos reñido por una tontería, Lillian —explicó—. Eso es todo. Supongo que se sentía rara, y tímida. Porque no conocía a algunos niños o algo así. Ya sabes, no los trataba desde hacía mucho y me parece que se sentía desplazada. De modo que pensó que lo mejor era que vinieras para llevártela a casa. Yo no sabía que te había llamado. No sé qué te habrá dicho, pero... intenté llamarte para decirte que no hicieras caso, ¿sabes? Pero ya habías salido.

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó ella—. ¿Ahí, en la camioneta con tus amigos?

Se inclinó hacia adelante como para ver quién había en el vehículo. Jack y Hettie, con las ventanillas cerradas, estaban abrazados, besándose.

—Sabes que no está ahí. No, está en el salón del ayuntamiento, en la fiesta.

Lillian se volvió y miró a los grupos de gente que salían y se desperdigaban por el aparcamiento en dirección a los coches.

—¿Ah, sí? Parece que la fiesta ha terminado —repuso ella. Luego lanzó la vista hacia la ventana iluminada a la izquierda de la puerta, la oficina de Wade, y exclamó—: ¡Ah, mira! ¿No es Jill la que está arriba con la careta? ¿Qué hace ahí? ¿No es ésa tu oficina?

Lillian agitó la mano y el rostro de Jill desapareció de pronto de la ventana. Un momento después se apagó la luz.

—Me ha dicho que quería esperarte allí —informó Wade.

—Ya. ¿Mientras tú ibas a beber unas cervezas con tus amigos en la camioneta?

—No. Quería estar sola ahí arriba —repuso Wade—. Se le ha metido en la cabeza volver a Concord y ya no se encontraba a gusto conmigo, o algo así. Y eso no es que me estusiasmara exactamente. He estado esperando con mucha impaciencia este fin de semana, Lillian.

—Sí, ya me lo imagino. —Miró por encima del hombro de Wade a la cabina de la camioneta—. ¿No es Hettie Rodgers la que está ahí con ese individuo?

—Sí.

—Lo que ha crecido, ¿verdad?

—¡Oh, venga, déjalo, por favor! —exclamó él—. Parece que ya has ganado este puñetero asalto, así que déjalo ya, por amor de Dios.

Wade era vagamente consciente de la presencia de Bob Horner a su izquierda, junto a la puerta del coche, y cuando Jill salió del ayuntamiento, Horner dio rápidamente la vuelta al vehículo y se dirigió hacia ella.

—¡Horner! —gritó Wade—. Déjala. Esto no tiene nada que ver contigo, de modo que límitate a hacer de chófer. ¿Entendido?

—Wade —dijo Horner, que deteniéndose y metiéndose las manos en los bolsillos, como si de pronto buscara una cerilla, añadió con su voz chillona—: Nadie quiere problemas.

Lillian ya se había vuelto y caminaba casi majestuosamente al encuentro de su hija, que se había quitado la careta, por fin, pensó Wade. La dichosa máscara.

—No quiero que se vaya, Lillian —dijo en voz lo bastante alta como para que se detuviesen algunas personas que pasaban cerca.

—No hagas una escena. —Había rodeado el hombro de su hija con el brazo y la conducía a la puerta trasera por el lado contrario a Wade. Le miró por encima del coche y añadió—: La niña ya está lo bastante inquieta. Nadie está tratando de ganar ningún «asalto». Lo único que nos interesa a los dos, supongo, es la felicidad de Jill —afirmó—. No lo hagas más difícil, ¿quieres?

—¡Maldita sea! —exclamó él—. No soy yo quien lo está haciendo más difícil, sino tú. Tú y ese payaso. Jill y yo podríamos haber arreglado esto sin ayuda de nadie, por amor de Dios. Estas riñas son cosas normales. Quiero decir que es normal que la niña se sienta extraña al volver así al pueblo. Y también es normal que yo me ponga un poco quisquilloso. Tanto si lo crees como si no. ¿Y cómo demonios crees que debo sentirme si vosotros dos venís a entrometeros de esta forma? ¿Cómo crees que me mirará, si la tratáis como si fuese la víctima de una tragedia o algo así?

La gente que salía del ayuntamiento formaba ya un amplio círculo en torno al Audi y la camioneta de Jack, y muchos miraban al pasar porque aquello era un nuevo y quizá interesante capítulo de la historia de Wade y Lillian Whitehouse, que ya duraba veinte años.

Horner volvió a la parte delantera del coche y abrió la puerta del conductor.

—Sube, Lillian —dijo sin alzar la voz, de espaldas a Wade.

—¡Tú, pedazo de cabrón! —exclamó Wade, cogiéndolo del hombro con la mano izquierda y empujándolo al asiento con tal fuerza que le tiró el sombrero al suelo—. ¡Coño, Horner, espera hasta que hayamos terminado, joder! Y tú no digas una puñetera palabra —dijo a Lillian, que seguía de pie al otro lado, junto a la puerta—. No le he pegado. No voy a pegar a nadie.

Lillian tenía la cara pálida y rígida. Poco a poco, frunció los labios y movió la cabeza de un lado a otro, como negando haber hecho nada para que se sintiera ofendido, y, en silencio, abrió muy despacio la puerta delantera, subió, cerró y se volvió rápidamente para echar los seguros de atrás y luego el suyo. Horner cerró inmediatamente su puerta, Lillian pasó el brazo por encima de su hombro, echó el seguro y luego miró fijamente por el parabrisas mientras su marido ponía el coche en marcha y avanzaba despacio entre el gentío que pasaba por la calle. La gente se apartaba para dejar paso al Audi plateado, que en un momento llegó al final de la calle sin asfaltar, torció a la derecha por la Route 29 y desapareció.



Wade bajó la cabeza y vio el sombrero tirolés verde oscuro de Horner. Se agachó, lo recogió y lo examinó con atención, como sin saber para qué servía.

Hettie había bajado la ventanilla y Jack, inclinándose sobre la muchacha, se asomó y le dijo:

—¿Wade? ¿Estás bien, tío?

—Sí, estoy bien. Ese hijoputa ha perdido el sombrero —dijo, y echó a andar hacia el ayuntamiento.

—Oye, ¿te apetece una cerveza? Vamos a Toby's..., ¿quedamos allí?

Wade no contestó. Oyó que la camioneta de Jack arrancaba y se alejaba. Entonces se encontró de frente con Nick Wickham, que salía del ayuntamiento seguido de Margie. Nick le saludó al pasar con un gesto amistoso, pero Margie se detuvo y le sonrió.

—Hola. Ya ha acabado la fiesta —le anunció.

—Sí. Tengo algo que hacer en la oficina.

—¿Sombrero nuevo? —preguntó ella, señalando al arrugado sombrero que llevaba en la mano.

Él negó con la cabeza.

—Creo que tienes a Jill.

—Sí, unos días —repuso él.

—¿Qué tal está?

—Bien —contestó él—. Muy bien.

—Estupendo. Bueno, pues dale un beso de mi parte, ¿quieres? —dijo ella, retrocediendo un paso.

—Se lo daré.

—Si mañana hacéis algo y queréis que os acompañe, llámame, ¿vale? Mañana libro y no tengo planes.

—Que te crees tú eso —interrumpió Wickham a su espalda—. Es el primer día de la temporada de caza y me harás falta al menos por la mañana. Creí que ya te lo había dicho esta mañana.

—No, Nick, no me lo has dicho —repuso Margie, volviéndose despacio hacia él.

—Sí, bueno, ya que no tienes planes, ¿por qué no vienes a las seis y trabajas hasta después de la comida? En vez de mañana, libra el sábado. —Empezó a alejarse y añadió—: Hasta luego, Wade.

—Hasta luego.

Margie se encogió de hombros sin saber qué decir y sonrió.

—Bueno, pues eso es todo.

—Sí. Ten cuidado con ese cabrón —dijo Wade en tono de fastidio—. Se muere de ganas por ti, ¿sabes?

—Déjate de bromas. Pero no te preocupes, sé perfectamente cómo proteger mi virtud. Quiero decir que venga, Wade, dame alguna posibilidad —dijo riendo, mostrándole su ancho rostro rebosante de buen humor.

—Oye, tengo que irme —dijo él, volviéndose—. Hasta mañana, quizá.

—¿Estás bien?

—Sí.

Cogió la puerta y la abrió.

—¡Bueno, dale un beso a Jill!

Sin volverse, Wade asintió con la cabeza y entró. Aún había media docena de personas en la sala, charlando y recogiendo: LaRiviere, Chub Merritt con Lorraine, su oronda y pequeña esposa, el pastor congregacionista y el párroco de Littleton, que atendía la parroquia de Lawford junto con una o dos más. Wade pasó en silencio a su lado, subió la escalera sin que nadie pareciera notar su presencia, recorrió despacio el largo pasillo hasta su oficina y entró en el despacho a oscuras.

Se acercó a la ventana, se sentó en la silla que Jill había llevado del escritorio y miró al aparcamiento, a los pocos coches que aún quedaban abajo y a los escasos rezagados que caminaban por la calleja hacia la carretera. Vio pasar un Chevrolet con estridentes tubos de escape cargado de chicos inquietos y pensó en los destrozos que habían causado en el pueblo en las últimas horas: daños sin importancia la mayoría, fácilmente reparables, en seguida olvidados, pero muy molestos. Aunque a él no le habían hecho nada, no habían destruido ni estropeado nada suyo, en cierto modo no podía dejar de tomarse sus vandálicos actos de forma personal, y sintió que el estómago se le encogía de resentimiento. Trató de recordar qué sensación le producía de muchacho causar todos aquellos destrozos en la víspera de Halloween, pero no logró acordarse de nada aparte del hecho de que él y sus amigos, junto con su hermano mayor y luego con el pequeño, Rolfe, habían ocasionado de forma organizada una considerable cantidad de destrozos en el pueblo. ¿Por qué?, se preguntó. ¿A qué teníamos tanto rencor? ¿Por qué están tan furiosos todos esos chicos? Es como si quisieran atacarnos a los adultos por algo que creen que les hicimos en el pasado o que vamos a hacerles ahora a la primera oportunidad, pero como nos tienen miedo esperan a Halloween para hacerlo a su manera, en circunstancias legítimas y casi permitidas.

Abajo, por la puerta, vio asomar la cabeza plateada de LaRiviere seguida de su voluminoso cuerpo, y tras él aparecieron los Merritt y los demás. LaRiviere esperó que pasaran, cerró la puerta y luego todo el grupo echó a andar por el sendero, dejando tras de sí blancas nubecillas de vaho. Oyó un abrir y cerrar de puertas, vio los faros y luego los coches fríos, que salieron uno por uno del aparcamiento y se perdieron de vista.

Entonces se quedó solo en el ayuntamiento, sentado a oscuras frente a la ventana de su oficina del piso de arriba. Pensó que por primera vez en todo el día se encontraba a gusto. Todos aquellos planes, luego los miedos, la inquietud, las discusiones y explicaciones que siguieron: parecía que las cosas no cambiaban nunca. Encendió un cigarrillo, fumó y volvió a repetirse que se sentía muy bien. Pasaron unos momentos y la parte de atrás de la mandíbula empezó a darle leves punzadas de

dolor; sólidas, pero con poca fuerza, sin molestarle mucho. Pero sabía que a medida que avanzara la noche iría empeorando hasta que no le cupiera otra cosa en la cabeza, hasta que únicamente pudiera pensar en el dolor de muelas.

CABRÍA LEGÍTIMAMENTE PREGUNTARSE si, dado mi considerable alejamiento, en el tiempo y en el espacio, de los hechos que estoy describiendo, puedo realmente conocer todos los detalles que incluyo en la historia de mi hermano. ¿Cómo sé lo que Wade dijo a Jill y ella a él cuando estaban solos en la oficina? ¿Cómo sé lo que Wade pensaba de Hettie y Jack en el aparcamiento de la casa consistorial, o quién ganó el concurso de disfraces? ¿Quién, efectivamente?

Y la respuesta, claro está, es que en un sentido convencional desconozco muchas de esas cosas. No las invento, sin embargo. Las presiento. A base de memoria, intuición, duda y reflexión he llegado a cierta clarividencia, a la visión que aquí relato.

Me crié en la misma familia y en el mismo pueblo que Wade, sin apartarme prácticamente de su lado hasta cumplir los dieciocho años, así que cuando me alejé, me llevé muchas de esas cosas conmigo. A lo largo de los años la familia y el pueblo han cambiado muy poco, y mis recuerdos, vividos, detallados, obsesivos —como corresponde a quien se ha liberado del pasado con las mismas dificultades que yo—, son veraces y están llenos de asociaciones que se despliegan como el cristal de roca cuando forja compulsivamente su propia estructura.

Y además tuve ocasión de escuchar a mi hermano Wade durante todos los años de mi vida adulta que precedieron a los hechos aquí consignados, y especialmente en las semanas en que realmente sucedieron, cuando pude oír su versión de la historia a medida que se iba desarrollando. Le escuché y una vez que empecé a prestarle atención en serio, lo cual ocurrió, como ya he dicho, poco después de Halloween, le hice algunas preguntas. Le interrogué. Más tarde, después de su desaparición, cuando me dediqué con todas mis fuerzas a averiguar todo lo que pude sobre la extraña y compleja violencia de los hechos que condujeron a su desaparición, interrogué a todos los que tuvieron incluso una pequeña participación en el asunto, a todas las personas mencionadas en esta narración que sobrevivieron a dichos actos y aun a algunos a quienes no se hace referencia: agentes de policía, funcionarios de la administración de justicia, peritos en balística, psiquiatras, periodistas, profesores. Investigué registros de la propiedad, historias locales, tradiciones familiares. Llené una habitación de documentos y cintas magnetofónicas, trastornando mi orden doméstico, poniendo en peligro mi trabajo, cercenando mis relaciones sociales; en resumen, me obsesioné. No puedo explicar por qué, sólo observar que cuando Wade empezó a desmoronarse a primeros de noviembre lo comprendí muy bien, con demasiada facilidad, como si yo padeciera exactamente el mismo proceso de destrucción. O quizá como si *hubiera podido* destruirme en caso de no haberme marchado de casa cuando lo hice y como lo hice, bruscamente, del todo, reventando el suelo con la fuerza de mi marcha, sin despedirme ni volver jamás hasta que Wade, a su vez, se marchó.

El tercer elemento que constituyó mi visión —intuición— podría entenderse mejor como una increíble habilidad para conocer plenamente la forma en que debieron de producirse las cosas, qué y cómo debieron de decir o sentirse las personas en un momento en que ni yo ni Wade, mi principal testigo, estábamos presentes. Hay una suerte de informaciones, a veces simples despojos, retazos, que al instante se combinan en una forma coherente, de fácil percepción pero que puede o no puede reconocerse. Durante la mayor parte de mi vida adulta decidí no reconocer esas formas, aunque constituían tanto la configuración de mi vida como la de Wade. Pero una vez que las reconocí, se precipitaron hacia mí una tras otra hasta que la historia que aquí narro se me presentó en toda su integridad.

Durante un tiempo esa historia vivió en mi interior, suplantando a la mía propia, hasta que al fin no pude soportar más el desplazamiento y decidí abrir los labios y hablar, dejar que emergieran los secretos sin reparar en el precio que me costara, a mí o a los demás. Lo he hecho no para alcanzar un bien social concreto, sino sólo para ser libre. Quizá entonces, pensé, mi propia historia, y no la de Wade, renacerá al fin en mí; y esta vez será diferente: esta vez dejaré verdaderamente esa familia y ese pueblo. ¿Me casaré entonces? ¿Formaré mi propia familia? ¿Me convertiré en miembro de una tribu? ¡Oh, Dios, ojalá lo consiga, ojalá sea ese hombre!

Media hora antes de amanecer, el viento cesa y la temperatura asciende de nueve grados bajo cero a cero grados. Es primero de noviembre; la noche casi ha terminado. A seis kilómetros al sur del centro de Lawford, en la orilla oriental de un pequeño lago de fondo pedregoso y semejante a una charca entre imponentes colinas boscosas, empieza a surgir de la suave oscuridad el desigual y amontonado contorno de un parque de caravanas: diez o doce remolques sucios emplazados en paralelo junto al lago y en sentido perpendicular a una calle asfaltada que sale en ángulo recto de la Route 29.

Desde lejos, a ochocientos metros de la carretera, el parque de caravanas aparece a la tenue y nueva luz como un campamento abandonado de jornaleros o un puesto militar desierto. A la mitad de esa distancia, los remolques semejan ataúdes metálicos a la espera de carga. Desde la calle asfaltada, donde están instalados los buzones, se distinguen breves caminos de entrada y cuadrículadas zonas de césped que el frío del otoño amarillea. Y al entrar en el parque propiamente dicho, los remolques —férreos cajones de color pastel elevados sobre la dura tierra por pilones de cemento— parecen erizarse en pálidas pieles de escarcha. Basura, juguetes y viejas herramientas llenan escalones y caminos; montones de arena, pilas de ladrillos, bloques y tablones de distinto tamaño se hacinan a la intemperie de los patios; camionetas y coches oxidados están aparcados en los caminos de entrada, y piezas de coches y camiones yacen desordenadamente por el terreno. Delante de muchos remolques hay altos arbustos quemados por la helada y, en la parte de atrás, yermos jardines delimitados con cercas de tela metálica medio derrumbadas pretenden mantener lejos al venado.

La historia, el desarrollo e incluso la geología del lugar dan un aspecto de

desorden, amontonamiento, abandono. Sin embargo, pese al ruinoso y descuidado aspecto de los remolques, el Mountain View Trailer Park, todo el pueblo de Lawford y el propio valle están firmemente alineados en profundas y necesarias simetrías que, como la misma muerte, ordenan el caos natural del mundo que parece rodearlo. En un sentido último, el lugar está circundado por una geometría de necesidad, ubicación, materiales y frío.

Las parcelas y remolques eran propiedad de Gordon LaRiviere, y los planos se trazaron tres años antes de una forma precisa y calculada sobre un pedregoso terreno cubierto de arbustos, una antigua pradera salpicada de erosión glaciática que se extendía tímidamente desde la carretera hasta el lago. A la claridad gris del amanecer, si se mira desde la orilla por la pálida superficie del hielo, se ve una negra masa líquida cuya forma de ameba no guarda una clara relación con la larga y estrecha lágrima del propio lago ni con el eje que une de norte a sur los bajos y escarpados cerros más cercanos y la morrena más elevada a lo lejos.

Por su forma —de perfil un amplio y negro desgarrón en el cielo cubierto—, la sierra se llama Saddleback, y termina en un promontorio arbolado, Parker Mountain, así llamado por el comandante Rubin Parker, cuya elocuencia convenció a los abenakis y cuya astuta camarilla persuadió a las autoridades provinciales de New Hampshire de que los indios, y no el monarca británico, eran los dueños de la montaña y que por tanto podían vendérsela junto con sus altos árboles. Y así lo hicieron, por dos cajas de hachas, media docena de espejos, cincuenta mantas de lana, cien monedas de oro de cinco dólares y un reloj de pared.

Parker Mountain, o tres mil hectáreas de ella, que constituyen casi toda su extensión, es más un cerro que una montaña. Pero como es un promontorio aislado, un solitario montón de tierra y piedra vomitado de una vez por el glaciar al retirarse, no guarda ninguna relación geológica ni visual con las White Mountains, más al norte y al este, ni con las Green Mountains, al oeste y al sur, por lo que destaca entre el lecho bulboso de colinas y lomas que lo rodean y efectivamente parece una montaña.

Parker Mountain, pues, y no Parker Hill, pareció a los blancos un nombre apropiado, o al menos mejor que el de los abenakis, que los mapas primitivos traducen como Lugar de las Serpientes. La tierra fue propiedad exclusiva del comandante Parker hasta que murió en la cama a la edad de noventa y siete años, en 1842, cuando se repartió entre sus siete hijos, que vendieron el cerro y los pocos árboles que quedaban por talar a la Gran Compañía Maderera del Norte, de Newburyport, Massachusetts. Los herederos de Parker se trasladaron pronto al sur, a Concord y Manchester, donde desaparecieron entre la burguesa respetabilidad victoriana, sentando el precedente de una forma posterior de emigración.

Noventa años y tres generaciones después, en 1932, la Gran Compañía se declaró finalmente en quiebra tras un largo declive, y los bancos Shawmut National y First Boston subastaron el cerro en grandes parcelas a cien dólares la media hectárea. La mayoría de los terrenos fueron adquiridos por habitantes de la zona que poseían

tierras de cultivo cerca. Pero cuando se produjo la gran crisis de los años treinta, la agricultura familiar del norte de Nueva Inglaterra decayó hasta casi desaparecer, los campos volvieron a llenarse rápidamente de matorrales y bayas silvestres y las cercas de piedra se desmoronaron, desaparecieron y se olvidaron a la sombra de los pinos y abetos crecidos por tercera o cuarta vez. Viudas, hijos y nietos, sobrinos y sobrinas, primos carnales y primos segundos, amigos y hasta enemigos heredaron la tierra a medida que una generación legaba el mundo físico a la siguiente.

A finales de los años ochenta, las tres mil hectáreas de piedra y pinares del cerro pertenecían a los miembros de quizá un centenar de familias diferentes. La mayor parte de la montaña seguía siendo de gente de la zona, que a veces incluso vivía allí, pero muchos propietarios residían ahora en otra parte, con frecuencia en sitios tan alejados como California y Hawai, y apenas conocían la existencia de sus pocas hectáreas de campo improductivo y pedregoso en New Hampshire, salvo cuando llegaba el recibo de la contribución. Dudando sobre la conveniencia de conservar las tierras, solían hacer algún tímido intento de buscar comprador, y, al no encontrarlo, unos pagaban el reducido impuesto a Alma Pittman y otros no, pero en cualquier caso volvían a olvidarse de la tierra hasta el año siguiente. En la actualidad, títulos de propiedad, contratos de venta, informes topográficos, mapas y tasaciones fiscales estaban tan enmarañados y eran tan contradictorios, que resultaba difícil, si no imposible, determinar quién era el propietario de lo que fuese. En consecuencia, la gente que utilizaba la tierra, para vivir, cazar o pescar, por los pinares o las bayas, no vendían la parte que les servía ni pensaban en comprar la de otros, de modo que más de dos siglos después de que el comandante Parker compró Parker Mountain a los indios abenakis, los derechos de propiedad habían dado un giro completo. Una vez más, la propiedad de la tierra venía determinada más por el uso que por la ley. Sin que nadie se quejara, los funcionarios municipales exigían los correspondientes impuestos a los usuarios y se daban por satisfechos con lo que recaudaban.

Aún no había ninguna luz encendida en las caravanas cuando empezó a nevar: luminosas motas de ceniza se recortaban contra la oscura sierra y la montaña al otro lado del lago y contra el negro círculo de agua sin helar del centro. Al cabo de unos minutos la nieve cayó con más fuerza, en vertical, como copos de algodón en la atmósfera sin viento. Las primeras nieves del año, y tempranas incluso para esa región tan septentrional desde cuyas cumbres se podía ver el Canadá, frígido, firme y lúgubre como pizarra.

Pronto se puso blanco el terreno que rodeaba el parque de remolques, y los techos, coches, camiones, dependencias, cobertizos y cabañas de herramientas se cubrieron de una capa semejante a sábanas nuevas y almidonadas. La nieve daba más luz que el cielo, ocultando lo que el día hubiera revelado. Borró los desarreglados jardines y la maleza circundante, el triste y desaliñado aspecto del lugar, con la rápida eficacia de la amnesia.

En el remolque más cercano a la carretera, luego en otro más alejado y después en

media docena se encendieron luces que arrojaron pequeñas manchas y franjas de amarillento resplandor contra el suelo cubierto de nieve. Podían percibirse los ruidos y movimientos torpes de la gente que se despertaba y preparaba para empezar el día. Se oía el apagado llanto de un niño, una radio, el zumbido de una máquina de afeitar eléctrica, el grito que una mujer lanzaba desde la cocina al fondo del remolque donde un muchacho seguía acurrucado en la cama, con los ojos cerrados fingiendo dormir en la oscuridad bajo las mantas, caliente, al abrigo de la luz y el frío.

El remolque del final, azul claro, de dos habitaciones y con las juntas oxidadas, estaba instalado en lo que al principio se promocionó como la mejor parcela del parque. Estaba junto a una playita semicircular y al otro lado la tierra se estrechaba en una aguda punta, de modo que no había espacio para otros remolques. Era la casa y la parcela que Wade Whitehouse había comprado dos años antes a su jefe, Gordon LaRiviere, poco después de abandonar definitivamente la casa del bosquecillo de abedules de Lebanon Road que él mismo había construido y donde vivió cerca de ocho años con su mujer, Lillian, y su hija Jill.

Wade dirigía la cuadrilla que instaló el pozo artesiano en el parque, un pozo hondo del que se sacaban doscientos litros de agua por minuto a cuarenta metros de profundidad, y se sintió atraído por la idea de vivir junto al lago, sobre todo porque odiaba la alternativa (la única solución que se le ocurría después del divorcio) de quedarse en el pueblo, en uno de los apartamentos de la tienda de Golden. Wade estaba sin un céntimo, pero LaRiviere le ofreció una hipoteca a veinte años sin entrada y le dio la oportunidad de elegir primero entre doce remolques del parque. Era julio, y Wade pensó que le gustaría pescar; además, le pareció que podría disfrutar de la playita y del remolque azul claro, sobre todo en las calurosas tardes de verano después del trabajo.

Pero resultó que nunca llegó a comprarse una caña de pescar. Y en dos años no había utilizado una sola vez la playa, en parte porque tenía mucho que hacer en verano, cuando perforaba pozos para LaRiviere fuera del pueblo y no llegaba a casa hasta después de anochecer, pero también porque, salvo quizá durante seis o siete semanas de julio y agosto, el lago era demasiado frío para bañarse a gusto. Luego llegó el primer invierno en el parque y pronto se hizo evidente que la parcela del fondo, en la punta, era el peor emplazamiento para un remolque. El más expuesto a los vientos fríos procedentes de Parker Mountain, que cobraban velocidad al cruzar el lago y golpeaban como martillos los costados de chapa del indefenso remolque antes de abatirse sobre la tierra de White Mountain. Wade tardó dos inviernos en concluir que, cuando se lo vendió, LaRiviere quizá sabía que era el sitio menos conveniente de los catorce remolques del parque, y que si él, ansioso e incluso agradecido, no se lo hubiera comprado por 22 000 dólares, su jefe se habría visto obligado a venderlo por mucho menos.

¡Ah, qué año tan horrible fue aquél! El año del segundo divorcio, cuando la casa pasó a ser propiedad de Lillian, cuando tuvo que vivir meses en el sucio apartamento



de la tienda de Golden, cuando compró el puñetero remolque a LaRiviere. Luego, seis meses después, Lillian decidió casarse con Horner y trasladarse con Jill a Concord. Es sorprendente que sobreviviera a todo aquello.

Se incorporó entre las enredadas sábanas y mantas como una marsopa que emerge a la superficie, sobresaltado por el mero hecho de estar despierto y luego por el ambiente frío, por la visión de su desordenada habitación, por el olor a cerveza rancia, a colillas y a su propio aliento nocturno, por la voz de Kenny Rogers que graznaba en la radio despertador sobre la caja de plástico azul de las botellas de leche, de modo que las imágenes que había estado soñando desaparecieron casi al instante como el recuerdo de una vida anterior, menos evolucionada e intensa, consumida entre cuñas de sombra y verdeantes rayos de luz.

Miró la hora, se pasó la lengua por los dientes pastosos, cogió un cigarrillo, lo encendió, volvió a tumbarse unos momentos con las manos bajo la nuca y, mientras fumaba, pasó ante sus ojos una fragmentaria película de los últimos acontecimientos de la noche anterior. Se vio sentado a oscuras junto a la ventana de su oficina en el ayuntamiento. Yendo en el coche al Toby's Inn. Desplomándose en silencio en un reservado con Jack Hewitt, Hettie Rodgers y tres o cuatro hombres y mujeres más; y después, con el dolor de muelas anestesiado por el alcohol, charlando y riendo en voz alta y cordial con uno o dos parroquianos que sólo conocía vagamente. Luego bebiendo solo en la barra y por último, justo antes de la súbita oscuridad al final de la sogá, de pie en el aparcamiento, examinando su coche verde claro como si fuera el de un extraño, encontrándolo indescriptiblemente feo. Después, nada.

Pero ningún recuerdo —y ninguna señal visible— de pelea, pensó con alivio. Emitieron un anuncio de un concesionario Chevrolet de Concord y apagó la radio. Se tocó el rostro con la punta de los dedos de la mano derecha, no sintió dolor ni hinchazón en las manos, ni encima de los ojos ni en torno a la boca, y se quitó el cigarrillo de los labios para echar la ceniza en una botella vacía de Budweiser que había junto a la radio. Frente a la cama había una silla de plástico y aluminio, con su ropa cuidadosamente colocada en el respaldo y el asiento, y observó que la camisa no tenía sangre ni desgarrones. Alzó los brazos, volvió a ponerse las manos bajo la nuca y estiró las piernas. Por un momento disfrutó completamente de estar desnudo bajo la manta y la sábana arrugada. La muela le dolía sólo un poco, un mero zumbido, y no pensó una sola vez en su hija y en su exmujer.

No fue hasta después de ducharse y afeitarse y estar frente al fregadero con su descolorido albornoz azul, removiendo una taza de café instantáneo, cuando la sonoridad extraña y vagamente familiar del silencio que rodeaba el tintineo de la cucharilla contra la taza le hizo observar que estaba nevando. Miró a la ventana sobre la pila, donde se amontonaba una semana de platos y cacharros sucios, y vio una suerte de bruma, porque ahora nevaba fuerte, un visillo de gasa, y apenas distinguía más que el quebrado contorno de Saddleback y Parker Mountain.

Miró el reloj: las seis cuarenta.

—¡Joder! —exclamó en voz alta, dirigiéndose rápidamente al raído sofá de cuadros, donde se sentó suspirando.

Cogió el teléfono, que estaba sobre un montón inclinado de periódicos en la mesa del fondo, y marcó un número. Al cabo de unos segundos empezó a hablar.

—¿Lugene? Soy Wade. ¿Qué tal? —preguntó y, sin esperar respuesta, añadió—: Oye, Lugene, mira, me estaba preguntando, con la nieve y todo eso, ¿tienes hoy colegio?

Escuchó, encendió un cigarrillo de un paquete que había en la atestada mesita y dijo:

—¿Y cómo coño voy a saberlo yo? ¡Tú eres el director, maldita sea! Tú eres el que tiene que saber si va a nevar mucho, no yo. Yo sólo tengo que ocuparme de dirigir el tráfico de siete y media a ocho y media, ¿no lo entiendes? —Volvió a escuchar y añadió—: Sí, vale, lo siento, Lugene. Se me está haciendo tarde y sólo hace un momento que me he dado cuenta de que está nevando, eso es todo. Ya se me ha jodido el día. Sólo esperaba que hubieras cerrado el colegio, ¿sabes? Porque tendré que pasarme el día quitando nieve, y si no llego pronto donde LaRiviere me tocará cargar con la niveladora. ¿Por qué no llamas al servicio meteorológico? A lo mejor puedes cerrar el colegio.

Wade hizo una pausa.

—¿Vas a llamar al servicio meteorológico? ¡Joder!

Lugene convino en hacer la llamada, pero fuera cuales fuesen las previsiones, aseguró, ese día habría colegio. A mediodía quizá decidiera mandar a los niños a casa, pero estaba claro que no había caído nieve suficiente, ni caería en una hora, para que los autobuses no pudieran llegar al pueblo sin problemas. Luego preguntó a Wade si hablaba así a todo el mundo.

—Muy bien —concluyó Wade, ignorando la pregunta—. Saldré dentro de un momento.

Colgó el teléfono y cruzó precipitadamente el estrecho pasillo hacia su habitación. No saldría a perforar pozos; le tocaba quitar nieve. Se vistió a toda prisa con ropa de trabajo: calzoncillos largos, camisa de franela a cuadros azules y negros, pantalones de sarga verdes, gruesos calcetines de lana y botas de goma.

En la puerta, Wade cogió de la percha las prendas de abrigo del uniforme de policía, se caló la gorra hasta la mitad de las orejas y se puso el chaquetón azul oscuro con un enérgico movimiento de hombros. Echó una mirada al termostato, lo rebajó seis grados, dejándolo en trece, se detuvo brevemente en la puerta y miró a la habitación con una expresión vacía en el rostro, como si comprobara una lista diaria.

Mientras Wade está en la puerta, detengámonos un momento y observémosle de cerca. Ya es hora de hacerlo. Examinados desde cierto ángulo, sus rasgos constituyen un ejemplo clásico de un antiguo tipo de rostro del norte de Europa. Es el rostro firme, de pómulos altos y espesas cejas, que surgió en las marismas por primera vez en esa forma hace veinte o treinta mil años entre épocas glaciares en las orillas

meridionales del Báltico, entre hordas de cazadores y recolectores que emigraban al mar occidental expulsados de sus fértiles asentamientos del estuario por un pueblo más alto, blanco y guerrero que conocía la agricultura y poseía herramientas, armas ingeniosas y principios de organización social que le permitían conquistar y esclavizar a otras tribus.

A Wade no le gustaría oírme decir esto, pero, al tiempo que el suyo, estoy describiendo mi propio rostro. Ése es el aspecto que tenemos los Whitehouse, hombres y mujeres (la mayoría de nosotros, en todo caso). Nuestra cara la formaron miles de años de escudriñar el fuego, la fría niebla que se eleva de las marismas saladas, las aguas profundas que el enorme esturión surca despacio; un rostro apretado, arrugado y marcado por fruncir pensativamente durante milenios los finos labios sobre rastros y deyecciones de animales, sobre granos silvestres contados uno por uno y depositados en una cesta de mimbre, sobre pequeñas esculturas de piedra de mujeres de grandes pechos, anchas caderas y orondos vientres. Y aparte de esos antiguos hábitos de expresión hay algo más hondo y mucho más antiguo, al menos en las facciones de Wade. Hay intimidad y ternura, una melancólica vulnerabilidad en sus oscuros ojos castaños, sobre todo en la forma en que el severo y un tanto prominente entrecejo protege la delicadeza de los ojos y les permite permanecer muy abiertos, alerta al peligro incluso a la deslumbrante luz del sol. La estrecha boca, apretada sobre grandes dientes amarillentos, da la impresión de inteligencia y sensibilidad. No es un rostro noble, ni tampoco especialmente refinado, pero sí apasionado y reflexivo.

El cuerpo de Wade, como el mío, también desciende de un tipo antiguo, evolucionado a lo largo de decenas de miles de años de sujetar bajo la lluvia las riendas de un caballo ajeno mientras el jinete despacha sus asuntos bajo techo y frente al fuego, de subir inseguras escaleras con un cuevo cargado de ladrillos, de torcer la cabeza de un oso con un brazo robusto mientras se extiende el otro para rebanarle el cuello de un solo tajo, de arrastrar una carreta de leña para alimentar el fuego de otro. Es un cuerpo sólido y fuerte, de músculos planos y hombros redondeados, larga y ancha espalda, no tan alto como para llamar indebidamente la atención, ni tan bajo como para ser incapaz de levantar grandes pesos o hacer largas y agotadoras marchas llevando armas y tiendas de campaña. Es, supongo, el tipo de cuerpo que sirvió a papas y príncipes europeos para una guerra de mil años.

Ése es el rostro y el cuerpo que veo cuando Wade pulsa el interruptor junto a la puerta para apagar la luz del cuarto de estar y permanece un momento más en la penumbra gris del remolque para examinar la habitación, una estancia triste, sucia, desordenada, que prueba la presencia de un hombre desaliñado casi de mediana edad que vive solo: botellas de cerveza vacías en el suelo y en la mesita, ropa de trabajo esparcida por el suelo, ceniceros rebosantes, periódicos tirados por todas partes, envases de comida, tazas de café y platos sucios dejados sobre las mesas y la televisión, en un rincón.

Por primera vez en lo que según cálculos serían meses, miró la habitación como si fuera la de un extraño, un hombre que no conocía, y sintió un nudo de repugnancia en el estómago. No quería conocer a aquel hombre. No, señor. Y entonces, de pronto, comprendió la impresión que habría recibido Jill al entrar por la puerta, cansada y con sueño pero muy contenta de haberse divertido tanto pidiendo golosinas y yendo luego a la fiesta del Halloween con su papá. Tras llevarla en brazos desde el coche, abrir la puerta con la mano libre y encender la luz, Jill se habría vuelto sobre su hombro para mirar alrededor y habría visto el horrible cuarto, la habitación donde vivía aquel desconocido.

Ladeó la cabeza a la derecha, como un boxeador cuando esquivo un golpe, abrió la puerta de un tirón y salió con rapidez. En el suelo había casi tres centímetros de nieve, que seguía cayendo en un ligero polvo seco pero aún con más fuerza que antes, acumulándose rápidamente. Como alguien que tratara de localizar a un amigo entre una multitud de extraños, miró con los ojos entrecerrados a través del lago hacia Saddleback y Parker Mountain, oscuras y nebulosas protuberancias confusamente delineadas en el cielo blanco, más parecidas a manchas que a objetos sólidos, y entonces oyó de pronto, sin sorpresa, como si lo hubiera estado esperando, el primer tiro de la temporada de caza: una rápida serie de cuatro detonaciones secas que restallaron a través del lago y retumbaron de nuevo.

Con las manos enguantadas quitó la nieve del parabrisas dejando al descubierto una áspera capa de hielo plateado, subió al interior, introdujo la llave en el contacto, pisó dos veces con fuerza el acelerador y giró la llave. El motor gimió pero no arrancó. Volvió a intentarlo, exactamente igual que antes, y tampoco lo consiguió. Eso formaba parte del procedimiento. La tercera vez sería la buena, y así fue: el motor frío giró una vez, dio varias vueltas despacio y fue cobrando velocidad hasta que al fin arrancó y volvió tosiendo a la vida.

Estar sentado en el coche era como estar acurrucado en una tienda de campaña en el Ártico o en un iglú; así se lo imaginaba Wade. La claridad que pasaba a través del hielo del parabrisas y las ventanillas daba un resplandor espectral, blanco y metálico, que en vez de iluminar el interior del coche lo inundaba, como el aliento de Wade, que surgía flotando de su boca y su nariz en vaporosos jirones. Cuando el motor funcionó con suavidad, sin calarse, accionó el dispositivo antivaho. Al principio rechinó y gimoteó pero en unos segundos empezó a zumbiar desde la parte posterior del salpicadero, lanzando aire contra el parabrisas.

Wade esperó, y poco después el aire del ventilador había derretido a cada lado unos círculos del tamaño de una moneda de diez centavos que se fueron agrandando, convirtiéndose en piezas de veinticinco y luego en platillos, hasta que al mirar por el cristal pudo ver la nieve que caía, el remolque e incluso el lago.

La descongelación de su helado santuario le desconcertó extrañamente, entristeciéndolo un poco, inquietándole durante unos momentos. En medio del lago, que ahora era una lisa lágrima blanca, vio la negra abertura de agua. Aquella noche

probablemente desaparecería entre la blancura helándose como la piedra incluso allí, donde había más de quince metros de profundidad. Entonces habría dos mundos claramente distintos, el de arriba y el de abajo, con el hielo en medio como una impenetrable barrera que los protegiese el uno del otro. Sintió que aquella separación, la barrera entre ambos mundos, le abandonaba a medida que el hielo se fundía formando dos círculos cada vez mayores, como ojos con los que podía mirar afuera pero —como si ése fuera el precio que tuviese que pagar por el privilegio de ver— con los que también podía ser visto.

Automáticamente, Wade conectó la radio en banda normal, y con el punto de luz roja recorriendo el selector de frecuencia, dio marcha atrás por el camino de entrada, torció el volante y salió del parque de remolques dejando en la nieve fresca las primeras huellas de neumáticos del invierno. Girando a la izquierda por la Route 29, pasó la hilera de buzones coronados de nieve y alineados unos junto a otros como diminutas carretas de la llanura, y se encaminó al pueblo.

A unos cuatrocientos metros al norte del parque del remolque, el río Minuit cambia bruscamente de curso cerca del lado izquierdo de la carretera, y desde allí hasta el pueblo serpentea y se riza con ella a lo largo del estrecho valle. A Wade le gustaba el aspecto del río entre la nieve reciente y la temprana luz lechosa de la mañana. Así es como un turista se imagina New Hampshire, pensó, con pinos inclinados sobre el agua y abedules cargados de carámbanos y amontonados al borde de remolinos y lagos, con grandes rocas cubiertas de nieve en medio de la corriente y salpicadas por turbulentas aguas verdes que forman torbellinos a su paso y dejan una gruesa capa de hielo en las marcas de la crecida. En esos momentos Wade sentía una especie de orgullo por aquella tierra, una sensación extraña e intensamente agradable que empezaba con la gozosa contemplación del paisaje, pasaba por el deseo de compartir con alguien aquel placer y concluía bruscamente en una fantasía en la que él, de pie frente al panorama, abría los brazos de par en par como para abarcarlo todo y daba un paso a un lado para mostrárselo... ¿a quién?

Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de la camisa, se lo puso en los labios y alargó la mano para encender el mechero del coche, cuando en el asiento del pasajero vio, sorprendido, un sombrero verde tirolés. Era el que había recogido del suelo la noche anterior, cuando su dueño se marchó del pueblo con Lillian y Jill. Lo miró, como si fuera un trozo de un cuerpo descuartizado, una prueba irrefutable que le relacionaba con un crimen completamente desconocido para él.

—¡Vaya por Dios! —exclamó en voz alta, bajando la ventanilla de su lado.

Dejó que entrara el aire glacial, cogió el sombrero y lo arrojó fuera. No cerró la ventanilla en todo el camino al pueblo, como si el azote del viento frío le impidiera quedarse dormido, dar un volantazo, patinar, salirse de la estrecha y peligrosa carretera llena de curvas y caer al río helado.

EN ESTA PARTE DE NUEVA INGLATERRA el invierno se acerca por el noroeste. Viene soplando desde Ontario y Quebec, y llega con tan pasmosa fiereza e inflexible determinación, que uno se rinde inmediatamente y sin condiciones. No hay ajustes temporales, nada de detener el proceso ni concertar plazos, ningún acuerdo negociado.

En las decenas de miles de años que esos estrechos valles y abruptas colinas han estado poblados por seres humanos, la vida se ha regido por el invierno, no por el verano. Calor, cielo alto y azul, luz del sol, flores, chubascos: eso son aberraciones. Lo normal es que nieve desde principios de noviembre hasta bien entrado mayo; que se suceden las semanas con el cielo bajo y cubierto, gris como el zinc; que el hielo cruja y restalle cuando, cada noche más cerca del fondo del lago, una nueva capa de agua se enfría, se contrae y se congela bajo la anterior capa de hielo.

Da la casualidad de que existen dos zonas climáticas claramente distintas y separadas por una línea invisible que atraviesa New Hampshire desde Vermont, cerca de Keene, en el extremo suroccidental del estado, pasa por Concord, en el centro del estado, llega a los lagos al norte de Rochester, al este, y penetra en Maine. Cuando llueve al sur de esa línea, en noviembre y diciembre y luego en marzo y abril, en la parte norte nieva y los lagos aún siguen helados. El país es más alto al norte, más rocoso, menos cultivable, con pliegues glaciáricos semejantes a dedos de fuertes nudillos extendidos hacia los anchos valles de aluvión, las bajas y ondulantes colinas de Massachusetts y Connecticut y la llanura costera del este de New Hampshire y Maine. Al sur de esa línea sin trazar, el clima es el característico de la mayor parte de la zona industrial del noreste de los Estados Unidos; al norte, el tiempo es el normal del Canadá oriental.

Así ha sido desde el otoño del año en que los seres humanos aparecieron por primera vez en la región —rezagadas bandas de cazadores del pleistoceno que emigraban al sur y al este desde la lejana Asia tras las manadas de alces y lanudos mamuts—, y así continúa siendo hoy, de modo que no es sorprendente que la vida de los habitantes del sur de esa línea parezca reflejar desde el principio la generosidad y templanza del clima, mientras que los que viven al norte de ella reflejan en su vida cotidiana la austeridad, la pura malicia y el tedio extremo del tiempo que padecen. Es la diferencia, pongamos, entre China y Mongolia, o entre Inglaterra y Escocia, Michigan y Manitoba: la gente se adapta o muere en seguida. O emigra.

Así, cuando en el otoño llegan a Lawford los primeros hielos y nieves del invierno —normalmente a principios de noviembre, a veces incluso antes—, los habitantes, ya sean del pleistoceno o contemporáneos, no alzan la vista sorprendidos y desalentados ni se apresuran a preparar sus casas para el cambio de estación. No, apenas reparan en la llegada del invierno. En primer lugar, apenas notaban su ausencia. En los lagos más hondos el hielo no rompía hasta finales de abril, y en los

bosques y laderas del norte había descoloridos restos de nieve hasta mediados de mayo. Había escarcha al menos hasta junio, y las heladas volvían a últimos de agosto, cuando enrojecían los arces y zumaques de cerca del agua y se doraban los abedules. Todos los días surcaban el cielo largas bandadas en V de negros gansos del Canadá, y pronto las hojas de robles, olmos, espinos y abedules se teñían de brillantes colores: rojo vivo, amarillo fuego, rosa, púrpura y escarlata. En la primera semana de octubre pasaban los días largos y grises sin que la temperatura subiera de cero grados mientras las hojas, con los colores desteñidos por el frío, caían de los árboles y giraban en el viento de otoño, los juncos y cañaverales se agitaban en la helada garra de charcas y pantanos, y los animales se metían en sus madrigueras a dormir durante seis meses.

Que vengan las nieves es tan natural, tan inevitable y en cierto sentido tan saludable como la gravedad. Mucho después de medianoche, un cielo azul y estrellado con una media luna al sureste se llena despacio de nubes bajas y oscuras hasta que toda la línea del horizonte queda cubierta y todo punto luminoso, todo pálido reflejo, todo recuerdo de luz queda barrido del valle. Los primeros copos dispersos caen despacio, casi por accidente, como desparramados por un fuerte viento que los transporta camino del este, a Maritimes o New Brunswick: un solo copo, seco y duro, luego otros más, después un centenar, mil, demasiados para verlos ya separados unos de otros; hasta que al fin la nieve cae sobre el valle, los lagos y las colinas como un suave edredón de encaje que se hinchara y cayera sobre la región cubriendo los árboles, las peñas y los riscos, las viejas cercas de piedra, los campos y prados tras las casas del pueblo y a lo largo de la Route 29, los tejados, cobertizos y remolques, el techo de coches y camiones, las carreteras, caminos, senderos y aparcamientos, envolviendo y transformándolo todo en los últimos momentos de la noche, de modo que cuando al amanecer empiezan verdaderamente el día y el mes, el invierno ha llegado, ha vuelto, y parece que nunca se ha ido.

La camioneta cuatro por cuatro de color granate que conducía Jack Hewitt salió de la Route 29, tomó por la carretera de Parker Mountain hacia el estrecho puente de madera que cruza el río Minuit y acometió la colina por el bosque, pasando aislados remolques, casas de campo a medio terminar y de cuando en cuando, metida entre los árboles, alguna cabaña con una chimenea de chapa roñosa que sobresalía de la techumbre alquitranada y un filamento gris de humo de leña que desaparecía rápidamente entre los copos de nieve. La camioneta se dirigió hacia Saddleback, avanzando de prisa por el desigual camino sin pavimentar, alzando a su paso grandes abanicos de nieve, despidiendo piedras sueltas y barro con sus grandes ruedas acanaladas.

Pasó ruidosamente frente a la casa de los Whitehouse, donde nos criamos Wade y yo y donde aún vivían nuestros padres, cruzó Saddleback y continuó hacia Parker Mountain. Junto a Jack iba un hombre llamado Evan Twombly. Era grande, corpulento, y llevaba unos pantalones de lana rojos completamente nuevos, chaqueta

y sombrero. Fumaba un cigarrillo que mantenía en el lado derecho de la boca mientras hablaba por el izquierdo. Su forma de hablar y fumar al mismo tiempo era la de un hombre muy atareado, y producía el efecto deseado: incluso cuando hablaba por hablar, le escuchaban.

Aunque no era seguro que Jack le escuchase. Mantenía una de sus posturas características, con la cabeza ligeramente ladeada y los labios fruncidos, como si silbara en silencio y escuchara una melodía en vez de a Twombley, que al fin y al cabo sólo expresaba una leve inquietud por el tiempo, por las consecuencias que pudiera tener en la caza, y eso después de que Jack ya le había asegurado que no influiría en modo alguno, salvo para facilitar la tarea de los cazadores. Twombley no parecía aceptar las garantías de Jack.

—Quiero decir que no hay bastante nieve, y no la habrá hasta dentro de un tiempo. No la suficiente para seguir el rastro de esos cabrones —afirmó Twombley—. Estamos en desventaja, muchacho. Y no veremos bien con esta jodida ventisca, ¿sabes?

Sobre la ventanilla trasera de la cabina colgaban tres rifles, dos de ellos con mira telescópica, que oscilaron y resonaron en el soporte del armero cuando la camioneta se metió en un badén. La pendiente aumentó, Jack hizo doble embrague para reducir de marcha y la camioneta dio un salto hacia adelante.

—No se preocupe, míster Twombley —repuso Jack—. Yo sé dónde están esos mamones. Con lluvia o sol, nieve o no nieve, sé dónde se esconden. Conozco a los ciervos, míster Twombley, y sobre todo esta tierra. Hoy mataremos un gamo. Se lo garantizo. —Soltó una risita—. Antes de las diez.

—Garantizado, ¿eh?

—Sí. Garantizado. *Gracias* a la nieve. Cazaremos al acecho, ¿sabe? En vez de seguir rastros, cazaremos al acecho, ¿entiende? En realidad, ésta es la mejor nieve para rastrear, muy seca y en polvo, con una capa de unos cinco centímetros. Para qué quiere treinta centímetros de nieve húmeda. En este momento las hembras andan metiéndose en la maleza para pasar el día, y los machos las siguen de cerca. Entonces aparecemos nosotros, justo detrás de los machos. Le garantizo que ese rifle disparará antes de las diez. —Jack señaló a su espalda, con el pulgar, al rifle colgado en la última percha del armero—. Claro que dar en el blanco o fallar es cosa suya. Eso no puedo garantizarlo. Pero le situaré a unos treinta o treinta y cinco metros de un gamo en las primeras cuatro horas de la temporada. Para eso me paga, ¿verdad?

—En efecto —repuso Twombley.

Se quitó el cigarrillo de la boca y lo aplastó en el cenicero. Los limpiaparabrisas se movían bruscamente de un lado a otro y grandes gotas de nieve derretida se deslizaban como insectos de agua por el ancho y plano capó de la camioneta.

A primera vista, y a menudo cuando se le conocía de mucho tiempo, Evan Twombley daba la impresión de ser un individuo recio y de carácter fuerte, y la mayoría de las personas solían plegarse a sus deseos. Más adelante comprendían con



frecuencia que les había intimidado de la manera más tonta, pero entonces era demasiado tarde y tenían otros motivos para seguir complaciéndole. Era uno de esos norteamericanos de ascendencia irlandesa que a los cincuenta y tantos años, con el rostro desabrido y abotargado, parecen grandes, voluminosos, formidables, cuando en realidad son pequeños, incluso delicados, de manos finas, caderas y hombros estrechos, orejas, ojos y labios menudos y bien dibujados. Cuarenta años de fuerte consumo de whisky y filetes pueden convertir el cuerpo de un bailarín y el rostro de un músico en los de un político corrupto. Pero en el interior de Twombley seguía alerta el hombre más joven, el bailarín, el músico, que no le dejaba en paz y discutía su derecho de político corrupto de abusar de la gente con su vozarrón, burlándose de su jactancia y sus baladronadas, sus pretensiones de valentía física y haciendo que aquel hombre de rostro enrojecido, corpulento y ruidoso, pareciese en el fondo un individuo vacilante, conflictivo, vulnerable, incluso culpable. Aunque al acercarse a él se sintiera temor, precaución y posiblemente hostilidad, acababa descubriéndose que Twombley despertaba cierta sensación de afinidad, una genuina simpatía y a veces cierto deseo de protección.

Twombley desconocía por completo esa transición, claro está; sólo percibía los efectos más útiles de su personalidad, que le confería poder sobre los demás: al principio la gente le tenía miedo, luego sentía afecto por él. En las relaciones humanas eso constituye una secuencia que invita a la dominación y engendra lealtad. Y en el trabajo concreto de Twombley —que, tras un largo y cauteloso ascenso desde la base, consistía en ejercer la presidencia del sindicato de fontaneros y caldereros de Nueva Inglaterra (AFL-CIO)—, la dominación y la lealtad eran sumamente útiles, por no decir fundamentales, pues sin ellas tendría que haber vuelto hacía mucho tiempo a manejar la llave inglesa metido en una zanja.

Al tomar una curva muy cerrada, las ruedas traseras de la camioneta se alzaron en el aire y el vehículo patinó de un lado a otro de la carretera; imperturbable, Jack pisó el acelerador, dirigió las ruedas delanteras en el sentido de la inclinación y volvió a ceñir la camioneta al camino.

—¿Ya ha disparado con ese rifle? —preguntó Jack, alzando la mano derecha sobre el hombro y palmeando la culata del rifle de Twombley.

—Un poco —contestó Twombley, encendiendo otro cigarrillo y mirando por la ventanilla a los abetos y a los tupidos cedros que pasaban como un destello.

Jack sonrió. Sabía que Twombley no había utilizado una sola vez aquel rifle. Era magnífico, no tenía ni un arañazo ni una mancha, un Winchester M-94 de repetición, calibre 30/30, con la culata labrada. Debió de haberle costado mil dólares. ¡Válgame Dios, esos ricachones viejos y sus juguetes! Jack estuvo a punto de emitir un suspiro, pero acabó apretando de nuevo los labios, como si fuese a silbar. Los hombres como Twombley, tipos gordos y decadentes, son incapaces de apreciar verdaderamente la belleza de las cosas que pueden comprar. Y los que saben apreciar un rifle como el de Twombley, tipos como Jack Hewitt, por ejemplo, que recuerdan el tacto de una buena

arma en las manos durante años como si fuese una mujer maravillosa con la que se acostaron una sola vez, nunca poseerán uno así.

Junto al rifle de Twombly, el nuevo Browning de Jack parecía utilitario, vulgar, simplemente adecuado. Pero para comprarlo tuvo que pedir un préstamo al banco; mintió y dijo que necesitaba el dinero para pagar la factura del médico de su madre, lo que en cierto modo era verdad, porque aún seguía pagando su hospitalización del verano anterior y su padre continuaba sin trabajo, y si Jack no se ocupaba de sus padres, ¿quién lo haría? Compró el rifle y ahora tenía otra letra mensual que pagar. Además de los 48 dólares al mes del rifle, pagaba 420 de la camioneta, 52 del seguro, 35 del anillo de compromiso que compró a Hettie en mayo anterior, 50 al Concord Hospital, por lo de su madre, y daba en mano a su padre 200 dólares para gastos de casa y comida, y al fin y al cabo no podía hacer menos, pues tal como le había explicado su padre una noche que estaba borracho —poco después de que Jack se lesionó el brazo y dejó de jugar al béisbol como profesional en el equipo rural de los Red Sox en New Britain, Connecticut, y volvió a Lawford para plantar de nuevo el culo en su habitación la misma semana que despidieron a su padre de la fábrica—, al viejo le resultaba completamente imposible mantenerle. En realidad, si Jack quería vivir con sus padres, sería él quien tendría que mantenerlos a *ellos*. Así que ahora, sólo unos años después de terminar el bachillerato, cuando debido al béisbol, a su aspecto inteligente y a su buena presencia era uno de los chicos más prometedores de Lawford que se habían licenciado en el instituto regional de Barrington, estaba hasta el cuello de deudas a pesar de que hacía horas extraordinarias para ganar el dinero suficiente y pagar los intereses de los préstamos. Jack era consciente de todo eso, y por esa razón el fantástico rifle de Twombly le resultaba más envidiable. Prácticamente se *merecía* aquel rifle. ¡Como *recompensa*, por amor de Dios!

Twombly se removió en el asiento y se restregó la roja nariz con los nudillos.

—Si me pones delante un gamo grande antes de las diez, muchacho, te daré otros cien dólares.

Jack asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa. Poco después dijo:

—Quizá no lo mate.

—Que te crees tú eso.

—Y supongo que sólo recibiré esos cien dólares si logra matarlo, ¿no?

—Exacto.

—Eso no puedo garantizárselo, ¿sabe?

—¿El qué?

—Que le acierte en el vientre, por ejemplo, o que no le deje herido para que otro lo encuentre y lo cobre a un kilómetro y medio de donde le haya disparado usted. O que no falle del todo. O que no le espante incluso antes de disparar un solo tiro. Esas cosas ocurren. Pasan continuamente. Sobre todo con un rifle nuevo. Usted quiere un ciervo muerto, no vivo.

—Tú ocúpate de lo tuyo, muchacho —repuso Twombly cruzándose de brazos—.

Que yo me ocuparé de lo mío.

—Sí.

—¿Entiendes lo que quiero decir? Como tú has dicho, quiero un ciervo muerto, no vivo.

—Sí, lo entiendo. —Jack no era tonto. Sabía lo que le estaba pidiendo Twombly. Que le matara el ciervo, si fuera necesario. Discretamente. Y en una voz que apenas era un murmullo, añadió—: Muy bien. No hay inconveniente. Tendrá su ciervo, y lo tendrá muerto. De una forma u otra. Y lo tendrá a la hora del café.

—Y tú tendrás cien dólares más.

—Maravilloso —dijo Jack—. Estupendo.

La camioneta llegó a la cumbre del cerro, donde los árboles eran más escasos y menos imponentes, abetos balsámicos en su mayoría, además de arbustos rojizos desperdigados en torno a las peñas. Más allá había una ciénaga de poca profundidad, una charca poblada de musgos y cubierta de hielo. Apenas visible entre la nieve que caía, en lo más alto de una breve cresta, había una cabaña de troncos. Vencidas por la nieve, ramas de abetos azules y pinos rojos rozaban el alero.

Jack aminoró la marcha y detuvo la camioneta al borde del camino.

—Ésa es la cabaña de LaRiviere de que le he hablado —informó, señalando con la barbilla hacia la pequeña casa de una sola habitación—. Podemos encender ahora la estufa, si quiere, así estará caliente y confortable cuando volvamos. O podemos empezar ahora mismo a buscar ese tremendo gamo suyo. Como quiera.

—Eres un hijoputa fanfarrón —repuso Twombly.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sólo te quedan dos horas y media para las diez, y quieres perder el tiempo encendiendo el fuego.

—Sólo trato de ser amable.

—Entonces, vámonos. Olvídate de la estufa. Primero quiero matar un gamo grande —dijo Twombly, soltando una carcajada burlona—. Luego ya me preocuparé de calentarme.

Abrió la puerta bruscamente, bajó de la camioneta y cerró de un portazo mientras Jack salía por el otro lado y empezaba a sacar los rifles y el equipo.

—Vamos, muchacho, hay que mover el culo —le apremió Twombly.

Se apartó un poco de la carretera y se detuvo con las manos en las caderas, mirando colina abajo, por donde una pista maderera pasaba frente a la charca helada y se precipitaba unos cientos de metros hasta llegar al pedregoso lecho de un río seco que torcía a la derecha entre la maleza.

Por un momento Jack dejó de recoger las armas, el macuto y algunas piezas sueltas del equipo y miró con odio a las anchas espaldas de Evan Twombly como si aquel tipo fuese su enemigo mortal. Luego bajó la cabeza y volvió rápidamente a su tarea.

Al alba, justo antes del pálido lustre de la primera luz, los ciervos ya habían

empezado a moverse. En general siempre lo hacían lejos de caminos y campos, por estrechas y tortuosas veredas que conducían a los bosques más densos. En parejas, tríos e incluso en grupos de cuatro —un gamo, una o dos ciervas y sus cervatillos, aunque de vez en cuando también un macho que iba solo—, los ciervos huían rápidamente del ruido y de la vista de los oscuros coches y camionetas que merodeaban por las colinas al amanecer, traqueteando y bamboleándose, penetrando en el bosque hasta donde podían, donde paraban con los faros rasgando la oscuridad de antes del amanecer y depositaban a los cazadores, regresaban, volvían a otro lugar y dejaban a más cazadores hasta que los bosques de esa parte del estado pronto bullían de gente armada.

Mientras nevaba, los hombres charlaban y a veces se llamaban entre arroyos, robles y maleza. Se reían y fumaban cigarrillos y pipas mientras caminaban en parejas por algún antiguo trazado de vía férrea, o, solos, montaban puestos disimulados entre la maleza de montículos que ofrecían una amplia y despejada vista de algún prado con un bosquecillo de abedules al extremo, o encaramados en un roble a tres metros de altura, instalados en una horquilla de las ramas, se frotaban las manos para combatir el frío, sacaban un termo y se servían café y coñac en un vaso de plástico. Era como si detrás de cada árbol, en cada promontorio, junto a cada arroyo hubiese un hombre apuntando con el cañón azul de un rifle, impaciente y aterido de frío, esperando que un ciervo se colocara frente a su punto de mira. Lo veía avanzar delicada, cautelosamente, entre la cortina de copos de nieve. Lo veía surgir tras un árbol caído. Lo veía salir a plena vista entre un montón de matorrales secos, donde se quedaba un momento quieto en el foco de la mira telescópica, un enorme ciervo adulto absolutamente inmóvil, de orejas como oscuras hojas aterciopeladas, rabo ondeante como una bandera blanca, grandes ojos líquidos rodeados de largas pestañas que absorben tantos detalles visuales como puede registrar el cerebro del animal, morro húmedo que busca entre la brisa un olor que no pertenece a corteza de árbol, agujas de pino, resina, hojas, agua, nieve, pezuña, orina, piel o celo. Y entonces, por todas las colinas y valles, por los bordes y el fondo de las barrancas, sobre los riscos y peñascos salpicados de piedras, en las copas de los árboles, laderas, miradores, puentes, incluso en la parte trasera de las camionetas, entre los densos matorrales, por encima de las cercas de piedra, tras los viejos olmos —a lo largo y ancho de los centenares de miles de kilómetros de los bosques montañosos de New Hampshire—, los dedos se contraen dos centímetros y aprietan los gatillos. Se oye el fragor de disparos, un segundo, un tercero, hasta que oleadas de estruendo mortífero se suceden una y otra vez cubriendo cerros y valles. Balas, perdigones, postas de aluminio, plomo, acero, penetran en el cuerpo del venado, rompen huesos, deshacen órganos, desgarran músculo y tendones. La sangre salpica el aire, los árboles, las piedras, el liso y blanco manto de nieve, donde el rojo pronto se destiñe en rosa. Una lengua negra pende entre dientes ensangrentados, como si fuera una boca de carnívoro; los enormes ojos castaños giran en sus órbitas, se empañan, secos y opacos; la sangre

chorrea por las negras aberturas de la nariz, salpicaduras de mierda humean sobre la nieve; el cuerpo del animal expulsa orina, entrañas, sangre, mucus, mientras cazadores de recias botas se apresuran por el helado suelo cubierto de nieve para cobrar la pieza.

Procedentes de todos los rincones y lugares más apartados de la comarca, entraban por el norte y el sur del pueblo enormes y pesados autobuses escolares, anaranjados como calabazas, que luego reducían la marcha en el centro urbano como si lo hubieran acordado de antemano, conectaban los intermitentes rojos y esperaban a que Wade Whitehouse, de pie en medio de la carretera, les hiciera señas para que pasaran uno a uno al patio del colegio.

A Wade no le gustaba esa parte de su trabajo —cinco veces a la semana tenía que dedicar una hora a regular el tráfico en el cruce del colegio—, pero era necesario. En el presupuesto del colegio había una partida de 1500 dólares, la décima parte del sueldo de policía anual de Wade, que en el mes de marzo se aprobaba en reunión municipal. LaRiviere, concejal desde hacía más de diez años, permitía que Wade llegara a trabajar a las ocho y media, media hora después que sus demás empleados, y así podía afirmar que gracias a él la junta directiva del colegio ahorra los mil quinientos dólares al año que habría que pagar a otra persona si Wade tuviese que empezar a trabajar a las ocho. De ese modo el ayuntamiento pagaba a su agente de policía con el dinero asignado al presupuesto del colegio, y la mitad de esos haberes procedían del gobierno del estado y del gobierno federal. Gordon LaRiviere no era concejal por nada.

En los años en que su hija Jill era uno de los niños que iban en autobús al colegio, a Wade le encantaba hacer de guardia de tráfico, sobre todo después de divorciarse de Lillian, cuando él se mudó y ya no veía a Jill en la mesa del desayuno. Todas las mañanas esperaba en medio de la carretera a que su autobús doblara la curva de la colina en la Route 29, y cuando el vehículo llegaba finalmente a su altura, hacía esperar largo rato al conductor y dejaba entrar primero a todos los autobuses que venían de la otra dirección, dando tiempo a Jill a que se asomara a la ventanilla para verle y saludarlo hasta que al fin daba paso al autobús para que entrara en el patio. Entonces él la saludaba a su vez, sonreía y esperaba hasta que el autobús se detenía frente a la entrada principal y los niños bajaban desordenadamente, solos, en parejas, en pequeños grupos de amigos, para ver a su hija por segunda vez, con la cartera y la fiambra, el pelo rubio claro recién recogido en una trenza, la ropa y los zapatos limpios, la bufanda roja agitada por el fresco viento de la mañana.

Ella también le buscaba entonces con la mirada, se sonreían, agitaban las manos como si fueran banderines, y luego corría con sus amigos por el fondo del patio más contenta de empezar el día, estaba seguro, que si él no hubiera estado allí para saludarla. Aquellos felices momentos de cada mañana también eran para Wade el punto álgido de su jornada, impregnaban su actitud hacia todos los acontecimientos que se sucedían hasta acabar el día, e incluso dormía mejor por la noche porque él y

su hija se habían visto unos segundos, sonriéndose y saludándose con la mano. Luego ocurrió algo completamente inesperado: Lillian vendió la casita amarilla del bosquecillo de abedules y se mudó a Concord. Y ahora los autobuses escolares sólo significaban para Wade el recuerdo de su pérdida.

Aquella mañana, debido a la nieve que se había acumulado rápidamente en una capa de varios centímetros y que el viento ya desperdigaba, los autobuses y el resto del tráfico matinal avanzaban con especial cuidado. Wade los detuvo en el cruce más tiempo del habitual impidiéndoles salir de la carretera y entrar en el patio del colegio para depositar su preciosa carga, los niños del pueblo, con el fin de que los conductores tuvieran más tiempo de distinguir sus respectivas posiciones entre la ventisca y los escasos grupos de colegiales que iban andando a la escuela y cruzaban la carretera por el otro lado cuando Wade les hacía seña de que pasaran. Tras los autobuses había una fila de coches y camionetas de gente que tenía prisa por llegar al trabajo y cazadores que se habían levantado tarde. Tras estar parados con los motores y los limpiaparabrisas en marcha, algunos conductores le lanzaron miradas coléricas al pasar, como si los hubiera tenido esperando sin motivo justificado.

No le importaba. Aquella mañana ya estaba furioso de todos modos, y el hecho que la gente se enfadara con él casi le ponía de buen humor. Los rostros de los niños que atisbaban por las ventanillas parecían burlarse de él, como si aún llevaran las caretas de Halloween: pequeños demonios, brujas y fantasmas. Ninguno era Jill; ninguno era su hija, ansiosa por saludarle.

Hizo esperar a todo el mundo, reteniendo a largas filas de autobuses, coches y camionetas, dejando que los niños cruzaran la carretera uno a uno, a medida que llegaban, en vez de agruparlos primero. Y no permitía que un solo autobús entrara en el patio del colegio hasta que el anterior había descargado a todos sus viajeros, dado la vuelta desde el fondo y vuelto de nuevo a la carretera en dirección norte, hacia Littleton.

Ahora incluso los conductores de los autobuses, que normalmente no reparaban en la presencia de Wade, como si las precauciones que debían tomar para no equivocarse entre el ruido y los juegos de sus viajeros les impidieran percibirle como algo más que una señal de tráfico, lo miraban malhumorados al pasar y algunos movían la cabeza con resentimiento. No le importaba. Me importa un pijo que estéis cabreados, pensó.

—¡Por amor de Dios, Whitehouse, que no tenemos todo el día! —gritó abriendo la ventanilla uno de los chóferes, una mujer pelirroja de cara chata.

Los niños rieron en los asientos al oírlo.

Wade oyó el timbre del colegio y vio a los niños acudir corriendo por detrás del edificio de ladrillo para alinearse frente a la entrada en una fila desordenada, las niñas aparte de los niños. El director, Lugene Brooks, con la chaqueta abotonada que apenas podía contener su orondo vientre, el cuello alzado y los escasos cabellos grises agitados por el viento, había salido y estaba dando órdenes a los niños,

haciéndoles desfilar hacia dentro como si fuera un sargento de instrucción. Miró hacia Wade, vio que aún faltaba un autobús por cruzar la carretera y descargar y gritó:

—¡Wade! ¡Date prisa! ¡Van a llegar tarde!

Wade siguió con las manos levantadas y los brazos extendidos, uno dirigido al norte y otro hacia el sur. Sin moverse, impávido, mantuvo su puesto en medio de la carretera. El semáforo en ámbar que pendía de un cable justo sobre su cabeza parpadeaba y se mecía, y los restos de las calabazas aplastadas la noche anterior, medio cubiertos de nieve y barro, yacían esparcidos a sus pies. Parecía un espantapájaros enloquecido.

Pero se sentía como una estatua: un hombre de piedra que no podía bajar los brazos ni mover las piernas, incapaz de dar paso al autobús que quedaba y a las docenas de vehículos alineados detrás y delante de él. Uno de detrás tocó el claxon e inmediatamente casi todos hicieron lo mismo, incluso el conductor del autobús. Pero Wade siguió con los brazos abiertos sin dejar pasar a nadie.

Quería que su hija estuviese en el último autobús. Sencillamente. Era su único pensamiento. ¡Cómo ansiaba ver el rostro de su hija! Anhelaba ver pasar el autobús y a Jill mirarle por la ventanilla con su pálido rostro, las manos contra el cristal, lista para saludarlo. *¡Papi! ¡Estoy aquí, papi!*

Sabía que no estaría allí, claro, que en cambio vería a la hija de algún otro mirándolo. Y por eso se negó a dar paso al autobús. Dejar pasar al último autobús y a la cola de coches y camionetas que había delante y detrás, con las ventanillas bajadas, tocando el claxon y los conductores gritando y haciendo ademanes coléricos, transformaría inmediatamente el deseo de ver a su hija en la simple realidad de su pérdida. En cierto modo entendía que el dolor de albergar un deseo frustrado era más fácil de sobrellevar que la pena de enfrentarse una vez más a aquella pérdida irremediable. Quería que su hija estuviera en el último autobús. Era lo único que pensaba.

Entonces, por detrás del autobús, un reluciente BMW negro se salió del final de la fila y empezó a pasar a los demás vehículos acelerando a medida que se acercaba a Wade. Lo conducía un hombre, a su lado iba una mujer con abrigo de pieles, y detrás dos niños pequeños miraban por encima del hombro de sus padres a Wade, que se comportaba como si no los hubiera visto o esperaba que el BMW parase bruscamente cuando llegara a la altura del autobús.

Pero no lo hizo. Aceleró, cambiando de marcha cuando pasó frente a Wade, y continuó carretera abajo, desapareciendo por la curva final de la Plaza. Wade siguió inmóvil. Como si la fuga del BMW hubiese sido una contraorden a la señal que indicaba la postura del agente, el último autobús amarillo torció rápidamente y entró en el patio del colegio mientras los demás coches se ponían de nuevo en marcha, hacia el norte y el sur, adelantando a Wade por ambas direcciones.

Dejó caer lentamente los brazos sobre los costados y se quedó allí plantado, absolutamente solo, en medio de la carretera. Sólo abandonó su puesto cuando le

pasaron todos los coches y la carretera se quedó vacía, después de que el autobús descargó los treinta o cuarenta niños que llevaba, salió del patio y se encaminó a Littleton. Avanzó despacio bajo la nieve azotada por el viento hacia su coche, estacionado un poco más allá de la entrada del colegio.

Lugene Brooks estaba de pie en la puerta, con el redondo rostro perplejo y ansioso, como de costumbre, y los brazos cruzados más para protegerse del frío y la nieve que para expresar su desaprobación. Wade pasó lentamente frente a él, sin reparar en su presencia, y abrió de un tirón la puerta del coche.

—¿Estás bien, Wade? —inquirió en voz alta Brooks—. ¿Qué pasaba ahí? ¿Por qué has tenido parado a todo el mundo?

Wade entró en el coche, cerró de un portazo y arrancó. Retrocedió un poco, bajó la ventanilla y gritó:

—Ese hijoputa del BMW ha podido matar a alguien.

—Sí. Es verdad. —El director hizo una pausa y añadió—: ¿Le has tomado la matrícula?

—Sé quién es.

—¡Ah, bien! —exclamó el director, que añadió—: Sigo sin entender...

—Voy a coger a ese cabrón —murmuró Wade.

—¿Quién..., quién era?

—Mel Gordon. De Boston. El puñetero yerno de Evan Twombly; era él quien estaba al volante. También sé adónde van. Al norte de Lake Agaway. A pasar el fin de semana, probablemente. El viejo ha ido de cacería con Jack Hewitt, así que a lo mejor tienen planeada una gran fiesta. Pero voy a atrapar al cabrón ése. A joderle el fin de semana.

—Bien. Estupendo, Wade. Bueno... —dijo Brooks con una sonrisa de disculpa, volviéndose hacia el colegio—. Yo soy el encargado de que las cosas marchen bien aquí, así que será mejor que entre.

Wade lo miró fijamente, en silencio, de modo que el director añadió:

—Sólo que me preguntaba... por esa gran retención de ahí, ya sabes, por qué has tenido así parado a todo el mundo. —Sonrió débilmente—. ¿Comprendes?

—A lo mejor crees que voy a responderte a esa pregunta —gruñó Wade—. No hay quien te gane en el pueblo a hacer preguntas tontas.

—Pues sí. Es decir, no. Sólo que... me ha parecido raro, ¿sabes? Me imagino que tendrías una razón para retener así al autobús y a todos esos coches, ¿sabes?

—Sí. Es lógico que tenga una buena razón para hacer las cosas. No todo el mundo que conozco la tiene. Tú, por ejemplo. ¿Tienes una buena razón para todo lo que haces? —preguntó súbitamente al director—. ¿Eh?

—Pues no... En realidad, no. Es decir, para todo no.

—Ahí lo tienes —concluyó Wade, cerrando rápidamente la ventanilla y poniéndose en marcha.

Dejó el colegio, torció a la derecha por la carretera, conectó la radio en banda



normal y se puso a escuchar las voces chillonas que venían de todas partes: camiones en la 1-95, cazadores en las colinas que trazaban sus coordenadas, una mujer de Easton que decía a su marido que se había olvidado el almuerzo. Mientras conducía entre la nieve que ahora caía con furia, como puños blancos, Wade pensó: No puedo soportarlo más. No puedo. No lo aguanto.

En el aparcamiento del restaurante de Wickham había media docena de camionetas y otros tantos coches estacionados unos junto a otros. Atados a los parachoques delanteros, amarrados en las bacas, estirados sobre la chapa ondulada de las plataformas, los cadáveres de grandes venados se destripaban y endurecían en el frío, con la lengua colgando de las sanguinolentas bocas, las pieles peinadas por la leve brisa, las pestañas acumulando copos de nieve. No parecía ser el resultado de una partida de caza, sino de un breve respiro matinal en una guerra continua, como si los animales muertos no fuesen trozos de carne sino trofeos, muestras de particulares actos de bravura, la prueba tangible del furor de la tribu, de su valor y rectitud, y una advertencia cruel a los enemigos que aún seguían con vida. Un audaz golpe de mano. Casi cabía esperar que las cabezas astadas de los ciervos muertos serían brutalmente cercenadas de los cuerpos para ser clavadas en pértigas atadas a los parachoques traseros de los vehículos. Quizá se vieran plumas de cuervo empapadas en sangre.

Por la autopista pasaban coches con matrícula de otros estados que se apresuraban hacia el sur con sus trofeos en la baca y atados al parachoques delantero congelándose en el viento, mientras los conductores y pasajeros se pasaban una botella, gritaban vítores y repetían continuamente hasta el último detalle de la matanza. Y en Lawford, colgaban ciervos de caballetes improvisados en los patios, de ganchos de carne en establos oscuros, de cadenas de montacargas o de cuerdas atadas a las vigas en garajes; y tras las ventanas cubiertas de vaho de las cocinas, los cazadores se quitaban abrigos y botas para sentarse a la mesa ante un almuerzo abundante, huevos con panceta, tortitas con mantequilla y miel de arce, grandes tazones de café humeante: hombres y mujeres con la sangre agitada, llenos de emociones primitivas, de orgullo, de alivio, y con hambre súbita y voraz.

Jack se alejó de la camioneta abriendo la marcha por el llano que había junto al camino, rodeó la helada extensión de la ciénaga y tomó a la izquierda por la inclinada pista maderera, llena de pedruscos y monte bajo. Inmediatamente empezó a escudriñar el abrupto terreno cubierto de nieve que tenía delante, buscando rastros de huellas. Twombly lo seguía a trompicones, como un niño gigantesco envuelto en lanilla roja, pero cuando llegaba a su altura Jack apretaba el paso y volvía a dejarlo atrás.

Se movía con suavidad, con la naturalidad de un atleta de largas piernas y hombros anchos, esbelto y ágil: un jugador de béisbol. «Haga lo que haga», solía decir, «siempre seré un lanzador de pelota». Nunca decía «jugador de béisbol», ni siquiera «*pitcher*», y en realidad se decepcionó un poco cuando el Red Sox fue el único equipo dispuesto a ficharle, pese a que desde muy niño el Sox había sido su

favorito, porque eso significaba la American League y la norma de la primera base: si alguna vez llegaba a los campeonatos de liga, como *pitcher* no podría correr a la segunda base. Y en aquella época estaba plenamente convencido de que llegaría a jugar en las ligas. En el pueblo, e incluso en todo el estado y en Massachusetts, todo el mundo esperaba que Jack Hewitt, el chico de un pueblo de montaña de New Hampshire, jugara en las ligas. «Es imposible que ese chico no esté lanzando en Fenway dentro de un par de años», decía la gente cuando Jack, con su rápido lanzamiento profesional, fue fichado en su último año de bachillerato. «Absolutamente imposible. Es el mejor lanzador desde Carlton Fisk». La gente incluso pensaba que se parecía un poco a Fisk, con su mandíbula cuadrada y toda la noble estructura que puede pedirse a un chico sin formar de dieciocho años: el muchacho que un pueblo se siente orgulloso de lanzar al mundo.

En este caso el mundo resultó ser New Britain, Connecticut, pero tras una temporada y media de jugar en categoría doble A, Jack volvió a Lawford, incapaz de levantar la mano derecha por encima del hombro, donde tenía dos largas cicatrices pálidas que a Hettie Rodgers le encantaba tocar con la lengua. Bajo las cicatrices tenía un músculo rotatorio desgarrado, y según le gustaba decir, quedó así por tratar de hacer lo que no debía hacerse, lanzar con la mano muerta; por eso y por las intenciones quirúrgicas de reparar la lesión.

Pero no se quejaba. Al menos había jugado en partidos de categoría, ¿no? Muchos nunca llegaban tan lejos. Conocía a montones de *pitchers* de segunda división que se habían lesionado en la primera o segunda temporada, de manera que no se sentía especialmente desgraciado. Su historia no era tan insólita. No era raro que alguien no llegara a la cumbre. Lo asombroso era, pensaba él, haber estado tan cerca del triunfo. Más avezado en las cosas del mundo que sus vecinos, se formaba una opinión estadística y se consolaba con ella.

O eso parecía. De vez en cuando su decepción y frustración se desbordaban con la fuerza de la desgracia y la rabia, y acababa borracho de cerveza y llorando en los brazos de Hettie Rodgers, gritando cosas ridículas contra su suave y blando cuello, como: «¿Por qué tuvo que ser *mi* brazo el que se lesionó? ¿Por qué no podía ser *yo* como los demás tíos que están lanzando en Fenway? ¡Yo era tan bueno como esos cabrones, por Dios! ¡Sí que lo *era!*»

Y al día siguiente, tras perforar pozos con Wade durante todo el día para Gordon LaRiviere, volvía a su sitio en el Toby's Inn para ver el partido en la televisión instalada sobre la barra, contar cotilleos y rumores sobre Oil Can Boyd, Roger Clemens y Bruce Hurst, a los que conocía y contra quienes había lanzado en encuentros de segunda, dibujar en una servilleta la diferencia entre *hit and run* y *run and hit* y adivinar movimientos tácticos con una precisión y una presteza que encantaban a todos los que le oían, haciéndoles sentirse orgullosos de conocerlo. «Ese Jack Hewitt es un fenómeno, coño. La única diferencia entre él y ese Clemens de la televisión es la suerte. Nada más que la puñetera suerte».

Detrás de Jack, resbalando y tropezando colina abajo, iba Evan Twombly con su rifle, arrastrándolo primero con la mano derecha y luego con la izquierda, extendiendo hacia adelante un brazo y luego el otro para recuperar el equilibrio cuando tropezaba en una piedra o en la broza resbaladiza al seguir las huellas de Jack en la nieve. Al fin se colgó el rifle del hombro, como un soldado de infantería, y utilizó ambos brazos para mantener el equilibrio. Demasiado gordo, en baja forma, empezó a resoplar y a ponerse rojo del esfuerzo por alcanzar al joven.

—¿Adónde cree que va ese hijoputa? —empezó a maldecir—. ¿A una puñetera fiesta?

Cuando Jack le llevaba unos veinte metros de ventaja y se había perdido prácticamente de vista entre un grupo de abetos bajos, Twombly gritó:

—¡Oye, Hewitt! ¡Para de una vez, coño!

Jack se detuvo y se volvió a esperarlo. Una expresión de disgusto afloró a su rostro, pero sonrió cuando Twombly apareció dando tumbos entre los abetos.

—Los ciervos también tienen oídos, ¿sabe? —dijo sin alzar la voz.

La nieve caía entre los dos desplegándose como un velo agitado por el viento, y la aparición de Twombly bien podría tomarse por un rollizo fantasma rojo. Como si de pronto se hubiera asustado al verlo, Jack dio media vuelta y siguió adelante, algo más despacio pero manteniendo una distancia uniforme.

Bajaban por la pendiente norte de Parker Mountain en dirección a Lake Minuit, entre bosques explotados cinco o seis años antes: troncos y montones de vieja maleza en medio de pinos jóvenes y abetos. El cielo, enorme y bajo, de un gris ahumado, parecía vomitar ceniza blanca por el valle. De cuando en cuando el sonido de disparos ascendía por la larga ladera enmarañada de la montaña, como si abajo se librasen escaramuzas, aisladas acciones de limpieza y detonaciones de algún francotirador. Ya en terreno abierto veían a lo lejos la forma oval del lago helado, un disco blanco en cuya orilla más apartada se perfilaban las cristalizadas rugosidades del parque de remolques de LaRiviere —tal como lo llamaba Jack—, donde vivía Wade Whitehouse.

A Jack le caía bien Wade. A casi todo el mundo le resultaba simpático. No de la misma forma que Jack, desde luego, pero Wade era veinte años mayor que él y en el pueblo tenía fama de peligroso cuando se emborrachaba, reputación que Jack consideraba merecida. Le había visto zurrar la badana a unos cuantos tipos y había oído historias que se remontaban a los últimos años de bachillerato de Wade, antes de que quisiera marcharse a Vietnam como sus hermanos y lo destinasen en cambio a Corea, lo que según la gente le había fastidiado mucho. A la gente le gustaba decir: «En cuanto se le molesta un poco, Wade Whitehouse se convierte en un verdadero hijo de puta», y por eso probablemente lo destinaron a la policía militar después de hacerle las pruebas de aptitud en el ejército. Wade tenía aptitud para ponerse realmente desagradable.

Aun así, a Jack le gustaba Wade, o, para ser más exacto, se sentía atraído hacia él.

Le observaba atentamente, en todo momento sabía en qué parte de la habitación estaba, con quién hablaba entre la multitud, casi como si fuera una mujer casada por la que estuviera interesado. Le gustaba la ligera sensación de peligro que percibía cuando él se encontraba cerca, aun cuando la idea de acabar a los cuarenta años llevando la vida de Wade le daba escalofríos, obligándole a desviar la vista y seguir hablando de béisbol. ¡Santo Dios! Un tipo listo y bien plantado como él, viviendo solo en el lago en una caravana roñosa, rompiéndose la espalda perforando pozos para Gordon LaRiviere y haciendo de policía municipal con dedicación parcial, bebiendo cerveza y armando bronca con los muchachos los sábados por la noche, arreglándoselas para echar un polvo rápido los domingos con alguna mujer triste y sola como Margie Fogg: ésa no era la vida que Jack Hewitt pensaba llevar. ¡No, señor!

Se detuvo al borde de un pronunciado terraplén que caía sobre un ramal de la antigua pista maderera y un terreno pedregoso medio cubierto de matorrales, los restos de un alud de barro de la primavera anterior. El bosque continuaba más allá de los grumosos cantos rodados. El viento, que no había dejado de soplarle en la cara desde que salió de la camioneta e inició el descenso de la colina, cambió ligeramente de dirección apartando por unos momentos la cortina de nieve, y desde la posición en que se encontraba, justo al borde de la pendiente, podía ver por encima de la copa de los árboles más lejanos, robles y arces en su mayoría, toda la ladera de la montaña y la hondonada de Saddleback hasta Lawford, que se reconocía entre la espesura por el campanario de la iglesia congregacionista y el tejado del ayuntamiento. Jack miró fijamente al pueblo, al punto del paisaje donde él sabía que se hallaba el pueblo, como buscando su propia casa, respiró hondo, y cuando el viento empezó a azotarle de nuevo el rostro, y la cortina volvió a cerrarse, se dio la vuelta y se encontró frente a Twombly, que al fin había logrado alcanzarlo.

Ceñudo y sin aliento, estaba a punto de decir algo cuando Jack alzó un dedo y le impuso silencio.

—Quédese aquí, donde estoy yo —susurró Jack, apartándose del borde del terraplén.

Twombly asintió con la cabeza, avanzó al sitio indicado y miró hacia la angosta pista y al terreno glaciárico de diez metros más abajo.

—Voy a retroceder un poco y volveré por el oeste, por ese sendero. Usted quedese aquí y espere —musitó Jack en la oreja de Twombly. Señaló al rifle, aún colgado de su hombro rollizo, y añadió—: Lo necesitará. Cerciórese de que tiene el seguro quitado.

Twombly se descolgó el rifle del hombro y lo cogió torpemente entre las manos. Comprobó la recámara, quitó el seguro y se puso el arma bajo el brazo derecho. Respiraba agitadamente, no del esfuerzo, sino de la excitación.

—¿Qué has visto? —preguntó a Jack con un murmullo seco y ahogado.

—Huellas. Es su ciervo monstruo, no cabe duda. Así que no quite los ojos de ese

claro del sendero de ahí abajo —dijo Jack, indicando con el dedo hacia la izquierda, donde la pista maderera desaparecía en un recodo del terraplén—. Y dentro de un poco, míster Twombley, verá usted lo que ha venido a buscar.

—¿Dónde estarás tú?

—Donde pueda darle si usted falla —repuso Jack—. Cuando usted le dispare desde aquí, sólo podrá ir en una dirección. Si falla, correrá hacia abajo y volverá. Y allí estaré yo.

—Bien, perfecto.

Jack puso la mano en la espalda de Twombley y le hizo dar un paso más hacia el saliente.

—Esté preparado. Sólo tendrá tiempo para un disparo. Le vendrá de frente, de modo que tírele a donde apuntaría a un hombre de tener un solo tiro —le dijo, sonriendo y señalando al corazón de Twombley.

Twombley sonrió a su vez.

—Buena caza, míster Twombley.

Jack se colocó la mochila en la espalda y echó a andar por el borde del terraplén hacia la línea de pequeños pinos que crecían a la izquierda, colina arriba. Luego dio media vuelta y se encaminó de nuevo hacia Twombley, que ya tenía la mirada fija en el punto en que esperaba ver aparecer al ciervo. Jack se detuvo a un metro de él.

Twombley lo miró, sorprendido.

—Será mejor que te vayas, muchacho —le dijo—. Sólo tienes hasta las diez para ganarte los otros cien dólares.

—Déjeme comprobar su rifle —dijo Jack.

Twombley se lo entregó. Jack lo examinó. Levantó la cabeza y durante unos momentos miró al pecho de Twombley, luego alzó el rifle, apuntó y disparó.

EN AQUEL MISMO MOMENTO, en el valle, Wade se alejaba despacio del colegio y se dirigía al sur por la Route 29 hacia el centro del pueblo. De cuando en cuando surgía un vehículo entre la nieve y salpicaba el coche verde de Wade: Hank Lank con su carga de aceite para repartir, Bud Swette que empezaba a repartir el correo con el jeep, Pearl Diehler que llevaba a sus hijos otra vez tarde al colegio.

Entonces vio venir al quitanieves, el camión de basura azul brillante de LaRiviere con la gran pala en forma de doble uve conducido por Jimmy Dame, que normalmente era uno de sus ayudantes en la plataforma de perforación. El hijoputa había llegado al garaje antes que él, y ahora le tocaba otra vez la niveladora. Tenían que haber cerrado el colegio, pensó. Todo a hacer puñetas, maldita sea.

El camión apareció entre la nieve como un enorme casco azul y plata de un caballero medieval, y Wade giró un poco a la derecha para dejarle suficiente paso. LaRiviere había logrado el contrato para quitar la nieve en el pueblo hacía nueve años, antes de presentarse a concejal y justo después de que la junta municipal propusiera en sesión plenaria la condición de que todos los licitadores fuesen residentes del pueblo. Apelando al orgullo local y al recelo hacia los forasteros, Chub Merritt, entonces presidente de la junta, consiguió su aprobación pese a la fuerte oposición dirigida por Alma Pittman, secretaria del ayuntamiento, que puso de relieve que Gordon LaRiviere, con su niveladora y su camión, se convertiría probablemente en el único licitador, lo que desde luego no supuso una sorpresa para Chub Merritt.

Aunque trabajaba para LaRiviere y probablemente acabaría conduciendo algún quitanieves y haciendo muchas horas extraordinarias con la niveladora que le permitirían hacer frente a los gastos de la casa nueva y de su hija, Wade estaba en contra de la propuesta, pero no se lo dijo a nadie aparte de Lillian: sabía lo que tramaban LaRiviere y Chub Merritt, y a diferencia de la mayoría de la gente del pueblo sus maniobras no le producían admiración. Wade nunca había entendido por qué la gente confundía la envidia con la admiración cuando se trataba de marrulleros como Gordon LaRiviere. Un pueblo pequeño es una especie de gueto, y los embaucadores pasan por héroes. Pero Wade se guardó su opinión y nunca manifestó en voz alta si estaba a favor o en contra de la propuesta de Chub sobre el contrato para quitar la nieve, de modo que todo el mundo supuso que la apoyaba. Qué demonios, a él también podría beneficiarle: significaba trabajo en invierno, en un pueblo donde el paro se aproximaba al cuarenta por ciento de diciembre a marzo.

Chub lo denomina «autonomía municipal», y en los meses anteriores a la sesión de la junta preguntaba a todos los que iban a su garaje y mientras les ponía gasolina en el coche: «¿Cuál es tu postura sobre la autonomía, chico?». Nunca se molestó en preguntar a Wade. En la sesión, Alma exigió insistentemente una votación secreta y lo consiguió. Wade votó «Sí». Después lamentó no haber sido más sincero, no haberse opuesto abiertamente y haber dicho a Chub Merritt: «Estoy en contra de la

“autonomía municipal”. Es un chanchullo que sólo significa más gastos en favor de Gordon LaRiviere, y los contribuyentes terminaremos pagándolo». Luego podría haber votado «No». Era otro de esos pequeños compromisos con los que Wade se sentía atrapado, no tanto por la opinión pública ni por su propia cobardía como por su deseo de comportarse como marido y padre responsable. Estaba convencido de su error, y se tragaba la cólera.

Los limpiaparabrisas aleteaban de un lado a otro y en la radio se oían las entrecortadas llamadas que los policías del estado se dirigían a lo largo de la interestatal entre Littleton y Lebanon. Habían parado a uno con exceso de velocidad en dirección norte y un camión se había salido de la carretera en Chester. A casi un kilómetro al sur de Littleton había un coche abandonado en el arcén. Wade escuchaba las comunicaciones por costumbre, no porque fuese necesario ni tuviera curiosidad. Aunque había llamado muchas veces por radio a la policía estatal, en cuatro años — desde el incendio forestal de Franconia— no le habían llamado a él ni una sola vez para pedirle ayuda ni información alguna. Él era como un guardia de seguridad privado contratado por el ayuntamiento, un sistema de alarma humano cuyas funciones principales consistían en llamar al parque de bomberos cuando había alguna urgencia o al servicio de ambulancias de Littleton si se producía algún fallecimiento, poner fin a alguna pelea doméstica que se hubiera desmandado, mantener a los aburridos y temerarios adolescentes lo bastante vigilados como para que no se causaran un daño irreparable, ocuparse de que los niños entraran sanos y salvos por la mañana en el colegio y, si ocurría algo realmente grave, llamar a la policía de verdad.

A veces Wade se hartaba de ser policía municipal. Al menos una vez al año, normalmente a primeros de marzo, justo antes de que los concejales se reunieran para reelegirlo, pensaba seriamente en renunciar al cargo. Pero entonces, cuando se veía obligado a imaginarse la vida en el pueblo sin ese trabajo, le parecía aún peor. Mientras estuviera en Lawford no había otra solución posible, ni allí ni en ninguna otra parte del valle. Ni posibilidades ni perspectivas, por mucho que lo pensara. El ser policía municipal le proporcionaba de vez en cuando algo imprevisto que hacer, y hasta entonces había hecho su vida casi soportable.

Claro que podía irse a otra parte; los más listos del pueblo ya lo habían hecho. Solían marcharse al sur: a Concord, la capital del estado, como Lillian, cuya inteligencia reconocía, o a Massachusetts, como yo, también considerado inteligente por Wade y que primero me fui a la Universidad de New Hampshire en Durham y luego me refugié en los alrededores de Boston, e incluso como nuestra hermana Lena, más joven que Wade y mayor que yo, mujer esbelta y guapa en su juventud que se marchó del pueblo tras casarse con un camionero de Somerville, Massachusetts, empleado de la Wonder Bread. Se conocieron en la feria de Tunbridge, donde él repartía panecillos para salchichas, el verano que Lena cumplió diecisiete años. Lena se quedó embarazada en seguida y ahora son cristianos renacidos, tienen cinco hijos y

viven en el tercer piso de un edificio de tres plantas en Revere. Había otros habitantes de Lawford a quienes Wade consideraba inteligentes, sobre todo gente mayor que había vendido su tierra y su casa en el pueblo —en los últimos años cada vez más a Gordon LaRiviere—, y que al disponer por primera vez en su vida de unos miles de dólares más de lo que necesitaban para la subsistencia se habían ido a Florida, Arizona y California, habían comprado un remolque o un apartamento en una urbanización y, con la piel curtida como el cuero, esperaban la muerte jugando al tejo todo el día.

Pero Wade era distinto; nunca se imaginaba la vida fuera del pueblo. Como todo el mundo del norte de Nueva Inglaterra, expresaba de cuando en cuando sus deseos de marcharse para siempre de aquel lugar dejado de la mano de Dios, normalmente a Jack Hewitt, que desde el día que volvió de jugar al béisbol en Connecticut hablaba de «largarse pitando al Sur». Pero sus conversaciones siempre acababan igual, Wade daba unas palmaditas en la espalda a Jack y le aseguraba: «Eres un soñador, muchacho. Te morirás aquí, en Lawford, igual que yo».

Una vez Wade llegó hasta a responder a una postal de su amigo Bob Grant, el fontanero, que unos años antes vendió su casa y se marchó a Alaska, con una carta en la que le preguntaba por las posibilidades de trabajo que existían allí para un perforador de pozos con experiencia. Wade había considerado una locura que se marchase a Alaska, pero en una postal con la fotografía de un alce al amanecer Grant le había escrito que acababa de comprarse una casa grande y una caravana nueva de diez metros de largo, y que su mujer y él se irían con ella a pasar dos semanas de vacaciones a Oregon. Grant tenía la edad de Wade, un tipo listo y duro, buen trabajador. Parecía que en el Norte había tenido mejor suerte que ninguno de los que se trasladaron al Sur.

Wade sacó su cuaderno amarillo y le contestó: *Bueno, pues parece que ahora te va estupendamente. Supongo que en Alaska necesitan más fontaneros que por aquí. En el pueblo la mayoría de la gente se las apaña sola para arreglar el retrete y deshelar las cañerías, así que ni siquiera notamos que te has marchado. (Es broma). En serio, ¿qué crees que un tipo como yo puede hacer allá arriba? Estoy harto de trabajar para LaRiviere, que es un chalado, como ya sabes. Y también estoy hasta las narices de este pueblo. Mi hija es lo único que aún me retiene aquí.*

Pero eso no era verdad, y Wade lo sabía. No, en el fondo Wade creía que se quedaba en Lawford año tras año, trabajando a la intemperie durante los largos inviernos, ya en la cuarentena y con tendencia a la depresión —él no lo llamaba así, pero recordaba cuando se sentía de otra manera, no feliz exactamente, pero mejor—, bebiendo demasiado y padeciendo cada vez más frecuentes accesos de violencia sin sentido, porque al fin y al cabo era lo bastante inteligente y honrado como para saber que con sus cuarenta años seguiría solo, pobre, deprimido, alcohólico y violento en cualquier otra parte. Sin embargo, bajo ese convencimiento se ocultaba otra verdad de la que a veces era consciente pero que no podía mencionar en absoluto a Bob



Grant, aunque sí me la había revelado a mí y probablemente a Margie Fogg; me lo dijo con una mueca, torciendo el gesto con cierta ironía: le gustaba el pueblo, y no se imaginaba que pudiera gustarle ningún otro.

Alma Pittman estaba en la puerta de su casa quitando la nieve de la entrada: una mujer alta vestida con un chaquetón rojo a cuadros y una gorra de hombre con las orejeras atadas bajo la barbilla, que lanzaba la nieve con amplios y ágiles movimientos de sus largos brazos y que al verlo pasar se incorporó, lo saludó con una inclinación de cabeza y volvió sombríamente a su labor. Había unos cuantos coches conocidos frente a la tienda de Golden y más allá, en el mismo lado de la carretera, estaba el restaurante de Wickham con el aparcamiento lleno, y por un momento Wade pensó entrar a comer algo. De todos modos no tenía más remedio que utilizar la niveladora; no tenía sentido apresurarse al garaje para cogerla.

Aminoró la velocidad y miró por la ventanilla, pero los cristales del restaurante estaban empañados y no pudo ver a nadie dentro. Se imaginó el olor a tabaco, café recién hecho, panceta y pan tostado; encendió un cigarrillo, frenó ligeramente y entonces se dio cuenta de que Margie le preguntaría en seguida por Jill. ¿Dónde la había dejado por la mañana? ¿Había ido al colegio? ¿Qué planes tenía para pasar este nevado fin de semana con su hija? Quizá podrían dar una vuelta en su moto de nieve. A lo mejor podían ir los tres al cine a Littleton.

Miró el reloj, vio que se le estaba haciendo verdaderamente tarde y, casi aliviado, volvió a salir del arcén, tomó de nuevo la carretera y siguió derecho al taller de LaRiviere, a unos cuatrocientos metros más allá del restaurante, a la izquierda. La fuerte nevada ya había cedido un poco, dando al cielo un pálido tono de satén gris. Wade entró en el asfaltado camino de entrada de LaRiviere, cuidadosamente despejado de nieve, rodeó la caravana frente a la entrada y paró junto al edificio del fondo. El aparcamiento, del tamaño de un pequeño aeropuerto, circunda tanto la caravana azul estilo rancho como el cobertizo también azul en donde Gordon LaRiviere dirige sus diversos negocios.

Wade observó que habían salido todos los vehículos menos la camioneta de LaRiviere y, claro está, la niveladora, la jodida niveladora. Aparcada junto al cobertizo como un dinosaurio azul esbelto y encorvado, estaba limpia e inmaculada, como todos los vehículos de LaRiviere. En los costados de la camioneta y de la niveladora estaba escrito con letras blancas el lema de la empresa, que representaba el sentido del humor de LaRiviere —¡LO NUESTRO ES IR AL HOYO!— y aparecía en todas sus posesiones, tarjetas de visita, papel de escribir, cheques, herramientas lo bastante grandes para llevarlo, equipo de perforación, ropa de lluvia y cada uno de sus numerosos vehículos azules, todos a juego y en estado de perfecto mantenimiento. Era como si LaRiviere fuese una pequeña república. Incluso en los terrenos que compraba aparecía en cuanto se firmaban las escrituras un pequeño letrero azul con letras blancas: PROPIEDAD DE LA EMPRESA LARIVIERE. ¡LO NUESTRO ES IR AL HOYO! PROHIBIDO EL PASO A MOTOS DE NIEVE.

## PROHIBIDO CAZAR Y PESCAR. NO PASAR. ¡USTED TAMPOCO!

Wade salió del coche despacio, como si no tuviera nada que hacer en toda la mañana, cruzó el aparcamiento hacia la pequeña puerta que había junto al portón del cobertizo y entró en la oficina. Elaine Bernier estaba en su escritorio frente al mostrador de formica moteado de verde. El local estaba tan limpio y ordenado como un escaparate de muebles de oficina. Ni el menor descuido indicaba que allí se realizara un trabajo, nada de papeles, carpetas, ceniceros rebosantes, cajones medio abiertos, envoltorios de comida, nada de nada. Ni siquiera había calendarios ni fotografías, aunque un amplio letrero rojo de NO FUMAR destacaba airadamente en cada pared. Cuando entró Wade, Elaine estaba escribiendo a máquina pero su escritorio también se encontraba limpio y, a todos los efectos, vacío. Detrás de ella estaba la entrada al despacho interior, con un amplio ventanal tras del cual se veía sentado a Gordon LaRiviere, muy ocupado hablando por teléfono, encorvado sobre el aparato, como si el contacto físico mejorase la calidad de la comunicación.

Elaine levantó la vista, cerró los labios en una estrecha sonrisa que más parecía una mueca y en seguida volvió a su máquina. Era una mujer de mediana edad con una maraña de pelo teñido de rojo, rostro largo y huesudo, cejas depiladas, sombra de ojos verde y labios finos, que iba al trabajo vestida con excesiva elegancia: blusas de volantes de manga larga, amplias faldas plisadas y tacones altos que rara vez salían de debajo de su escritorio. En opinión de Wade, Elaine Bernier estaba enamorada de Gordon LaRiviere, que a veces sacaba partido de la situación.

Wade se desabrochó el chaquetón, se quitó la gorra y la sacudió en la pierna salpicando con gotas de nieve derretida el escritorio de Elaine, que le lanzó una mirada iracunda. Saludó a su reflejo en el cristal de detrás de ella y LaRiviere aulló desde el otro lado:

—¡Wade! ¡Ven un momento!

Wade asintió con la cabeza, y al acercarse a la puerta contó con los labios: uno, dos, tres.

—*¡Quiero que cojas la niveladora!* —dijo al unísono con LaRiviere.

Se detuvo justo a la entrada del despacho interior, donde vio a su jefe, con el plateado pelo al cepillo mirando fijamente al teléfono y el rostro a unos centímetros de su immaculado escritorio como si buscara algún rastro de polvo, contó de nuevo hasta tres y otra vez al unísono con LaRiviere, dijo:

—*¡Sigue a Jimmy por la Veintinueve hasta Toby's y vuelve!*

Luego le oyó volver a su conversación telefónica, un murmullo rápido y fogoso, la voz que siempre ponía por teléfono, como el zumbido de una cinta al rebobinarse.

Wade dio dos pasos hacia adelante y se plantó en el despacho brillantemente iluminado. LaRiviere alzó la cabeza, arrugó sorprendido la rosada frente y empezó a abrir la boca.

—¡Que ten den por culo, Gordon! —le espetó Wade, haciéndole un gesto con el dedo corazón.

La expresión de LaRiviere no se alteró; era como si Wade y él habitaran en zonas temporales diferentes. Wade se puso la gorra, dio media vuelta y salió de la oficina.

Cinco minutos después estaba subido en la cabina de la niveladora, bajo la lona sacudida por el viento, sacándola del aparcamiento al camino de entrada y luego a la carretera, con la larga y estrecha pala meciéndose como una gigantesca navaja de afeitar bajo el elevado vientre de la máquina.

Jack Hewitt estaba al borde del terraplén, mirando por encima de las copas de los árboles hacia la hondonada de Saddleback hasta el centro de Lawford. El viento había cambiado ligeramente, o quizá nevaba menos, porque en el valle distinguía claramente el campanario de la iglesia congregacionista y el tejado del ayuntamiento. Quizá estuviese tratando de situar la casa de su padre entre los distantes árboles, cuando Twombly apareció resoplando tras él.

Con la cara enrojecida y sin aliento por el esfuerzo de alcanzar al joven, Twombly estaba a punto de hablar, sin duda con irritación, pero Jack se llevó un dedo a los labios y le impuso silencio. Luego, retirándose del estrecho saliente, se inclinó sobre Twombly y le dijo al oído:

—Quédese aquí, donde yo estoy.

Twombly avanzó dos pasos hacia el repecho y miró a la pista maderera que pasaba diez metros más abajo y al terreno de cantos rodados que había más allá.

Jack se acercó a él y le anunció en un susurro que iba a retroceder dando un rodeo en torno al saliente y volvería por el lado izquierdo. Atajaría hacia la pista por un pinar y obligaría al ciervo a volver por el sendero, donde Twombly lo tendría claramente a la vista a unos cincuenta metros a su izquierda. Le dijo que estuviese bien preparado para apretar el gatillo, porque sólo podría disparar una vez.

Twombly se descolgó el rifle del hombro, comprobó la recámara y quitó el seguro.

—¿Qué has visto? —preguntó.

Jack le habló de huellas y húmedas plastas de color marrón oscuro, mierda de ciervo.

—¿Fresca? —inquirió Twombly.

—Sí. Y asquerosamente grande, también. Ahí tiene su gamo, míster Twombly. El que ha estado imaginando todo el otoño, ¿no?

Twombly asintió con la cabeza y se acercó más al vacío.

—Andando —le dijo a Jack—. No te queda mucho tiempo si quieres los otros cien dólares.

Jack lo miró un momento y sus labios se plegaron en una mueca levemente burlona. Luego se volvió bruscamente, como para ocultar el ademán despectivo, y echó a andar hacia los pinos que se extendían colina arriba desde el saliente en una línea irregular. Al otro lado del pinar la pendiente era más suave, el sendero casi llano en algunos trechos y en los bordes había montones de maleza y ramas apiladas años atrás por los leñadores. Jack sabía que el enorme gamo se ocultaba en uno de aquellos

montones de ramas, que estaba tumbado, escuchando las lejanas detonaciones y el crujido de una ramita a cincuenta pasos, olfateando el agrio y ahumado olor de los humanos, grandes ojos pardos muy abiertos que acechaban cualquier movimiento lejano que no correspondiera al ritmo familiar de un mundo sin personas. Jack ajustaba y reducía a su vez su propio campo de visión, aguzando la mirada en un foco penetrante sobre las enmarañadas pilas de ramas para determinar en cuál de las tres se ocultaba el gran ciervo, cuando oyó gritar a Twombley y echó a correr. En el mismo momento oyó la detonación del rifle y comprendió que el estúpido cabrón se había escurrido y se había pegado un tiro.

Pensó que había sido así y sólo así, volvió despacio, furioso, al saliente del terraplén donde había dejado a Evan Twombley y miró hacia abajo, al cuerpo tendido en la nieve.

—¡Eres un imbécil! —gritó al cuerpo—. ¡Un completo gilipollas!

Twombley yacía boca abajo con las piernas y los brazos extendidos, como si estuviera cayendo en el vacío. Junto a él estaba su rifle nuevo, a unos metros a su derecha, medio enterrado en la nieve.

Jack sacó un cigarrillo, lo encendió y volvió a guardarse el arrugado paquete en el bolsillo. Esperaba con toda su alma que estuviese muerto y bien muerto, porque si estaba vivo tendría que arrastrar al estúpido cabrón hasta la camioneta y probablemente llevarlo a Littleton.

—Estúpido y arrogante cabrón —dijo en voz baja.

Empezó a inclinarse despacio, con cuidado, para averiguar si, como esperaba, Evan Twombley estaba efectivamente muerto.

Inclinado sobre el ancho volante de acero en la cabina de la niveladora azul de LaRiviere, azotada por el viento y penosamente fría, Wade no alcanzó al camión de Jimmy Dame hasta llegar finalmente al Toby's Inn. Los quitanieves municipales no iban más lejos; allí se reunían con los del servicio estatal, daban la vuelta al local y cada uno volvía a sus respectivos territorios. Jimmy había dado unos pases de cumplido al terreno de Toby y estaba sentado en el camión al final del aparcamiento, saboreando café y rosquillas procedentes de la cocina del restaurante y observando a Wade, que de forma apresurada y con gran dificultad, debido al volumen y a la escasa maniobrabilidad de la niveladora, terminaba de amontonar a un lado del desigual terreno del aparcamiento los restos de nieve que Jimmy no había quitado.

A Jimmy le encantaba ver a Wade tratando de utilizar la niveladora como si fuera una camioneta con una pala en el capó, conduciendo el enorme y grotesco vehículo diez metros hacia adelante y luego otros diez metros hacia atrás, una breve vuelta a la derecha, otra a la izquierda, girando el volante como el capitán de un buque que tratase de evitar la acometida de un iceberg. Era de locos, pensó Jimmy, y Wade estaba chalado. Todos los inviernos hacía lo mismo: el primer día que nevaba llegaba tarde al garaje de LaRiviere porque tenía que dirigir el tráfico en el colegio y luego tenía que coger la niveladora, cosa que le cabreaba, pues llevarla era como estar en

una fábrica de hielo, pero una vez que conducía el maldito cacharro se alegraba, le encantaba verdaderamente la oportunidad de demostrar a la gente lo que podía hacer con aquella máquina a la hora de quitar nieve. Pese a conocerlo de toda la vida, Jimmy seguía sin saber si Wade le caía bien o no.

Jimmy Dame, como Jack Hewitt, era uno de los ayudantes de Wade en la cuadrilla de perforación de pozos. Wade era el capataz desde hacía diez años. Pero en otro tipo de trabajos los tres tenían la misma categoría y recibían una paga equivalente. Cuando el suelo se helaba y ya no se podía perforar, LaRiviere les encargaba primero la tarea de quitar nieve, luego el mantenimiento del equipo, vehículos, herramientas y material, y cuando todas las posesiones de LaRiviere habían recibido el dichoso lustre, es decir, cuando quedaban como nuevas y el garaje, cuartos de herramientas y depósitos habían sido barridos y ordenados tan pulcramente como barracones de infantería de marina, LaRiviere empezaba a despedirlos. Primero a Jimmy. Unas semanas después a Jack y por último a Wade. Eso solía ocurrir a finales de febrero, lo que significa que Wade no estaba sin trabajo más de seis semanas.

Era difícil determinar los elementos en que se basaba LaRiviere para prescindir de sus servicios en ese orden. Tanto Jimmy como Wade trabajaban para él desde que se licenciaron del servicio militar, y Jack sólo había entrado hacía tres años, de modo que no se trataba de la antigüedad. Y no era la edad, tampoco, porque Jimmy le llevaba dos años a Wade y veintidós a Jack. Ni siquiera dependía de quién estaba más capacitado, porque Jack sabía escribir a máquina y Wade no, y a Jack, si le daban la oportunidad, le gustaba el trabajo de oficina, mientras que Wade experimentaba una sensación peor que extraña, se sentía directamente aterrorizado cuando, tal como inevitablemente sucedió en un frío, oscuro y nevado día de febrero, LaRiviere le decía que fuese a la oficina, sacaba la calculadora y una escuadra y le encargaba que tomara medidas de unos planos extendidos sobre el tablero de dibujo y le ayudara a preparar una oferta relativa a un contrato de obras para la primavera. Wade se quitó la chaqueta y la gorra, se sentó en el taburete y se puso a trabajar, elaborando una lista de los calibres y longitudes de cañerías y materiales necesarios, convirtiendo esas cifras en horas de trabajo, llamando a los Suministros Capitol de Concord para pedir precios, manejando continuamente la calculadora y llegando todas las veces, sin falta, a unos costes tan por encima o por debajo de la cantidad que el simple sentido común le sugería, que se veía obligado a empezar de nuevo una y otra vez. La segunda operación le dio unos resultados tan disparatados y opuestos a los de la primera, que Wade ya no se fiaba de nada, ni de los planos, ni del arquitecto y el perito que los habían trazado, ni de la calculadora ni del abastecedor ni, sobre todo, de sí mismo. Conocía el trabajo, las cifras de los materiales estaban escritas con toda claridad y sabía leer planos; pero, sin saber por qué, siempre se equivocaba al sumar, una vez olvidándose de una columna entera, otra sumándola dos veces. ¿Le pasaba algo en el cerebro, le faltarían algunas células importantes? ¿Tenía algo malo en los ojos, alguna

afección misteriosa? ¿O es que la presencia de LaRiviere, sentado a unos metros de distancia, le ponía tan nervioso que era incapaz de concentrarse en las columnas de números que tenía delante? Tras una docena de intentos fallidos por lograr una suma aproximada a la estimación de los costes que le dictaba su sentido común, Wade emitió un gruñido audible desde el taburete del tablero de dibujo, un gruñido canino, grave y retumbante, que obligó a LaRiviere a levantar la vista del escritorio, parpadear tres o cuatro veces con sus menudos y claros ojos azules y decir a Wade que se marchara a casa por el resto del invierno.

Cuando Wade terminó por fin de quitar los últimos restos de nieve del aparcamiento del Toby's Inn, acercó la niveladora a la altura del camión, apagó el motor y abrió la puerta de lona. A casi un metro por encima de Jimmy, se volvió en el estrecho asiento y dio varias patadas a la ventanilla cerrada del camión.

—¿Qué coño quieres, Wade? —aulló Jimmy, bajando la ventanilla—. ¿Qué te pasa?

Wade sintió que le invadía una oleada de furor, un resentimiento cálido y gozoso, y lanzó los pies, primero el derecho y luego el izquierdo, contra la ventanilla abierta bajo sus botas.

—¡Pero qué coño...! —gritó Jimmy, esquivando las patadas de Wade—. Déjate de gilipolleces, ¿quieres?

Empezó a subir la ventanilla, pero Wade introdujo un pie a unos centímetros del tope, lo suficiente para impedir que la cerrara del todo. Jimmy lo miró confuso, enfadado, un tanto asustado.

—Venga, ya está bien, ¿vale?

Wade no contestó. Su rostro carecía de expresión, pero se sentía súbitamente feliz, casi juguetón, inesperadamente liberado de la ira y la pesadumbre que le habían atenazado toda la mañana. Hasta el dolor de muelas se le había pasado. En cierto modo sabía que la sensación de alivio, casi milagrosa y extrañamente inocente, sólo duraría mientras pudiese golpear a ciegas, sin tener que explicar por qué, negándose a darle sentido, a relacionarlo siquiera con la rabia, con algún agravio causado o recibido; así que retiró la bota de la ventanilla casi cerrada y golpeó con ambos pies en el cristal.

—¡Por Dios santo, Wade! —gritó Jimmy—. ¡Has roto el cristal, Gordon también me va a recibir a puntapiés!

Volvió a bajar rápidamente la ventanilla, apartándose de ella y de los pies de Wade. Desde su posición intermedia entre el asiento del conductor y el del pasajero, Jimmy alargó los brazos hacia el volante, estiró las piernas para pisar el embrague y el acelerador, logró meter la primera velocidad y, dando tumbos, se separó de la niveladora. Pero en cuanto el camión empezó a moverse, Wade dio simplemente un paso sobre el techo de la cabina y se quedó de pie encima del vehículo con las piernas separadas y los puños en las caderas, pataleando sobre el camión en una danza torpe y brutal.

Debajo, Jimmy se colocó adecuadamente tras el volante, metió la segunda velocidad y en un momento puso el camión a 40 kilómetros por hora y enfiló hacia el montón de nieve del final del aparcamiento. Luego pisó el freno con fuerza y tuvo el placer de ver volar a Wade, como una gigantesca y oscura ave de presa, por encima del capó del camión y de la pala y aterrizar justo en el gran montón de nieve comprimida.

En cuanto Wade cayó, Jimmy dio un volantazo a la izquierda, volvió a meter la primera, salió rápidamente del aparcamiento a la Route 29 y empezó a quitar la nieve en dirección al pueblo con la misma indiferencia y determinación con que lo había hecho a la ida en sentido contrario.

Al cabo de medio minuto Wade logró bajar del montón de nieve para encontrarse en medio del aparcamiento, helado de frío y lleno de nieve, que se le había metido dentro de la ropa, por el cuello y la espalda, entre las mangas y las perneras de los pantalones, dentro de las botas, los guantes y la gorra.

Jimmy y el camión ya se habían perdido de vista; la voluminosa y pesada niveladora azul gruñía sordamente al otro extremo del aparcamiento. Wade se agachó, cogió una bola de nieve bien apretada del tamaño de su puño, y se disponía a lanzarla —contra el parabrisas de la niveladora, suponía, aunque en realidad todavía no había decidido el blanco—, cuando oyó las sirenas.

Momentos después aparecieron a toda velocidad por la Route 29, procedentes de la interestatal, dos coches de la policía del estado y una larga ambulancia blanca, y cuando pasaron frente al Toby's Inn, Wade se volvió en su dirección y arrojó la pelota de nieve, que se estrelló contra el cristal del pasajero del coche patrulla que iba delante. Pero ambos coches y la ambulancia siguieron su camino, como si Wade no estuviera allí.

HACÍA AÑOS que era un espectáculo familiar en las mañanas de invierno: la gente miraba por la ventana del cuarto de estar o se detenía un momento con la brazada de leña a mitad de camino de la leñera al porche trasero para ver cómo la enorme y fea máquina avanzaba traqueteando hacia ellos. Entretenía y vagamente tranquilizaba al pueblo ver a Wade Whitehouse quitar la nieve de las carreteras con la niveladora azul de LaRiviere.

Normalmente se la oía antes de llegar —un rumor grave y rechinante acompañado de rápidos golpes de martillo—, luego se veía entre los copos de nieve el resplandor de los faros, pálido y velado como los ojos de un insecto hambriento, y la bestia iba surgiendo poco a poco entre las temblorosas oleadas blancas, un amasijo de fémures y planchas de acero con seis enormes y acanaladas ruedas negras que avanzaba por la carretera moviendo implacablemente las mandíbulas.

Metido en la cabina de lona como un obrero de la compañía telefónica encaramado a un poste, Wade conducía inclinado sobre el volante de acero y accionaba hacia atrás y hacia adelante las palancas de cambio y de control de las palas, ajustando la rígida y pesada máquina a los baches, recodos y helados badenes que hacían resonar los huesos en las viejas carreteras mal mantenidas que corrían paralelas al río y cruzaban en todas direcciones el valle y las colinas circundantes.

Sus helados miembros se habían hinchado y entumecido rápidamente; apoyados contra los pedales metálicos, tenía los pies tan fríos como lingotes, las enguantadas manos tan rígidas como llaves inglesas. No sabía nada de lo que había pasado por la mañana en Parker Mountain, ignoraba todo lo que no sucediera ante el inmediato radio de su percepción cada vez más disminuida y, mirando fijamente por el cuadrado de plástico a la blanca carretera, dejaba vagar la imaginación.

Hasta donde le alcanzaba la memoria, y desde luego hasta donde yo recuerdo, siempre le habían considerado un soñador, pero sólo aquellos que le conocían bien y desde hacía mucho tiempo: nuestros padres, nuestra hermana y los tres hermanos; también Lillian, su exmujer, y últimamente Margie Fogg, la buena Margie Fogg. La mayoría de la gente le tenía por una persona tensa, irascible, inconstante y de genio vivo, cosas que desde luego también era. Pero desde niño, cuando estaba solo o se figuraba que lo estaba, a veces parecía salir de su estado consciente y flotar en las olas de sus propias ideas y sentimientos. No eran fantasías, exactamente, porque no tenían estructura ni secuencia narrativa y carecían de recuerdos o deseos, sino cálidos flujos de muda satisfacción que surgían incesantes en su mente y permanecían sin embargo a salvo del tiempo, como sin origen ni fin.

Nacido en el campo, tercer hijo de una familia taciturna que dejaba a su progenie que se las arreglara por sí sola a temprana edad, como si en la edad adulta no les esperase nada para lo que valiera la pena prepararse, Wade se encontró desde la infancia, con frecuencia y durante largos períodos de tiempo, fundamentalmente solo.



Ya estuviese en compañía de nuestra madre al calor de la cocina inundada de olor a comida o por la noche en su cuna con sus hermanos mayores en el cuarto sin calefacción del piso de arriba donde dormían los tres chicos, solían ignorarle y tratarle como a un mueble heredado sin especial valor ni uso concreto que algún día quizá llegara a servir para algo. De pronto empezaron a encontrárselo por el medio, y un día, por la mañana o a primera hora de la tarde, cuando sus hermanos estaban en el colegio, nuestra madre lo descubrió al salir de la cocina: un niño pequeño sentado en silencio en un rincón con los ojos muy abiertos delante de la pared, como si examinara el dibujo del papel. Se quedó mirándolo hasta que lo cogió, lo abrazó fuerte y sonrió a su carita morena y sombría.

—¡Wade, cariño mío, tú eres mi soñador! —le dijo sonriendo.

El niño se retorció y se puso tenso hasta que a ella le resultó difícil sujetarlo, y cuando lo volvió a poner en el suelo salió a escape de la cocina, cerrando de golpe la cancela, y fue a buscar a sus hermanos a la cuneta de la polvorienta carretera, donde esperó a que el autobús escolar llegara a la casa y se bajaran los dos chicos mayores.

En la cocina, nuestra madre retiró los visillos de la ventana y de nuevo vio la expresión soñadora del niño: impasible, paciente, tranquila y desenfocada. Nuestra madre se llamaba Sally, por entonces estaba embarazada de Lena, su cuarto hijo, y yo no había nacido aún. Sally apenas tenía treinta años y su marido, Glenn, nuestro padre, era un hombre turbulento que bebía mucho y que, a pesar de quererla, le pegaba de cuando en cuando, a ella y a los chicos; no a Wade, claro está, era demasiado pequeño, sino a los dos mayores, Elbourne y Charlie, que a veces se lo ganaban a pulso, hasta Sally lo reconocía, sobre todo cuando Glenn llegaba tarde a casa los viernes por la noche con ánimo agresivo después de haber bebido, aunque desde luego no había justificación para que les pegara a ella ni a los chicos, ninguna en absoluto, de modo que Glenn siempre se arrepentía después.

Por consiguiente, cuando Sally descubrió soñando a su tercer hijo, lo interpretó como una señal de dicha y satisfacción y se sintió aliviada de que en aquella pobre y angustiada familia hubiera al menos una persona feliz, y por ese motivo lo consideró su hijo predilecto. Estaba segura de que no era como su padre y, al ser un chico, tampoco se parecía a ella. Su cuarto hijo sería una niña, Lena, la pobrecilla, en la cual se veía enteramente recreada. Así es como la llamaba, «pobrecilla». Un año después nacería su quinto hijo, un niño al que llamarían Rolfe, de quien Sally pensó al principio que era como los dos primeros, otro hijo de su padre, en palabras de Glenn; y así fue durante unos años: independiente, difícil, violento, viril. Luego cambiaría, con suma dificultad, pero en la familia nadie lo supo, salvo Wade, posiblemente.

La familia vivía desde el principio en una casa heredada del tío de Sally, una pequeña y deteriorada granja de estilo colonial de cincuenta hectáreas de piedras y altos matorrales a seis kilómetros al oeste del centro de Lawford en la colina norte de Parker Mountain. Sally y Glenn se instalaron allí nada más casarse, aparentemente para cuidar del enfermo tío Elbourne, sin hijos y viudo desde hacía mucho, pero en

realidad lo hicieron porque no tenían otro sitio donde vivir y Sally ya estaba embarazada. Cuando Glenn declaró que su primogénito se llamaría Elbourne, ya había convencido al impedido y cada vez más senil anciano de que pusiera la casa a nombre de Sally y de él, a cambio de pagar tres años de impuestos atrasados y para dejar las cosas claras, según explicó Glenn. Al año siguiente, cuando tío Elbourne murió en la cama de su fría habitación del piso de abajo, que apestaba a orines, Glenn y Sally Whitehouse estaban convencidos de haber hecho agradables los últimos días del anciano, creencia que el nombre de su primogénito y la propiedad legal de la casa apoyaban.

De tan discretos comienzos, pues, la ruinosa granja llegó finalmente a conocerse como la casa de los Whitehouse, donde los cinco hermanos nos criamos, nos peleamos, sufrimos juntos y nos quisimos a nuestro retorcido modo, la casa que los cinco hijos abandonaron en cuanto les fue posible: Elbourne y Charlie se fueron a Vietnam, donde murieron, Lena se casó con el repartidor de la Wonder Bread, con la obesidad, el cristianismo carismático y otros cinco hijos pendencieros, y yo, Rolfe, a quien los demás consideraban el triunfador, me marché a la universidad estatal.

Wade, el soñador, fue el primero en abandonar la casa de los Whitehouse por la joven, tierna y hermosa Lillian Pittman; y pocos años después, creyendo escapar del matrimonio, intentó seguir a sus hermanos y en cambio le destinaron a Corea; luego corrió de nuevo junto a Lillian; y unos años más tarde, otra vez convencido de que estaba huyendo de su matrimonio, llegó al remolque de Lake Minuit, al Toby's Inn, a Margie Fogg, a su trabajo con LaRiviere, a su amor por su hija Jill.

Mientras, nuestro padre se vio obligado a retirarse pronto, a los sesenta y tres años, cuando vendieron la fábrica Littleton Coats, y él y nuestra madre se quedaron solos en la decrepita granja que sus hijos mirábamos con oscura sospecha y rara vez visitábamos, sobre todo en vacaciones. El viejo matrimonio se fue volviendo taciturno y pasaban largos días y noches sin dirigirse la palabra, madre tejiendo pasamontañas para los hijos de Lena y prendas para la tómbola parroquial del pueblo, padre partiendo y apilando leña para el invierno, bebiendo sin parar desde media mañana hasta que se quedaba dormido en su butaca delante del parpadeante ojo del televisor.

A las tres o las cuatro de la mañana el frío solía despertarle con un sobresalto y, tambaleándose, echaba un tronco de leña a la estufa de un empujón, como si estuviera enfadado con ella. Ajustaba el tiro, apagaba la televisión y, arrastrando los pies, se dirigía a la cocina, donde a oscuras se servía dos dedos de Canadian Club y se lo bebía de un trago. Luego dejaba caer su frágil cuerpo en la cama que aún compartía con su mujer. No entendía qué había pasado, por qué todo el mundo, todos menos su mujer, se habían alejado de él; e incluso ella, que comprendía lo que había ocurrido, a su modo hacía mucho que se había apartado de él: Sally yacía a su lado helada de rabia, mientras él ardía y se abrasaba.

Pero ¿no había sido siempre así? ¿No es lo que decía de él la gente que lo conocía

de antiguo? Que antes de convertirse en un anciano prematuro y beber únicamente para seguir borracho, Glenn Whitehouse ya parecía consumirse, y no sólo cuando se dejaba caer torpemente en la cama, como ahora, y se quedaba despierto hasta el amanecer, sino todo el tiempo, día y noche. De joven era pelirrojo y de rostro encendido, con ojos y labios como brasas, un hombre que se paseaba sin sombrero y en mangas de camisa mientras otros iban abrigados con anoraks. Y cuando bebía, que era cada pocas noches incluso cuando Wade era pequeño y probablemente desde mucho antes, parecía inflamado en llamas. Su voz, normalmente grave y sombría, se alzaba y afinaba, y de pronto la boca se le llenaba de palabras que salían atropelladamente de sus grandes dientes al aire frío de la noche en aparcamientos vacíos y cabinas de camionetas, esparciéndose entre siseos, vaho y fogonazos de luz, provocando nerviosas risas en sus oyentes, que retrocedían y avanzaban de nuevo, fascinados y un tanto asustados. Porque sobrio, pese a su ardiente temperamento, Glenn Whitehouse adoptaba una actitud melancólica y unos modales discretos: un obrero que detestaba su trabajo y cuya malhumorada y empobrecida familia sólo servía para recordarle sus fracasos, un hombre a quien le resultaba difícil hacer amigos y que no los conservaba.

En la primera época, antes de que acabara perdiendo la noción de cuándo estaba sobrio y cuándo borracho, nuestro padre daba muestras, mientras bebía, de una oratoria brillante y descaradamente incoherente. El peligro, la violencia, sobrevenía por la noche, cuando dejaba de beber, de modo que si bien nunca fue de los que se meten en peleas de taberna y ni una sola vez alzó la mano a su mujer o a sus hijos estando sobrio, su familia, sin embargo, corría a ocultarse de él cuando llegaba a casa por la noche, sobre todo los viernes, después de recibir la paga y gastar buena parte de ella en el Toby's Inn o en una botella de Canadian Club en la tienda de licores de Littleton al volver a Lawford con los compañeros de la fábrica. Mamá y sus hijos salían de sus escondites cuando uno de los niños entraba subrepticamente en la cocina y luego volvía a informar de que padre estaba bebiendo otra vez.

—No hay peligro —decía riendo el jovencito Elbourne—. Ha sacado la botella y está sentado a la mesa haciendo como que lee el periódico.

Entonces salíamos del establo o de las habitaciones de arriba e íbamos a la cocina a calentarnos al fuego de nuestro padre: Elbourne y Charlie, Wade y Lena, Sally e incluso yo, que apenas andaba, todos buscábamos el calor de padre.

En cuanto nos veía, empezaba a hablar.

—¡Elbourne, muchachote! ¡Eres todo un chicarrón, Elbourne! Acércate aquí con tu querido papaíto y vamos a echarte una buena mirada, ¿eh? A ver, mozarrón, ¿qué fechoría has hecho hoy, en qué lío te has metido? ¿Me quieres, hijo? ¿Quiere a papaíto el mozalbete? ¿Quiere a su papi? Claro que sí.

«Probablemente no lo sepas, hijo, pero tengo medios de enterarme de lo que haces. Tú no te das cuenta, pobrecillo, pero todos tus profesores, ¿entiendes?, todos, sí, en cuanto me ven en la tienda, en Toby's y hasta en Littleton, lo primero que hacen

es contármelo, Elbourne, mi muchachote rompiéndose las costuras de los vaqueros, así que debes decírmelo tú, ¿comprendes?, para que cuando vuelva a ver a esa gente tan especial, a esos maestros, predicadores y lo que sean, no parezca tan... tan *ignorante*, eso es, ignorante de las insignificantes aventuras de mi hijo.

Hablaba con rapidez, casi sin respirar, sin dar a nadie oportunidad de contestar a sus preguntas ni replicar a sus afirmaciones.

—¡Tengo hijos, maldita sea! ¡Vaya hijos que tengo, Dios mío! Tengo un buen montón de hijos y todos van a hacerse hombres grandes, ¿eh, chicos? ¿Verdad, Elbourne? ¿Charlie? ¿Wade? ¿Rolfe? ¿Me queréis, chicos? ¿Queréis a vuestro papaíto? ¿Queréis a vuestro papi? Claro que sí. Seguro que le queréis.

»¿Y qué me dices tú, niña de papá? ¿Qué me dices? ¿Dónde has estado toda la vida, eh? ¿Quieres a tu papaíto, Lena? Ven aquí, hija. ¿Quieres a papi? Claro que le quieres.

Lena se acercaba tímidamente hacia él y le dejaba que la subiera a sus inquietas rodillas, donde se sentaba incómodamente unos momentos para luego retorcerse y volver a bajarse en cuanto él se dirigía a otro, normalmente a su mujer, a nuestra madre, a quien calificaba de hermosa, sabia y buena.

—¡Por Dios, Sally, qué buena persona eres! ¡Y digo Buena! Con mayúscula. Lo digo muy en serio. ¡Es la jodida verdad! Sally, tú eres mucho mejor que yo, que no soy nada bueno, una persona verdaderamente buena, como una puñetera santa. ¡Pero sin comparación, coño! Lo siento, disculpa el lenguaje, pero lo digo en serio, y lo siento pero no hay otra manera de decirlo, porque eres tan acojonantemente buena, que no me das ni un solo disgusto. De verdad. ¡Lo mejor que se puede ser sin perder la condición humana! Y tú eres totalmente humana, Sally. Una mujer humana. ¡Oh, Sally, Sally, Sally!

Más tarde, después de que nos hubieran acostado a Lena y a mí, los más pequeños, padre se quedaba sin whisky o había bebido tanto que casi no podía levantarse y dejaba que madre le acostara en la habitación de abajo, donde había muerto tío Elbourne y que habían pintado para instalarse ellos. Los mayores y Wade, que ya tenía once años y se quedaba levantado hasta cuando quería, veían la televisión en el cuarto de estar con madre, que, en bata y zapatillas, comía palomitas caseras sentada en el viejo y grasiento sofá verde mientras los chicos competían sentados en el suelo por ver quién hacía el comentario más sabihondo sobre el programa.

Sin volverse, sabían que él los miraba desde la puerta de la habitación y se callaban inmediatamente. Madre, Elbourne, Charlie y hasta Wade se daban cuenta de que estaba allí y no decían nada. Aunque hasta entonces Wade no había recibido ninguna paliza de padre, salvo desde luego los normales azotes cuando era pequeño, había visto las que recibían sus hermanos mayores y había oído las que daba a madre a altas horas de la noche mientras los chicos se encogían de miedo en la cama sin decir palabra hasta que todo terminaba, momento en que se apresuraban a hablar de

otras cosas.

Seguían viendo el programa de televisión como si padre no estuviera detrás de ellos en la puerta de la habitación: era *Gunsmoke*, con James Arness haciendo de Matt Dillon, un individuo alto de miembros ágiles cuya cuadrada mandíbula infundía cierto ánimo a Wade, aunque no se parecía a ninguno que conociera. Aun así, Wade se permitía soñar con aquel rostro grande, fuerte y amable, deseando no que su padre se pareciera a Matt Dillon, sheriff de los Estados Unidos, sino que conociera a alguien así, eso era todo, que tuviese un amigo cuya fuerza y amabilidad le aplacaran y al mismo tiempo le confortaran un poco, haciéndole menos turbulento e imprevisible, menos peligroso.

—¡Apagad ese puñetero aparato! —gritó padre.

En la mano tenía un arrugado paquete de Old Golds y sólo llevaba ropa interior, amplios calzoncillos verde oscuro y camiseta. A su espalda la habitación estaba en penumbra, y su cuerpo menudo, pálido y nervioso, casi parecía frágil a la escasa luz de la lámpara que había sobre la mesita junto al sofá. Se le cayeron los cigarrillos y, cuando se agachó a recogerlos, Wade vio su coronilla calva, que solía cubrirse peinándose los lisos cabellos rojos desde el lado izquierdo hacia el derecho, y le agradó verle así. Nunca lo habría dicho, no conocía a nadie a quien pudiera decirle una cosa tan extraña, pero en aquel momento pensó que su padre, agachándose para recoger del suelo un paquete de cigarrillos, las rodillas protuberantes, todo codos y hombros puntiagudos, pecho liso y rostro encarnado, con aquella única señal de vanidad al descubierto, era encantador, una persona que no podía dejar de resultar simpática incluso cuando gritaba con aquella cara desabrida.

Elbourne se levantó de un salto de su sitio junto al sofá y apagó el televisor.

—Muy bien, de acuerdo, ya está —murmuró con una voz apenas audible, encaminándose a la escalera.

Charlie lo siguió. Madre permaneció sentada frente a la desvaneciente imagen gris de la pantalla, con una mano dentro del tazón de palomitas apoyado en el regazo.

—Lo pondremos bajo —dijo—. Wade, vuelve a encenderlo. Pero no subas el volumen para que tu padre pueda dormir.

Wade descruzó las piernas, se levantó y alargó la mano hacia el botón.

—He dicho que apaguéis ese jodido aparato —insistió padre—. A-pa-gar-lo.

Por un instante Wade pensó que se parecía al sheriff Dillon desafiando en el bar de *miss Kitty* a un pistolero borracho a que sacara el revólver. El niño dejó la mano quieta a tres centímetros del botón.

—Adelante, está bien —le instó madre—. Sólo ponlo bajo para que tu padre pueda dormir.

Sacó varias palomitas del tazón, se las metió en la boca y masticó despacio.

Padre dio un paso hacia adelante, sacó un cigarrillo del paquete y se lo colocó entre los labios.

—Vamos, capullo, no hagas caso a tu padre —dijo a Wade mientras lo encendía

—. Haz lo que te dice tu madre.

Aspiró profundamente y echó el humo a sus pies, como si estuviera pensando en otra cosa.

Wade acercó un poco la mano al botón. ¿Dónde estaban sus hermanos? ¿Por qué se habían rendido tan fácilmente?

—Pon la película, ¿quieres, tesoro? —insistió madre, mascando palomitas.

Wade obedeció y su madre se volvió en el sofá y dijo a su padre:

—Vuélvete a dormir, Glenn, nosotros...

Pero él pasó rápidamente delante de ella, cogió al chico con ambas manos, lo apartó del televisor y lo lanzó al sofá. Wade cayó sentado junto a su madre; su padre apagó el aparato de un manotazo.

—¡Gilipollas! —gritó padre con los ojos entrecerrados, alzando el puño sobre la cabeza de Wade.

—¡No! —exclamó madre, pero el puño cayó.

No hubo tiempo para esquivar el golpe ni para protegerse con el brazo, ni siquiera para volverse. El enorme puño de padre descendió y se estrelló en la mandíbula del muchacho. Wade notó que una tremenda oleada de calor le inundaba despacio el rostro; después no sintió nada. Estaba tendido de lado, con la cara aplastada contra el sofá, que olía a humo de tabaco y leche agria, cuando cayó un segundo golpe, esta vez en la parte baja de la espalda.

—¡Basta, Glenn! —oyó gritar a su madre.

Tenía el cuerpo detrás, no sabía dónde, y lo sentía caliente, blando y luminoso, como envuelto en llamas. Delante de los ojos no tenía nada sino oscuridad, y se dio cuenta de que estaba escondiendo la cara en el sofá, de espaldas a su padre, como un animal aterrorizado que escarba en la tierra con las patas. Sintió que las rígidas manos de su padre se aferraban como garras a su vientre y le arrancaban del sofá, poniéndolo en pie, y cuando abrió los ojos lo vio erguido frente a él, con el puño derecho levantado y el rostro contraído en una mueca de disgusto y resignación, como el jefe que ejecuta una tarea necesaria pero sumamente desagradable.

—¡Quieto, Glenn! —gritó madre—. El chico no ha hecho nada.

Estaba detrás de padre, ya de pie pero aún con el tazón de palomitas en la mano, como si fuera su ayudante y el tazón contuviese sus horribles herramientas.

Padre cogió a Wade con una mano por la pechera de la camisa, como Matt Dillon atrayendo hacia sí a un aterrorizado y pequeño maleante, llevó el puño izquierdo a un lado, lo abrió y lo giró con rapidez, abofeteando con fuerza la cara del muchacho, como si fuera una tabla, luego echó de nuevo el brazo hacia atrás, golpeándole repetidas veces y siempre con más fuerza, aunque el chico lo notaba cada vez menos, sólo sentía el ardiente flujo como de lava que cada golpe dejaba tras de sí, hasta que pensó que explotaría de calor, que la cara le estallaría como una bomba.

Al fin dejó de pegarle. Lo apartó de un empujón, tirándolo al sofá como si de un montón de trapos se tratara, y sentenció:

—No eres más que un capullo, recuérdalo.

Wade alzó la cabeza y vio que padre seguía fumando. Madre lo tenía cogido de los hombros y le apartaba del sillón, conduciéndolo de vuelta a la habitación.

—Vete a la cama ya, vamos, vuelve a acostarte —le reconvino—. Ya has hecho bastante daño por esta noche. Se acabó. Ya ha pasado todo.

—Cuando digo que se haga algo, se hace, maldita sea —dijo padre por encima del hombro. Su voz era tenue y aguda, como un lamento—. Va en serio. Cuando digo que se haga algo, se hace.

—Ya lo sé —repuso ella—. Ya lo sé.

Luego padre desapareció en la oscuridad de la habitación, la puerta se cerró tras él y madre pudo atender a Wade, que sangraba por boca y nariz y tenía los carrillos hinchados. Se inclinó sobre él para aliviar y refrescar la piel ardiente de su rostro, pero el chico le apartó las manos bruscamente, como si fueran serpientes, y con los ojos desorbitados se alejó de ella retrocediendo hacia la escalera, donde al volverse vio a sus hermanos, que le esperaban como gárgolas sumidas en la oscuridad.

Pasó a su lado despacio y unos minutos después, cuando se desnudó y se metió en la cama, se acercaron a él. Nuestra madre se quedó sentada mucho tiempo en el sofá, escuchando algo que se rompía en su interior mientras todos los demás, incluso Wade, dejaban que el dolor fuera absorbido por el sueño: el sopor fresco y gris, duro y seco como la piedra pómez.

COCINA DE CASA. Wade pasó el anuncio, salió con cuidado de la carretera y aparcó la niveladora al final del aparcamiento de Wickham, donde apagó el motor, bajó al suelo como si se descolgara de una cabaña montada en un árbol y echó a andar hacia el restaurante. El rótulo, fabricado para Nick Wickham en neón rosado por un vidriero barbudo y con cola de caballo de White River Junction, fastidiaba a Wade.

Sabía que no estaba bien hecho, se lo dijo a Nick nada más verlo, pero fue incapaz de especificar por qué. Sólo se había fijado en el letrero unas semanas antes, una mañana temprano en que paró a tomar un café antes de ir a trabajar. Con la nevada de ese día, aquella mañana estaba muy lejos, no parecía de unas semanas atrás, sino de la temporada pasada, de principios de otoño, cuando las hojas lanzaban ante su vista destellos de bronce. Había entrado con el coche en el aparcamiento y vio a Nick subido en una escalera colgando el letrero nuevo del bajo tejado del restaurante.

—Eso no está bien —dijo Wade—. Es como si no estuviera bien escrito o algo así.

—¡Hay que joderse! —exclamó Nick desde arriba, mirándolo con indignación—, Wade Whitehouse, la gente como tú es la que impide que este puñetero pueblo prospere. Siempre sales con alguna jodienda, y perdona la expresión. A cualquier mejora que se haga por aquí, tienes que encontrarle defectos.

—No le encuentro defectos —replicó Wade—. Es una idea francamente buena, poner un letrero de neón y todo eso. Te favorece a ti y beneficia al pueblo. Además es muy moderno, como esos restaurantes de Concord. Y supongo que no te ha costado barato, ¿verdad? Es que esos artesanos hippies te salen por un ojo de la cara. Crees que te van a dar un plato o algo por el estilo, algo que te pueda servir, de verdadera utilidad. Eso es lo que tú crees. Sólo que resulta que es una puñetera obra de arte.

Nick bajó la escalera, la plegó y retrocedió unos pasos para admirar su nuevo anuncio. Chasqueó los labios, como si acabara de comérselo.

—Éste es un pueblo de mamones —afirmó.

—¡Oh, vamos! —dijo Wade—. Sólo te he dicho que lo de «Cocina de casa» no me parecía bien, nada más. El anuncio está bien. Sólo el anuncio. Lo que dice es lo que está mal.

—¿Cómo? ¿Por qué? Dime qué coño es lo que está mal. ¡Esa cosa me ha costado ciento cincuenta dólares, por Dios santo!

—No importa —repuso Wade, dando a Nick unas palmaditas en la espalda—. Parece auténtico..., serio. Es como si hubieras alcanzado una posición importante en el ramo de la hostelería. ¡Estamos orgullosos de ti, Nick, los ciudadanos de Lawford, New Hampshire, le presentamos nuestros jodidos respetos, señor! —exclamó, alargando el brazo para abrir la puerta—. Y ahora, si no te importa, me parece que



voy a entrar a probar esa cocina de casa que anuncias.

Desde aquella mañana, cada vez que Wade entraba en el aparcamiento de Wickham —en realidad, cada vez que pasaba frente al restaurante, parase o no—, observaba el letrero de neón y trataba nuevamente de descubrir qué tenía de malo. Le ponía nervioso, le avergonzaba un poco, como si fuese un espejo en el que se hubiese sorprendido con una mueca estúpida en la cara.

Nadie más parecía considerar el letrero extraño o «mal hecho»; en realidad nadie hablaba de él a no ser elogiosamente. Una tarde Wade se inclinó sobre el mostrador y, con la mayor naturalidad del mundo, como si él no tuviese ninguna opinión sobre el tema, preguntó a Margie qué pensaba del nuevo letrero de Nick.

—Pues, bueno, el anuncio me parece estupendo. Pero ¿para qué sirve? Todos los que vienen son clientes de hace años. No necesitan un rótulo de neón para saber dónde están o qué pueden encontrar aquí. Pero es bonito —dijo—. Mejor que el que había antes.

—¿Cuál había antes? Ahí nunca he visto nada.

—De eso se trata —dijo ella riendo, dándole un puñetazo en el brazo y palmeándole la mano—. Antes no había *nada*.

Alargó los brazos por encima del mostrador y le estrujó las mejillas con ambas manos. Manos: Margie Fogg tenía unas manos que llegaban a todas partes, por todo el cuerpo, más de prisa que el pensamiento y antes de que uno pudiera decidir si quería que le tocara o no. Nick le gritó desde la cocina que recogiera los pedidos, por amor de Dios, antes de que se congelaran, y ella soltó las mejillas de Wade y, haciendo girar los ojos en sus órbitas, se encaminó con paso indolente a la cocina en una parodia de sumisión.

Ahora Wade se detuvo unos momentos entre los coches y camionetas del nevado aparcamiento antes de entrar en el restaurante, y una vez más observó el letrero de neón, más rosa que de costumbre entre los copos de nieve, casi obsceno. Ropa interior rosa, pensó, aunque no había conocido a ninguna mujer que llevara ropa interior de ese color. Margie llevaba bragas blancas de algodón y sostén de color crema. La ropa interior de Lillian era beige y a veces de color tostado o gris oscuro. Pardo, le dijo ella una vez. Quién sabe el color que llevará ahora. Wade, no, desde luego. Jo, jo, él no. Pero el letrero era rosa de chicle. Pensó que las busconas eran probablemente las únicas mujeres que llevaban bragas rosas —prostitutas, chicas de alterne—, y entonces recordó a una que las llevaba, una muchacha de Seúl, incluso se acordaba de su nombre completo, Kim Chul Hee, y rápidamente apartó la vista del letrero que anunciaba «Cocina de casa» y entró en el restaurante.

Dentro, animadas conversaciones y nubes de humo de cigarrillos ascendían en espiral de los reservados alineados junto a la pared, donde hombres vestidos con cazadoras brillantes, gorras de color naranja y camisas de algodón a cuadros se sentaban en grupos de tres o cuatro. Por todo el local se veían abrigo, chaquetones y anoraks colgados en perchas y en los respaldos de las sillas. Con los codos apoyados

en el mostrador, había más de una docena de hombres sentados en los taburetes, con las botas chorreando y formando charcos en el suelo, fumando y hablando animadamente, como si justo antes de que Wade entrara hubiese ocurrido algo interesante. A esa hora, el local solía estar silencioso y tranquilo como una taberna, aunque hubiese mucha gente.

Wade miró en torno del atestado local con las cejas enarcadas, dispuesto a saludar, pero parecía que nadie reparaba en su presencia. Ni siquiera Margie, que estaba frente al reservado del fondo con la bandeja vacía apoyada en la cadera. Escuchaba la conversación de los cuatro jóvenes allí sentados: Chick Ward, cuyo Trans Am rojo había visto Wade aparcado entre las Wagoneer y el Bronco como una fina navaja automática entre martillos, y otros dos individuos que no conocía pero que probablemente serían de Littleton, adonde Chick hacía excursiones nocturnas con el coche; y allí estaba Frankie LaCoy, que, como Chick, iba mucho a Littleton, aunque por distintos motivos, porque allí era donde Frankie compraba la hierba que luego vendía en Lawford. Los cuatro llevaban ropa de caza y, a juzgar por el aspecto de sus botas, habían estado caminando por el bosque desde el amanecer. En los parachoques del Trans Am de Chick no había ningún ciervo amarrado —Wade lo había observado al entrar—, pero ¿por qué debería haberlo? Chick no era cazador, salvo de mujeres. No sería extraño ver dos mujeres bien atadas en los parachoques del Trans Am, pero no un ciervo de cola blanca, ¿eh? Ese Chick Ward era un obseso.

Wade se acercó al reservado poniendo una mano en el ancho hombro de Margie y otra en el de Chick. A veces le gustaba imitar lo que Margie parecía forzada a hacer con las manos: estaba bien cuando ella lo hacía, daba la impresión de que se relacionaba con la gente de un modo que Wade envidiaba.

Margie se volvió hacia él, los cuatro hombres dejaron de hablar y le miraron expectantes, con expresión grave, incluso Frankie, que solía sonreír y guiñarle un ojo como si ambos compartieran un secreto divertido, y así era en cierto modo. Wade sabía que Frankie era la única persona que vendía marihuana en Lawford, y Frankie era consciente de que mientras actuara como si Wade no lo supiera, éste le dejaría tranquilo.

Pero esa mañana Frankie lo miró como si quisiera que le explicase algo, que aclarase un misterio enojoso. Y Chick Ward también. Normalmente Chick no hacía caso a Wade, salvo para saludarlo con un gruñido y, ruborizándose súbitamente, fruncir el ceño y bajar la vista a los pies como un niño cogido en falta, lo que Wade achacaba a un encuentro que habían tenido años atrás, cuando Chick aún estaba en el instituto y le gustaba espiar por las ventanas a mujeres de mediana edad que se preparaban para irse a la cama. Los otros dos, ambos con barba y largos cabellos oscuros que les caían sobre el cuello de la camisa, no sabían quién era Wade, pero aun así lo miraron anhelantes, como si trajera noticias importantes.

—¿Ya habéis cazado un ciervo? —preguntó Wade al grupo.

Apretó el hombro de Margie. Había algo que no encajaba, un acorde o una nota

que faltaba. Aquella mañana la gente no actuaba normalmente, pensó Wade, o él no veía las cosas tal como eran, como si tuviera fiebre o resaca, o le distrajese el dolor de muelas. Era como ver una película con la banda sonora mal sincronizada.

—¿Qué contáis, muchachos? —intentó—. Vaya nevada, ¿eh?

Quitó la mano del hombro de Chick, evitó su mirada, dio unos golpecitos al paquete de cigarrillos, sacó uno a medias y se lo puso en los labios. Volvió a apretar el hombro de Margie. Había mañanas así —poco frecuentes, seis o siete al año, pero las suficientes para preocuparle—, en las que tras haber perdido todo recuerdo de la última hora de la noche anterior en el Toby's Inn, entraba en el restaurante a tomar café y al momento comprendía que lo que hubiera hecho o dicho en esa última hora de total oscuridad, lo que no lograba recordar, por la mañana lo sabía todo el mundo que estaba en el local.

—¿Estás bien? —le preguntó Margie.

—Sí, claro. ¿Por qué no había de estarlo? —repuso él.

El corazón le latía como si estuviese asustado, pero no lo estaba, todavía no. Sólo un poco confuso. Había un vacío tenue, casi imperceptible, en la forma de saludar, nada más. No gran cosa. Pero estaba sudando y sonreía de un modo extraño, lo notaba; hacía observaciones que no venían a cuento, haciendo más hondo ese vacío a cada momento que pasaba. No podía impedirlo. Experimentaba la misma sensación que Frankie LaCoy debía de sentir continuamente, viviendo en una especie de alerta defensiva.

—Menos mal que mi hija se marchó a Concord con su madre —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí —dijo Frankie, que, asintiendo con la cabeza, añadió—: ¿Por qué lo dices?

—Por la nieve y todo eso.

—Ah, claro.

Margie retrocedió un paso, le miró a los ojos y él se volvió inmediatamente. Nick Wickham salió de la cocina secándose las manos en una toalla y se apresuró a servir más café en varias tazas del mostrador.

—¡Marchando uno grande! —pidió Wade. En voz demasiado alta, pensó—. ¡Con leche, sin azúcar!

De pronto lamentó haber parado en el restaurante y no estar en la carretera quitando nieve, solo, helado y perdido en sus sueños. La inquieta mirada de Margie, la expresión un tanto perpleja de Frankie y la actitud expectante de Chick le resultaban demasiado incómodas y familiares. Los demás habitaban un mundo; él estaba en otro. Y la distancia entre ambos universos producía en los demás preocupación y perplejidad, despertando su curiosidad hacia él: porque él vivía solo en su mundo y ellos compartían el otro.

Encendió el cigarrillo y vio que le temblaban las manos. Mira qué cabronas, tiritando como perrillos helados de frío que imploran a la puerta de casa que les dejen entrar. Wade se sintió frágil, a punto de hacerse añicos. Cuando tenía dieciséis años

sintió por primera vez esa especie de fragilidad, y desde entonces la redescubría de pronto sin causa aparente. En un momento dado, se desenvolvía con seguridad en el tiempo y el espacio, en perfecta sintonía con los demás; luego, sin previo aviso, perdía el paso y se encontraba, sin saber cómo, fuera de aquel ámbito, de modo que el más mínimo movimiento, la menor palabra, expresión facial o gesto entrañaba una enorme significación. El local se llenaba de mensajes en clave que no podía descifrar, y pronto pasaba a un estado de histeria apenas controlado.

—¿Jill se ha marchado a casa con su madre? Pensé que se quedaba el fin de semana. Vaya —dijo Margie, poniéndole la mano en el antebrazo.

Colocó la bandeja en el suelo, apoyándola contra el reservado, y se acercó a Wade como para abrazarlo. Él dio un paso atrás y miró a un punto fijo de su hombro, como si ella fuera su novia Lillian Pittman y él tuviera de nuevo dieciséis años, y la detuviera con su movimiento y la súbita rigidez del rostro. Le había contado otra vez la paliza que le había dado su padre, revelándoselo sin pensar, sin querer siquiera, introduciendo bruscamente la confidencia en medio de una conversación sobre otro tema. «Mi padre volvió a darme anoche una buena tunda», anunció, y Lillian, la dulce e inocente Lillian, hizo el mismo movimiento que Margie, acercándose a él con las manos extendidas, los alargados y finos rasgos de su adorable rostro rebosantes de piedad y asombro, según le pareció, pero también de curiosidad perversamente distanciada, porque entonces ella no sabía nada de la violencia y le parecía lo más horrible e inexplicable que pudiera imaginarse. Fascinada y asqueada por lo que le había contado, ignoraba completamente, sin embargo, la luz y el calor que él sentía cuando su padre le pegaba, la intensa claridad de sensaciones que emergían del fondo de su pecho, la exquisita unión que experimentaba en todas partes cuando su padre zarandeaba el esbelto cuerpo del muchacho, golpeándolo y tirándolo al suelo mientras su madre gritaba a lo lejos. Él no podía decirle esas cosas pues apenas era consciente de ellas. Sólo sabía que había omitido algo muy importante que le llenaba de vergüenza, y ésa era la razón por la cual se acercaba a ella buscando consuelo y al mismo tiempo la rechazaba.

—Bueno, olvídale —murmuró—. Simplemente, olvida que te he dicho nada de eso.

—¿De qué? —preguntó Margie, bajando las manos a los costados.

—Ya sabes. De Jill.

—Ven un momento —dijo ella.

Con un movimiento rápido le cogió del brazo, le apartó del reservado y lo condujo a la pequeña trastienda de paneles de pino donde estaban los juegos de vídeo y las máquinas de *flippers*, sin jugadores a esa hora, en penumbra y con olor a humo rancio de tabaco.

—¡Margie! —gritó Nick cuando ella franqueó el umbral, pero ella le hizo callar con un gesto.

Wade se apoyó en la máquina de Playboy, emitió un hondo suspiro y dijo:

—Escucha, Margie, tengo que hacer mis cosas. ¡Santo Dios! Tengo que...

Dejó la frase sin acabar y abrió los brazos, como si en realidad no tuviese nada que hacer. A su espalda se cernía una imagen brillantemente iluminada de Hugh Hefner en pijama de seda y bata, la pipa en la boca de afectada sonrisa, mechón caído sobre la frente y rodeado de cuatro adolescentes atrevidamente desvestidas, de mirada maliciosa y provocativa y pechos demasiado grandes, como globos de color rosa.

—¿No apagáis esto por la noche? —preguntó Wade, volviéndose un poco sobre un codo y pareciendo estudiar la imagen—. Gasta mucha electricidad.

—No te preocupes por eso —repuso ella—, Chick, Frankie y los otros dos ya estaban jugando esta mañana. De todos modos, no quiero hablar de eso. Y tú tampoco. —Hizo una pausa, colocó las anchas manos sobre sus hombros, como bendiciéndolo, y preguntó—: ¿Qué ha pasado con Jill?

—Me harté de discutir con ella. La mandé a casa.

—¿Es verdad?

—Sí. No pasó nada. A ella no le ha «pasado» nada.

De pronto se imaginó a Jill aplastada en la carretera, deshecha como una calabaza bajo el semáforo intermitente en ámbar delante del colegio y el coche que la había atropellado, un BMW negro, perdiéndose en las sombras a toda velocidad.

—Voy... voy a entablar uno de esos procesos para obtener la tutela —anunció—. Me importa un pito, ¿sabes?

Era consciente de que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no lloraba: no estaba triste.

—No seas idiota —advirtió ella—. No lo dices en serio.

—Sí. Sí, lo digo en serio.

—No, no es verdad. Estás cabreado, Wade, eso es todo. Deberías esperar unos días a que se te pasara esto y luego sentarte con Lillian y tener de una vez una larga conversación con ella. O sea, como es debido. ¿Entiendes? Arreglarlo con ella. Explícale francamente cómo te afectan estas cosas. —Margie bajó la voz y añadió—: Lillian no pretende hacerte daño, Wade. ¿Sabes?

—Vaya que no. Lillian está intentando crucificarme desde el día que la conocí. Desde el puñetero instituto. No. Voy a contratar un cabrón de abogado de Concord y a arreglar esto del divorcio. Lo haré. Lo he pensado mucho. Cuando nos dieron el divorcio yo estaba muy jodido y todo eso, así que me aguanté y recogí las pocas migajas que quisieron arrojarme, ella y ese maldito abogado suyo. —Se cogió la nariz con el pulgar y el índice y dio un tirón—. Ni siquiera tuve un abogado especializado en divorcios, así estaba de atontado y de jodido. Me da vergüenza decirlo, pero así es. Y ahora ella puede hacer lo que se le antoje, cualquier cosa: mudarse a Concord, casarse. ¡Que se largue a California si quiere, coño! Entretanto, tengo que seguir enviándole trescientos dólares al mes para la manutención de la niña o me meten derecho a la cárcel, sin remisión. Sólo que cuando se trata de estar con mi hija, de ser un padre de verdad y todo eso, no tengo derecho a la menor decisión. Es como si Jill

le *perteneciese* y sólo me la prestase o algo así, y además sólo cuando le parece bien. Y cuando quiere que vuelva con ella, viene y se la lleva. Como anoche. Eso no está bien —sentenció—. Las personas no son propiedad de nadie. Nadie es de nadie, y los niños menos. Lo justo es lo justo.

Se incorporó, quitó las manos de Margie de sus hombros y sonrió.

—Mira, tengo que marcharme. Tengo que tomarme el café y subirme otra vez a esa dichosa niveladora. Míster Gordon LaRiviere va a coger un cabreo superior conmigo. Nick el Vil ya estará cabreado contigo, probablemente.

—Nick el Vil —repitió ella, sonriendo.

—Esa condenada mujer —dijo Wade, mirando a Margie directamente a la cara—, Lillian cree que ella y el cabrón de su marido pueden venir y llevarse en el coche a Jill y dejarme... dejarme solo de esta manera. Estoy más que cabreado, Margie. Mucho más que cabreado. Sin bromas. Ya lo he estado mucho y conozco la diferencia. Esto es distinto.

Dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Margie lo siguió. Cuando Wade llegó a la caja registradora, al final del mostrador, Nick sacó la cabeza de la cocina y dijo:

—Tienes el café junto a la caja, Wade. ¿Qué sabes de lo de Jack Hewitt y el tío que encontró? ¿Quién coño es ese individuo? ¡Oye, Margie —gritó—, por amor de Dios, cariño, que tienes dos pedidos ahí parados que se están enfriando!

Nick cogió tres platos blancos con una mano como si fueran naipes y con la otra distribuyó en ellos unas tortitas que retiró de la plancha con la paleta.

—¿Te has enterado de algo más sobre ese tipo que se ha pegado un tiro? ¿Has hablado con Jack?

Los clientes del mostrador levantaron la cabeza y miraron a Wade, aguardando su respuesta. Wade desvió la mirada y vio que los de los reservados también lo esperaban.

—No. No he hablado con él; bueno, desde anoche —murmuró—. Hoy llevaba a un tal Twombly a Parker Mountain, muy temprano.

Nick entregó los tres platos de tortitas a Margie, fue al mostrador y registró el café de Wade.

—Te has enterado, ¿verdad? —dijo en voz baja.

—¿De qué?

—De ese tío que se ha pegado un tiro. —Nick se llevó el índice a la sien, hizo como que apretaba el gatillo y añadió—: ¡Bang! Al menos así parece. No a propósito, quiero decir. Supongo que ha sido un accidente.

—¿Dónde..., cómo te has enterado?

—Por la radio. Hace un poco. Cuando venía para acá, uno de los muchachos, Chick, creo, cogió una llamada de Jack a la policía estatal. Jack les dijo que necesitaba ayuda, que estaba en Parker Mountain con un tipo que se había pegado un tiro. Un par de muchachos salieron de aquí para echarle una mano, pero la policía ya estaba allá arriba, por todos lados, y los mandaron de vuelta. Pensaba que conocerías

toda la historia. Es decir, que sabrías lo que pasó en realidad. ¿Se ha suicidado ese tipo? Pero ¿quién coño es ese Twombly, de todos modos?

—No. No... lo sabía. Yo estaba..., pero ¿dónde coño estaba yo? Quitando nieve; he estado con la niveladora toda la mañana —dijo Wade, añadiendo en seguida—: Y antes en el colegio.

Se sentía vagamente culpable, como si hubiera mentido en algo y estuviese buscando una coartada, cuando lo único que pretendía era contestar a la sencilla e inocente pregunta de Nick. Lo intentó de nuevo.

—Twombly..., Evan Twombly. Es un veraneante de Massachusetts. Tiene una casa en Lake Agaway. Es amigo de LaRiviere o algo así, por eso lo llevó Jack a cazar. Por Gordon. Fue idea suya. De Gordon, quiero decir. —Se encaminó a la puerta—. He estado quitando nieve todo el rato.

Abrió la puerta y salió; se detuvo un momento entre la nieve azotada por el viento, como para aclararse la cabeza, se volvió y vio el letrero de neón rosa colgado del tejado bajo del restaurante.

COCINA DE CASA. Tendría que decir Comida Casera, comprendió de pronto Wade. O pasteles caseros, o cualquier otra idiotez. Estúpido. Estúpida. Todos somos estúpidos.

WADE SÓLO QUERÍA librarse de la niveladora, perderla de vista, abandonarla en alguna parte y no volver a conducir nunca más aquella enorme, pesada y grotesca máquina. Le humillaba. Sólo era un objeto, pero lo despreciaba. Era inadecuada, y lenta. Perteneceía a LaRiviere y conducirla le daba la sensación de que él también le pertenecía, como si estuviera pintado con la misma banda azul y llevara escrito en la espalda el ridículo lema: ¡LO NUESTRO ES IR AL HOYO!

Ahora tenía una excusa para dejar la máquina. Que LaRiviere buscara a otro para acabar de quitar la nieve; Wade tenía que ocuparse de un asunto oficial. Gracias a Twombly. La policía estatal podría echar a Chick y a Frankie y a sus infames amigos de Littleton, pero a él tendrían que dejarle pasar. Que pase, Wade es de los nuestros. Aunque *fuese* un accidente, había ocurrido en su jurisdicción, y tenía obligación de presentar un informe a la Dirección de Caza y Pesca, así que tendrían que dejarle hablar con Twombly, suponiendo que pudiese hablar, y debía tomar declaración a Jack y a quien hubiera presenciado el tiroteo. El cabrón estaría medio borracho, probablemente, o demasiado resacoso para manejar el rifle como es debido.

Pero, al subir de nuevo a la cabina de la niveladora, Wade suspiró. No, acabaría pasándose todo el puñetero día conduciendo la maldita niveladora. Gordon LaRiviere, dueño de la empresa de perforación de pozos, también era el presidente de la junta municipal, que contrataba y despedía al agente de policía del pueblo. LaRiviere le diría que hiciese la puñetera investigación en sus ratos libres y que presentara el informe más tarde.

De momento, hasta las cinco de la tarde en cualquier caso, Wade Whitehouse, el encargado de quitar la nieve, pertenecía a Gordon LaRiviere, concejal de carreteras. Sólo a partir de esa hora pertenecería a la junta municipal. Y en ningún momento sería dueño de sí mismo.

Eran las once menos cuarto cuando Wade salió de la carretera y entró en el aparcamiento de LaRiviere. Al fondo, cerca del taller, estaba su coche envuelto en un manto de nieve, y junto a él se hallaba aparcada la camioneta de LaRiviere, un Dodge con tracción a las cuatro ruedas, barra luminosa y luces de marcha como la de Jack y una pala que LaRiviere hacía pintar a Wade de azul claro después de cada nevada importante para tapar los raspones causados en la pintura por las piedras y grava que saltaban al quitar la nieve.

LaRiviere estaba loco. Wade no tenía otra palabra para describirlo. Insistía en que todas sus pertenencias siempre estuvieran a la ve2 listas para usar y sin estrenar. Cuando LaRiviere iba a inspeccionar la perforación de un pozo, paseaba alrededor de la obra con las manos en las caderas y el labio superior enarcado como si se acabara de descubrir una mierda de gato en la punta de la bota. Luego paraba el trabajo y hacía que Wade, Jack o quien estuviera perforando limpiara la zona, volviera a ensamblar la tubería y colocara llaves y herramientas unas junto a otras por orden de



tamaño. Sólo cuando vehículos, plataforma, soporte, herramientas y emplazamiento estaban tan ordenados como para venderlos en un escaparate, permitía que los hombres volviesen al trabajo.

Wade aparcó la niveladora junto al taller, apagó el motor y descendió rígidamente al suelo. En ese momento nevaba poco, diminutas partículas duras que se le clavaban en el rostro. Tenía frío, y parecía que siempre lo había tenido. No había motivo justificado, pensó, para vivir en aquel clima si no era por obligación. Y Wade era consciente de que él no estaba obligado. Ciertamente era que adondequiera que fuese viviría igual de mal, y también era verdad que a su tortuoso modo quería al pueblo, pero en otra parte al menos tendría calor. Pensaba en ello a menudo, y normalmente entendía por qué no se había marchado de Lawford y del estado de New Hampshire, e incluso de Nueva Inglaterra. Pero a veces la única razón por la que no se marchaba, ni siquiera a Concord, adonde Lillian se había llevado a Jill, era que ya no poseía la energía necesaria. Quizá nunca la había tenido, ni siquiera de joven y recién casado, siendo prácticamente un estudiante de bachillerato, ni cuando volvió de Corea cuatro años después con unos cuantos dólares y acababa de casarse por segunda vez. Estaba seguro de que Lillian le habría acompañado a donde fuese, a Florida o Arizona, o quizá a un estado del sureste como Carolina del Norte. En Corea conoció a gente, a un tal Seabees, que le dijo que podría encontrar un trabajo muy bien pagado en Oklahoma o Texas perforando pozos de petróleo y haciendo lo mismo que hacía para sacar agua en el norte de New Hampshire; si se lo hubiera propuesto a Lillian —en vez de guardarse la idea, como si no hubiera otro sitio en el mundo donde encontrar trabajo—, ella le habría dicho: «¿Cuánto tiempo tengo para hacer las maletas?». Y entonces todo habría sido diferente. Reaccionó airadamente ante la súbita idea: ¡Dios mío, qué mamarracho había sido! Los demás quizá fuesen estúpidos; pero Wade era algo peor: un payaso.

Le sorprendió que LaRiviere no supiese lo de Twombly. Cuando Wade le contó lo ocurrido en Parker Mountain, lo poco que sabía, el rostro de LaRiviere, habitualmente rojo, se volvió blanco y, con toda su corpulencia, pareció encogerse dentro de la ropa.

—Me figuraba que ya te habrías enterado. Por la radio —murmuró Wade, señalando con la cabeza hacia el despacho de la entrada, donde LaRiviere tenía un pequeño emisor-receptor sobre el archivo que había junto al escritorio de Elaine Bernier—. Pensé que lo sabías todo.

—¡Detesto ese puñetero aparato! —exclamó LaRiviere, lanzando a Wade una mirada iracunda desde su asiento—. Sólo lo utilizo para llamar —añadió rezongando—. ¿Y para qué coño tendría que llamar a Jack, por qué habría de llamarle esta mañana precisamente?

—Hasta en el restaurante de Wickham lo sabían.

—¡Olvídalo, por Dios! ¿Para qué me molestas con eso? Tenemos que marcharnos, he de ir para allá. ¡Twombly! ¡Ay, Señor!

Parecía que se estaba hinchando, ahuecando su cuerpo anormalmente amplio, preparándose para actuar, moverse, dirigir. Con el pelo de punta como el de un perro encolerizado, se levantó de la silla y cogió su chaqueta azul de la percha que había detrás de la puerta.

—Vamos, conduce tú. Iremos en mi camioneta —dijo a Wade—. Apaga el puñetero cigarrillo, ¿quieres?

Pasó por delante de él y se encaminó a la salida. Wade lo siguió, tirando la llave de la niveladora encima del escritorio de Elaine. Fuera, mientras cruzaban el aparcamiento, arrojó el cigarrillo a un montón de nieve.

—¡Ahí no, por amor de Dios! —exclamó LaRiviere al verlo.

—¿Dónde entonces? —repuso Wade, agachándose, recogiendo la colilla aún encendida y tendiéndosela a LaRiviere como si se la regalara.

—¡Vamos, Wade! ¿Qué demonios quieres que te diga? Ve adentro y utiliza el condenado cenicero, pero hazlo rápido, coño, tengo prisa. ¡Por Dios santo! —exclamó, echando a correr hacia la camioneta.

Wade volvió a entrar en la oficina, aplastó el cigarrillo en el ancho cenicero del mostrador, justo debajo del letrero de prohibido fumar, y sonrió inquieto a Elaine, que no le devolvió la sonrisa. Elaine Bernier aborrecía a Wade porque sabía que a LaRiviere no le caía simpático pero no era libre de mostrar su desagrado porque le necesitaba. Ella sí. Las miradas severas y comentarios sarcásticos constituían una parte crucial de su trabajo.

Mientras Wade conducía la camioneta, LaRiviere, sombrío y silencioso a su lado, siguió ahuecándose, estirando las últimas arrugas de su rostro ancho y plano, hinchando el pecho y los brazos. Mientras pasaban frente al restaurante de Wickham y se alejaban del pueblo en dirección norte, Wade extendió el brazo y conectó la radio en la banda de la policía. Durante unos momentos oyeron interferencias y conversaciones confusas, y luego la voz grave del operador de Littleton que decía al coche 12 que se quedara donde estaba, la situación estaba controlada y la ambulancia había llegado.

—¡Hay que joderse! —exclamó LaRiviere—. Apaga eso.

Wade obedeció.

—Lo único que te han dicho es que ha habido un accidente allá arriba, ¿no?

—Sí.

—¿Eso es todo lo que sabes?

—Bueno, no —repuso Wade—. El del tiro es Twombly. Eso es lo que han dicho. No Jack. Él está bien.

—¡Joder!

—Jack es el que está bien. Supongo.

—Pero ¿no sabes si es grave ni nada?

—Te refieres a Twombly.

—Sí, Wade, me refiero a Twombly.

—No —contestó Wade, conectando los limpiaparabrisas—. No sé si es grave.

La nieve caía blandamente, pero había aclarado y el cielo estaba de un gris lechoso. No duraría mucho así.

—¡Hay que joderse!

—A lo mejor está bien. Lo más probable es que se haya dado un tiro en el pie o algo así. Eso es lo que suele pasar.

—Tendría que haberte mandado a *ti* con él en vez de a Jack.

Wade se sorprendió. Miró a LaRiviere, que se mordisqueaba la uña del pulgar.

—Sí, ojalá lo hubieras hecho. Preferiría haber estado cazando ciervos antes que conduciendo con el cuello helado la puñetera niveladora.

Alargó la mano y abrió el cenicero que había delante de LaRiviere, que en seguida depositó una esquirla de uña y empezó a roerse la del otro pulgar. Wade cerró el cenicero.

—Tú no eres tan buen cazador como Jack. Y él no sabe ni mierda de conducir la niveladora.

—Ni hablar —replicó Wade, aunque sabía que LaRiviere tenía razón en ambas cosas.

Jack odiaba la niveladora aún más que Wade y la conducía con rabia y descuido, hasta el punto de que en dos ocasiones había volcado en una cuneta. Y mientras Jack no había dejado de matar un ciervo el día de apertura de la veda desde que tenía doce años, Wade no había disparado un tiro desde hacía diez años. Hacía cuatro años que ni siquiera se había molestado en intentarlo. Desde que Lillian y él rompieron por segunda vez. Después de eso había perdido muchas cosas, entre ellas la placentera tenacidad que se necesitaba para emprender año tras año largas caminatas por el bosque con un rifle, pese a los repetidos fracasos y frustraciones, en busca de un destello de piel, de una cola vislumbrada entre los árboles. Wade siempre hacía demasiado ruido al andar, como si quisiera advertir a los animales: un hombre de pisadas fuertes con un cuerpo más apropiado para cargar peso que para andar con cautela, que siempre calculaba mal el movimiento de los animales, creyendo que se desplazaban a la izquierda en vez de a la derecha, colina arriba en vez de hacia abajo, que se alejaban en lugar de acercarse; veía al ciervo, miraba hacia donde creía que se dirigiría, y luego lo perdía de vista. Luego disparaba a un tronco cuatro o cinco veces, sólo para hacer fuego con el puñetero artefacto, y asustaba a todos los ciervos que podían oírlo, haciendo que se escondieran mejor.

—¿Conoces a un tal Mel Gordon, el yerno de Twombly? —preguntó Wade al pasar frente al colegio.

—Sí.

—El cabrón casi me atropella esta mañana. Adelantó a un autobús escolar parado.

—Eso es grave.

—Yo diría que sí. Voy a detener a ese hijoputa.

LaRiviere se removió en el asiento, examinó un momento el perfil de Wade y

siguió mordiéndose la uña del pulgar.

—Olvídate de Mel Gordon —dijo, abriendo el cenicero. Depositó en él el trozo de uña y lo volvió a cerrar, dándole después una palmadita como de aprobación.

—Y una mierda. Yo estaba frente al colegio parando el tráfico para que entraran los autobuses, ya sabes, como suelo hacer, con los niños cruzando la carretera por allí y tal, cuando ese hijoputa se impacienta con su BMW, sale de la fila, y me pasa rozando a toda hostia como si yo no estuviese allí. Si un niño hubiese estado cruzando en ese momento, él ni se habría enterado. Tendrían que quitarle el permiso a ese cabrón por hacer eso.

—Así que ¿qué vas a hacer? ¿Reprenderle?

—No, coño. Denunciarle. Voy a mandar una citación a ese hijoputa por conducción temeraria. Estoy completamente seguro de que eso es conducción temeraria, ¿no crees?

LaRiviere no contestó. Salieron de la Route 29, entraron en la carretera de Parker Mountain, aún con la nieve sin quitar, y siguieron las huellas dejadas por la media docena de vehículos que los habían precedido. Wade puso la tracción a las cuatro ruedas y la camioneta se adhirió a los surcos como atraída por un imán. A su lado, los pinos inclinados bajo el peso de la nieve pasaban a toda velocidad. Los restos de viejas cercas de piedra niveladas y alisadas por la nieve se sucedían como hogazas de pan tierno mientras la camioneta se dirigía a Saddleback y luego seguía por la sinuosa carretera del cerro hasta la cima de la montaña.

Ambos hombres iban ahora silenciosos, concentrados en sus pensamientos. Wade meditaba sobre la infracción de la ley cometida por Mel Gordon y sobre su dignidad ofendida, pero ¿quién sabía lo que pensaba LaRiviere? Cuando no está revolviéndolo todo, colocándolo en ordenados montones, cuadrados de hileras, es imposible saber lo que le pasa por la imaginación. Es de los que urde intrigas y maquinaciones, un hombre reservado con una fachada engañosa que calcula sus movimientos con mucha antelación y rara vez hace nada sin haberle dado cien vueltas en la imaginación. Ve la vida más o menos como una competición dura pero altamente provechosa para los triunfadores. En el mundo de LaRiviere o se triunfa y se gana mucho, o se fracasa y se pierde todo. El sobrevivir, la simple supervivencia, no existe para él salvo como una deprimente derrota, lo que constituía uno de los diversos motivos por los que despreciaba a Wade. Por lo que a LaRiviere tocaba, Wade se limitaba a sobrevivir, y ello suponía que su vida no tenía otro sentido que el de facilitar la de LaRiviere. Si no se era capaz de utilizar a la gente, la gente le utilizaba a uno. No había término medio. Los que piensan que representan un término medio y se creen a salvo, son gente ridícula. Como Wade.

Lo vieron antes de oírlo: ante ellos surgió de pronto una enorme ambulancia blanca con destellantes luces rojas y Wade giró con fuerza el volante a la derecha, saliéndose de la cuneta poco profunda y chocando con una cerca, donde la pala resonó contra las piedras y la camioneta se paró.

La ambulancia pasó a toda velocidad sin reducir la marcha y desapareció. La nieve caía de los árboles como harina sobre el parabrisas y el amplio capó de la camioneta.

—Lo siento —dijo Wade, que arrancó de nuevo y, dando marcha atrás, volvió despacio a la carretera.

—Ése debía de ser Twombley —dijo LaRiviere en voz baja y en tono casi reverente, como si estuviera en la iglesia. Parecía asustado y miró unos segundos el lugar por donde había desaparecido la ambulancia—. ¡Santo Dios, seguro que era Twombley! Espero que no hayas abollado la puñetera pala —concluyó con aire ausente.

—¿Quieres que los siga a Littleton, al hospital?

—No, ahora no. Es probable que no nos dejen verlo inmediatamente.

—Quizá.

—Vamos arriba y hablemos primero con Jack —decidió LaRiviere, cobrando fuerzas de nuevo—, Jack sabrá lo que ha pasado. Más le vale. ¡Ah!, Wade, si esto se hubiera podido evitar, le arrancaré la piel a tiras a ese muchacho.

Wade siguió adelante, con más cuidado esta vez, como si esperase que otra ambulancia saliera de improviso entre la nieve y se les echara encima a toda velocidad. LaRiviere le tenía confundido: ¿qué era Twombley para él, más que un conocido con el que hacía negocios de vez en cuando? Como la mayoría de los habitantes del pueblo, Wade sabía que desde hacía años LaRiviere compraba y alguna vez vendía terrenos, por su cuenta o asociado con otros, y sin duda Twombley había sido uno de los ocasionales socios en la adquisición de parcelas, en su mayoría terrenos montañosos de cultivo llenos de vegetación, algunos con bastantes árboles para la explotación forestal pero yermos e improductivos en su mayor parte, salvo si estaban cerca de una carretera y se podía instalar un parque de remolques o construir una casa pequeña para luego venderla. Aun así, pese a todas las relaciones comerciales que pudieran haber tenido, Twombley y LaRiviere no eran uña y carne, según suele decirse. Además no era propio de LaRiviere mostrar otros sentimientos que no fuesen cólera o su impaciencia habitual hacia los demás, sobre todo a los hombres, a menos que pretendiese obtener algo a cambio, en cuyo caso destilaba un encanto más propio de un bazar de alfombras marroquí que del mercado inmobiliario del norte de New Hampshire.

Pero lo que manifestaba por Twombley no era ni cólera ni impaciencia ni falso afecto, sino casi ternura, protección, inquietud. A Wade le gustaba: no sabía por qué, y quizá ni siquiera fuese consciente de ello, pero quería al loco de Gordon LaRiviere prácticamente desde niño, cuando empezó a trabajar para él justo al terminar el bachillerato, y siempre necesitaba nuevas razones para explicar su apego hacia aquel hombre. Uno de esos motivos podría ser el interés que LaRiviere sintiera por otra persona, aunque fuese alguien como Evan Twombley.

Guardaron silencio durante el resto del camino. Cuando llegaron a la cumbre,

donde había dos coches patrulla debidamente estacionados al lado derecho de la carretera, enfrente de la camioneta de Jack, había dejado de nevar. Frente a la camioneta había tres policías, uno hablando con Jack, otro que llevaba un pastor alemán de la correa, el tercero con una cámara Polaroid en la mano, y un cuarto venía caminando hacia ellos por la nieve desde lo alto de la cresta donde estaba la cabaña de LaRiviere.

Cuando paró tras los coches patrulla, Wade tuvo la impresión de que todos parecían extrañamente contentos. Lucían solapadas sonrisas en el rostro, como si acabaran de ganar una apuesta a algún primo. Jack tenía ambos puños apoyados en el capó de la camioneta y movía despacio la cabeza de un lado a otro, mientras dos de los policías, con las manos en los bolsillos, miraban y escuchaban la conversación que el tercero mantenía con él. Desde el otro lado del vehículo, el que hablaba vio acercarse a Wade y LaRiviere y continuó su charla.

—Así que le dije: «Señora, igual me da que sea usted el mismísimo John F. Kennedy. No le voté en vida y no voy a votarle ahora».

Era un hombre alto y nervudo de unos cuarenta y tantos años, cabellos que parecían teñidos con betún negro y pómulos altos y lisos que hacía que sus ojos grises parecieran estar siempre bizqueando.

—Hola, Gordon. Wade —los saludó con una voz grave y retumbante que parecía escucharse a sí misma, y prosiguió—: «Entre Lincoln y Woodstock iba usted a ciento setenta por hora, lo registré», le digo, y ella rebusca en el bolsillito de cuero que tiene en el asiento y saca un jodido billete de cien dólares, así que le digo: «Señora, a menos que trate usted de enseñarme el retrato del último presidente, será mejor que guarde eso, porque aquí sobornar a un agente de policía es un delito grave».

Jack se incorporó y miró al policía, sonriendo.

—Ciento setenta —dijo—. Eso es mucha velocidad. ¿Qué coche llevaba? Qué hay, Wade. Hola, Gordon —añadió, lanzándoles una rápida mirada.

—Un Maserati. Uno de esos coches italianos de cien mil dólares en los que ni siquiera te caben los pies. Debe ser como conducir metido en un condón.

Jack soltó una carcajada, se cruzó de brazos y se volvió hacia LaRiviere.

—Bueno, Gordon —dijo. Luego, súbitamente serio, suspiró y añadió—: Ya te has enterado de la noticia.

—De algo. Me he enterado de algo. Me han dicho que Twombly se ha pegado un tiro.

—Así es —repuso sombríamente Jack, pero casi como limitándose a anunciar su muerte, pensó Wade.

Aunque en la voz de Jack había una leve nota de pesar, era como si Twombly se hubiese ido precipitadamente, a comer o a una reunión en el pueblo, antes de que se les presentara la oportunidad de matar el ciervo; cuando ocurre alguna desgracia y no hay más remedio que comentarla, los hombres de la región se refieren a ella con rodeos e incluso con algún chiste.

—¡Me cago en la leche! —exclamó LaRiviere. Suspiró profundamente y miró hacia su cabaña—. ¡Hay que joderse, coño!

Wade se agachó y dio unas palmaditas en la amplia cabeza del pastor alemán.

—¿Qué tal te va? —preguntó al policía alto y moreno.

El capitán Asa Brown, con quien ya había tratado antes, no le caía muy bien y estaba seguro de que él tampoco le resultaba simpático. En realidad, Wade tenía a Brown por un embustero fanfarrón y estaba convencido de que el capitán le consideraba un incompetente.

—Bien, Wade. Tirando. El otro día tuve un encontronazo con uno de los Kennedy. Ahora se lo estaba contando a Jack. Cuidado con el perro, Wade. Si le da por ahí, te arranca la jodida mano.

—Si le caigo simpático —protestó Wade, pero retiró la mano y se la metió en el bolsillo del chaquetón—. ¿Verdad?

—¿Es grave lo de Twombley? —preguntó LaRiviere, que seguía con la vista fija en el panorama.

—Yo diría que sí —contestó Jack.

—Treinta-treinta a quemarropa —explicó Brown.

—¡Dios santo! —exclamó LaRiviere, emitiendo un silbido.

Guardaron silencio unos momentos. Luego Wade preguntó:

—¿Se salvará?

—No —repuso Brown—. Ingresó cadáver.

El policía del perro, un corpulento muchacho de poco más de veinte años que se había hecho al afeitarse un granuloso rasguño en la garganta como un collarín rosado, preguntó a Brown:

—¿Quieres que me vuelva para allá?

—Sí, será mejor. Empieza con el papeleo. Supongo que tendré que hablar con el pariente más próximo.

—¿Lo viste? —inquirió LaRiviere, mirando a Jack.

—No. Pero lo oí. No estábamos muy lejos. Vi un macho grande, oí el disparo del rifle, me volví y Twombley no estaba. Había desaparecido. Luego miré por el repecho que nos servía de puesto y allí estaba el cabrón, más muerto que otra cosa.

—El pobre se abrió en canal —explicó Brown—. Treinta-treinta. Balas de explosión. El agujero era más grande en la espalda que en el pecho, un hueco por el que se podía meter la cabeza. Y el de delante también era grande. Cabía el puño.

—Vaya, vaya —dijo LaRiviere. Hizo una pausa—. ¿Crees que no nevará más?

—Eso parece —convino Brown, mirando al lechoso cielo—. Por hoy.

Jack miró al frente, a nadie en particular.

—Verdaderamente ha empezado pronto el invierno —aventuró.

Wade no dijo nada. Con la mirada fija en el rostro impassible de Jack, vislumbraba puntos luminosos en sus rasgos oscurecidos, brillos y destellos de metal ardiente que giraban en un pozo sombrío. Los ápices de luz que veía, el calor que notaba, nunca

los había visto ni sentido en Jack, y le sorprendieron. Conocía a aquel muchacho alto y anguloso desde que se reveló como un prometedor atleta en el último año de bachillerato, el verano que Wade entrenaba al equipo de Lawford para la Pony League y que, gracias a Jack, llegó a jugar en Manchester las semifinales del estado.

El policía del perro y su compañero de la cámara cruzaron la carretera, subieron al primer coche patrulla, dieron la vuelta despacio y enfilaron montaña abajo. El tercer policía permanecía en posición de descanso unos pasos detrás de Brown, como esperando órdenes.

—Hay que joderse —dijo LaRiviere, mirando el reloj—. A ver quién arregla este puñetero lío. El yerno de Twombly y su hija, creo, han venido a pasar el fin de semana. ¿No los has visto esta mañana, Wade?

—Sí, exactamente. Los he visto.

—¿Sabes dónde se alojan? —preguntó Brown a LaRiviere.

—La familia tiene una casa en la punta de Lake Agaway. Un sitio bonito. Vienen en verano y a pasar los fines de semana de invierno, para ir a esquiar. Ya sabes, a Waterville, Franconia y Loon, sobre todo. Una casa espléndida. Sauna, baño con agua caliente, de todo. Costó una fortuna, te lo aseguro. Se la construyó uno de Concord. Yo perforé los pozos.

—Yo perforé los pozos —terció Wade—. Más de cien metros y cincuenta litros por minuto cada uno.

LaRiviere le miró con evidente irritación, abrió la boca para decir algo y la cerró.

—¿Conoces la casa? —preguntó Brown al policía que estaba detrás de él, ignorando a Wade.

—Creo que no.

—No, yo tampoco creo que la conozcas —repuso Brown—. ¿Quieres hablar con ellos, Gordon? —preguntó—. ¿Informarles del trágico fallecimiento? Los conoces. Y conocías al viejo.

—No faltaba más. ¡Qué coño! Ya se me ha estropeado el día. Dame las llaves —dijo a Wade—. Puedes volver con Jack.

Wade dijo que muy bien y le dio las llaves. Luego, añadió:

—De todos modos, voy a enviarle una citación a ese hijoputa, ¿sabes?

LaRiviere lo miró con dureza y guardó silencio. Su mirada decía: «¿A qué coño viene eso ahora, estúpido? Eres un testarudo cabrón».

—Bueno, lo de Twombly es una desgracia y todo eso, pero coño, lo justo es lo justo —declaró Wade. Se volvió a Jack—. El puñetero yerno, como se llame, Mel Gordon, casi me atropella esta mañana, ha adelantado a un autobús parado y todo. Delante del colegio. Ha tenido suerte de no matar a algún niño.

Jack no contestó. Parecía mirar los nevados bosques a través de Wade.

—No sabía que eras tan duro, Wade —dijo Brown con su fina sonrisa de culebra—. Dale un respiro. Si quieres, le diré de pasada que el sheriff del pueblo está



cabreado, pero que, debido a las circunstancias y todo eso, lo dejas pasar por esta vez.

—No soy sheriff, Asa.

—Ya lo sé.

—Todavía te queda por quitar mucha nieve, Wade —dijo LaRiviere.

—No he terminado, si es eso lo que quieres decir.

Nadie dijo nada durante unos segundos.

—¿Te preocupa algo, Wade? —preguntó LaRiviere.

—Unas cuantas cosas. Sí.

—Unas cuantas cosas. Pues ahora mismo no nos interesan mucho. Y a propósito, primero hay que ocuparse de unas cuantas cosas. Luego podrás preocuparte todo lo que quieras. Pero en tu tiempo libre, no en el mío.

LaRiviere se volvió y se dirigió a la camioneta, cruzando la carretera. Le siguieron Brown y el otro policía, en dirección al coche patrulla.

Cuando LaRiviere dio la vuelta a la camioneta, paró frente a Wade; se inclinó sobre el asiento del pasajero y abrió la ventanilla.

—Espero que cuando vuelva al almacén no esté la niveladora, Wade. Y por amor de Dios, olvídate de poner una multa a Mel Gordon. Su suegro acaba de matarse. Usa la cabeza, coño.

Wade no contestó.

—¿Quieres que haga algo en especial en el almacén? —preguntó Jack en voz baja, casi en un susurro.

LaRiviere dudó un momento, luego dijo:

—Quizá sea mejor que te tomes el resto del día libre. Parece que estás bastante jodido. Y lo entiendo. De todos modos ya te han pagado por hoy, ¿verdad?

—Pues no exactamente. Es decir, no ha llegado a pagarme.

—Cobrarás —afirmó LaRiviere—. Me encargaré de que recibas tu dinero. Vete a casa. Emborráchate o algo así. Empieza mañana otra vez. Y no hables de esto con los periódicos —añadió—, Twombly era un pez gordo en Massachusetts, ¿sabes?

—¿Qué tengo que decir?

—Sólo diles la verdad, hombre, que fue un accidente. Pero nada de detalles. Diles que si quieren enterarse, que hablen con la policía del estado. Si quieren saber los detalles, diles que tu abogado te ha dicho que no hagas comentarios.

—¿Mi abogado? No necesito abogado, ¿verdad?

—No. No, claro que no. Pero dilo, eso es todo.

Volvió a subir la ventanilla y arrancó. El coche patrulla lo siguió a corta distancia.

Desaparecieron los dos vehículos y de pronto todo quedó en silencio salvo por el ligero viento que soplaba entre los pinos, el cascado graznido de un cuervo a lo lejos y el ruido que hacía Wade al moverse sobre la nieve. Encendió un cigarrillo y ofreció otro a Jack.

—Tengo los míos —dijo Jack. Rebuscó el paquete en el bolsillo de la camisa, lo sacó y encendió con el Bic amarillo de Wade.

—¿Fumabas cuando jugabas al béisbol?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Por saberlo. Estoy pensando en dejar de fumar.

—Sí. Fumo desde que era un chaval. Sí que fumaba.

—¿En serio? ¿Ya fumabas en el colegio? No recuerdo haberte visto fumar hasta que volviste de New Britain.

—Claro. El entrenador no se enteró. Tenían sus normas. En los profesionales no, claro, en el colegio.

—¿También en la Pony League? ¿Fumabas entonces?

—Sí.

—Joder. Entonces sólo tenías..., ¿cuántos, doce años?

—Empecé a los once.

—No jodas. Pues no me enteré. Yo entrenaba entonces a la Pony League, ¿recuerdas? No lo tenía prohibido, pero no me parecía necesario hacerlo.

Jack sonrió tímidamente.

—Claro que me acuerdo —dijo, riendo abiertamente—. Eras un entrenador de mierda, Wade. Muy buen extremo izquierda, pero muy mal entrenador. El verano que viene deberías jugar en algún partido de la Legión.

—Lo sé.

Guardaron silencio y miraron a la loma donde estaba la cabaña de LaRiviere, en el pinar que había detrás de la charca cubierta de nieve: un joven alto y anguloso con chaleco de caza de color naranja y la chaqueta acolchada y otro hombre más bajo con gorra y chaquetón azul oscuro de policía, ambos con las manos en los bolsillos, el cigarrillo en los labios, guiñando los ojos para protegerse del reflejo luminoso de la nieve. Parecían primos o hermanos, mayor y pequeño, el parentesco de sangre separado por dos décadas, uno parecido a la madre y el otro al padre, dos hombres muy distintos vinculados por tenues pero inquebrantables lazos a un pasado común. A cierta distancia de la camioneta, parecían esperar que alguien se bajara del vehículo, una persona que les comunicara una noticia importante: un nacimiento, una muerte o el advenimiento de la verdad absoluta.

—¿Dónde se ha dado Twombly el tiro? —inquirió Wade, sin mirar a Jack.

—En el pecho.

—No, me refiero al sitio.

Jack señaló a la izquierda, hacia la maleza de colina abajo.

—A unos ochocientos metros por la antigua pista maderera, por el saliente que da al lago.

—¿Lo has subido tú? Hay una buena pendiente.

—No, no. Los de la ambulancia, lo han subido ellos.

—¿Ha muerto en el acto?

—Sí, claro. —Jack se volvió hacia él y sonrió—. ¿Estás jugando a los policías?

—No. Tengo que hacer un informe para Caza y Pesca, desde luego, pero tenía

curiosidad, eso es todo. Me refiero a qué ha hecho para darse un tiro.

—No sé. Joder, yo estaba viendo pasearse a un macho grande con una cornamenta que parecía un alce. Supongo que Twombly ha resbalado en la nieve o algo así o ha tropezado con una piedra. ¿Quién coño lo sabe? Allá abajo el terreno es escabroso y él no estaba acostumbrado al bosque. Con la nieve y todo eso, era fácil que resbalase. ¿Quién sabe? Yo sólo he oído el tiro. ¡Bang! Nada más, y estaba muerto, destrozado.

Tiró el cigarrillo a la nieve, a unos metros delante de él.

La suave brisa cambió de dirección y les sopló de frente. Se oía la llamada de una pareja de cuervos. Wade vio a uno, entre púrpura y negro, brillante y nervioso, posado cerca de la copa de un pino a la izquierda de la cabaña de LaRiviere.

—Nunca he visto a un hombre morir de un tiro —dijo Wade—. Ni en el servicio militar. Debe ser impresionante. He visto muchos con un tiro en el cuerpo, ya sabes, heridos o muertos, jodidos de todas las formas imaginables. Sobre todo cuando estaba en la policía militar. Y luego cuando volví. Aquí he visto a un par de tipos heridos de bala, pero nunca vi *cómo*. ¿Entiendes? Debe ser impresionante ver cómo alguien se pega un tiro.

—Bueno..., en realidad yo no lo *he visto*. Ya te lo he dicho.

—Claro que sí.

—¿Qué?

—Que lo has visto. —Wade observó cómo el cuervo saltaba de rama en rama en el desguarnecido pino rojo—. Claro que lo has visto.

Wade se situó tras los ojos de Jack y desvió la vista del enorme ciervo que pasaba por el claro de abajo para mirar a Evan Twombly, que estaba en el repecho siete metros más allá, y cerciorarse como un buen guía de que él también lo había visto y estaba preparado para disparar; vio a Twombly dar un paso vacilante hacia el borde del saliente y quitar el seguro del 30/30 con el pulgar; lo vio tropezar en una piedra o un palo oculto en la nieve, alargar el brazo, la mano en que tenía el arma, maldita sea, para evitar la caída, torcer el rifle al caer, los dedos agarrotados en torno a la guarda del gatillo o quizá rozándolo en el esfuerzo por no caerse y proteger el rifle, y antes de llegar al suelo el arma se disparó y la fuerza de la bala al estallarle en el pecho lo levantó en el aire, lanzándolo hacia atrás hasta el claro de abajo: un hombre robusto, rico e influyente barrido de la faz de la tierra.

—¿Qué coño estás diciendo, Wade? No le he visto darse el tiro. Ya te lo he dicho.

Wade contempló de nuevo el momento en que Twombly vio al ciervo allí abajo, tropezó y volvió la espalda al perder el equilibrio; esta vez cayó con ambas manos apartando del cuerpo el lujoso rifle nuevo para evitar que se estropeará o se cubriera de nieve, torciéndolo un poco para que el extremo del cañón le pasara por encima cuando se le disparó en pleno pecho, aplastándole los pulmones, el corazón y la columna vertebral, salpicando la nieve de sangre y trozos de carne, derrumbándolo esta vez, como un maniquí roto, como un montón de basura, a la hondonada de abajo.

—Tienes que haber visto cómo se pegaba el tiro —afirmó Wade en voz baja—. Estoy convencido.

—Vámonos de aquí de una puñetera vez —repuso Jack—. Lo que dices no tiene sentido, hombre. Ya me ha jodido bastante toda esta historia.

Pasó por delante de Wade y subió a la camioneta, cerró de un portazo como si estuviera enfadado y puso el motor en marcha.

Wade vio morir a Twombly por tercera vez.

Primero, con los ojos de Jack, vio salir el enorme ciervo de su escondite en el bosquecillo de abedules, a la izquierda del claro, y andar despacio por el terreno despejado hasta ponerse justo frente a su punto de mira y al de Evan Twombly. Entonces Twombly también lo vio y, súbitamente nervioso, dio una palmada al joven en el hombro, pidiéndole con gestos que le entregara su rifle, porque al resultarle difícil andar por la nieve con él y habiéndolo dejado caer una vez, finalmente hizo que se lo llevara el guía. Wade levantó el cañón, se apoyó la culata en el hombro derecho, apuntó por la mira telescópica para que el proyectil entrara por arriba en el hombro derecho del animal, le atravesara el pecho y saliera por el flanco izquierdo del vientre, matándolo en el acto y limpiamente con una sola bala. Twombly, enloquecido por el ansia de disparar y por la súbita idea de que iba a matarlo él, de que su guía se le estaba adelantando, cogió el rifle con ambas manos y dio un tirón, el cañón giró y el arma se disparó. Twombly cayó de espaldas al barranco, su cuerpo ya muerto rodando por las piedras y la nieve hasta el fondo, donde quedó con las piernas y los brazos abiertos, como arrojado del cielo, vertiendo sangre a borbotones sobre la nieve. Se apagó el eco del disparo y luego resonaron los saltos del enorme ciervo entre la densa maleza, cada vez más debilitados por el estruendo y el fragor de la huida, hasta que los bosques recobraron el silencio salvo por el soplo del viento entre los árboles y el graznido burlón de un cuervo en las alturas, por detrás, entre la cabaña de LaRiviere y la carretera.

Wade se sobresaltó al oír la ronca bocina de la camioneta. Jack había dado la vuelta y hacía gestos airados para que Wade subiera.

Despacio, Wade se dirigió a la camioneta y subió al asiento del pasajero. Señaló a los tres rifles del armero instalado sobre la ventanilla de atrás.

—Ésos son tuyos, ¿no?

—Sí.

—Pero uno debe ser de Twombly.

Jack no contestó.

—Ahí tienes tu antigua del veinte —prosiguió Wade, poniendo la mano sobre la escopeta—. Y ahí, el Browning nuevo que lucías anoche en el ayuntamiento. —Entonces puso la mano en el cañón del tercer rifle y apretó fuerte, como si lo hubiese capturado—. Éste debe ser de Twombly. Sin estrenar, casi. Un acabado muy lujoso —murmuró—. Treinta-treinta, y sólo se ha disparado una vez. El rifle de Twombly es una preciosa obra de artesanía. Pero qué demonios, Jack, creo que te lo mereces.

Lo justo es lo justo.

—Sí, lo justo es lo justo —repitió Jack, acometiendo despacio la bajada y siguiendo las huellas dejadas por los coches patrulla y la camioneta de LaRiviere, y antes por la ambulancia que trasladó el cadáver de Twombly a Littleton.

—Con toda seguridad, Twombly no volverá a dispararlo, ¿verdad? —dijo Wade.

—No —convino Jack—. Seguro que no lo volverá a utilizar.

AQUELLA MISMA NOCHE Wade me llamó por teléfono para preguntarme si las emisoras de televisión de Boston habían informado de la muerte de Twombly. Sí, le contesté, lo habían comentado, pero apenas presté atención: la muerte a tiros de alguien que iba a testificar sobre las relaciones entre el sindicato y el crimen organizado, aun disfrazada como accidente de caza en New Hampshire, era una noticia bastante corriente y lo suficientemente alejada de mi vida cotidiana como para no llamarme la atención.

—Han dicho algo, pero no me he enterado —le dije—. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido en tu territorio?

—Sí, y conozco al tipo. Y al muchacho que estaba con él, Jack Hewitt. A propósito, quizá lo conozcas tú también. Trabaja conmigo para LaRiviere. Ese chico es mi mejor amigo, Rolfe.

Era casi medianoche y Wade parecía un poco borracho. Supuse que llamaba desde la cabina telefónica del Toby's Inn, aunque no oía el habitual estruendo de fondo del tocadiscos. Yo estaba en la cama leyendo una nueva historia de la humanidad, y aquélla no era una conversación que me entusiasmara.

Aquel otoño había hablado con Wade media docena de veces y le había visto en dos ocasiones; en ambas se había presentado de improviso un sábado por la noche. Estuvo paseando por la cocina, bebiendo cerveza de pie, hablando de Lillian, Jill y LaRiviere, de sus problemas, y luego se derrumbó como un tronco en el sofá, sólo para volver a Lawford a la mañana siguiente después de desayunar. Mientras hablábamos de Twombly yo estaba convencido de saber toda la historia de Wade, como suele ocurrir cuando un borracho te ha contado su vida, aunque sea tu hermano —sobre todo si se trata de la historia de tu hermano—, y de que no necesitaba conocer ningún capítulo nuevo.

—Wade —le dije—, es muy tarde. Quizá para ti no lo sea, pero tú y yo tenemos costumbres diferentes. Tú estás en Toby's y yo estoy leyendo en la cama.

—No, no. Esta noche, no. Estoy en casa, Rolfe. No estoy leyendo, pero bueno, en realidad yo también estoy en la cama. De todos modos, te llamo porque necesito contarte algo. Se supone que eres un tío muy inteligente, Rolfe. Tengo una teoría sobre ese Twombly, y quiero saber qué te parece.

Estaba más nervioso que de costumbre y me alarmé, aunque no sabía por qué, de modo que no colgué. Escuché a medias lo que él denominaba su teoría, que me pareció un tanto disparatada, como dictada por el alcohol. Era una idea sin base real, construida a base de conjeturas y asociaciones improbables. Además no tenía en cuenta —ya que Wade no había visto las noticias de Boston y las emisoras de New Hampshire no habían mencionado en absoluto lo del disparo (sólo había sido uno de tantos accidentes de caza de aquel día)— el hecho de que Evan Twombly debía prestar testimonio en un subcomité del Congreso que estaba investigando ciertos

vínculos entre la delincuencia organizada de Nueva Inglaterra y la industria de la construcción. Eso recordaba yo de las noticias y tenía mi propia teoría al respecto.

De todas formas le hablé de la investigación, y me contestó: «No jodas», y siguió hablando como si no le hubiera revelado más que el segundo nombre de pila de Twombly. Para Wade no existía relación alguna, porque parecía querer convencerse con todas sus fuerzas de que su «mejor amigo» había disparado a Evan Twombly — accidentalmente, claro— y lo estaba ocultando, y eso era, insistió, lo que le tenía preocupado.

—Lo que va a pasar es que se descubrirá que a ese cabrón no se le ha escapado el tiro, sino que Jack le ha disparado. Y luego ha mentado. Y colgarán al chico, Rolfe. Aquí el asesinato se castiga con la horca, ¿sabes, Rolfe?

—No lo ahorcarán si ha sido un accidente —repuse—. Pero tú crees que Jack Hewitt le ha disparado, ¿eh? ¿Por qué?

—¿Por qué lo creo, o por qué le ha disparado?

—Las dos cosas.

—Bueno, pues ha sido un accidente —contestó—. Desde luego.

Pero ¿quién sabe cómo ha ocurrido? Son cosas que pasan continuamente. Cuando se juega con armas, alguien acaba por recibir un tiro. Pero en cuanto a por qué creo que ha sido Jack, no es tan fácil de explicar. Es que no me cabe en la cabeza que pudiera suceder de otra manera. La única forma en que me lo puedo imaginar. Pienso en cómo ha podido Twombly recibir el tiro, y lo único que veo es a Jack apretando el gatillo.

—Bueno, ¿y dónde está tu teoría?

Admitió que no era tanto una teoría como una intuición. Noté que le estaba decepcionando. Otra vez.

Me disculpé por parecer tan escéptico y le expliqué que, en mi opinión, si Twombly no se produjo la muerte por su propia mano, entonces seguro que lo había matado otro y no Jack Hewitt, el chico del pueblo, que probablemente no habría presenciado los hechos.

—Habían ido a cazar ciervos, ¿no? Al bosque. Probablemente Jack ha oído el tiro, ha vuelto, se ha encontrado con el cadáver de Twombly y ha llegado a la conclusión evidente de que se le había escapado un tiro y se había matado. Y si no ha sido así, el que lo ha hecho se ha ocupado de utilizar el rifle de Twombly. Por si acaso.

Sí, sí, convino Wade a regañadientes, y luego empezó a desviarse un poco del tema para pasar en seguida a contar otra pequeña humillación sufrida a manos de su exmujer. Esa historia también la había oído antes, o una versión muy parecida, pero ahora, para mi sorpresa, la escuchaba como si fuera reciente y nueva para mí. Se trataba de Halloween y de su pelea con su hija Jill, y yo estaba fascinado. Se produjo en mi mente una extraña asociación entre ambas historias, entre su versión de la muerte de Twombly y su interpretación de que Lillian fuese a Lawford para arrancar

a Jill de su lado. Entonces no comprendí lo sólida que era esa relación, desde luego, pero estaba allí, sin duda alguna, justo bajo la superficie del relato, noté intensamente su presencia y respondí a ella como si fuera completamente lógica.

Cerré mi historia de la humanidad, me incorporé de la cama y escuché atentamente mientras Wade me contaba despacio sus aventuras de la noche anterior, exponiéndolas con voz triste y doliente, un tanto confusa, acabando patéticamente las frases con expresiones como: «¿sabes?» y «supongo».

Y al fin concluyó la conversación —aunque era más un monólogo— diciendo que estaba muy cansado, agotado, rendido.

—Hay días que me siento como un perro apaleado, Rolfe —afirmó—. Y una noche voy a morder. Te lo juro.

—¿Y no lo has hecho ya alguna vez?

—No. No lo he hecho. Realmente, no. He ladrado un poco, pero no he mordido.

Nos despedimos y colgamos. Traté de seguir leyendo pero no pude, y cuando intenté dormir tampoco lo conseguí. Me pareció que estaba despierto durante horas, mientras veía a alguien rodar súbitamente por la nieve, apuntar con un rifle, disparar.

Pero volvamos a la mañana en que Twombly murió, a Lawford, doce o quince horas antes. Después de bajar juntos de Parker Mountain en la camioneta, Jack dejó a Wade en el almacén de LaRiviere y se fue a casa, tal como su jefe le había dicho, mientras Wade se pasaba el día conduciendo la niveladora azul. Cuando volvió a aparcarla en el garaje de LaRiviere ya había oscurecido y la temperatura ya estaba otra vez por debajo de cero grados.

Rascó el parabrisas y, mientras esperaba a que se calentara el coche, decidió que lo mejor para todos, sobre todo para él, sería que se fuese directamente a casa y limpiara el remolque, ya estaba bien, se hiciera una cena sencilla y se acostara sobrio y solo. Tenía razón: su estado de ánimo y su penosa impresión de los acontecimientos del día no prometían sino problemas para toda persona que por casualidad le acompañara en el bar, la mesa o la cama.

Luego, como para corroborar lo sensato de su decisión, volvió a dolerle la muela. Por la tarde se le había ido formando un núcleo doloroso bajo la oreja derecha. Como de costumbre, el dolor se agudizó y se le extendió rápidamente por la cara hasta que su centro cobró una forma tan ancha y definible como la mano de un hombre, cuya palma y pulgar coincidían con la mandíbula y la barbilla, el dedo meñique se plegaba tras la oreja, la palma cubría la mejilla y los otros tres dedos presionaban el hueso curvilíneo que rodeaba el ojo derecho. Le daba la impresión de que el dolor era amarillo, ni caliente ni frío, y que se alojaba en una tenue zona entre la carne de fuera y el hueso, irradiando desazón en ambas direcciones.

Gimió en voz alta durante todo el camino a casa.

El remolque le pareció aún peor que cuando había salido por la mañana: lleno de porquería acumulada, como si una pandilla de motociclistas hubiera acampado allí todo el otoño.



Se quitó el chaquetón y se puso a trabajar, metiendo en bolsas la basura y los desperdicios, periódicos viejos, guías de programación televisiva, latas y botellas de cerveza, envases de comida, paquetes vacíos de cigarrillos, mendrugos de pan, latas de conservas, restos de manzanas y cartones de leche. Llevó todos los platos llenos de restos de comidas pegados, cazos y sartenes a la pila de la cocina y toda la ropa sucia al cuarto de baño, donde hizo una pausa, se estremeció ante el panorama, abrió un momento los grifos y echó una capa de Comet en la bañera, el retrete y el lavabo con idea de fregarlos más tarde, cuando acabase de limpiar la cocina.

Salió en mangas de camisa, arrastró dos grandes bolsas de plástico verde por el camino de entrada y las echó al contenedor situado al final. ¡Era increíble, joder, que un hombre hecho y derecho dejara que las cosas llegaran a ese extremo! El aire frío fue como un grito para su dolor de muelas, y volvió corriendo al interior, donde en seguida se le redujo de nuevo a un quejido tenue y continuo, lo que no dejó de angustiarse, pero al menos el dolor era constante y podía acomodarse mentalmente a él sin tener que hacer nuevos ajustes cada quince o veinte segundos.

No tardó mucho en limpiar la cocina: lavó, secó y colocó los platos, fregó la encimera, sacó del frigorífico la comida pasada y descompuesta y la tiró a la basura, pasó la bayeta por el suelo. Luego fue al baño, lo fregó y fue a la habitación, en donde sacó del armario la Hoover portátil que la primavera anterior había adquirido de segunda mano en un mercadillo de Catamount, su primera aspiradora, y aunque parecía que no tenía mucha fuerza, como si aspirase el polvo con una paja doblada, se sintió orgulloso de tenerla y disfrutó utilizándola, lo que no estuvo de más, pues casi tardó una hora en pasarla por todo el remolque.

Por fin tenía la casa limpia. Olía a agua y jabón, ofrecía un aspecto pulcro y ordenado, y al pasar los dedos por encima de la cocina se sentía una impresión suave, fresca y seca. La muela le seguía doliendo, pero la intimidad que el dolor le brindaba recluyéndolo en su interior le daba cierto consuelo, y aunque varias veces pensó en tomar una aspirina —«Por qué no, Wade, por amor de Dios, hazte un favor y toma un par de aspirinas, y quizá métete otro par entre la encía y la mejilla»—, en seguida desechó la idea, como si el acabar con el dolor de muelas o incluso aliviarlo un poco le dejara ante una agitación de rostros, voces y preguntas a las que prefería no enfrentarse en aquel momento. Ni nunca, en realidad. Aunque no le gustaba pensar que el dolor de muelas le duraría para siempre.

En la nevera había tres botellas de Rolling Rock como única bebida. Había tirado la leche cuajada, y el zumo de naranja se había agriado. Pensó que si se bebía las tres cervezas seguiría sin tener problemas para acostarse sobrio esa noche. Muy bien, se bebería las tres: si hubiese habido seis u ocho, no habría tenido más remedio que beber agua del grifo. Abrió una, dio un trago largo y rebuscó en el congelador, desenterrando un paquete de judías y una pechuga de pollo envuelta en varias capas de plástico Saran Wrap. Luego empezó a hacer un cazo de arroz, puso las judías en una cazuela con agua hirviendo y fundió un trozo de mantequilla en una sartén. Puso

el pollo bajo el grifo del agua caliente para desprender el envoltorio y lo echó a la sartén. La comida olía bien: doméstica, ordenada y constante, un cálido punto luminoso en medio de la fría oscuridad del bosque.

Cuando se sentó a comer a la mesa eran más de las diez. Masticó despacio, con cuidado, sólo con los dientes y las muelas de la izquierda, y logró evitar el enfrentamiento con la muela podrida, que rezongaba quedamente al fondo de su mandíbula derecha.

La mesa, que en realidad era una mesita de jugar a las cartas con cuatro sillas plegables alrededor, estaba en medio de la cocina. Mientras comía su solitaria cena, miraba el remolque con admiración. Antes de sentarse había apagado todas las luces del techo —las luces cenitales siempre le hacían sentirse como si estuviera aún trabajando en el almacén de LaRiviere—, y según todas las apariencias ahora estaba en su casa y bien podría haber dos o tres personas sensatas en el cuarto de estar manteniendo una tranquila conversación en voz baja sobre asuntos monetarios, y en la habitación contigua, la suya, podía haber otra, leyendo en la cama, quizá, como le gustaba hacer a su hermano Rolfe para terminar el día, mientras que en la habitación del fondo una niña hacía los deberes. La puerta del cuarto de baño estaba abierta, como si una mujer que acabara de cepillarse el pelo estuviera retocándose el lápiz de labios antes de salir.

Aquel sitio no tenía nada malo que un poco de amorosa solicitud no pudiera arreglar, pensó mientras mordisqueaba las judías con los incisivos, como un roedor.

Se levantó, fue por otra cerveza, encendió un cigarrillo, volvió a su habitación y puso la radio. Movié el dial unas cuantas veces de un lado a otro hasta encontrar la emisora local de Littleton: Carly Simón cantaba una canción sobre un hombre que sabía realmente hacer el amor, tan bien, que nadie lo hacía mejor.

Esa mujer sabe mucho, por Dios, pensó Wade, volviendo a la mesa y sentándose de nuevo. Entonces vio que estaba fumando sin haber terminado de comer y se apresuró a aplastar la colilla en el cenicero. Siguió comiendo y pensó: «Vaya, ese individuo tiene que empezar a pensar seriamente en dejar de fumar. Quizá esta primavera, después de que se arreglen las cosas». El pollo estaba duro y seco, pero le sabía bien, y si lo cortaba en pedacitos pequeños y los mantenía en el lado izquierdo no tenía ningún problema al masticar.

A Wade le gustaban las noches así; escaseaban, y casi lo atribuyó al dolor de muelas. Como inmerso en meditación profunda, estaba completamente aislado. Su mente consciente, amurallada en el dolor físico, el remolque, la nieve y la oscuridad circundante, estaba libre de todo salvo de los diáfanos jirones de algunas fantasías simples, y aunque aquello distaba mucho de la felicidad era lo más cerca que había estado de ella desde hacía semanas. Quizá más. Pero no quiso pensar en ello entonces; así que no lo hizo.

Cuando terminó de cenar, lavó los platos, los secó y los guardó. De pie frente a la pila, miró por la ventana, más allá de su reflejo, a la oscuridad de fuera, fumó un

cigarrillo entero y se bebió la tercera botella de cerveza. Bajó el termostato a quince grados y se dirigió a su habitación, apagando todas las luces al pasar. Se desnudó, colocó ordenadamente la ropa en el respaldo de la silla, se acostó y apagó la radio y la lámpara de la mesilla.

En ese momento de la noche, acostado, con la casa limpia, tras hacer y comerse la cena, relajado, contento y físicamente cómodo —la muela le dolía relativamente poco—, fue cuando se incorporó de pronto en la oscuridad y dio una fuerte palmada, como aplaudiendo su propia hazaña. Volvió a encender la luz, cogió el teléfono y marcó el número de su hermano Rolfe. Él entendería y quizá le diera también alguna información útil. Rolfe era un poco raro, pero muy listo, y pensaba con lógica.

Pero, como ya sabemos, la conversación con su hermano menor no salió como él esperaba. A los dos o tres minutos, Wade ya estaba otra vez hablando de Lillian y Jill, el tema que siempre le enfurecía y le dejaba rendido. Y la muela volvía a dolerle. Al fin colgó y apagó la luz de la mesilla.

Se durmió en cosa de segundos y empezó a soñar.

Horas después, Wade soñó lo siguiente: tiene un niño en brazos envuelto en pañales como Jesús, sólo que no es Jesús, es una niña, pero tampoco es Jill, gracias a Dios, porque está azul de frío, quizá muerta. *¡Oh, no, que no esté muerta!*, suplica, examinando la carita fruncida y descubriendo primero con alivio y luego con irritación que es una muñeca, una de esas muñecas que parecen vivas, con el rostro arrugado como si fuera a llorar, y al emerger a la superficie por el agujero en el hielo Wade extiende el brazo y lanza la muñeca directamente a su padre, que, engañado, cree que es un niño de verdad; padre extiende sus manos de borracho para recogerlo, con los claros ojos muy abiertos por el miedo a dejarlo caer, pero cuando Wade sale del agua helada y se pone en pie en el hielo con los calzoncillos chorreando, padre ha descubierto que lo que su hijo le ha traído sólo es una muñeca; se lo devuelve con brusquedad y se dirige a la lejana orilla, donde Wade ve el parque de remolques y al fondo la vieja camioneta Ford roja de padre junto al remolque azul. Baja la vista al objeto que tiene en los brazos y de pronto se da cuenta de que es el niño de Jack Hewitt. *¡Un hijo! ¡Figúrate! ¡Jack Hewitt tiene un hijo! ¡Maldita sea!* Wade observa que en su sueño no hay mujeres y que todas las niñas son muñecas. Debe de haber algo malo en eso. Los hombres no tienen niños, las mujeres sí. Pero ¿qué tienen los hombres?

*¿Qué tienen los hombres?*, grita, y se despierta con lágrimas corriéndole por las mejillas en la oscuridad del remolque, aterido de frío en cuerpo y alma, sin dolor de muelas.

A la mañana siguiente, temprano pero no mucho, porque no quería despertarlos precisamente ese día, Wade se dirigió a Lake Agaway, en la parte norte del pueblo. Le pareció que debía decir algo agradable sobre Twombly, dar el pésame a sus parientes próximos, esas cosas, y luego tratar su asunto con el yerno. Asa Brown y Gordon LaRiviere le importaban un comino: su trabajo no era proteger a los niños; el

suyo sí.

Pasó por el restaurante de Wickham, observó que el aparcamiento estaba casi lleno y que la mayoría de los coches eran de fuera del estado. Allí estaba el estúpido letrero, COCINA DE CASA, rosa pálido a la brillante luz de la mañana. Algunos coches llevaban ciervos muertos amarrados al techo y los parachoques, y Wade decidió parar a desayunar más tarde, después de hacer la visita a Mel Gordon, cuando ya quedara poca gente en el local y pudiera hablar con Margie y hacer sus importantes llamadas telefónicas. Así es como las consideraba: importantes. Aquella mañana a las ocho, Wade Whitehouse era un hombre con varias tareas importantes, cuestiones jurídicas, nada menos, y quería que Margie le viera como a una persona competente, empeñado del todo en llevarlas a buen fin.

Le hubiera gustado llevarla a Lake Agaway, a casa de Twombly, para que le viera tratar con el yerno, y cuando se levantó de la cama estuvo a punto de llamarla, pero recordó que Margie trabajaba los sábados por la mañana. Tanto mejor: terminaba a mediodía y por la tarde podía acompañarlo a Concord a ver al abogado. Aunque quizá no estaría bien, pensó. Bueno, que le esperase en un restaurante o fuese de compras; luego se lo contaría todo.

Cuatrocientos metros después de pasar la gasolinera de Merritt, en la vieja fábrica, donde un grupo de casuchas se apelotonaban como para darse calor, Wade torció a la izquierda por el estrecho y sinuoso camino sin asfaltar que conducía a Lake Agaway. El cielo estaba azul claro y sin nubes, y sobre el capó y el parabrisas destellaban reflejos de luz cegadora mientras pasaba entre grupos de altos abetos y pinos, árboles que ya deberían haberse talado y vendido.

Cada vez que iba por aquel camino, Wade hacía la misma observación: aquellos preciosos árboles deberían talarse periódicamente, en rotación, y así sería si la tierra no fuese de los ricos, que preferían utilizarlos como elemento decorativo antes que darles cualquier otra utilidad. Eso le cabreaba.

El lago no es especialmente grande, unos tres kilómetros y medio de largo por ochocientos metros de ancho, y no se ve desde la carretera aunque sólo está a unos centenares de metros a la derecha y un poco cuesta abajo. Es un pintoresco lago de aguas profundas situado entre dos cadenas montañosas, con una vista del desfiladero de Franconia al norte y un panorama de Saddleback y Parker Mountain al sur. Muy bonito.

Cinco familias, veraneantes de Massachusetts, poseen toda la orilla y los terrenos entre las dos cordilleras: un médico, dos industriales, de los que uno era famoso por haber inventado los paquetes de sal y pimienta que se utilizan en los aviones, un juez recientemente designado para el Tribunal Supremo y que ahora vivía la mayor parte del tiempo en Washington, y Evan Twombly, dirigente sindical. Las cinco familias que precedieron a esas cinco fundaron mucho tiempo atrás una asociación discreta pero jurídicamente precisa con el fin de que la tierra no se dividiese y de que las cinco propiedades nunca se vendieran a judíos ni a negros, un acuerdo adjunto a las

escrituras al que dieron el título de alianza, como celebrado entre cristianos y un Dios protestante y conservador que finalmente, sólo tres años antes, cuando Twombly compró la finca al último de los cinco fundadores, hubiese decidido reconocer a los católicos. Entonces, como era de suponer, surgió un problema. Aunque Evan Twombly fue el primer católico reconocido que firmó la escritura con la alianza aneja, los demás miembros se molestaron en cuanto vieron a su yerno, Mel Gordon, pues creyeron que era judío. Ya era demasiado tarde, claro está, para hacer nada —no podía revocarse la alianza—, pero mientras la finca no pasara a su yerno, nadie se preocuparla. Disfrutaban hablando de ello, sin embargo, provocándose ligeros estremecimientos de angustia.

Aquella mañana las otras cuatro familias de la Asociación de Residentes de Lake Agaway, que así se llamaba, se habían enterado de la muerte de Evan Twombly, su vecino de fin de semana, en un trágico accidente sobrevenido el día anterior en Lawford, New Hampshire. Uno de ellos tenía una antena parabólica y lo había oído mencionar por la noche en el Canal 4, y por la mañana venía en los dos periódicos de Boston que se vendían en la tienda de Golden. Vaya. Una pena.

Quizá la hija y el yerno de Twombly quisieran vender la finca, que sería lo mejor que podía pasar, ni que decir tenía. Si la hija era la única heredera (lo que era bastante probable, gracias a Dios), nadie se opondría ni se molestaría mucho con tal que ella no diera un vuelco a la situación poniendo la escritura a su nombre y al de su marido. Desde luego la hija no era judía, y por tanto sus hijos tampoco lo serían, pues, como todo el mundo sabe, para ser judío es necesario tener una madre judía.

También era posible, por supuesto, que el judío Mel Gordon heredara conjuntamente la propiedad. Llegado el caso, siempre podía esperar que al leer la escritura ese individuo llegara a la cláusula restrictiva del final y decidiera no hacer comentarios, seguir adelante, limitarse a firmarla y dejar las cosas tal como estaban, como si no fuera ni judío ni negro. ¡Maldita sea! Si ese tal Gordon *hubiese* sido negro, no habría pasado nada de esto, ¿verdad? De todos modos, el hecho de que aceptara la cláusula restrictiva de la escritura podría resultar un tanto embarazoso para la Asociación, ¿no? Al fin y al cabo no había que pregonarlo abiertamente, y nadie iba a ser lo bastante brusco ni grosero para preguntarle, pero todos los miembros de la Asociación y el pueblo entero suponían que Mel Gordon era judío, lo que significaba, claro está, que *era* judío. La gente no se equivoca en esas cosas. Por otro lado, tampoco estaba claro que *no* fuese judío, sobre todo si él no se preocupaba de desmentirlo de alguna forma. Pero en realidad no importaba, ¿verdad? Los tiempos cambian, ¿no? Seguro que nuestros padres no tenían que enfrentarse con esta clase de problemas.

Wade entró en el camino de la entrada, perfectamente limpio de nieve, lo siguió hasta el garaje de tres coches y aparcó. Bajó despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y se dirigió paseando al amplio porche que da al lago. La casa es grande, de dos pisos y estructura de madera cubierta con troncos de cedro, y, aunque

construida tres años antes, tiene un aspecto centenario, como si verdaderamente fuese parte de una herencia.

LaRiviere había ridiculizado la idea de gastar tanto para dar un aire antiguo a la casa.

—Por amor de Dios, si te vas a gastar un cuarto de millón de dólares en una residencia de verano, tienes que darle un aspecto deslumbrante, completamente moderno.

Pero a Wade le gustaba así, y pensaba que si tuviera dinero le gustaría tener una casa de verano como aquélla, adonde varias generaciones de personas inteligentes y bondadosas que hubiesen triunfado en la vida fueran a pasar una temporada tranquila para reunirse con sus hijos, padres y hermanos, un sitio con un porche grande que diera al lago y muchas mecedoras antiguas de mimbre para sentarse a la caída de la tarde y contar las historias favoritas de los veranos pasados, con viejos troncos grises de cedro, dos chimeneas hechas con piedra del país, un tejado muy inclinado con amplios salientes para que la nieve resbalara al suelo antes de acumularse y romper las tejas o helarse en los canalones, empezando a filtrarse y provocando humedad en la primavera.

Llamó en el cristal de la cancela con autoridad, según le pareció, y la puerta interior se abrió al instante.

Un niño rubio de unos ocho años, cabeza grande, cabellos desgreñados y el cuello como un tallo, abrió quince centímetros la cancela de aluminio y cristal y observó a Wade con gran seriedad. Llevaba un pijama de franela estampado con animados dibujos de Spiderman. En una mano sostenía un tazón de leche con cereales de color pastel que se derramaba por el suelo; con la otra sujetaba la puerta.

—¿Está tu papá en casa? —le preguntó Wade.

El niño escrutó su rostro sin decir nada.

—¿Está tu padre, niño? Tengo que hablar con tu papá.

Como despidiéndole, el niño se volvió de espaldas y soltó la cancela, que la brisa del lago cerró de golpe en la cara de Wade. Podía ver el salón, porque el niño había dejado abierta la puerta interior. Vio cómo se dirigía a paso vivo hacia un aparato de televisión que había al fondo, donde se dejó caer en el suelo alfombrado, siguió viendo los dibujos animados y empezó a llevarse a la boca cucharadas de cereales de color pastel.

El salón era enorme, con el techo a la altura del alero y en cada extremo una chimenea de piedra que llegaba a la cabeza. La escalera daba a una galería donde se encontraban las habitaciones, según indicaban varias puertas cerradas. Abajo había un piano de cola frente a un ventanal, lo que en seguida impresionó a Wade: jamás había visto un piano de cola en una casa. Ni en ninguna parte, pensándolo bien. En la vida real, nunca.

Volvió a llamar en el cristal, pero el niño siguió comiendo cereales y mirando los dibujos como si Wade no estuviese allí. Finalmente, Wade abrió la cancela, entró y

cerró la puerta interior al pasar.

—Vamos, niño —dijo—. Ve a buscar a tu papá.

—¡Chiss! —repuso el niño sin mirarle.

Entonces Wade vio que había otro, más pequeño, tumbado en el suelo a unos metros, con la cabeza apoyada en sus puños diminutos. Era más rubio que su hermano, estaba en calzoncillos y camiseta y parecía tiritar de frío. Levantó la vista por encima del hombro de su hermano y lanzó a Wade una mirada de reprobación.

—¡Chiss! ¿Vale?

—¡Santo Dios! —murmuró Wade.

Se dispuso a marcharse cuando oyó detrás de él una voz de mujer procedente de arriba.

—¿Quién es usted?

Era una voz tenue, vacilante, lo contrario de las voces de los niños y de los gruñidos emitidos por los musculosos personajes sin camisa de la televisión. Wade se volvió, alzó la cabeza y vio a una mujer delgada, rubia platino, de pie frente a la barandilla de la galería; por un momento tuvo la sensación de encontrarse en un escenario, como representando *Romeo y Julieta*, y de que le tocaba hablar a él pero no se sabía el papel.

Sintió que se ruborizaba, se quitó la gorra y con ambas manos se la puso delante de la ingle. La mujer tenía un rostro alargado y anguloso, muy delicado, como si tuviera los huesos frágiles y la pálida piel sumamente fina. Tenía los ojos enrojecidos y los cabellos rubios despeinados, caídos sobre los hombros. Iba sin maquillaje pero vestía una bata de terciopelo verde oscuro que parecía cubrirle de polvos blancos el rostro y las manos y muñecas exquisitas. Wade ya la había visto muchas veces, pero siempre bronceada, con vaqueros y vistosos jerséis, y en invierno llevaba ropa de esquiar. Normalmente la había observado de lejos, en el pueblo o en la oficina de correos. Cuando Twombly construía la casa y Wade perforaba los pozos, vino dos veces de Massachusetts con su marido y sus hijos, pero dieron una vuelta por los edificios a medio levantar y se fueron a la orilla del lago sin dirigirle la palabra. Era la primera vez que la veía tan de cerca, y le pareció que eran unas circunstancias cautivadoramente íntimas.

—Yo... —balbuceó—. Me llamo Wade Whitehouse. Y me preguntaba..., ¿está su marido en casa? Eso quería saber.

—Está durmiendo. Estuvimos levantados hasta muy tarde —dijo, como si lo que a ella le apeteciera realmente fuera también estar durmiendo.

—Bueno, pues yo... quisiera decirle cuánto siento lo de su padre, *mistress* Twombly.

—Gordon —le corrigió ella—. Gracias.

—Gordon. Disculpe. *Mistress* Gordon. ¡Por Dios, lo lamento mucho! *Mistress* Gordon, eso es.

Ella se apoyó en la barandilla como para guardar el equilibrio.

—¿Le parece que podría venir un poco más tarde, cuando mi marido se haya levantado?

—Pues sí, supongo que sí. Es decir, no faltaba más. No quisiera molestar en un momento como éste, ¿sabe? Sólo tenía que arreglar un pequeño asunto con míster Gordon. Soy el agente de policía municipal y quería hablar con él de una cosa.

—¿Algo referente a mi padre?

Dio unos pasos por la galería en dirección a la escalera.

—Ah, no, nada de eso. No, vaya. Es... una cuestión de tráfico. Nada importante.

—¿No puede esperar, entonces?

Wade pensó: Sí, sí, puede esperar, claro que puede esperar. Podía esperar hasta otro día en que míster Gordon ya se hubiera levantado y se hubiese pasado el terrible golpe de lo de su padre; cogería el coche, se acercaría hasta allí y hablaría con aquella hermosa mujer mientras su marido y sus hijos hacían una excursión en coche, alejándose cada vez más al norte, dejándola allí para que Wade la consolara, la cuidara, le diera fuerzas para soportar sus momentos de pena y aflicción, aquella mujer inteligente, triste y necesitada que era tan distinta de todas las mujeres que había conocido y amado, de eso no le cabía duda.

Retrocedió hacia la puerta sin dejar de mirarla, tan profundamente atento a su pálida silueta que no vio salir al hombre de una habitación al fondo de la galería: Mel Gordon, ojos oscuros, sin afeitado, cortos cabellos negros aplastados contra el estrecho cráneo. Llevaba una bata de lana a cuadros verdes y azules, el dibujo escocés de los Gordon. Se cruzó de brazos y estudió un momento a Wade.

—Whitehouse —dijo cuando Wade alargó el brazo hacia atrás para abrir la puerta—. La próxima vez llame antes por teléfono.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho: «La próxima vez llame antes por teléfono».

El mayor de los dos niños lanzó una rápida mirada a su padre y dijo:

—Cállate, papá, ¿quieres?

Wade sonrió, bajó la vista a los pies y sacudió levemente la cabeza.

—Vaya por Dios —murmuró. Luego anunció en voz alta—: Míster Gordon, cuando me molesto en llevar una citación a alguien, no llamo antes para pedir hora.

Gordon contrajo el rostro y pasó rápidamente por delante de su mujer hacia la escalera.

—¿De qué demonios está hablando?

Bajó aprisa, como si hubiera tormenta y fuese a cerrar una ventana, y cuando llegó al pie de la escalera, a unos metros de donde Wade se encontraba junto a la puerta, dijo:

—Venga, Whitehouse, vamos a ver esa citación. —Extendió la mano y lanzó a Wade una mirada iracunda—. Enséñemela.

—Tengo que escribirla.

Wade introdujo la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacó la gruesa libreta



de las multas y con un movimiento rápido extrajo un Bic del bolsillo de la camisa.

—Pero ¿qué coño dice, Whitehouse?

—Le estoy poniendo una multa, míster Gordon. Infracción de tráfico.

Apretó los labios y empezó a escribir.

—¡Adelantamiento prohibido! ¡Por amor de Dios! ¿Acabo de levantarme de la cama y viene usted a decirme que va a ponerme una puñetera multa por exceso de velocidad? —Soltó una carcajada—. ¿Está loco? ¿Es eso, Whitehouse? ¿Está chalado? Yo creo que sí.

Wade siguió escribiendo.

—Ayer por la mañana usted adelantó a un autobús parado, que tenía puestos los intermitentes, y luego pasó por delante de un agente que había detenido el tráfico para que los peatones cruzaran por el paso —declamó Wade sin levantar la vista—. Y también me pareció que iba a mucha velocidad. Ésa es una zona de sesenta kilómetros por hora. Pero eso lo dejo pasar por esta vez.

Por encima de ellos, la mujer pálida de la bata de terciopelo verde se dio la vuelta y entró en una de las habitaciones. Wade alzó la vista y la vio desaparecer. Los dos hombres lucharían en duelo allí abajo, y cuando quedara sólo uno, subiría la escalera hacia su torre, por donde entraría a su habitación en penumbra. Ella no sabría cuál de los dos hombres de su vida avanzaba por la habitación hacia ella.

Mel Gordon alargó el brazo y cogió a Wade la mano con la que estaba escribiendo, sobresaltándole.

—¡Un momento! —dijo Gordon.

Wade liberó la mano de un tirón.

—No vuelva a ponerme la mano encima, míster Gordon —advirtió.

—Está hablando de una puñetera multa de tráfico, ¿no? De ayer.

—Sí.

—De cuando le pasé frente al colegio, donde usted decidió cortar la circulación durante media hora mientras soñaba que era un guardia de tráfico o algo así.

Gordon había dado un paso atrás y sonreía ampliamente, con divertida incredulidad. Tenía el pecho, en el espacio en uve que la bata no le tapaba, cubierto de una capa de vello oscuro que le llegaba casi a la garganta. Es de los que se afeitan dos veces al día desde la adolescencia y cree que todos los hombres hacen lo mismo.

—¿Va a recordarme mis derechos, agente Whitehouse?

—No me lo ponga difícil, míster Gordon. Límitese a coger la multa y páguela por correo o vaya al tribunal el mes que viene e impúgnela, no me importa. Yo sólo...

—Está haciendo su jodido trabajo. Lo sé. Yo también veo la televisión.

—Sí. Hago mi trabajo. Aquí tiene la multa —dijo Wade, arrancando la hoja de la libreta y entregándosela a Gordon.

—Es usted un caso. Un verdadero caso.

—Sí, lo mismo que usted, míster Gordon. Un caso. —Sonrió—. ¿Y sus niños? —añadió, mirándolos con dureza, como si fueran insectos—. No son muy amables con

los extraños.

—¡Oiga! —exclamó Gordon, dando un paso hacia Wade—. Ya que está, también podría insultar a mi mujer. ¿Por qué no? Después de todo, quizá sepa lo del accidente de su padre. Si lo piensa bien, quizá se le ocurra algún chiste. ¿Por qué no, Whitehouse? —añadió, sonriendo maliciosamente—. ¿Por qué no va a por todas, ya que está aquí?

—Sí, bueno, sé lo de su padre. Lo siento.

Gordon alargó los brazos, dobló la multa con cuidado por la mitad y la metió en el bolsillo de la camisa de Wade. Ya no sonreía.

—¡Váyase ahora mismo de mi casa, gilipollas! Y entérese, será un gilipollas *con suerte* si no he conseguido que le despidan antes de que se acabe el día. —Abrió la puerta de un tirón, hizo volverse a Wade y añadió—: Puedo hacer que le pongan de patitas en la calle con una llamada de teléfono, Whitehouse. Y estoy lo bastante cabreado para hacerlo.

Puso una mano en el tenso hombro de Wade, le hizo salir al porche y cerró de un portazo.

Wade se quedó unos momentos parado en el porche, frente al blanco lago cubierto de hielo, mirando la negra línea de pinos y colinas del otro lado. Se palmeó el bolsillo de la camisa, en donde la multa doblada parecía irradiar calor, y se subió la cremallera del chaquetón para abrigarse de la fuerte brisa que venía del lago. En su mente sólo estaba la imagen de la mujer rubia en la galería, su rostro embellecido por la fatiga, su silueta alta y esbelta mientras miraba hacia abajo y con los ojos le pedía que subiera a salvarla.

CUANDO PENSABA EN ELLO —cosa que hizo al volver de Lake Agaway—, Wade comprendía que no había nadie en el pueblo que pudiera recomendarle un abogado. Jamás volvería a tratar con el último que había tenido, el tipo que en un principio le dejó empantanado en aquella situación. Lo había elegido al azar, en las páginas amarillas de Littleton, y evidentemente no acertó. Pero ahora sabía lo que se hacía, ya lo creo, y necesitaba un abogado que reflejara esa impresión.

En Lawford había algunas personas que podrían recomendarle a alguien —Alma Pittman, Chub Merritt, Gordon LaRiviere—, pero Wade no deseaba especialmente que nadie del pueblo supiera lo que se traía entre manos. Salvo Rolfe, que estaba demasiado lejos del pueblo y del estado y no podía ayudarle a buscar un abogado pero sí podría asesorarle de forma general; y también estaba Margie, claro, que era diferente de todos los demás, porque daba la casualidad de que sólo ella le quería, o si no le amaba exactamente, podía darle amor, según creía, a cambio de lo cual ella pedía cariño, algo que hasta ahora él no había dado de buena gana.

Era una relación descompensada, en la que una parte, Margie, era mejor persona que la otra. Pero ambos lo sabían y lo aceptaban, de modo que, en opinión de Wade, lo peor que podía pasar era que Margie encontrara algún día a un hombre que le diera cariño y le dejara por él. Pero Wade esperaba que, llegado el caso, no se sentiría peor que entonces. Y ése posiblemente era el motivo por el que se negaba a acercarse más a Margie, y por eso a veces desviaba ligeramente la mirada, incluso cuando hacían el amor. Eso no la reducía a ser una extraña, exactamente, pero la incapacitaba para convertirse en esposa.

Ya de vuelta en el pueblo, Wade pasó frente al taller de LaRiviere y recordó que una vez perforó un pozo a un abogado de Concord, un tal J. Battle Hand, que ni él ni LaRiviere llegaron a conocer personalmente pero a quien parecían irle bien las cosas: había comprado una gran parcela de terreno muy caro cerca de Catamount y se construyó un chalet de estilo suizo en la vertiente sur de una enorme colina con instalaciones de esquí al otro lado: apartamentos, restaurantes, tiendas, bares, saunas, un Ramada Inn, media docena de pistas de esquí y remontes, de todo. Ese tal J. Battle Hand era dueño de la mitad de la colina sin explotar y era evidente que no tenía otros planes que plantar su casa de vacaciones justo en medio de la ladera, en un bosque de gruesos abedules blancos con una vista amplia y encantadora de los montes de la parte central de New Hampshire, a sólo dos kilómetros de la estación adonde la gente de Massachusetts y puntos del sur llegaba tras jornadas enteras de viaje.

Para los criterios de Wade y de Lawford, e incluso para las pautas de una localidad mucho más grande como Catamount, la casa era un palacio. La oferta de LaRiviere sobre el pozo había sido un poco elevada, pero de todos modos le adjudicaron el contrato, probablemente porque tenía fama de trabajar bien en pendientes que desanimaban a la mayoría de perforadores de terreno llano. Cuando

ellos estaban preparados para situar el camión del equipo, llegaba LaRiviere y en unos segundos encontraba la porción de terreno donde podía ajustarse el equipo para que el taladro cayera en sentido vertical. Era increíble, al menos para Wade, que inevitablemente había elegido otro sitio para perforar. LaRiviere examinaba el terreno con una rápida mirada, observaba el punto elegido por Wade, se decidía por otro y luego le humillaba haciendo que Jack Hewitt o Jimmy Dame aparcaran primero el camión del equipo donde Wade había sugerido. Todas las veces, pusieran los gatos como los pusieran, el camión terminaba formando un ángulo que el taladro no podía corregir. Luego LaRiviere hacía que Jack moviera el camión unos metros hacia abajo y un poco a la izquierda, donde unos cerezos silvestres habían oscurecido la superficie del terreno, y, efectivamente, el camión quedaba tan equilibrado como una tarta en el horno y el taladro caía en su sitio, justo en el centro del terreno.

Aunque nunca lo había visto en persona, Wade recordaba perfectamente a J. Battle Hand, sobre todo debido a su nombre, que le parecía muy de abogado, el de un hombre que luchaba como una fiera por sus clientes, que creía en la justicia, en el bien y en el mal absolutos, y no defendería a una persona a menos que creyera primero en su inocencia y en la rectitud de su causa. Y también estaba claro que así era como se había hecho rico. J. Battle Hand era precisamente la clase de abogado que Wade necesitaba para querellarse con su exmujer por la tutela de su hija. Necesitaba a alguien que fuese rico y bueno. O, mejor dicho, bueno y rico.

Paró en el restaurante de Wickham, buscó a Margie y se dio cuenta de que lo había olvidado: había trabajado el día anterior, primero de la temporada de caza, y ese día libraba. Nick le dijo que había llamado para dar el recado de que si Wade aparecía la llamara. La mitad de los reservados y las mesas estaban atestados de cazadores de ciervos, la mayoría de los contornos. No eran los forasteros fanáticos que habían abarrotado el local el día anterior por la mañana. En un día la intensidad de la caza se había diluido tanto que allí, desde la barrera, la mayoría de los observadores y participantes no mostraban más que un interés pasivo por la matanza que seguía produciéndose en los bosques. No era muy diferente de cualquier otro sábado por la mañana. En el aparcamiento había dos camionetas con ciervos muertos en la parte trasera, pero más parecían una carga que un trofeo. Daba la impresión de que el pueblo se había acomodado a un ritmo estacional, la temporada de caza, que era un aspecto de la vida tan natural e inconsciente como el invierno o la primavera: simplemente uno salía y actuaba «con naturalidad», y de ese modo también podía comportarse como era debido. Fácil.

Wade pidió a Nick que le cambiara un billete de un dólar y, cruzando el restaurante casi vacío, se dirigió a la sala de juegos del fondo. Aquella mañana el propio Nick atendía al mostrador; tenía una chica del instituto sirviendo las mesas, una muchacha regordeta con un uniforme dos tallas menor que el que necesitaba y el rostro maquillado para parecerse a una corista de Las Vegas.

En la sala de juegos, donde estaba el teléfono público, había dos chicos jugando a

una mesa de bolos y fumando cigarrillos. Wade introdujo una moneda, llamó a información de Concord, le dieron el número de J. Battle Hand, abogado, y lo marcó.

Se le ocurrió a Wade que el abogado no estaría en la oficina un sábado por la mañana, quizá se hubiera ido a esquiar a Catamount o estaría cómodamente sentado frente al fuego en su enorme salón, de modo que se llevó una pequeña y agradable sorpresa cuando se puso una secretaria, preguntó quién llamaba y luego le dijo:

—Un momento, por favor.

En seguida estuvo hablando con el abogado a quien quería encomendar la empresa que consideraba la más compleja, ambiciosa, quizá imprudente pero justa de todas las que había emprendido jamás: tratar de tener un acceso fácil y periódico a su propia hija. Al fin y al cabo no podía ser tan difícil, pensó, observando que las manos le habían dejado de temblar y que el dolor de muelas se le había reducido a un sordo machaconeo en la boca. Por la mañana no le había molestado mucho pero ahí lo había tenido de todos modos, como un desagradable ruido de fondo, el vecino de al lado con la radio demasiado alta.

Habló en voz baja, tranquila y segura, justo como deseaba que le saliera. Él dijo muchas veces: «Comprendo», mientras Wade le explicaba rápidamente qué quería que hiciera. Cuando el abogado le sugirió que, antes de hacer nada, pasara por su oficina a entrevistarse con él, Wade le explicó que trabajaba en Lawford y le resultaba difícil ir en días lectivos; le gustaría ir ese mismo día por la tarde, si era posible. Hand contestó que de acuerdo, que si le parecía bien a las dos, y en eso quedaron.

No, señor, no iba a ser tan difícil ni tan complicado como había pensado. No habían hablado de lo que le iba a costar, por supuesto, pero, a juzgar por su voz, el abogado Hand era un hombre razonable. Costara lo que costase, valdría la pena tener a Jill de nuevo a su lado, y si fuera necesario lo pagaría en varios años. Quizá pudiera conseguir un préstamo en el banco con una segunda hipoteca sobre el remolque, si no tenía más remedio; y así habría de ser, porque no tenía absolutamente nada ahorrado.

Luego llamó a Margie. En cuanto oyó su voz sintió deseos de fumar. Se tocó el bolsillo de la camisa y descubrió que se le habían acabado los cigarrillos.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Qué?

—Un momento, tengo que ir por un paquete de tabaco. ¿Puedes esperar?

—Date prisa. Tengo algo en el horno.

—Vuelvo en seguida —repuso él.

De pronto sentía ansias de fumar; la urgencia era tan física e inmediata como la necesidad de orinar. Dejó el receptor sobre el estante del teléfono, se dirigió aprisa a la caja registradora y compró a Nick un paquete de Camel Lights. Cuando volvió ya estaba fumando y de nuevo tenía aquella familiar sensación de alivio en el rostro y los pulmones.

—Tengo que dejar de fumar —dijo a Margie, pero no podía imaginarse que fuese

capa2 de soportar más de un minuto la extraña sensación de inquietud que se eliminaba fumando. Era una curiosa y particular especie de afección psíquica, causada en primer lugar por el tabaco, cuyo específico y singular remedio era el tabaco mismo. Si tuviera a su disposición un antídoto semejante para la angustia en general, una pócima de amplio espectro que suprimiese la extrañeza e inquietud que creía sufrir en cada momento de vigilia de su vida, y si ese brebaje estuviese calculado para matarle en un plazo más corto y definido que el tabaco, Wade también lo habría tomado sin vacilar. El resultado final podría ser la muerte, pero la adicción consiste en eliminar el sufrimiento con aquello que precisamente la crea, y la muerte se va acercando de todas formas, de modo que da igual. Pero ese remedio general no existía, que él supiera, y aunque no siempre pensaba lo mismo, a lo mejor era una suerte que no hubiera ninguno. Quizá fuera suficiente que de momento sólo le estuviera matando el tabaco.

Mientras hablaba con Margie no dejaba de pensar en la mujer de Mel Gordon, la hija del difunto Evan Twombly, interponiéndose entre su marido y él como un escudo angelical, protegiéndolo del siniestro furor de Gordon, y cuando Margie dijo que no podía pasar la tarde con él en Concord porque debía terminar de hacer los pasteles para Nick Wickham, Wade casi se alegró. De momento, Margie Fogg no podía competir con su imagen de la mujer de Mel Gordon.

—Quizá sea mejor así —dijo—. De todos modos, a las dos tengo que ir a ver a mi abogado.

—Vaya. De manera que al fin te has decidido a hacerlo. Lo de la tutela.

—Sí.

—¡Ay, Dios! Creo que te vas a arrepentir. Me parece que lamentarás haber removido otra vez este asunto, Wade.

—Quizá. Pero si lo dejara como está, lo sentiría muchísimo más. Los niños crecen de prisa —declaró—. Y ahí se acaba todo. Tú te haces viejo y los niños se convierten en unos desconocidos. Fíjate en mi padre y yo.

—Tu padre —repuso ella—. Tu padre no era como tú. Por eso sois como dos extraños.

—De eso se trata exactamente. Mi padre..., bueno, no quiero entrar en eso ahora.

—Y Lillian tampoco es como tu madre. Va a pelear como una loba. Créeme.

—Sí —admitió él—. Lo sé. Pero también se trata de eso. Si Lillian *fuese* como mi madre, en primer lugar no tendría que hacer esto, ¿comprendes? —Encendió otro cigarrillo con el anterior y aspiró profundamente—. Además, mi padre y yo no somos verdaderamente unos extraños.

—No.

—En realidad estaba pensando en ir mañana a visitarlos. Hace meses que no los veo. ¿Te apetece venir?

—Por supuesto —contestó ella con voz apagada.

Estaba perdiendo la esperanza con Wade: ostentaba una incoherencia tendenciosa,

autocomplaciente, en la que no había sitio para ella. Quizá fuese mejor dejarle ser quien era y disfrutar de él lo más posible. Últimamente veía que se estaba distanciando cada vez más de Wade. Sabía lo que eso significaba: antes o después no querría acostarse más con él. Pero en ese momento estaba sola, verdaderamente sola, se sentía aprisionada en su propio cuerpo, realmente encerrada, y necesitaba salir de él, por lo que el acostarse con Wade aun cuando sólo fuese de vez en cuando le proporcionaba el breve alivio de las visitas conyugales, y no estaba dispuesta a renunciar a eso. En absoluto.

—Wade —dijo en un tono bajo que en seguida se llenó de significado para él, como el comienzo del catecismo, y empezaron su vieja secuencia ritual:

—Sí.

—¿Puedes venir a mi casa esta noche?

—Sí.

—¿Vendrás?

—Sí, iré.

—¿Quieres venir?

—Sí, quiero.

—¿Qué harás conmigo, Wade?

Tapó el receptor con la mano y lanzó una mirada a los chicos que jugaban a los bolos en la mesa de un rincón de la sala.

—Haré todo lo que quieras que haga —contestó en voz baja.

—¿Todo?

—Todo. Y algunas cosas que no quieras que haga.

—¡Aahh! No estás en casa, ¿verdad?

—No.

—Así que no lo podemos hacer por teléfono —sugirió ella.

—No. No podemos. Si lo hiciéramos, yo parecería... parecería un verdadero idiota. Estoy en el restaurante de Nick, en la sala del fondo.

—No parecerías un idiota. A mí no me lo parecerías. Me encanta ver cómo lo haces —observó ella—. Sabes lo que yo estoy haciendo ahora, ¿verdad?

—Sí. Sí, lo sé. Ya lo creo. Pero no voy a seguir escuchándote. Además, creía que tenías algo en el horno.

—Ummm. Lo tengo.

—Voy a colgar. Antes de hacer el idiota en público. Luego iré a tu casa. Entonces haré el idiota en privado. Si te parece bien.

Ella le aseguró que sí, que le parecía muy bien. Se despidieron y colgaron. Wade exhaló un profundo suspiro y los dos chicos alzaron la cabeza y lo miraron un momento.

—Hola, Wade —dijo el más alto—. ¿Ya has cazado un ciervo?

—No. Dejé de cazar hace cinco años, muchachos. Lo dejé por las mujeres. Deberíais intentarlo. Es estupendo para tu vida sexual —contestó, subiéndose los

pantalones y encaminándose a la puerta, mientras la imagen de la mujer de Mel Gordon le llenaba de nuevo la mente con su dorada luz.

La oficina de J. Battle Hand estaba en el primer piso de un edificio federal blanco en South Main Street. En Concord sólo había nevado unos centímetros el día anterior; después llovió y la nieve cuajada se fundió, pero por la tarde hacía frío y el cielo estaba bajo y oscuro, como si fuera a nevar otra vez, y aquí y allá se veían en las aceras manchas de charcos medio helados.

Wade no estaba acostumbrado a las aceras, y avanzó con cuidado desde el coche hasta la entrada del edificio, subió la escalinata y entró, pasó frente a una puerta que anunciaba un centro femenino de salud, fuera lo que diablos fuese, dejó atrás la oficina de un contable y se dirigió al fondo, donde entró en un despacho enmoquetado y fue saludado por una mujer joven de aspecto elegante, cabello muy corto, un solo pendiente y brazos largos y delgados. La mujer alzó la vista de la roja máquina de escribir y le sonrió.

Se quitó la gorra y de pronto lamentó no haberse cambiado de ropa antes de salir de Lawford. Quizá debería haberse puesto la chaqueta, la corbata y los pantalones de vestir. En aquella habitación se sentía grande y torpe, todo cuello y muñecas. Un campesino.

La mujer enarcó las cejas, como esperando que le dijera qué había ido a arreglar. ¿La caldera? ¿Una cañería rota en el segundo piso?

—Tengo... una cita —dijo Wade—. Con míster Hand.

—¿Se llama usted? —inquirió ella, dejando de sonreír.

—Whitehouse.

Miró un cuaderno que tenía en el escritorio, pulsó una tecla en el teléfono y dijo:

—Míster Whitehouse desea verle.

Luego hubo un silencio, colgó, se levantó de la mesa e indicó a Wade que la siguiera.

Era alta, tanto como él, y llevaba una minifalda a cuadros blancos y negros y unas medias grises que realzaban la esbeltez y firmeza de sus piernas. Wade la siguió sin quitarle la vista de las pantorrillas y las corvas, que lo condujeron a otro despacho. La mujer le dijo que se quitara el chaquetón y se sentara, que míster Hand estaría en seguida con él. Le ofreció una taza de café, pero él declinó la invitación porque sabía que le temblaban las manos. La mujer se marchó, cerrando la puerta al salir.

En la habitación sin ventanas había dos sillones de cuero verde oscuro y un sofá a juego, y las paredes estaban cubiertas de gruesos libros con lomos rojos y azules. Al fondo había otra puerta, y Wade se sentó a esperar en el sillón de enfrente. El dolor de muelas le retumbaba otra vez, pero se sentía bastante bien.

Al cabo de unos momentos empezó a desear que, por razones desconocidas, míster Hand no se presentara y que él se quedara allí para siempre, fuera del tiempo, a salvo, más allá de su pasado y justo en aquel punto de su futuro. Estaba lo bastante cómodo y al abrigo del frío, y en la mesita de al lado había un cenicero, así que podía



fumar. Cosa que hizo.

Tenía el cigarrillo a la mitad cuando oyó un ruido metálico, se abrió la puerta y, para su sorpresa, entró un hombre en una silla de ruedas. Tenía neumáticos de goma y un pequeño motor eléctrico, toda barras y radios cromados. Caído sobre el lado izquierdo, el hombre la conducía apretando botones de un cuadro de mandos con los dedos de la mano izquierda. Cruzó el umbral con rapidez, torció bruscamente la silla hacia Wade, como si fuese un coche de juguete manejado por control remoto, y avanzó hasta llegar a unos metros de su sillón, donde se detuvo de pronto.

El conductor parecía el muñeco de un ventrílocuo vestido con un traje oscuro a rayas. Su cabeza era desproporcionadamente ancha y el rostro, en alarmante contraste con la derrumbada flojedad del cuerpo, era inteligente y expresivo. Tenía el pelo oscuro, gris en las sienes, frente cuadrada, rasgos bien definidos y grandes ojos azul claro. La piel, tirante y pálida como la cera, era la de alguien que ha padecido grandes dolores durante largo tiempo, y la sonrisa con que saludó a Wade casi parecía una mueca que requiriese un ejercicio físico poderoso y realizado a conciencia, como si tuviese que forzar los músculos faciales para que se movieran uno a uno.

Pero sí se movían, y al hacerlo sus rasgos se iluminaban de inteligencia y, según creyó Wade, de sentido del humor. Quizá le hubiese preparado intencionadamente aquella sorpresa quedándose sentado durante horas, después de vestirse y disfrazarse, esperando su llegada. Sintió deseos de soltar una sonora carcajada y decirle: «¡Vaya indumentaria, míster Hand! ¡Feliz Halloween, que le den muchas golosinas y todo eso, eh!». Quería asegurarle que la mascarada había surtido efecto, que se había llevado una buena sorpresa y que también estaba asustado.

—Encantado de conocerle, míster Whitehouse —dijo el hombre de la silla de ruedas.

Tenía la misma voz que Wade había oído por teléfono, grave, de barítono, suave y cultivada.

Wade se cambió el cigarrillo de mano y empezó a extender la derecha, pero la dejó caer sobre la rodilla.

—¿Qué tal? —contestó, tragando saliva.

—Me han dicho que por su zona cayó ayer una nevada bastante fuerte.

Wade asintió con la cabeza y el hombre prosiguió:

—Prácticamente, es como si tuviéramos dos climas distintos. ¿Cuántos hay?, sesenta y cinco, setenta, ochenta kilómetros, y cuando allí nieva, aquí llueve. Al menos hasta mediados de diciembre. Luego nieva en los dos sitios. Pero creo que prefiero la nieve a esta monótona lluvia.

—Sí —convino Wade—. Yo también prefiero la nieve.

Volvió a guardar silencio.

—¿Esquía?

—No. Nunca he ido a esquiar. Nunca lo he intentado.

—Bueno —dijo el abogado, súbitamente serio—. Hablemos de esa demanda que

pretende entablar, ¿quiere?

Con la mano derecha sacó un cuaderno amarillo tamaño folio y, con dificultad, se lo colocó en las rodillas; después extrajo una pluma del bolsillo de la camisa y se dispuso a escribir.

Pero Wade aún no estaba preparado para hablar de Lillian y Jill; en realidad, hasta casi había olvidado qué le había llevado allí. Quería saber qué le había pasado a Hand, qué lesión o enfermedad le había destrozado el cuerpo. Quería saber qué podía y qué no podía hacer, cómo hacía para ejercer de abogado, por amor de Dios, o cómo se las arreglaba para conducir un coche, vestirse y cortar la comida. Cómo se las arreglaba con una mujer.

Nunca había visto tan de cerca a un hombre así, y ahora estaba a punto de contratarle para que le hiciera un trabajo muy laborioso y complicado. Estaba a punto de colocarse en una situación de dependencia con alguien que prefería la nieve a la lluvia pero que con toda seguridad no podía salir a campo abierto, que ni siquiera en su lujosa silla de ruedas de goma e impulsada por baterías podía moverse entre la nieve pero que, sin embargo, se había construido una enorme casa de vacaciones en la ladera de una montaña donde nevaba seis meses al año. ¡Un paralítico que vivía en una puñetera pista de esquí!

De pronto pensó en Evan Twombly, un hombre rollizo, de ciudad, que subía en plena nevada a Parker Mountain con su rifle nuevo para cazar un ciervo y terminaba muerto de un tiro. Pensó en Jack Hewitt, delgado y experto en todo lo necesario, que se movía con rapidez y en silencio entre la ventisca y la maleza y por las pistas de montaña salpicadas de piedras mientras el hombre gordo de cara roja le seguía a duras penas. Y en el mundo de hombres y mujeres normales J. Battle Hand era como Twombly en el bosque nevado, y Wade era en cierto modo como Jack.

Pero allí, entre aquellos libros, J. Battle Hand quizá fuese el experto ágil y eficaz y Wade ocupase el puesto de Twombly, con el rostro enrojecido y resoplando por mantener el paso, y a menos que tuviera muchísimo cuidado era probable que se pegara un tiro. O que se lo pegaran. En el espacio de menos de un segundo, como una diapositiva inexplicablemente mostrada fuera de secuencia, vio a Jack Hewitt disparar a Evan Twombly, un aluvión de nieve, la brusca inclinación del repecho, el hombre gordo que caía, sangre sobre la tierra blanca.

Luego estaba de nuevo en el bufete del abogado, preguntándose cómo podía defender sus casos en el tribunal. En realidad, pensó Wade, si yo formara parte de un jurado y este individuo se pusiera delante de mí con su silla de ruedas y empezara a defender a su cliente, me inclinaría a creer todo lo que dijese. Resultaba difícil pensar que una persona tan disminuida físicamente, un hombre cuyo cuerpo era una verdad tan innegable, pudiese proferir mentira alguna. Ese hombre, J. Battle Hand, podría decir lo que quisiera y le creerían.

Wade se animó un poco: ya podía Lillian contratar a un embaucador de pelo gris como el que utilizó para el divorcio, alto y bien parecido, elegante como un puñetero

candidato a la Presidencia, que cuando el abogado Hand condujera su silla de ruedas de un lado para otro delante del juez, lo haría picadillo. No sería como la última vez, cuando Wade entró en el tribunal con Bob Chagnon, de Littleton, todo arrugado, nervioso, sudando y hablando demasiado aprisa con su acento francés del norte del país; hasta él sintió vergüenza ajena. Lillian bajó la vista y sonrió. Al verla, Wade sintió el súbito deseo de decir al abogado que cerrara el pico de una puñetera vez. Deja de hablar ya, hombre, antes de que toda la sala acabe por creer lo que él ya sabía, que en su matrimonio dos veces destruido Lillian era la inteligente, la competente, y él un estúpido, una persona que perdía el control, irracional, irresponsable y sin educación, proclive a la violencia y al alcoholismo. Fíjense en su abogado, por Dios, miren a quién contrata para que le represente, un canadiense ignorante y borracho que apenas sabe inglés y que termina diciéndole al juez que las veces que Wade pegó a Lillian fue porque ella se lo merecía. «La mujer le incitó, Su Señoría», había dicho Chagnon.

No es de extrañar que lo perdiera todo. Y tuvo suerte de no acabar en la cárcel, así se lo dijo el juez.

Wade se retrepó en la butaca de cuero verde, cruzó las piernas, encendió otro cigarrillo y empezó a explicar a su nuevo abogado por qué quería la tutela de su hija. Lillian la estaba volviendo contra él, y cada vez ponía más dificultades para que viera a Jill o para que su hija fuese a visitarlo. Primero se había mudado a Concord, y ahora hablaba de irse más al sur o quizá al oeste, en cuanto su nuevo marido recibiera el traslado, y si eso era un golpe para Wade, tanto peor. Eso no era exactamente cierto, pero Wade pensaba que pronto lo sería. Podía irse a Florida si le daba la gana, y él no podía hacer nada para impedirselo.

El abogado no dijo nada, parecía esperar a que Wade continuase.

Pero, por otro lado, quizá no necesitara realmente conseguir la tutela, sugirió Wade. Tal vez sólo necesitase garantías de que Jill fuese a visitarlo periódicamente durante el curso, en el verano y en las vacaciones. A lo mejor bastaba con eso. Lo único que quería era ser un buen padre. Quería tener una hija, y la *tenía*, por Dios, pero la madre hacía todo lo que estaba en su mano para negar ese hecho. Wade pensaba que si exigía la tutela y ofrecía a Lillian que Jill la visitase con regularidad y pasara con ella los veranos y las vacaciones, el juez quizá se inclinase por lo contrario: confiar la tutela a Lillian y darle a *él* las visitas periódicas, los veranos y las vacaciones. ¿Qué le parecía esa estrategia a míster Hand?

—No está mal —contestó el abogado—. Si le toca un juez bien dispuesto. Pero es arriesgado. No hay que pedir la luna y luego perderlo todo sólo por haberla pedido. A veces es mejor pedir exactamente lo que se quiere, en vez de lo que uno cree que merece. No sé si me entiende. Usted sigue sin casarse, supongo. El hecho de estar casado y tener a alguien en casa mientras usted trabaja le ayudaría.

—Pues sí. Así es. Que no estoy casado, quiero decir. Pero las cosas van a cambiar —aseguró Wade—. Pronto.

—¿Cómo de pronto?

—Pues, en cualquier caso para la primavera. Antes, probablemente. Hay una mujer con la que hablo de matrimonio desde hace mucho tiempo. Una mujer buena —añadió.

—Bien —dijo Hand.

Escribió unos momentos en el cuaderno, utilizando sólo la punta de los dedos y sujetando con la mano el cuaderno contra la pierna. Luego preguntó a Wade por el carácter de Lillian. ¿Cuidaban bien de Jill ella y su marido? ¿Sabía si bebían o tomaban drogas? ¿Problemas o hábitos sexuales que pudieran producir algún trastorno a la niña?

—Esas cosas ayudarían —dijo—. Sobre todo si reclamamos la tutela. En realidad, sin disponer de sólidas pruebas de inmoralidad sexual o abuso del alcohol o de drogas, probablemente no deberíamos pedir la tutela en este estado. Y aun así sería un caso laborioso. ¿Comprende?

Wade lo comprendía. En realidad, empezaba a sentirse un poco ridículo con ese afán suyo. ¿Por qué no podía hacer que comprendieran su rabia y frustración? ¿Qué le impedía encontrar las palabras y los medios jurídicos para expresar el dolor que sentía por la pérdida de su hija? Eso era lo único que pretendía. Quería ser un buen padre; y que todo el mundo lo supiera.

No, dijo, que él supiera Lillian no tenía problemas con el alcohol ni con las drogas; y su marido tampoco. Además, cuidaban bien de Jill. Tenía que reconocerlo. Y no se figuraba que alguno de los dos fuese culpable de ninguna inmoralidad sexual, al menos de nada que pudiera ser pernicioso para un niño.

—Parece un caso perdido, ¿verdad?

—Bueno, no. No exactamente. Necesito ver la sentencia de divorcio. Seguro que podremos intentar que se revisen los derechos de visita del padre, para garantizarle un contacto amplio y constante con su hija. Se llama Jill, ¿no?

—Sí.

—Entonces, de acuerdo.

Inclinó el pecho sobre la mano y metió la pluma en el bolsillo de la camisa, luego dejó caer el cuaderno en el compartimiento lateral de la silla, pulsó un botón del cuadro de mandos con la punta de los dedos de la mano izquierda y retrocedió unos metros. El motor de la silla emitió un leve zumbido y al pararse sonó un chasquido metálico.

—¿Me enviará una copia de la sentencia de divorcio en cuanto llegue a casa?

—Sí, no faltaba más.

—Y necesitaré un anticipo de quinientos dólares. Puede adjuntármelos.

—¡Santo Dios! —exclamó Wade, que se dio cuenta de que había empezado a sudar—. ¿Cuánto... cuánto costará todo?

—Es difícil decirlo exactamente. Si reclamamos la tutela, tendremos que tomar declaraciones, incluso citar a algunos testigos, contratar un asistente social y un

especialista en psiquiatría infantil para que examine a Jill, visiten su casa y la de la niña y cosas así. Puede que tenga sentido. Diez o doce mil dólares. Puede alargarse mucho. Y luego, aunque ganemos, ella puede recurrir. Pero debe entender que no podemos reclamar la tutela si no nos lo tomamos en serio, aunque esperemos mucho menos. Por otro lado, si sólo pretendemos que se revisen sus derechos de visita, suponiendo que sean restrictivos en la actualidad, probablemente no le costará más de dos mil quinientos dólares.

—Ah.

Wade tenía calor y estaba mareado; las manos le temblaban de nuevo y era consciente de que el dolor de muelas estaba a punto de empezar otra vez con toda su virulencia.

—Es usted obrero. Perforador de pozos, me dijo.

—Y policía —le interrumpió Wade—. Soy el agente municipal.

—Ah. Eso nos ayudará. Dígame, ¿no hubo ayer un tiroteo por allí? ¿Una especie de accidente de caza? Uno de Massachusetts. Un dirigente de los sindicatos, ¿no?

—Sí.

—¿Está usted bien informado? Me pareció un tanto... inverosímil.

—¿Por qué?

—Pues no sé. Un importante dirigente sindical que va a cazar con un guía y que, no se sabe cómo, se dispara un tiro. Uno siempre se extraña un poco de esas historias. ¿Quién era el guía? Uno del pueblo, supongo.

—Sí. Un muchacho llamado Jack Hewitt. Jugaba al béisbol. Hace unos años le contrataron los Red Sox, luego se lesionó el brazo. Quizá haya leído algún comentario sobre él en la prensa. Buen chico. Pero sí fue un accidente. No cabe duda. De todos modos, un chico como él no tendría motivo alguno para matar a alguien como Twombly.

—Dinero —repuso el abogado, sonriendo—. Siempre es el dinero.

—Sí. Dinero. Claro, siempre es eso —admitió Wade—. Pero resulta difícil imaginarlo.

—Sí, bueno, a propósito —continuó el abogado—: si le pregunto por su trabajo es por lo siguiente: ¿puede costearse un litigio por la tutela? Porque tanto desde el punto de vista jurídico como económico quizá sería mejor que presentara una demanda de...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Wade, levantándose y poniéndose el chaquetón—. Creo... creo que la demanda por la tutela representa bien lo harto que estoy de mi exmujer. No soy tan estúpido como quizá parezco. Seguiré todas sus recomendaciones. Y, según parece, me está recomendando que me olvide de todo el puñetero asunto de la tutela. —Se dirigió a la puerta, la abrió y, por encima del hombro, añadió—: El lunes le enviaré la sentencia de divorcio. Y los quinientos.

El abogado le miró impassible y no dijo nada.

Wade pasó al otro despacho, se detuvo en el umbral, volvió un momento la

cabeza y vio al abogado salir en la silla por la puerta de enfrente, como apresurándose a otra entrevista. La rápida y decidida forma con que el abogado se desplazaba en la silla le asustaba un poco. Trató de sonreír a la recepcionista, secretaria o lo que fuese, pero estaba muy ocupada escribiendo a máquina; llevaba unos auriculares y no dio muestras ni de saber que Wade se encontraba en la habitación. Cerró la puerta con cuidado y salió.

Al final del pasillo casi tropezó con dos muchachas que salían del centro femenino de salud. Reían tontamente, eran adolescentes, niñas, sólo unos pocos años mayores que Jill, con sombra azul de ojos y carmín en los labios. Llevaban vaqueros, blusas medio desabotonadas y chalecos acolchados.

Probablemente acababan de colocarles diafragmas, pensó Wade, y la idea le resultó embarazosa, aunque no sabía por qué ni quiso indagarlo. Se abstuvo de juzgar a las muchachas, aunque por un momento sintió deseos de reprenderlas, pero se limitó a decir: «Disculpen», aflojó un momento el paso y las vio salir, moviendo el trasero, la cabeza alta, las manos cogiéndose los sanos cabellos para anticiparse al frío viento de fuera. Al entrar en el coche pensó: «¡Esas chicas quizá acaban de abortar! ¡Cristo bendito! ¡Vaya mundo!».

WADE RECORRIÓ TODA Main Street, llegó a medio camino de la cárcel al norte de Concord, luego giró en redondo y volvió. Caían copos de nieve. Eran las tres menos cuarto y notó que se acercaba rápidamente a una forma familiar de histeria: un pánico tangible. Su particular deseo, ganar una demanda de tutela contra Lillian, parecía ahora un delirio de ingenuidad, y su deseo más general y duradero, ser un buen padre, empezaba a resultar una obsesión absurda. Era consciente de que entre ambos deseos existía una relación de alternancia, una conexión hidráulica, de modo que cuando uno se manifestaba con fuerza el otro se debilitaba. Pero cuando ambos decrecían, como ahora, Wade pasaba de la más profunda depresión al pánico.

Para combatir el pánico decidió ver a Jill. Qué demonios, era sábado por la tarde, estaba en Concord por casualidad y necesitaba explicar ciertas cosas a la niña. ¿Por qué no podía llamar y llegar a un acuerdo para pasar la tarde con ella? Esperaba también que, tras el fracaso de la fiesta de Halloween, la niña estuviera dispuesta a complacerle un poco. Seguro que él no era una compañía tan mala, tan aburrida, como para que ella no pudiera divertirse a su lado. Era más o menos un problema de comunicación. La otra noche se les habían cruzado los cables; eso era todo. Podía pedirle perdón, ella podría disculparse y todo iría perfectamente.

Además estaba en su derecho, maldita sea, sobre todo después de que Lillian y su marido se hubiesen presentado en Lawford el jueves por la noche para llevarse a la niña de su lado. Cuando se le arrebatara un hijo a alguien, también se le quita algo más, de modo que ya no se piensa en recobrar al hijo, sino lo otro: la dignidad, el orgullo, la sensación de independencia, esas cosas. El hijo se convierte en algo simbólico. Eso era lo que le pasaba a Wade, claro está; y de forma confusa se daba cuenta de ello. Pero no podía hacer nada para evitarlo.

Llamó desde una cabina del aparcamiento del supermercado de la galería comercial al este de Main Street. La nieve caía ahora con más fuerza y podía convertirse en algo serio, observó pensando en el viaje de vuelta. El cielo de la tarde se había oscurecido y encapotado, y ya parecía casi de noche. Los que hacían la compra, en su mayoría mujeres y niños y algún que otro hombre, iban y venían a toda prisa entre los coches y el supermercado.

Dejó sonar el teléfono unas doce veces antes de colgar. Yaya, si apenas son las tres, pensó: demasiado temprano para volver a Lawford y ver a Margie, pero también muy pronto para esperar por allí y llevar a Jill a cenar al Pizza Hut. Eso le gustaría. Mientras, decidió ir a beber una cerveza a algún sitio, quizá probaría uno de esos nuevos bares de lujo de los viejos almacenes reformados detrás del Eigel Hotel de los que había oído hablar y que al parecer frecuentaban muchos hombres y mujeres, solteros, modernos, *yuppies* o como demonios los llamasen ahora. Podía ir a echar una mirada. Luego intentaría llamar otra vez a Jill.

Aparcó frente al hotel en North Main Street, y, pasando bajo unas falsas farolas

de gas, recorrió el callejón adoquinado hasta llegar a The Stone Warehouse, donde entró sin vacilar ni examinar primero el recinto —como si lo frecuentara a menudo aunque no fuese exactamente un parroquiano—, mirando al frente y dirigiéndose derecho a la barra. Pidió cerveza de barril a un joven alto y bien parecido, de pelo liso y peinado hacia atrás, y luego, con el vaso en la mano, se dio la vuelta y observó con calma el local.

La sala era grande, y la mayoría de reservados y toscas mesas cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos estaban vacíos. Voluminosos helechos en tiestos, recargadas perchas y escupideras de latón abarrotaban los pasillos y de las paredes colgaban antiguas herramientas de labranza, hoces y guadañas, bieldos, cabezales y hasta fotografías esmeradamente enmarcadas de parejas de Nueva Inglaterra muertas hacía cien años, de mirada severa y aspecto de reprobación. ¿Quién hubiera pensado que toda aquella basura podría resultar bonita? Pues lo era.

Olía a madera tosca, cerveza y cacahuets tostados, un olor sumamente agradable. No como el de Toby's Inn, pensó. Volvió la cabeza y miró por la barra, donde dos hombres jóvenes y de vientre prominente veían a los Celtics en la televisión y comían cacahuets. Entonces observó que al pie de la barra el suelo estaba cubierto de cáscaras de cacahuets. Una camarera se acercó a la barra y las cáscaras crujieron como insectos bajo sus pies.

A su lado, a la derecha, se sentaban tres mujeres que charlaban animadamente, fumando con una especie de furor y dando a cada momento un trago de sus copiosas bebidas de color beige. Trató de escuchar su conversación observándolas con disimulo, según le parecía, y pronto descubrió que hablaban del jefe de una de ellas o de las tres. Calculó que andaban por los treinta. Dos de ellas llevaban vaqueros, camisas de franela a cuadros y botas camperas; la tercera, también con tejanos, calzaba zapatillas de deporte y llevaba una descolorida camiseta amarilla con la leyenda GANJA<sup>[1]</sup> UNIVERSITY estampada en el pecho.

Cuando Wade se dio cuenta de que no llevaba sostén, trató de no mirarla más. Era rubia, de cabello largo; las otras dos eran morenas y llevaban el pelo corto. Pensó que esas dos quizá fueran hermanas.

Pidió otra cerveza. A la mitad del partido, los Celtics llevaban doce puntos de ventaja a los Detroit Pistons. Quizá debería llamar a Jill otra vez. Se quitó el chaquetón, lo colgó en la percha de latón que había tras él y fue a buscar el teléfono público, que encontró al final de la escalera que llevaba a los servicios.

De nuevo dejó sonar doce veces el teléfono, por si estaba entrando en aquel momento, pensó, y entonces se dio cuenta de que no se imaginaba a Jill, sino a Lillian, a quien veía abriendo la puerta, con bolsas de la compra entre los brazos, la llave en la mano, el teléfono sonando. Colgó y volvió a la barra.

Lanzó una mirada a los pechos de la mujer de la camiseta amarilla, luego pidió al camarero un plato de cacahuets y se dedicó a abrirlos y a lanzárselos a la boca. Comprendió que las mujeres hablaban del tamaño de un pene. Escuchó con atención.



No había duda: ¡tres mujeres jóvenes y atractivas riéndose del reducido tamaño del pene de un hombre! No se atrevía a mirar; siguió abriendo cacahuets, partiendo las cáscaras con los dedos y tirándolas al suelo, cada vez más de prisa, como si estuviera hambriento.

Dos de ellas, la rubia y una de las morenas, se habían acostado con el hombre, quienquiera que fuese, y deleitaban a la tercera comparando su miembro con un pulgar, un ratón, un alfiler de la ropa..., ¡un cacahuete, por amor de Dios!

—¡Créeme, casi me caigo de culo al verlo! —exclamó la rubia.

Wade apartó el plato de cacahuets y pidió otra cerveza.

—Pero es asombroso —comentó la morena—. Me refiero a que esa cosa le da mucho de sí. ¿No te parece? —preguntó a la rubia.

—¡Ay, sí, ya lo creo! Le cunde muchísimo —repuso ésta con una carcajada, añadiendo luego a voz en grito—: ¡Sólo que parece que no hay manera de abarcarla!

Todas rieron estrepitosamente, y entonces una de las morenas notó que Wade estaba observando e hizo callar a las otras. Wade se volvió en el taburete y trató de enterarse de cómo iban los Celtics.

—¿Qué tal Bird? —preguntó hacia el otro extremo de la barra.

—Ninguna de siete, tres faltas —contestó uno de los dos jóvenes de vientre prominente, volviéndose despacio.

—¡Mierda! —exclamó Wade, como si le importara. Se levantó, cogió la cerveza, se dirigió al fondo y se sentó—. ¿Cómo va el marcador?

—No sé —dijo el joven sin volverse esta vez—. Setenta y tantos a sesenta y tantos. Los Celtics llevan seis o siete de ventaja.

—¡Ah, *my bien!* —comentó Wade, contemplando el juego con la misma atención que había dedicado a los cacahuets.

Encendió un cigarrillo y trató de concentrarse en el partido, pero volvía a dolerle la muela, una débil pulsación que amenazaba con aumentar rápidamente, y de nuevo sentía como una realidad desdoblada: todo lo que los otros decían y hacían estaba desacompañado de sus propias palabras y hechos, de forma que los demás casi parecían pertenecer a otra especie con un metabolismo ligeramente distinto del suyo y medios de comunicación parecidos pero diferentes, y era como si todos los que se encontraban en el local compartieran informaciones cotidianas y secretos que él era biológicamente incapaz de experimentar. Informaciones y secretos: todo el mundo los tenía; pero Wade Whitehouse carecía de ambas cosas.

Miró al espejo de detrás de la barra y trató de ver, como si fuera un extraño, la indiferente mirada de su reflejo, cuando a su espalda vio entrar a su exmujer. ¡Lillian! Fuera nevaba fuerte y ella se limpió los hombros con un rápido y característico gesto de impaciencia, casi tomando la nieve como un asunto personal. La siguió con la vista en el espejo, la vio preguntar algo a la mujer de la caja y luego desaparecer por la escalera hacia los servicios.

Ha debido de entrar a hacer pis, pensó Wade. Quizá Jill estuviese fuera,

esperándola en el coche. Miró su reloj. Las cuatro y veinte: aún quedaba mucho para llevarla a tomar una pizza. Se levantó del taburete, pasó frente a la caja y empezó a bajar la escalera detrás de Lillian cuando vio la parte trasera de su largo abrigo lavanda y comprendió que estaba llamando por teléfono. Se detuvo unos escalones por encima de ella, se apartó de su campo de visión y escuchó.

—No importa —dijo Lillian en tono brusco—. Sólo tengo un par de horas, eso es todo. Así que *por favor*. —En su voz había ahora un tono que Wade reconoció con inmediata excitación: era íntimo y suave, casi sexual—. Estaré aparcada detrás del Stone Warehouse. En el Audi. Date prisa.

Wade se dio la vuelta y subió rápidamente la escalera, volvió a la barra y siguió mirando por el espejo.

Un momento después apareció Lillian. Con una inclinación de cabeza y una rápida sonrisa se despidió de la cajera y salió. Wade cogió el chaquetón y la gorra e indicó al camarero que quería pagar. El camarero le entregó la cuenta —¡8,25! ¡Por Dios santo!— y él le dio su billete de diez dólares y se dirigió a la puerta. Tardó un momento en orientarse y pensar cómo podía llegar al aparcamiento desde el Eagle Hotel y volvió corriendo al coche.

Había poco tráfico, sólo pasaban algunos coches salpicando nieve y barro, con los limpiaparabrisas en marcha y los faros encendidos. Wade giró en redondo en North Main y volvió a Depot Street, torció dos veces a la izquierda y pasó frente al aparcamiento, en cuyo extremo localizó el Audi plateado.

Pensaba que con la nevada ella no reconocería su coche, pero aun así fue un poco más allá del aparcamiento y se ocultó tras un enorme Dempster Dumpster, a unos cincuenta metros. Estaba en una cuesta y veía la parte trasera del Audi. La ventanilla trasera estaba cubierta de nieve fresca y pegajosa y no podía ver el interior, pero tenía la seguridad de que ella estaba allí, esperando. ¿A qué, maldita sea? ¿A quién?

Con las escobillas y el motor apagados, el parabrisas se cubrió en seguida de nieve y tuvo la súbita impresión de encontrarse en una cueva, mirando a las paredes. Abrió la puerta y salió, se dirigió al lado contrario del Dumpster, encendió un cigarrillo y esperó. Como un poli, pensó. ¿Y por qué no? *Era* poli, ¿no? Exactamente. ¿Y Lillian? ¿Era un delincuente sospechoso o simplemente era su exmujer que iba a verse a escondidas con un desconocido? Y, en ese caso, ¿no sería Wade un perverso curioso, una especie de mirón?

Estaba seguro de que se había citado con un hombre, no le cabía duda. Lo había oído en su voz: «*Por favor*», había dicho. «*Date prisa*».

El dolor de muelas le atravesaba la mandíbula como una sierra de banda y se puso la mano en la cara como para acallarla, para amortiguar el ruido mientras se alejaba del Dumpster y bajaba por la leve pendiente hacia el aparcamiento, donde recorrió la fachada del edificio hasta llegar a una puerta oscura, la entrada trasera del restaurante del piso de arriba, en cuyo umbral se refugió de la nieve. Aquella posición le ofrecía una buena vista del Audi, y desde el coche no podían observarle sin cierta dificultad:

seguía detrás del vehículo, pero ahora estaba a un lado y sólo a diez metros; veía a Lillian sentada tras el volante, fumando.

¿Estaba fumando? Pero sí, según recordaba, Lillian había dejado de fumar. En realidad le dio mucha importancia, diciéndole repetidas veces y con repugnancia que la ropa y el pelo de Jill olían mal siempre que volvía de estar con él. Miró con más atención. Estaba fumando, efectivamente, pero no era un cigarrillo normal; no, señor, no era tabaco. Por la forma con que lo sostenía entre el índice y el pulgar y lo examinaba tras dar una calada, sabía que era marihuana.

Estaba escandalizado. Y de pronto empezó a jadear, sintiendo que se le aflojaban las piernas con una rabia erotizada que le dejó confuso. No había nada malo en fumarse un petardo, coño, él también lo hacía de cuando en cuando. En realidad, siempre que se lo ofrecían. Pero el verla fumando uno, cuando esperaba en un aparcamiento a reunirse con alguien que con toda seguridad era su amigo, su *amante*, le hizo sentirse sexualmente traicionado, pensó Wade, como si le estuviera engañando a él, su exmarido, y no al hombre con quien estaba casada (un tipo bastante decente, pensó Wade por primera vez, aunque un poco gilipollas), pero también le excitaba sexualmente. Era como si por casualidad hubiera descubierto el secreto montaje pornográfico de Lillian. Consoladores, látigos, esposas. Estaba excitado, lleno de carga erótica, de rabia y de vergüenza.

Se apoyó en la pared de piedra y cerró los ojos un momento. Al abrirlos vio que un coche entraba despacio entre la nieve al aparcamiento. Era un Mercedes verde oscuro y su conductor, Wade lo adivinó en seguida, iba a encontrarse con Lillian. El Mercedes se detuvo junto al Audi, Lillian bajó inmediatamente, dio la vuelta por delante con aire resuelto y subió.

Los faros daban en la pared del almacén y su reflejo iluminaba el coche, y Wade vio con claridad a Lillian y al hombre, como si estuvieran en un escenario, mientras se besaban. Era un beso largo y serio, pero un tanto ceremonioso, y se lo dieron sin abrazarse: un hombre y una mujer que habían sido amantes durante mucho tiempo y sabían que el beso sólo era algo preliminar y no tenía por qué significar todo lo demás. Luego, cuando se separaron, Lillian pasó el resto del canuto al hombre, que volvió a encenderlo y aspiró profundamente. Entonces Wade se dio cuenta de que lo conocía.

El conductor dio marcha atrás, retirándose de la pared, y su rostro volvió a fundirse en la oscuridad, pero Wade lo había visto; sabía perfectamente quién era. No cabía duda. Nunca olvidaría aquel rostro: le había humillado, y después le había obsesionado; Wade había llegado a despreciarlo. El rostro era liso y simétrico, grande como el de un actor, de mentón cuadrado, frente amplia, nariz larga y recta. Llevaba el cabello oscuro, salpicado de elegantes mechones grises, peinado hacia atrás. Era al menos quince centímetros más alto que Wade y parecía estar en buena forma, de esa que se consigue pagando en un club deportivo, según observó Wade en una ocasión. Se llamaba Cotter, Jackson Cotter, de Cotter, Wilcox y Browne, procedía de una

antigua familia de políticos de Concord y por supuesto estaba casado, tenía tres preciosos hijos y vivía en una gran casa victoriana en el barrio oeste. Y ahí estaba, manteniendo un amorío con Lillian, que tres años antes había sido su cliente en lo que sin duda él consideró como un simple pero un tanto desagradable caso de divorcio típico del norte del estado.

Jackson Cotter giró en redondo su gran Mercedes verde y salió del aparcamiento a la calle, torció a la izquierda y desapareció. Wade se percató de que tenía la boca abierta y la cerró. Se sentía de maravilla. ¡Qué contento estaba, por Dios! En una puerta oscura del aparcamiento de un restaurante del centro de Concord, solo y en plena tormenta de nieve, sentía la alegría más pura que había experimentado desde hacía años. Quizá nunca. Dio una palmada, como si aplaudiera, salió del umbral y echó a andar bajo la nieve.

Un momento después estaba de vuelta en el Stone Warehouse, introduciendo veinticinco centavos en el teléfono público al pie de la escalera. Esa vez, después de tres llamadas, contestaron: era el marido de Lillian, Bob Horner; le pilló de sorpresa. Se lo imaginó con un delantal atado a la cintura y casi soltó una carcajada, pero se recobró en seguida y adoptó el tono que solía emplear con Horner en tales ocasiones.

—Soy Wade. ¿Está Jill por ahí?

—Pues no —contestó Horner tras unos segundos de silencio—. No, Wade, no está en casa.

—Vaya, qué lástima. ¿Ha ido con su madre a algún sitio?

—No. No, Jill está con una amiga.

—¿Volverá pronto? Estoy en la ciudad, ¿sabes? En Concord. Y esperaba acercarme por ahí y llevarla a tomar una pizza o algo así.

—Es algo tarde, Wade... —repuso Horner, tras titubear un poco—. Y ella..., Jill se queda a pasar la noche en casa de su amiga.

—Ah.

Wade esperaba parecer decepcionado.

—Sí, bueno, quizá si hubiera sabido que vendrías a la ciudad...

—Yo tampoco lo sabía. Pero la próxima vez llamaré antes —sugirió.

Horner dijo que era una buena idea y que le diría a Jill que había llamado. Luego añadió:

—Quizá no debería mencionar esto, Wade, pero me preguntaba...

—¿Qué?

—Pues, bueno, no quiero remover las cosas otra vez, pero..., mira, la otra noche perdí mi sombrero allí. En Lawford. Me preguntaba si a lo mejor lo había recogido alguien. No lo verías, ¿verdad? Cuando nos marchamos.

—¿Tu sombrero? ¿Llevabas sombrero?

—Sí. —Su tono se había endurecido; sabía que Wade estaba mintiendo—. Un sombrero verde de fieltro.

—Vaya, pues no recuerdo ningún sombrero, Bob. Pero miraré a ver. A lo mejor te

lo han birlado. Nunca se sabe.

Horner le dio las gracias y colgó a toda prisa.

Con una amplia sonrisa, Wade colgó a su vez, subió la escalera y se detuvo un momento frente a la caja. Observó que las tres mujeres y los dos tipos de la barra se habían marchado; el local estaba ahora casi vacío. En las mesas había poca gente cenando y las camareras estaban al fondo, charlando.

—¿Hay mucha nieve fuera? —le preguntó la cajera, una mujer de mediana edad que se estaba limando las uñas.

—Bueno, calculo que unos tres o cuatro centímetros. No mucha.

—Pero suficiente para que todo el mundo se quede en casa —afirmó ella.

—Sí. Justo adonde yo debería irme.

—Ha llegado muy pronto el invierno —observó la cajera.

—Sí. Sí, es verdad —convino Wade, calándose la gorra hasta las orejas—. Pero a mí me gusta.

Saludó con la mano y se dirigió a la puerta.

—Conduzca con cuidado —le recomendó la mujer alzando la voz, pero él no la oyó.

Hacer el amor con Margie aquella noche fue especialmente fácil para Wade. No es que alguna vez le resultara difícil; pero en ocasiones prefería permanecer solo con sus pensamientos, servirse de la cabeza como un muro que le aislase de los demás.

Pero acostándose con Margie se sentía seguro y libre de un modo que rara vez experimentaba: en el trabajo no, desde luego, por culpa de LaRiviere, y tampoco cuando estaba solo en casa, ni con Jill, ni siquiera una sola vez con Lillian en todos sus años de matrimonio. Cuando se quedaba bebiendo en Toby's hasta tarde a veces se sentía seguro, pero nunca libre.

No, únicamente con Margie, y en la cama, recuperaba una sensación de infancia que jamás tuvo por culpa de su padre, fundamentalmente, pero también de su madre, que fue incapaz de protegerle. Y así, cuando se acostaba con Margie y empezaban a hacer el amor, él solía titubear, se retenía un poco, como para ganar tiempo, mientras que ella se apresuraba, se volvía impaciente y le instaba a darse prisa, por Dios, no perdamos más tiempo del necesario, amigo mío, y entonces él se acercaba a ella y todo se resolvía.

Pero esa noche no trató de ganar tiempo. Llegó a casa de Margie a las ocho y media, después de que la nieve retardara un poco su viaje en dirección norte desde Concord. Durante todo el camino se la imaginó desnuda, removiéndose blandamente en la cama bajo su cuerpo, con los brazos extendidos, la boca abierta, las piernas fuertemente apretadas contra sus caderas, la piel tersa y suave, lisa y flexible, su cuerpo grande y lento, súbitamente vulnerable, ligero y osadamente íntimo, como sólo podían ser las mujeres, pensaba Wade, y cuando pasó por el porche trasero a la cálida cocina ya estaba tumescente, tenía gracia, listo para entrar en acción; y ella también estaba preparada, quizá se hubiese pasado la tarde imaginándole a su vez

desnudo en la cama, su cuerpo ancho y duro resueltamente arqueado sobre ella en el momento exquisito de la penetración, tan misteriosamente masculino y poderoso en esa forma concreta, en su condición viril, que entregarse a esa fuerza, sucumbir gustosamente al puro vigor físico de su cuerpo, era lanzarse a lo más hondo del misterio y ella lo hacía sin vacilación, pues ahí era donde quería llegar.

Charlaron un poco en la cocina: ella le sirvió un plato de estofado de buey y un trozo de pan casero del que estaba tan orgullosa y que encantaba a Wade; y mientras comía y ella le miraba sentada al otro extremo de la mesa, le contó lo que había pasado en Concord, la decepcionante entrevista con el abogado (no se molestó en mencionar la silla de ruedas) y el regocijante descubrimiento de más tarde. No le habló de su conversación telefónica con el marido de Lillian.

Y luego pasaron directamente a la habitación en penumbra. Él encendió la vela a la cabecera de la cama, como siempre, y en cuestión de segundos se quitaron la ropa, apartaron las sábanas con los pies y sin decir palabra se arrojaron mutuamente con su cálida piel. Ella se corrió en seguida, y por segunda vez un minuto después, con más fuerza, gimiendo y gritando varias veces, hasta que él también se vio inundado por el orgasmo y de pronto sintió que se corría y se oyó gemir al mismo tiempo que ella y exhalar un suspiro después.

Permanecieron un buen rato tumbados de espaldas —con los pies, las caderas y los hombros juntos— y en silencio. Finalmente, en voz baja y sin énfasis, como hablando consigo mismo, Wade dijo:

—He pensado mucho en Jack Hewitt. Estoy preocupado. Por lo que pasó ayer, entre él y ese Twombly.

La voz de ella también venía de lejos, de otra habitación de la vieja y espaciosa casa.

—Creo que Jack es bastante sensible. Más de lo normal. Pero dentro de unas semanas estará perfectamente. Incluso antes, quizá.

—Hay algo raro en eso del disparo. En realidad, es muy raro.

—Me han dicho que anoche estaba como una cuba y tuvo una gran pelea con Hettie en Toby's cuando ella quiso que la llevase a casa. Se puso furioso y se marchó sin ella. La dejó plantada en el aparcamiento.

—Estoy seguro, convencido de que no pasó como dice Jack. Pudo ser así, desde luego, pero no lo fue. Sé que miente.

—Me parece que Jack se ha vuelto como una de esas personas que están enfadadas continuamente —prosiguió ella como si no le hubiera oído—. Era un chico encantador, pero creo que cambió al descubrir que ya no podía jugar nunca más al béisbol. Antes era muy agradable. Ahora es igual que los demás.

—He pensado que quizá fue Jack quien apretó el gatillo, que a Twombly no se le escapó el tiro. Me he estado preguntando si Jack no le dispararía a propósito.

—¡Wade! —Ahora sí le había oído—. ¿Cómo puedes pensar semejante cosa? ¿Por qué iba a hacer Jack Hewitt una cosa así, disparar a Twombly a propósito?

—Por dinero.

—Jack no necesita dinero.

—Todo el mundo necesita dinero —replicó él—. Salvo los tipos como Twombly y el hijoputa de su yerno. Esa gente.

—Aun así, Jack no mataría a nadie por dinero. Además, ¿quién le pagaría por hacer algo tan horrible?

—No sé. Mucha gente, quizá. A un tipo como Evan Twombly, un pez gordo de los sindicatos y todo eso, quizá quiera matarle mucha gente. Créeme, esos sindicatos de la construcción están llenos de los peores hijoputas. En Massachusetts todos esos sindicatos hacen negocios con la mafia, ¿sabes? Mi hermano me ha contado ciertas cosas.

Ella soltó una carcajada.

—La mafia no contrataría a un chico como Jack Hewitt para que les hiciera el trabajo.

—No, supongo que no. Pero... es que estoy seguro de que Jack no ha dicho la verdad. Estoy convencido. Parecía muy..., demasiado seguro o algo así, todo encajaba demasiado bien en su historia. Conozco a ese chico, sé cómo es por dentro. Se parece mucho a mí cuando tenía su edad, ¿sabes?

—Sí, supongo que sí. Pero tú nunca harías nada parecido, matar a alguien por dinero.

—No, por supuesto que no. Por dinero, no. Pero en mi juventud hubo veces en que podría haber matado a cualquiera con tal que me hubiesen dado una puñetera excusa. Estaba bastante jodido, ¿sabes?

—Pero ahora no lo estás —aseguró ella, sonriendo en la oscuridad.

Wade guardó silencio y por un momento pensó en los últimos días y noches, preguntándose cómo caracterizarlos. ¿Jodidos? ¿No jodidos? ¿Qué clase de vida llevaba, de todos modos? ¿En qué clase de hombre se había convertido a los cuarenta años?

Se puso de costado y, sujetándose con el codo, apoyó la cabeza en la palma de la mano y observó el ancho rostro de Margie. Tenía los ojos cerrados. Respiraba suavemente por la boca, con los labios curvados por el residuo de una sonrisa irónica. Su cara le parecía completamente franca, gallardamente indefensa; con la boca relajada y los labios abiertos, los dientes superiores le sobresalían como los incisivos nuevos de una colegiala; los dos pliegues verticales que solían arrugar su frente habían desaparecido, como borrados, y bien podría ser una niña traviesa que fingiera estar dormida: su piel parecía relucir en la penumbra del cuarto y Wade alargó la mano y le retiró un húmedo mechón de cabello, luego se inclinó y la besó justo en el centro de la frente.

—Puedo imaginarme cómo eras de pequeña. Exactamente —musitó.

—Me conociste de niña —repuso ella con los ojos cerrados.

—Sí. Sí, claro, pero nunca supe qué aspecto tenías en realidad. Es decir, nunca

observé verdaderamente tu cara, como ahora. De manera que nunca te vi como a una niña cuando lo eras. Hasta ahora, así.

—¿Cómo?

—Después de hacer el amor. Me gusta. Es bonito verlo en una persona adulta. Y extraño —observó—. En cierto modo, es alarmante.

—Sí. Es bonito. Y extraño —convino ella. Tras unos momentos, añadió—: Pero creo que para las mujeres no es lo mismo.

Abrió los ojos y le reaparecieron los pliegues verticales en la frente; la visión que Wade tenía de ella como una niña se borró.

—Quiero decir que a las mujeres les resulta fácil ver al niño que hay en todo hombre, ¿comprendes? Pero sobre todo cuando él no sabe que lo estamos mirando. Cuando tiene la atención puesta en otra cosa. Cuando ve un programa deportivo en la televisión o está arreglando el coche, algo así.

—¿Y después de hacer el amor?

—Pues... me parece que la mayoría de los hombres tratan de ocultar al niño que hay en ellos. Piensan que es un signo de debilidad o algo por el estilo, e intentan ocultarlo. Quizá sobre todo cuando hacen el amor. Tú, por ejemplo —dijo, dándole un leve puñetazo en el hombro—. Después de hacer el amor es como si acabaras de escalar una montaña o algo parecido. Triunfante. ¡El héroe conquistador! Tarzán golpeándose el pecho.

Se echó a reír y él también, pero con cierta vacilación.

—Sí, tratas de no manifestarlo —prosiguió ella—, pero te sientes orgulloso. Lo noto. Y debes estarlo. Aunque, francamente —añadió, dándole otro puñetazo y mirándole con los ojos entrecerrados—, no tienes por qué estar orgulloso. Porque yo soy fácil. Muy fácil.

—Para mí.

—Ah, sí, sólo para ti. Muy difícil para cualquier otro.

Wade rió, salió de la cama, caminó descalzo y desnudo por el pasillo hasta la nevera y sacó una botella de Rolling Rock. Cuando volvió a la habitación, la botella estaba medio vacía.

—¿Quieres un poco? —preguntó, ofreciéndosela.

—Gracias —contestó ella, incorporándose y bebiendo un sorbo con delicadeza.

Wade se tumbó de espaldas, cruzó los brazos bajo la nuca y miró a la nebulosa penumbra del techo. Junto a la cama, la vela ardía con luz mortecina; en las paredes, la oscilante sombra de su codo y sus brazos semejaban fogatas y tiendas de campaña.

Margie daba sorbos a la cerveza observando las sombras. Una vez más, igual que siempre en momentos como aquél, cuando Wade estaba tranquilo y se mostraba cariñoso y sensato, decidió que le amaba.

—¿Sigues pensando que debería olvidar todo ese asunto de la tutela? —preguntó él—. ¿Después de lo que he visto esta noche, con Lillian y ese abogado suyo? Ya sabes, drogas y relaciones sexuales ilícitas.



Margie permaneció un momento en silencio. Emitió un suspiro.

—Esas cosas hay que demostrarlas, Wade —contestó—. Pero en realidad no sé qué pensar. El padre no soy yo, sino tú.

—Sí, soy yo. Y a eso se reduce todo el problema —repuso él—. Yo *pretendo* ser el padre, pero no puedo serlo. Tengo que montar una buena pelea. Una jodida guerra. El caso es, Margie, que si se declara la guerra, creo que puedo ganarla.

—Es una obsesión para ti, ¿verdad?

Pensó unos momentos en el significado de aquella palabra: *obsesión, obsesión, obsesión*.

—Sí. Sí, así es —admitió—. Me obsesiona. Quizá sea lo único que he tenido claro que quiero en la vida. Total y absolutamente claro.

—Entonces... —dijo ella, dando un sorbo de cerveza—, creo que debes seguir adelante y hacerlo.

—Hay otra cosa en la que he pensado mucho últimamente —anunció él, tras guardar un silencio.

Le quitó la botella de la mano, la acabó de un trago largo y la dejó en el suelo junto a la cama. Pasó un brazo por debajo de la cabeza de ella, le rodeó el cuerpo con el otro y tuvo la impresión de que sus palabras eran las de un extraño: no sabía lo que el desconocido diría a continuación.

—No sé qué te parecerá la idea, Margie, porque nunca hemos hablado de ello. Quizá porque nos daba demasiado miedo plantearlo. Pero últimamente he estado pensando..., he pensado que quizá deberíamos casarnos alguna vez. Tú y yo.

—¡Oh, Wade! —exclamó ella en tono de vaga decepción.

—Sólo lo he pensado, eso es todo —puntualizó en seguida él—. No es una proposición matrimonial ni nada, sólo una idea. Una ocurrencia. Un tema sobre el que tendremos que discutir y meditar. ¿Comprendes?

—De acuerdo —repuso ella. Esperó un momento y añadió—: Lo pensaré.

—Bien.

La besó en los labios, se apartó y sopló la vela. Al tumbarse de espaldas oyó la lenta y profunda respiración de Margie, y al cabo de unos segundos trató de coger el mismo ritmo, como cuando hacían el amor, y lo logró, de modo que pronto respiraron al compás, caminando juntos, marchando al paso, orgullosos y enamorados, cruzando una verde pradera bajo el cielo azul, blancos jirones de nubes viajeras, pájaros volando en las alturas y el sol calentando sus cabezas y hombros, y ninguno de los dos, nunca más, solo.

EL ESTRIDENTE TIMBRE del teléfono arrancó a Wade de la luz y el calor —un sueño dorado de una playa en verano—, arrojándolo al frío y la oscuridad de una habitación que al principio no reconoció. El discordante repiqueteo del teléfono: no sabía dónde estaba el puñetero aparato; seguía sonando, acosándolo por todas partes; una especie de pájaro enloquecido o murciélago rabioso que revoloteara a oscuras alrededor de su cabeza.

Luego paró, oyó la voz de Margie y comprendió que estaba en su casa: cama, teléfono, oscuridad, frío. Estaba desnudo, las mantas se le habían deslizado a la cintura y tenía el pecho, los hombros y los brazos congelados. Tiritando, se tapó y escuchó la voz de Margie, velada de sueño.

—¿Cómo? ¿Quién es? Ah, sí, está aquí. Un momento —dijo, dando a Wade en el hombro con el receptor—. Es Gordon LaRiviere. Está cabreadísimo por algo. —Miró el radio reloj de la mesilla—. ¡Válgame Dios, si son las cuatro!

Wade cogió el teléfono y se lo apoyó en la cara.

—¿Si? —dijo, y recordó la nieve.

¡Pues claro! Había nevado toda la noche y ahí estaba él, en la cama, durmiendo a pierna suelta. Había obrado como cualquier otro ciudadano con derecho a acostarse por la noche esperando que al levantarse por la mañana las carreteras estuviesen despejadas para llevar a la familia a la iglesia. ¿Por qué lo había olvidado? ¿Cómo había podido pasar la noche como si no trabajase para LaRiviere?

Era la primera vez que le pasaba una cosa así desde que LaRiviere recibió el contrato de limpiar de nieve las carreteras del pueblo. Se alarmó. ¿Qué harás a continuación, cuando se te olvida un trabajo tan corriente? Estaba perplejo; no tenía sentido. En principio, su vida era tan simple y mecánica que apenas tenía que pensar para desempeñar sus tareas: si nevaba, iba al garaje de LaRiviere, cogía el camión o la niveladora y quitaba la nieve de las carreteras; si había hielo, acoplaba el dispensador de arena del camión o la niveladora y echaba tierra a las carreteras; y por supuesto, si era día de escuela, se presentaba a las siete y media en el colegio y dirigía el tráfico en el cruce. Después de eso, de lunes a viernes pasaba el día haciendo lo que le encargase LaRiviere, perforar un pozo en Catamount, preparar un trabajo en Littleton, limpiar el equipo y desmontar la tubería en el almacén. Una vida sencilla. Completamente rutinaria.

Y ahora había nevado y por primera vez él no había respondido. Un extraño desliz de la memoria: la noche anterior se había comportado como si fuese una noche corriente de noviembre, fría y despejada; y había acabado acostándose con Margie Fogg porque su hija no pasaba con él aquel fin de semana y porque Margie le había dicho claramente que quería hacer el amor con él; y luego se había dormido porque tenía sueño. Sólo para descubrir que en las últimas ocho o diez horas había dejado en cierto modo de ser quien era para vivir la vida de otra persona, de un extraño. Y eso

le inquietó aún más que la previsible y justificada ira de LaRiviere. ¿Qué demonios le estaba pasando? Quizá es que estaba verdaderamente jodido, como a los veinte años. Igual que Jack. Había pensado que todo iba a marchar bien.

—¡Wade! —vociferó LaRiviere—. ¡Vaya, espero de todo corazón que hayas terminado de mojar el churro! ¿Crees que podrías hacerme un trabajito antes de que salga el sol de una puñetera vez?

—Es que... no me he dado cuenta...

—No, supongo que no. Sólo empezó a nevar a la hora de la cena. ¿Dónde coño has estado, en Florida? Por amor de Dios, Wade, conoces perfectamente el trabajo. Sabes lo que tienes que hacer en una jodida noche como ésta. ¡Quitar la nieve! ¡Vienes al pueblo, coges el quitanieves, como Jimmy hizo anoche a las once, y quitas la nieve, maldita sea! —Hizo una pausa para tomar aliento y prosiguió—: Quitas la nieve hasta que todas las puñeteras carreteras del pueblo estén limpias. Después te pago y luego el ayuntamiento me paga a mí. Es muy sencillo, Wade. Yo soy el encargado de las carreteras y tengo una responsabilidad con el pueblo, por eso me pagan; y tú tienes una responsabilidad conmigo, por eso te pago. Ése es el procedimiento. ¿Lo entiendes?

Estaba jadeando. Wade se lo imaginó sentado a la mesa de la cocina, con la cara roja, el pijama arrugado y el cuerpo hinchado.

—¿Ya ha salido Jimmy? —preguntó Wade.

—¡Coño, Wade, son más de las cuatro de la mañana! Salió anoche a las once.

—Supongo que se habrá llevado el camión y que a mí me toca otra vez la niveladora.

—¿Es que crees que debería habértela cambiado? ¿Dónde coño has estado las últimas cinco horas? ¡Dímelo! ¡No, mejor te lo digo yo: mientras Jimmy estaba fuera trabajando con la nieve, tú estabas en la cama trabajando a Margie Fogg!

—Te estás pasando de la raya —advirtió Wade con voz queda.

—Tú ya te has pasado, ya te has pasado todas las puñeteras rayas en este pueblo y sigues pasándote, así que no me vengas con advertencias, amigo. Tienes quince minutos. Te doy quince minutos para que muevas el culo, te presentes en el almacén y saques la jodida niveladora a la carretera. Me he pasado una hora entera llamando por teléfono y por radio para averiguar dónde demonios estabas. Desde que Jimmy llamó para decir que no habías empezado a despejar tu zona y que no te había visto en ninguna parte.

—Allí estaré —aseguró Wade, exhalando un ruidoso suspiro.

—Dentro de quince minutos. En quince minutos o estás despedido, Wade. De *todo*. Tienes que estar de servicio las veinticuatro horas del día. Eres el policía municipal y el que quita la nieve de las carreteras del pueblo. ¿No es así? Por cierto, he tenido una pequeña conversación con Mel Gordon. Pero eso ya lo arreglaremos después, tú y yo. Ahora, Wade, mueve el culo y preséntate en el almacén.

—He dicho que allí estaré —repuso Wade en tono inexpresivo. Alargó el brazo

por encima de Margie y colgó.

—Está cabreado de verdad —comentó ella—. ¿No es cierto? —Sí.

Wade se levantó y se vistió con rapidez.

—Y tal vez con razón. Bueno, a mí no se me ha ocurrido pensarlo —dijo ella—. Lo de quitar la nieve. ¿Cómo es que no lo has hecho? ¿Qué ha pasado?

—Se me ha olvidado.

—¿Que se te ha olvidado? ¿Que estaba nevando?

—No, no, sabía perfectamente que estaba nevando. Sólo que se me olvidó que era yo quien tenía que despejar las carreteras —explicó Wade, añadiendo—: A veces se te olvida quién eres, sobre todo cuando estás harto de ser quien eres.

Salió rápidamente de la habitación y Margie pensó: «Vaya, habrá problemas».

Hacía frío, pero no tanto como para que resultara desagradable, y Wade casi se alegró de salir a la calle. Horas antes, quizá sobre las doce, mientras dormía, había dejado de nevar y el cielo había aclarado. Ahora, mientras se dirigía al pueblo desde casa de Margie, notó que estaba a punto de amanecer y de pronto se alegró de haberse levantando de la cama de Margie y de estar solo en el coche con el ruido de la calefacción en marcha, el bosque a cada lado de la carretera, oscuro e impenetrable tras un blanco manto de nieve, los faros salpicando la distancia con una luz brillante, como una ola bañando la playa.

Cuando entró en el aparcamiento y se detuvo junto a la niveladora, LaRiviere estaba en la cocina, lanzando furibundas miradas por la ventana, pero no salió a gritarle ni amenazarle, y Wade se dedicó a lo suyo, subió a la máquina y se marchó. Conocía su ruta y sabía que con aquella nieve, apenas quince centímetros de polvo suave, tardaría cuatro o cinco horas en recorrerla. Aquel día no había escuela: no tenía que preocuparse por llegar al colegio a tiempo para dirigir el tráfico, y podía dedicarse tranquilamente a quitar nieve hasta terminar la ruta.

No tardó mucho en sentirse verdaderamente a gusto; casi era divertido estar allí solo, agazapado en la cabina de la niveladora, con los cuatro faros atisbando como ojos monstruosos por encima de las enormes ruedas delanteras, arrojando redes luminosas por la tierna y lisa nieve sin hollar. El dolor de muelas era continuo y familiar, como un viejo amigo, y Wade se sintió tranquilo, eficiente y nada molesto por la soledad.

En dirección norte por Main Street pasó traqueteando frente a la casa de Alma Pittman. Bajo un manto blanco, el edificio estaba oscuro como una tumba y Wade se imaginó a la alta y delgada mujer acostada en la cama de su habitación del primer piso, donde había dormido sola toda la vida, de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho liso, no exactamente como si estuviera muerta sino en un estado de vida latente, esperando el amanecer, cuando se levantaría, se vestiría, se haría té y volvería a su trabajo en los archivos municipales. Que él recordase, desde que era niño, Alma Pittman siempre había sido la secretaria del ayuntamiento. Todos los años se presentaba para el puesto y su elección, con sólo una oposición testimonial, se

reducía a una simple renovación anual, como si a nadie más pudiera confiársele la tarea de registrar los nacimientos y las muertes, inscribir los matrimonios y divorcios, enumerar las ventas y reventas de tierras y casas, establecer el censo de votantes, expedir los permisos y licencias de caza y pesca, calcular y cobrar los impuestos y las tasas para conectar así el pueblo con comunidades más grandes —el condado, el estado e incluso el país— y convertir a la población de Lawford en ciudadanos, en algo más que una tribu perdida, que una triste mezcla de familias acurrucadas en un remoto valle del Norte para protegerse del frío y la oscuridad.

Wade conocía bien el interior de la casa de Alma Pittman, tía de su exmujer: cuando el padre de Lillian murió y su madre volvió a casarse y se mudó a Littleton, Lillian, a quien faltaban dos años para terminar el bachillerato, se fue a vivir con su tía. Fue el verano que Wade se sacó el carnet de conducir y llevaba a Lillian todos los domingos al cementerio de Riverside, donde ponía flores silvestres en un florero de plástico en la tumba de su padre y luego permanecía unos momentos en silencio frente a la sepultura, retorciéndose las manos y tratando de contener las lágrimas. Todos los domingos por la tarde hacía exactamente lo mismo, como si aquella ceremonia —flores silvestres, silencio, retorcimiento de manos, pecho tembloroso y ojos húmedos— fuese un ejercicio espiritual, un rito de purificación semanal que nada tuviera que ver con su padre.

Para Wade, Lillian era aquel verano una monja afligida por la tragedia. Era alta y esbelta, una niña todavía, con una larga melena de color de roble que, cepillada cien veces por la noche y cincuenta más por la mañana, le caía derecha como la lluvia hasta casi la cintura. Su padre era pintor y, según la gente, se pasaba años enteros sin estar sobrio un solo momento. El otoño anterior estaba pintando el mástil de la bandera del colegio de enseñanza primaria recientemente construido, cuando se cayó de lo más alto rompiéndose la espalda y la cabeza y muriendo en el acto en pleno patio a la vista de la mitad de los niños del pueblo.

Yo estaba entonces en clase elemental, mi primer año de colegio, y me encontraba entre los cincuenta o sesenta niños que presenciaron la caída (o la oyeron, o estaban lo bastante cerca para verla pero no la vieron; ni siquiera hoy estoy seguro de haberla presenciado en realidad) y contaron una y otra vez el incidente durante la cena: «Yo estaba allí, en la tercera base, así que tenía una vista fenomenal del mástil, que está justo detrás de la meta del bateador, cuando de pronto pareció que se estrellaba un avión, ¡iuuuuum! ¡Paf!».

—Venga, Rolfe —me soltó Wade al fin, al cabo de una semana—, todos nos sabemos la historia. ¿Por qué no se te ocurre otra cosa? Además, resulta un poco desagradable cuando estamos comiendo.

—Déjale en paz, Wade —ordenó padre, manteniendo el tenedor en el aire, entre el plato y la boca—. Y no seas tan finolis. Rolfe quizá no vuelva a ver un accidente tan tonto en la vida.

—Ojalá —deseó madre.

Wade se calló, pero, al imaginar la causa del malestar de mi hermano, no volví a contar la historia.

La madre de Lillian se casó a la primavera siguiente con Tom Smith, un amigo de copeo del padre de Lillian, pintor como él, divorciado, que vivía en Littleton y tenía una casa de tres pisos. La madre se llevó a Littleton a las dos hijas pequeñas, y como Lillian tenía que terminar el bachillerato, la dejó con su tía solterona, Alma Pittman, la severa y trabajadora hermana mayor de su difunto padre, una mujer considerada necesaria para el pueblo pero demasiado cultivada, porque había estudiado dos años de contabilidad en Plymouth State antes de volver a Lawford durante la guerra para cuidar de sus padres enfermos.

A Lillian no le caía muy bien su melancólica tía, pero Alma la dejaba en paz, le dio una habitación en el piso de arriba y permitía que Wade fuese a visitarla cuando quisiera e incluso les dejaba permanecer a solas durante horas en el cuarto de Lillian con la puerta cerrada, donde se besaban apasionadamente, se abrazaban y tanteaban sus virginales cuerpos entre la ropa. Y al cabo del rato, agotados, dejaban de luchar con los ángeles que guardaban sus conciencias adolescentes, caían jadeantes y, en susurros, hablaban de sus miedos y deseos; y a veces bajaban y se sentaban en el sofá a ver la televisión en compañía de Alma, instalada en su mecedora. Y aunque Wade y Lillian no hacían el amor en aquellas fogosas sesiones del piso de arriba (quizá *porque* en realidad nunca lo habían hecho), fue en aquellos meses de verano, Wade con dieciséis años y Lillian con quince, cuando decidieron casarse en cuanto terminasen el bachillerato. El mismo verano en que Wade habló con alguien por primera vez de la violencia de nuestro padre.

En los años en que padre le pegaba, Wade no habló de ello con nadie, ni con sus amigos del colegio ni con los del equipo de rugby o de béisbol, que solían bromear, como hacen los chicos en coches o vestuarios, sobre cómo sus padres les zurraban la badana pero que se guarden mucho de volver a intentarlo si no quieren llevarse una buena patada en el culo. Y ni se le ocurría comentarlo con nuestra madre, aunque a veces estaba claro que ella deseaba que lo hiciera. Siempre que ella sacaba el tema a relucir, Wade sentía que se le aceleraba el corazón, como si le hubiera preguntado algo sobre su vida sexual o fuese a explicarle algo de la suya propia.

—No quiero hablar de eso —repetía siempre.

Nuestra hermana Lena sólo padecía ataques verbales, así que Wade pensaba que ella no podría entenderlo. También lo pasaba mal, pero de otro modo. Y aunque a veces quería prevenirme a mí, que ya tenía siete años y aún no había recibido ninguna paliza, Wade creía en cierto modo que si nadie hablaba de ello, si nadie reconocía los hechos, quizá no volverían a repetirse. Tal vez se convirtieran en historia pasada.

Wade tenía la impresión de que, para sus hermanos mayores, los ataques de nuestro padre, infrecuentes, previsibles y en su mayoría evitables, no eran más que una de las muchas brutalidades de la vida que habíamos llevado hasta entonces, un pequeño recodo del áspero terreno de la infancia, algo que debíamos soportar para

luego liberarnos y desdeñarlo, razón por la cual Elbourne se había marchado directamente al ejército sin esperar siquiera a terminar el bachillerato, maldita sea, y se iría Charlie al mes siguiente. De modo que si Wade les hubiera hablado del tema no habría hecho más que manifestar su insuficiencia, revelando tanto a sus hermanos mayores como a sí mismo su inferior rango como ser humano.

Además, aunque creyera tener las ideas claras al respecto, las palizas le seguían resultando demasiado confusas y complicadas para comentarlas con Elbourne y Charlie.

—No me vengas con tus problemas, Wade —sería lo único que Elbourne le diría—. Eres lo bastante grande para restregar por el suelo a ese hijoputa como si fuese una bayeta, si te da la gana. Haz como yo. Y después no te volverá a poner la mano encima, créeme.

Y Charlie le decía:

—Ni siquiera tienes que hacerle morder el polvo, sólo convencerle de que estás *dispuesto* a hacerlo. Como hice yo. Luego se echará para atrás. ¿Recuerdas?

Y Wade se acordaba.

Cuatro años antes, en un fin de semana de primavera, nuestro padre decidió reparar el establo, que se desmoronaba desde hacía diez años, derribando la parte caída y reconstruyendo lo demás con las vigas y tablas que pudiera rescatar del pajar medio derruido y de los antiguos pesebres de la parte de abajo. La mayor parte de las vigas no estaban podridas y muchas de las viejas y anchas tablas de pino, de un gris plateado y erizadas de astillas, podían utilizarse de nuevo, y la idea de nuestro padre de reducir diez metros el establo y arreglar el resto sin otro gasto que los clavos resultaba atractiva hasta para sus hijos, conscientes de que tenían que aportar la mano de obra gratis.

Elbourne se libró: con dieciséis años ya tenía trabajo los fines de semana en la gasolinera de Chub Merritt, pero Charlie, que había cumplido catorce y era grande para su edad, no tenía nada mejor que hacer en un sábado nublado de abril, y Wade, aunque sólo contaba doce, era capaz de sacar clavos y ayudar a un adulto a acarrear vigas y tablas. Yo no tengo recuerdo alguno del acontecimiento. Era demasiado joven para ayudar en nada y probablemente me quedé todo el día en casa.

A Wade y a Charlie les gustó la idea: hacía años que el establo les parecía feo, una vergüenza, incluso antes de que se derrumbara el techo de la parte de atrás por el peso de la nieve un invierno especialmente malo, y se habían acostumbrado a desviar la mirada de la decrepita estructura, inclinada y sin pintar, para hacer como si no se estuviera hundiendo allí mismo, en el terreno que separaba la casa del bosque. Ahora lo miraban y se imaginaban un establo precioso, recién arreglado, aislado contra las inclemencias del tiempo y con el interior lo bastante limpio para ser utilizado como garaje y taller.

—Calculo que en sólo dos o tres fines de semana —les dijo padre al desayunar— tendremos un establo completamente nuevo construido a partir del antiguo. Entonces

podremos almacenar la leña para el invierno y si queréis utilizarlo para arreglar algún cacharro viejo, no habrá problema, chicos.

Wade y Charlie fueron al establo y empezaron a arrancar y acarrear tablas de la parte de atrás a la entrada incluso antes de que padre hubiese terminado de desayunar: era raro que la familia Whitehouse trabajase conjuntamente en algo, y cada uno de los chicos estaban secretamente contentos de la oportunidad de trabajar con su padre y hermano en un proyecto que tanto iba a beneficiarlos a todos. Al cabo de poco, padre se unió a ellos, colocó su sierra de mesa frente a la puerta del cobertizo y empezó a medir y serrar las tablas, clavándolas sobre las grietas y agujeros. No era carpintero, pero el trabajo no presentaba dificultades y a mediodía ya percibieron el cambio: la mayor parte de la estructura trasera estaba al descubierto y se habían tapado casi todos los huecos de la parte delantera.

Pararon a comer, sobras de macarrones y queso, y los chicos se sentaron a la mesa de forma que pudieran contemplar el establo por la ventana, admirando por encima de los escasos cabellos rojizos de padre lo que habían hecho por la mañana. Acabaron de comer antes que padre y volvieron al trabajo. Cuando padre se reunió con ellos, llevaba un paquete de seis latas de Schlitz, que depositó en el suelo junto a la sierra de mesa.

—No vendrá mal hacer esto un poco agradable —dijo al abrir la primera en tono sombrío, como si creyera imposible que algo pudiera ser agradable.

Los chicos no contestaron. Se miraron y siguieron sacando clavos torcidos y roñosos, arrancando tablas, llevándolas a la parte delantera y amontonándolas a unos metros de la sierra, donde padre las medía, serraba y clavaba en el sitio adecuado. Se levantó una brisa cortante y el tranquilo cielo gris se enturbió y cubrió un poco. El chirrido de la sierra se interrumpió en un momento dado y Wade oyó el silbido del viento entre los pinos, que le recordó el invierno, y luego olió a leña quemada. Miró a la casa y vio una plateada cinta de humo que ascendía por la chimenea; comprendió que madre había encendido el fogón de la cocina y por primera vez en el día deseó no hacer lo que estaba haciendo.

Entonces empezó a llover, una lluvia punzante azotada por el viento, y padre gritó a los chicos que le ayudaran a guardar la sierra y el cable en el establo. Metieron la sierra y los tres permanecieron en silencio entre la fría penumbra, escuchando el repiqueteo de la lluvia en el techo. Del pajar venía el agrio olor a heno podrido, a fracaso y decepción, y padre acabó la última cerveza.

—A tomar por culo —dijo—. Ya está bien por hoy.

—A lo mejor para dentro de unos minutos —sugirió Charlie.

Además, observó, el cable, enchufado en la casa, era lo bastante largo para que la sierra pudiera funcionar dentro del cobertizo igual que fuera, y muchas tablas y algunas vigas podrían desmontarse sin tener que salir al exterior, bajo la lluvia.

Padre se rebuscó en el bolsillo de la chaqueta, sacó los cigarrillos y encendió uno. El familiar olor del tabaco tranquilizó a Wade, que se apoyó en la pared, respiró



fuerte y deseó haber sido lo bastante mayor para haberse traído los suyos. Había fumado muchas veces en el colegio y le gustaba, le encantaba el sabor y el olor, el ligero mareo que le producía durante unos segundos y la tranquilidad que le daba luego; además, pensaba que con una colilla colgando de los labios tenía el aspecto de un hombre hecho y derecho. Pero sabía que si llevaba su paquete, sacaba un cigarrillo y lo encendía en un momento como aquél, padre no se opondría; sólo se reiría de él.

Arriba, entre la mohosa oscuridad de las vigas, las golondrinas gorjeaban quedamente y Wade recordó las tardes de verano, con el heno no tan viejo ni podrido como entonces, cuando jugaba en el pajar con sus hermanos mayores a que eran piratas que abordaban un galeón español, luchando entre las jarcias por el reparto del botín: las joyas para Elbourne, los doblones para Charlie, y para Wade... las sobras. Él quería dólares y ellos se burlaban de su estupidez, en aquella época no había dólares; pedía relojes y anillos, pero Charlie decía que eso eran joyas; y así le daban a elegir mujeres, que para él no tenían ningún valor, y se negaba, por lo que antes de saber por qué ni cómo le obligaban a pasar la plancha, empujándole con sus espadas de madera mientras avanzaba con los ojos vendados por una viga en lo alto del establo, notaba el final con la punta de los pies, se paraba, lo empujaban por detrás con una espada y caía a oscuras en el vacío hasta aterrizar en el heno polvoriento, que le arañaba y le abrazaba como una enorme almohada llena de púas.

—¿Tienes mucho brazo, Charlie? —preguntó padre.

—¿Eh?

—¿Sabes una cosa, muchacho? Últimamente estás sacando mucho los pies del plato. Así que me preguntaba cuánto brazo tienes. Si crees que eres capaz de vencer a tu padre.

Lo dijo en tojo juguetón, y Charlie sonrió.

—¿Por qué? ¿Quieres echar un pulso?

—«¿Por qué? ¿Quieres echar un pulso?» —remedó el hombre al niño—. Pues claro que quiero echar un pulso. Sólo para que se te meta bien en la cabeza quién sigue mandando aquí, quién dice cuándo hay que volver a casa y esas cosas. Venga —dijo, remangándose la manga derecha—, vamos.

—¿Dónde? —preguntó Charlie, mirando en torno.

—Aquí mismo. Sobre la sierra.

Padre metió la mano bajo el tablero metálico, tiró de la dentada hoja de veinte centímetros y la hizo desaparecer por la ranura, dejando entre él y Charlie una superficie plana a la altura del talle. Se inclinó, colocó el codo derecho junto a la ranura de la hoja, abrió la mano y respiró hondo.

—Venga, vamos —repitió, sonriendo—. Pero no quites el codo del otro lado de la ranura. Si lo quitas, pierdes. Y ponte la otra mano a la espalda, como yo. —Con gesto ampuloso, llevó la mano izquierda hacia atrás y se dio una palmada en la espalda—. No está permitido apoyarse en nada para hacer fuerza.

—¿Estás nervioso, padre? —inquirió Charlie, mirando a Wade, sonriendo y

enarcando los ojos.

Ambos chicos sabían que padre ganaría fácilmente, por lo que su obsesión por las reglas del juego resultaba divertida: era uno de los pocos aspectos de su carácter que les gustaba, esos ocasionales e inútiles melindres que quizá constituyesen los únicos elementos de su código moral. Siempre que la familia le veía regirse por ellos, se sentía tranquila.

—No, joder. No estoy preocupado. Sólo que no quiero que luego vengas diciendo que no te he ganado limpiamente. Lo justo es lo justo, muchacho. Para los dos. Así que venga, vamos —dijo padre, sonriendo cálidamente a la redonda cara de su hijo.

Charlie se remangó y colocó el codo derecho en la mesa de acero.

—Está fría —observó, cogiendo la mano de padre.

Eran de la misma estatura, Charlie quizá dos centímetros más alto, pero más delgado que el hombre, y su mano y su brazo seguían siendo los de un niño.

—Tú das la señal, Wade —dijo padre, y Wade se acercó a la mesa, como un árbitro. Padre preguntó—: ¿Dispuesto para la paliza, Charlie?

—Sí.

—Uno. Dos. Tres. ¡Ya! —indicó Wade.

El brazo del hombre se puso rígido, y los músculos y ligamentos se hincharon cuando el niño empezó a tirar de él con el suyo.

—¿Sabes cómo llaman a esto en mi pueblo? —dijo padre, sonriendo.

Charlie retenía el aliento y trataba con todas sus fuerzas de desviar el brazo de padre de la vertical. No podía hablar: dijo que no con la cabeza.

—Retorcer muñecas —prosiguió el hombre con toda calma, como si hablara con su hijo por teléfono.

Entonces retorció despacio la mano del muchacho y la atrajo unos centímetros hacia sí, sonriendo otra vez. No sólo era más fuerte que su hijo, también era más listo.

Pero de pronto Charlie respondió con otro tirón, sorprendiendo a nuestro padre, desviando de la vertical su grueso brazo y llevándolo unos centímetros hacia su pecho, logrando doblarle la muñeca en sentido contrario y descubriendo que había ganado ventaja, que en vez de tirar de su brazo lo estaba flexionando.

Wade estaba estremecido, pasmado, y entonces se asustó e imaginó que la hoja de la sierra surgía de nuevo sobre la mesa, chirriando entre los codos, subiendo despacio mientras ellos jadeaban, acercándose cada vez más al punto de las muñecas donde se juntaban sus brazos. Quería que lo dejaran, que despegaran las manos antes de que la sierra se las cortara limpiamente. Retrocedió un paso y trató de desviar los ojos de su padre y su hermano, pero no podía apartar la vista.

Padre seguía sonriendo, pero ahora parecía una mueca forzada, pegada en su rostro.

—Te... crees... que me... tienes..., ¿eh? —dijo, tratando de contrarrestar la fuerza del brazo, hombro, espalda y piernas de su hijo, porque ahora Charlie estaba convencido de que podía ganar a nuestro padre y ponía todo su cuerpo en juego.

La lluvia caía sobre el tejado del establo; las golondrinas gorjeaban entre las vigas. Abajo, en el centro del espacio abierto entre el pajar y los pesebres, dos cuerpos inclinados se miraban con atención a través de una pequeña mesa de acero mientras Wade permanecía a un lado para servir de testigo.

—¡Vamos, Charlie! ¡Vamos! —animó bruscamente Wade, dando palmadas.

Nuestro padre le lanzó una mirada iracunda y redobló los esfuerzos, torciendo la muñeca y la mano de Charlie hacia él y luego doblándola con rapidez, lo que le permitió desplazar la tensión de su propio antebrazo para aplicar toda la fuerza del bíceps y el hombro, volviendo poco a poco el brazo del chico a la posición vertical, donde de nuevo sus apretadas manos quedaron suspendidas sobre la ranura que ocultaba la hoja de la sierra.

Ahí quedaron, incapaces de mover al contrario, con las venas de la frente sobresaliendo, los rostros y brazos enrojecidos del esfuerzo. Ninguno de ellos sonrió ni dijo nada. Respiraban con agitación y de cuando en cuando emitían algún gruñido.

Entonces Charlie alargó la otra mano, la izquierda, como curiosa y un tanto estúpida, apoyándola en la mesa con la palma hacia abajo.

—¡Un momento! ¡Un momento! —exclamó padre. Soltó la mano derecha de Charlie, alzó el codo de la mesa y se incorporó. Se pasó las manos por el pelo y añadió—: Has hecho trampa. Eso es falta.

—Vamos, padre, la habría retirado en seguida —protestó Charlie, mirándose la mano izquierda con aversión—. No tenías más que decirlo. No me he aprovechado.

—Lo siento, Charlie. Las reglas son las reglas, hijo —sentenció padre, sonriendo alegremente. Se volvió, se acercó al portón abierto y examinó el cielo. Por encima del hombro, dijo—: Sigue lloviendo y tiene aspecto de no parar. Voy adentro. Allí hará calor.

Se alzó los anchos pantalones y desapareció de la vista.

Los chicos permanecieron un momento en silencio.

—Podía haberle ganado, ¿sabes? —dijo Charlie—. Le estaba ganando.

—Sí.

—Él también lo sabe. Sabe que le estaba ganando.

—El cabrón.

—Sí. Qué cabrón.

Se quedaron unos minutos más en medio del cobertizo, escuchando la lluvia y las golondrinas y mirando a la parte trasera, de donde habían arrancado todas las tablas y que ahora se abría al cielo encapotado y a la pradera y los pinares. Sabían que el trabajo ya no se terminaría nunca, que al día siguiente nuestro padre se buscaría otras cosas que hacer, que a ellos les encomendaría otras tareas y el establo se quedaría tal como estaba, con las costillas y el espinazo al aire, y el resto se iría pudriendo poco a poco con las lluvias y nevadas. Sería como un gigantesco animal, muerto mucho tiempo atrás, que surgiera en el bosque al fundirse la nieve, medio enterrado y medio al aire, mitad huesos y mitad carne y piel, y cuando uno se acerca a él y lo ve,

recuerda cómo era y entonces aparta la mirada.

LILLIAN QUERÍA VERLE la cara, pero Wade se la tapaba lo más posible: llevaba gafas de sol y una gorra de los Red Sox con la visera calada y al conducir miraba por la otra ventanilla y no le hablaba de frente. Se dirigían al cementerio de Riverside, a su habitual visita de los domingos por la tarde a la tumba de su padre. Wade la había ido a recoger a casa de su tía Alma, como de costumbre, nada más comer. Era un día claro y soleado, no había una nube en el cielo, el aire era seco y, pese a lo sombrío de la ocasión, Lillian salió de casa de su tía silbando una canción de *South Pacific*.

Dejó de silbar en cuanto subió al coche, un Ford que ya tenía diez años y que Wade había arreglado con piezas de otros tres vehículos de la misma marca. Todos eran para chatarra, y el otoño anterior Wade, que entonces tenía quince años, se los había comprado a Chub Merritt por cien dólares cada uno; trabajó en ellos todo el invierno y la primavera en lo que quedaba del antiguo establo detrás de la casa. En mayo le dieron el carnet, pero no empezó a conducir hasta finales de junio, cuando el coche funcionaba perfectamente y lo había pintado de color cereza, con sus iniciales, WW, trazadas con finas rayas en las puertas delanteras, justo debajo del marco de la ventanilla, un monograma dibujado con cierta inclinación a la derecha para sugerir rayos dorados.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Wade? —preguntó ella, tratando de vérsela.

—No me ha pasado nada —repuso él, volviendo la cabeza a la izquierda.

Pero ella observó que tenía las mejillas hinchadas y descoloridas; al momento comprendió que, bajo las gafas, tenía los ojos morados.

—¡Ay, Wade! —exclamó—. ¡Te has metido en una pelea!

Lo negó, pero ella insistió. Había prometido no beber ni pelearse. Muchas veces habían llegado juntos a la conclusión de que eran actividades estúpidas, buenas para que las practicasen sus estúpidos e insensibles amigos, quizá, pero no para Wade Whitehouse y Lillian Pittman, que estaban por encima de todo eso y eran más refinados, más nobles, más inteligentes que ellos. No les hacía falta nadie más porque se tenían el uno al otro; de eso estaban convencidos. No necesitaban a sus padres, aunque ella deseaba que su padre hubiera estado vivo: él habría entendido y admirado a Wade; ni a su tía Alma ni a Gordon LaRiviere, el nuevo jefe de Wade, ni tampoco a nadie más del pueblo. Sólo se necesitaban mutuamente de forma exclusiva y total, y más o menos se tenían el uno al otro, de modo que eran libres para ignorar a todos los demás, lo que entre otras cosas significaba que Wade no tenía que dar vueltas en el coche por ahí con otros chicos de su edad bebiendo cerveza y metiéndose en peleas en Catamount o en el Moonlight Club de Sunapee ni con los que venían de Massachusetts a pasar el verano en los Weirs, en Laconia. Lo había prometido. Le había dicho que aborrecía esas cosas tanto como ella. Eran estúpidas. Brutales. Humillantes.

Además eran peligrosas y, si se originaban por una chica, como solía ocurrir,

tenían implicaciones sexuales; por esa razón Lillian y Wade se mantenían informados de quién se había peleado con quién durante el fin de semana. Los lunes por la mañana escuchaban los cotilleos en el pasillo con el mismo interés que sus compañeros de clase, y a veces Lillian imaginaba secretamente que Wade se peleaba con, pongamos, Jimmy Dame, que una vez le dijo en el pasillo que tenía buenas tetas, ¿por qué no las exhibía más? Y cuando se lo contó, Wade imaginó que lo acorralaba contra los vestuarios y le pegaba uno, dos, tres rápidos y fuertes puñetazos en la barbilla que mandaban la cabeza de Jimmy contra las taquillas, haciendo un sonoro ruido metálico a cada golpe.

Lillian extendió la mano sobre el asiento y rozó la mejilla de Wade con la punta de los dedos.

—¡No! —exclamó él, apartándola.

En la curva del río Minuit, donde el terreno empieza a elevarse poco a poco en la orilla derecha para formar una pradera inclinada, Wade salió de la carretera, adentrándose por el camino trillado de la colina que lleva al cementerio. La luz caía de plano, con tintes rosados, en grandes y anchos velos que se reflejaban en las secas hojas verdes como la menta de arces y robles y en la hierba del prado mecida por la brisa. Donde la pradera se comba y la pendiente se suaviza un poco, el camino pasa por un arco de piedra al cementerio; Wade torció a la derecha y paró.

Con su ramo de margaritas y escrofularias, Lillian bajó de prisa y se alejó del coche. Wade la vio avanzar de nuevo a quince metros de él hacia las filas de sepulturas y pasar por las tumbas familiares de los Emerson y los Locke, sepulcros que databan de ciento cincuenta años atrás. Lillian no cruzaba por las fosas, siempre seguía los caminos trazados entre ellas, dando bruscos giros a derecha e izquierda, hasta que en su camino en zigzag llegaba al último rincón del cementerio y al fin se detenía al pie de la tumba de su padre. Una pequeña lápida de granito rojo lo indicaba: *Samuel Lawrence Pittman 1924-1964*.

Wade permaneció en el coche y dejó que el sol le bañara la cara y el pecho, aliviándole con su calor, mientras a través de las gafas oscuras veía a Lillian quitar junto a la tumba las hojas y tallos muertos del florero de plástico y poner las flores frescas. Se acercó aprisa a un grifo que había a corta distancia, volvió con las flores en agua y depositó el florero con suavidad a la derecha de la lápida, colocándolo con cuidado, como para que a su padre le resultara más fácil admirarlo. Luego permaneció inmóvil con las manos juntas frente a la cintura, rezando como una mujer, y la mirada fija en la lápida como si tuviese ante los ojos el retrato favorito de su padre.

Wade pensó: ojalá estuviera muerto mi padre. Muerto y enterrado. Saboreó la imagen: viene allí los domingos, como su novia, Lillian, obediente y cariñosa, y pasa horas enteras al pie de la tumba de su padre, contemplando su reclusión, confinado en un sólido ataúd de madera, enterrado a tres metros de profundidad con una losa de ciento cincuenta kilos encima, para mayor seguridad.

Wade era joven y Elbourne y Charlie aún no habían muerto, de modo que se imaginaba la muerte como ausencia o confinamiento, y a veces ambas cosas, que era lo que deseaba para nuestro padre. Quería que el colérico pelirrojo se marchara a otra parte donde lo tuvieran encerrado, esposado, atado de tal manera que no pudiese esgrimir sus duros puños ni utilizarlos para atacar, que le resultara imposible agitar brazos y piernas, coger, empujar, zarandear ni dar patadas a nadie. Hay que tumbarle de espaldas en la caja, con los brazos cruzados sobre el pecho y firmemente envuelto en algo, las piernas atadas por los tobillos, después se echa de golpe la tapa y se deja bien cerrada, y a lo mejor se pasa una cadena con candado en torno al ataúd, como hacían con Houdini. Luego lo bajan con una excavadora a la fosa, tan profunda que no se ve el fondo, ni siquiera de día, sin alumbrarla desde arriba con una linterna. A continuación echan tierra encima, con piedras y todo, y después la excavadora pasa una y otra vez sobre la sepultura llena, aplanando, alisando y apisonando la tierra con su peso. Sobre la tierra pelada se planta césped, que pronto enlazaría sus raíces con las de la hierba que rodea la tumba, cubriéndola con un sólido manto. Y por último Wade baja la lápida de la excavadora, una piedra gigantesca sacada del bosque del otro lado del cementerio, una losa gris tan grande como un coche.

Wade apaga el motor de la excavadora, se baja del asiento y se dirige a la piedra, coloca una mano sobre ella como si fuera el hombro de un buen amigo y se pone a escuchar por si percibe algún rumor, cualquier clase de movimiento que venga de abajo, casi esperando oír algo, terrones que se desmenuzan, piedras entrechocadas. Oye retorcerse a su padre. El ruido cesa y ahora lo único que oye es el viento que sopla por la verde pradera desde el valle hasta los árboles. Dos grajos azulados lanzan su ronca llamada en la distancia. Un perro ladra en el pueblo, una sola vez. Luego, nada. Un silencio delicioso.

Lillian volvió al coche y se sentó a su lado con la vista al frente, dispuesta a salir ya del cementerio. Se removi6 inquieta en el asiento pero no dijo nada. Entonces Wade se volvió hacia ella, se quitó las gafas de sol y, con una voz que casi era un murmullo, explicó:

—No me he metido en ninguna pelea. Ha sido mi padre. Me lo ha hecho mi padre.

Sus piernas parecían arena y sus manos temblaban. Rápidamente se puso otra vez las gafas; miró al frente, por encima del capó, y se aferró al volante con ambas manos, como si condujera a gran velocidad. Por fuera de la ventanilla abierta corría un viento suave y brillaba el sol; la hierba de la pradera lanzaba destellos verdes y dorados y en el pinar del otro lado del cementerio los mismos grajos repitieron su llamada.

Lillian extendió los brazos hacia la cara de Wade, y cuando él se apartó sin mirarla, los dejó caer sobre sus rodillas y examinó sus manos durante un momento.

—No..., no lo entiendo —dijo, mirándole la cara de nuevo—. ¿Quieres decir que te ha pegado?

No podía imaginárselo, no podía representarse ninguna escena en que a Wade, que le parecía tan grande y tan masculino, tan inexpugnable como un muro de piedra, pudiera recibir tal paliza de su padre, que era mucho más pequeño que él y que, en comparación, tenía aspecto de ser viejo y delicado.

—Sí —contestó Wade—. Sí, me ha pegado.

—¿Cómo ha podido... hacerlo? No lo entiendo, Wade.

—Muy sencillo. Simplemente, me ha pegado. Suele hacerlo.

—¿Y..., y tu madre?

—Ella no me pega.

—Quiero decir, ¿es que ella no... se lo impide? ¿No puede *decir* algo?

—Pues claro. —Wade soltó una carcajada—. Puede decir todo lo que se le ocurra. Mientras no le importe que a ella también le den con el cinto.

—No..., no lo entiendo, Wade.

—Ya sé que no lo entiendes.

Ella guardó silencio un momento y de pronto rompió a llorar; las lágrimas le corrían por las mejillas y sentía tanta pena por aquel muchacho que parecía que se iba a partir en dos.

—¡Oh, Wade! ¿No has podido impedírselo? ¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho? Es horroroso.

De nuevo alargó el brazo hacia él y Wade se contrajo y volvió a apartarse, pero esta vez ella insistió, colocándole una mano en el hombro, tocándole la mejilla con las yemas de los dedos de la otra y quitándole las gafas. Contuvo el aliento al verlo.

—¡Ahh! —exclamó.

Él dejó que lo examinara como si fuera una atracción de feria, y no dijo nada. Sacó los cigarrillos del bolsillo de la camisa, encendió uno con mano temblorosa y aspiró profundamente. Miren fumar al bicho raro. Miren cómo le tiembla la mano. Observen cómo le funcionan normalmente la boca y los labios mientras tiene el resto de la cara desfigurado y descolorido. Contemplan este mapa de dolor y humillación.

—Toma, toma y toma —dijo Wade en voz baja.

Y entonces él también se echó a llorar. Del estómago y el pecho le subían grandes y violentos sollozos; inclinó la cabeza hacia adelante y apoyó la frente en el cerco frío del volante.

Lillian le rodeó los hombros con los brazos. Cómo odiaba a Glenn Whitehouse, un hombre que había hecho una cosa tan horrible a un niño. Para ella, Wade era un niño en aquel momento, una criatura maltratada por su padre, traicionada y abandonada de la manera más abyecta que pudiera imaginarse. Sabía, también, que el dolor que sentía Wade escapaba a su propia imaginación, pues a ella nunca le habían pegado ni su padre ni su madre, y aunque su padre nunca hubiese estado un momento sobrio en la vida, como todo el pueblo decía, tampoco había levantado jamás la mano ni la voz contra nadie. Su padre era débil y tierno, y nunca había dado miedo a nadie. Los momentos más alarmantes que había vivido con su padre fueron las raras



ocasiones en que se daba cuenta de que, si no estaba borracho, pensaba en emborracharse y por lo tanto no se encontraba realmente en su presencia, no la oía ni la veía en la habitación. Entonces se sentía como si no existiera, y tan sola que se mareaba y tenía que sentarse y hablarle de cualquier cosa, hacer que aquel hombre como un caballo adormecido levantara la cabeza y le sonriera afablemente mientras ella charlaba de cosas del colegio, de sus hermanas y su madre, inventando acontecimientos y conversaciones enteras con los vecinos, profesores, amigos, colmando frenéticamente con palabras el vacío que él había creado con su presencia en el universo, hasta que al fin su padre se levantaba de la mesa de la cocina, le daba unas palmaditas en la cabeza, decía: «Te quiero mucho, Lily, mucho», y salía por la puerta dejándola sola en la cocina, una partícula de materia luminosa que giraba en el firmamento oscuro y turbulento. Y ahora su padre estaba muerto y ella creía no sentir ya aquel dolor, porque le echaba mucho de menos.

Permanecieron largo rato en el coche mientras el sol avanzaba sobre el cielo de verano tocando las ramas más altas de los árboles y el aire empezaba a refrescar. En voz baja y desapasionada, Wade intentó explicarle los hechos como si le hubieran ocurrido a otra persona. Era la única forma de contárselo sin llorar.

La noche anterior, después de haber ido al cine con Lillian en Littleton, donde habían hecho una breve visita a su madre, su padrastro y sus hermanas, llegó a casa tarde, cansado y con sueño, vibrando aún con el recuerdo de los ardientes besos de despedida con su novia, y al entrar en la cocina le recibió la vista de su madre, en camisón y con los cabellos desgreñados, corriendo alocadamente hacia él. Estaba aterrorizada, tenía los ojos enrojecidos de llorar y los brazos extendidos; se colocó en seguida a su espalda, entre su robusto cuerpo y la puerta cerrada, le rodeó la cintura con los brazos y se aferró a él.

Padre estaba sentado a la mesa de la cocina con una sonrisa en los labios que el muchacho encontró extrañamente tranquilizadora: no pasa nada, quería decir. Pero madre sollozaba histéricamente, cogida a su espalda, y de pronto Wade tuvo miedo de la sonrisa paterna. No pasa nada, seguía diciendo. Los hombres sabemos cómo son las mujeres: histéricas, raras. Se tranquilizará dentro de un momento, y ya verás como ha vuelto a excitarse por nada.

Wade volvió la espalda a su padre y atrajo a su madre hacia él, abrazándola y acallando los sollozos contra su pecho.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Wade—. ¿Qué ha pasado, madre? ¿Qué pasa?

—*Eso no es cosa tuya, míster* —oyó rezongar a padre.

Estaba borracho, miserablemente borracho, peligroso como un animal atrapado. Mucho más que el ver a su madre enloquecida, lo que despertó la alarma en Wade y le hizo encogerse de miedo fue la forma de hablar de su padre, el modo de acentuar las palabras menos importantes de la frase —la primera, «eso», y la última, «míster»—, recreándose en ellas.

Wade miró por encima del hombro para asegurarse de que padre seguía sentado a

la mesa: se estaba sirviendo un trago de la botella de Canadian Club. Por la puerta vio que al fondo del cuarto de estar, al pie de la escalera, estaban acurrucados y en pijama su hermano pequeño y su hermana. Lena se chupaba con furia el dedo pulgar y Rolfe, sin sonreír, le saludó con la mano.

—Vamos, madre, ya está bien por hoy, ¿vale? Anda —dijo cariñosamente, volviéndola hacia la puerta del cuarto de estar—. ¿Por qué no te acuestas tranquilamente ya, eh? Yo no me moveré de aquí.

Oyó un bufido de su padre.

—¡No deja de meterse conmigo! —exclamó madre—. Por cualquier cosa. Por nada.

Dio unos pasos hacia la puerta, arrastrando los pies. Wade le rodeaba los delgados hombros con el brazo y con el otro la llevaba de la mano, como invitándola a bailar.

Despacio, con cuidado, la sacó de la cocina mientras ella seguía hablando de forma entrecortada.

—Empieza con cualquier cosa, con nada... y luego se enfada conmigo. Ha sido por la cena. Se ha enfadado porque la menestra..., era una buena cena, ya lo creo, pero ha venido tarde, así que hemos cenado sin él. Ya lo sabes, estabas aquí. Llegaba tarde y la menestra se quedaba seca, y luego se ha enfadado porque no le habíamos esperado. Se lo he explicado, Wade, le he dicho que tú habías quedado para ir al cine y él llegaba tarde.

—Lo sé. Lo sé. Ya está bien —dijo Wade, tratando de calmarla mientras a pequeños pasos avanzaban por el cuarto de estar hacia la puerta de la habitación, la de tío Elbourne, como aún la denominaban después de todos aquellos años, como si nuestros padres nunca hubieran verdaderamente tomado posesión de ella pese a haber engendrado allí a todos sus hijos menos uno.

—Y entonces, cuando intento hablar con él..., lo único que he hecho ha sido tratar de explicárselo, pero se pone cada vez más furioso y empieza a gritarme por cualquier cosa. Por el dinero y por vosotros, chicos. ¡Me echa la culpa de todo, Wade! Nada de lo que digo..., nada de lo que digo...

—Lo sé, madre —la interrumpió Wade—. Ya ha pasado, ahora todo está bien.

Entraron en la habitación a oscuras, Wade encendió la lámpara de la cómoda junto a la puerta y cerró. La condujo despacio a la cama, la abrió y cuando ella se acostó la tapó con las mantas.

Parecía una niña enferma, con los dedos aferrados al embozo y mirándole con tristeza: tan frágil e impotente, tan confusa e insegura, tan digna de compasión que, pese a sentir deseos de llorar por ella, se sintió en cambio invadido de terror; sabía que no podía ayudarla, pero debía intentarlo.

—¿Te ha pegado, madre? —musitó—. ¿Te ha pegado padre?

Ella negó con la cabeza, dejó caer la barbilla, sacó el labio inferior hacia fuera y rompió a llorar.

—No te ha pegado, ¿verdad, madre? Dime la verdad.

En su rostro no había señales de que la hubiera maltratado, pero eso no significaba mucho, Wade lo sabía. Podía haberle pegado donde no se notara.

Ella contuvo el aliento.

—No, no —contestó en un murmullo—. Hace mucho que no lo hace. Dejó..., dejó de hacerlo. Desde aquella última vez... contigo, cuando te pusiste impertinente. ¡Oh, pobrecito mío! —exclamó, volviendo a llorar.

—¿Desde entonces no lo ha hecho? ¿Y a los otros? No estoy mucho tiempo en casa, ya sabes.

—Los chicos ya sois demasiado mayores —repuso ella.

—No, me refiero a Rolfe y a Lena.

Volvió nerviosamente la cabeza hacia la puerta cerrada.

—No —contestó ella moviendo la cabeza—. Ya no lo hace.

—¿Estás segura? —Wade no la creía—. ¿Y esta noche?

Ella levantó la vista hacia él y sus ojos volvieron a inundarse de lágrimas.

—Me ha parecido..., tenía miedo. *Creí* que iba a hacerlo otra vez. Entonces has venido tú. Tenía el puño levantado, iba a hacerlo. Sólo porque... yo estaba trastornada, decía cosas horribles de mí. Sé que sólo lo dice por el alcohol y no debería contestarle, pero no puedo evitarlo, las cosas que dice me afectan mucho y he empezado a llorar y a replicarle, y eso es lo que no soporta. Que le repliquen. Que pongan en duda su autoridad. Pierde los estribos.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Wade; luego añadió—: No, no importa. No quiero saberlo. Está borracho. No importa lo que diga, ¿verdad? —Le sonrió y le dio unas palmaditas en las manos—. Ahora intenta dormir. Ya ha pasado todo. Ahora le dará por otro tema y dentro de un momento empezará a gritarme a mí por haber llegado tarde. Ya lo verás.

Sonrió, se dirigió a la puerta sin volverse y apagó la luz, buscó a su espalda el pomo de la puerta, abrió y salió, cerrando con cuidado, sin ruido, como si ya se hubiese dormido. Miró a sus hermanos pequeños y con un movimiento de la palma de las manos les indicó que subieran a acostarse. De mala gana, le obedecieron y se marcharon.

Cuando volvió a la cocina, padre estaba frente al fregadero, examinando el vaso medio lleno que tenía en la mano, como si acabara de ver una grieta en él.

—¿Ya te han dado el parte? —preguntó a Wade.

—¿A qué te refieres?

—«¿A qué te refieres?». Ya sabes a qué me refiero. ¿Te han puesto al corriente?

Wade estaba al otro lado de la mesa, con los brazos cruzados.

—Escucha, padre, no me importa de qué estabais discutiendo. Es asunto vuestro. Sólo que no quiero...

—¿Cómo? ¿Qué es lo que no *quieres*? Oigámoslo. —Puso el vaso en la encimera, lanzó a su hijo una mirada iracunda y añadió—: Será imbécil.

Wade respiró profundamente.

—Creo que no me gustaría que volvieras a pegarle.

Padre dio un rápido paso al frente.

—Crees. Crees.

Se acercó a la mesa, empezó a rodearla por la derecha y Wade retrocedió en seguida a la izquierda hasta que invirtieron sus posiciones: Wade de espaldas al fregadero y su padre al otro extremo de la mesa, de espaldas a la puerta.

—¿Te ha dicho que le he pegado? —preguntó Glenn—. ¿Te ha dicho eso?

—No hablo de esta noche. Me refiero al futuro. El pasado no importa. Eso es todo —añadió débilmente Wade—. El futuro.

—¿Me estás amenazando a *mí*? ¿Intentas decirme que tengo que asustarme de algo? ¿Crees que tengo miedo de ti? —Descubrió sus grandes dientes e hizo un rápido movimiento hacia Wade, y cuando su hijo retrocedió de un salto se detuvo, se cruzó de brazos y soltó una carcajada—. ¡Pero qué gallina es, Dios mío!

Sin pensarlo, Wade alargó el brazo hacia atrás y su mano, como por voluntad propia, se cerró sobre el mango de la sartén, sólida, negra, de hierro forjado. La levantó del escurrerplatos y la blandió frente a su padre. El ruido del corazón le retumbaba en los oídos como un martillo remachando en acero, y oyó su propia voz, aguda y tenue en la distancia, que decía:

—¡Si vuelves a tocarnos a ella o a mí, o a cualquiera de nosotros, te aseguro que te mato, coño!

—¡Vaya por Dios! —repuso quedamente su padre. Parecía como si se le acabase de romper un cordón del zapato.

—Lo digo en serio. Te mataré.

Alzó la sartén con la mano derecha y la mantuvo a poca distancia del hombro, como una raqueta de ping-pong, y de pronto se sintió ridículo.

Sin vacilar, padre se dirigió al otro extremo de la mesa, se acercó a su hijo y le dio un puñetazo en plena cara, mandando al suelo la sartén y al chico contra la encimera. Cogiéndolo por la pechera de la camisa, padre tiró de Wade y, cuando lo tuvo enfrente, le golpeó por segunda y tercera vez. El cuarto puñetazo le dio de lleno en la frente y lo envió por todo lo largo de la encimera hasta el rincón de la cocina, donde se quedó inmóvil con las manos cubriéndose la cara.

—¡Vamos! —ordenó su padre, avanzando de nuevo hacia él—. ¡Venga, pelea como un hombre! ¡Vamos, muchachito, a ver de qué estás hecho!

—¡No estoy hecho de lo mismo que tú! —gritó Wade, bajando las manos y mirando a su padre con la cara descubierta.

Padre volvió a golpearle, lanzándole la cabeza contra la pared. Wade se cubrió otra vez el rostro con las manos y se echó a llorar.

—De eso no cabe duda —sentenció padre, apartándose con gesto de repugnancia y dirigiéndose a la puerta, donde se volvió y añadió—: La próxima vez que empieces a decirle a tu padre lo que tiene y lo que no tiene que hacer, procura asegurarte de que puedes sostenerlo, amiguito.

Y se marchó dando un portazo.

Wade se deslizó despacio al suelo, donde se quedó sentado con las piernas abiertas, la cabeza inclinada sobre el hombro y los brazos caídos sobre el regazo: una marioneta con las cuerdas rotas.

Era como estar dormido, le contó a Lillian, sólo que en realidad no lo estaba. No sabía cuánto tiempo permaneció en el suelo —horas, quizá—, pero en un momento dado oyó la camioneta entrar en el patio. Con las piernas temblorosas, se levantó, llegó rápidamente a la escalera y, cuando oyó a su padre entrar ruidosamente en la cocina, ya estaba en su habitación con las luces apagadas. Escuchó los torpes movimientos de borracho en el piso de abajo y al fin le oyó entrar en la habitación de tío Elbourne y cerrar la puerta. Entonces, despacio, con la cara ardiendo, se quitó la camisa, los vaqueros y los zapatos y se metió en la cama.

Lillian se llevó las manos a la cara, como para borrarse de las mejillas y la frente el calor y el dolor que inundaban el rostro de Wade.

—¿Te ha visto tu madre esta mañana? ¿Lo sabe?

—No. Me he marchado temprano, antes de que se levantara nadie. No quería que me vieran. Ni siquiera tú.

—¡Oh, Wade! ¿Por qué?

Intentó explicárselo, y al decir la palabra «vergüenza» comprendió que para ella tenía un sentido diferente, así que apretó los labios y movió la cabeza.

—Ya ha pasado todo, eso es lo único que importa —dijo—. Ojalá le hubiera matado cuando tuve oportunidad. Debería haberle abierto la cabeza con la sartén.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no peleaste? Eres más grande que él.

Wade la miró, alzó súbitamente las manos y las golpeó contra el borde del volante.

—¡No! —exclamó—. No vuelvas a preguntarme eso. No lo entiendes. Nadie puede comprenderlo. ¿Vale?

—Vale. Lo..., lo siento. No quería...

—Olvídate de los «no quería» y «lo siento». Sólo que no vuelvas a preguntármelo nunca —concluyó arrancando el viejo Ford.

Puso la radio y movió el dial de un lado a otro hasta coger la emisora Burlington. Era una canción de las Supremes; no distinguía la letra, pero le gustaba cómo sonaba la música, densa, rápida y clara, como un arroyo en primavera lleno de nieve fundida.

Cuando volvieron al pueblo y pararon frente a la casa de Lillian ya había oscurecido.

—¿Quieres entrar a cenar? —preguntó ella—. Sé que tía Alma no...

—No, Lillian. Por Dios.

—Lo siento. Se me ha olvidado.

—Pues a mí no —repuso él—. No puedo. Nunca.

—Me refiero a tu aspecto —explicó ella.

Alargó la mano y volvió a tocarle la frente y las mejillas hinchadas, con suavidad,

como si comprobara la verdad de su historia pasándole los dedos por las heridas.  
Luego salió del coche y entró en casa.

DESDE EL PUNTO DE VISTA de las fuerzas sociales que había en juego, desde el punto de vista de nuestro entorno natural, podríamos decir, mi vida no era diferente de la de Wade. Nos educaron igual, aunque yo me marché de casa y fui a la universidad, donde, aunque no fui trasplantado exactamente, crecí y medré como si me hubieran puesto al sol y al cuidado de un jardinero más amable y capaz que cualquiera de los que había conocido hasta entonces. Pero desde aquella época, debido a la semejanza de la primera etapa de nuestra vida, todo pensamiento, recuerdo y sueño sobre mi hermano Wade llevaba aparejada una dolorosa pregunta sin respuesta: ¿por qué yo, Dios mío? ¿Por qué yo, y no mi hermano Wade? En mis sueños, recuerdos y pensamientos, Wade y yo éramos intercambiables.

Al fin y al cabo, yo no estaba ni más ni menos adaptado que Wade al suelo y al clima en que ambos nacimos: tierra pobre, árida y pedregosa, clima duro. A los dieciocho años yo era un liquen tan sólido y pequeño como él, y en la universidad debía haberme arrugado, encogido, como él pensaba que le sucedería, y por eso nunca se le ocurrió solicitar el ingreso en la universidad a los dieciocho años. Y después, en el próspero barrio residencial donde vivo desde hace casi una década, simplemente debí haber sido, como Wade debió haberlo sido, una curiosa muestra de flora extraña en el museo local de historia natural o una figura de un diorama que ilustrase la vida entre los pueblos menos favorecidos del Norte. Pero soy profesor, nada menos, un auténtico pilar de una comunidad privilegiada, miembro de hermandades y asociaciones caritativas, bien recibido en las blancas mansiones coloniales de médicos, dentistas, agentes de la propiedad inmobiliaria y vendedores de coches. Incluso voy con regularidad a la iglesia. Episcopaliana.

No tiene sentido. Por eso la pregunta de «¿Por qué yo, Dios mío?» me ha atormentado durante toda mi vida adulta. Hace que me sienta desplazado de forma permanente y total, tanto aquí como en el pueblo de Lawford. Como si fuese chino en Suiza o irlandés en Brasil. Nos esforzamos por cambiar nuestro puesto en la sociedad y lo único que conseguimos es desplazarnos. Tenía que ser algo sencillo, es por lo que se inventó este país: para cambiar nuestra vida. Levántate por tu propio esfuerzo, muchacho. Ascende en la escala social, querido mío. Sube como la espuma, hijo.

Y en cierto modo resulta sencillo si el individuo, al igual que la mayoría de las personas, posee inteligencia, energía y sentido de la organización. Desde luego, casi todos los miembros de la familia Whitehouse poseían tales cualidades, sobre todo de niños. Al fin y al cabo, todos los años miles, quizá millones de buenos ciudadanos cambian su vida para mejorar desde el punto de vista de la clase social, igual que he hecho yo y a diferencia de mi hermano. De la cabaña de troncos a presidente: ése es nuestro mito dominante. Con él vivimos, generación tras generación. No mires atrás, sino adelante. No apartes los ojos del gorrión, el hombro de la rueda, los pies del suelo. Eso es lo que he hecho yo; así es como he vivido hasta ahora. Y también como

ha vivido mi hermano Wade. Por eso es por lo que pregunto: ¿por qué yo, Dios mío?

¿Por qué solicité el ingreso en la universidad cuando al terminar el bachillerato ninguno de la clase aspiraba a más educación superior que la ofrecida en la escuela de peluquería o de soldadura de Littleton? Elbourne y Charlie se alistaron en el ejército. Wade, que era mejor estudiante que yo, se limitó al graduarse a cambiar su trabajo temporal de verano con LaRiviere por un empleo con dedicación plena y se consideró afortunado. Lena se quedó embarazada y se casó. Pero, por razones que aún no puedo mencionar, yo abandoné la casa paterna de un modo radicalmente distinto al de mis hermanos, y cuando fui a la universidad y descubrí que no sabía hablar, ni vestirme ni comer de forma aceptable, ni escribir, ni leer ni hablar en clase, ni siquiera sonreír, ¿por qué soporté tal insuficiencia y no me marché corriendo a casa, donde mis defectos se consideraban virtudes y capacidades? Si Wade hubiera llegado a matricularse, le habrían expulsado al cabo de una semana por pelearse en la cafetería o después de sacar malas calificaciones. ¿Por qué seguí adelante, estudiando en la escuela preuniversitaria de Boston y licenciándome en historia —ese lugar que no habita nadie, donde todos están muertos— para convertirme en profesor, nada menos, cuando todo lo que quería, lo único que quiero, es que me dejen en paz? No soy ambicioso, ni erudito, y no tengo una inteligencia extraordinaria ni dotes especiales. Entonces, ¿por qué yo, Dios mío?

Me lo preguntaba, claro está, siempre que veía a Wade o cuando me llamaba por teléfono. Pero también me lo pregunto cuando me veo cenando con la atractiva poetisa soltera de Chicago que viene con un nuevo e interesante peinado a visitar a su hermana mayor, la mujer de mi oftalmólogo, quien está convencido de que para su cuñada no hay mejor compañero de cena que yo. Y me lo pregunto en medio del aparcamiento de instituto al ver a los pulcros estudiantes, bien nutridos, esmeradamente vestidos y acicalados, que suben en tropel a sus nuevos coches japoneses para salir disparados a la playa, las pistas de esquí y la discoteca. Me lo pregunto al leer en el periódico de la mañana otro suceso en el que se explica que un niño ha muerto a manos del amante borracho de su madre. Me lo pregunto cuando voy conduciendo el coche y llego a las afueras, donde empiezan las colinas y los bosques, y giro en redondo para volver a la ciudad en dirección sur. ¿Por qué yo, y no Wade; y por qué Wade, y no yo?

Es deprimente, al menos para mí, detenerse en tales preguntas, que nos apartan de la historia. Al fin y al cabo, no es la mía, sino la de Wade. Yo sólo soy el testigo, el compilador; el investigador y el cronista; y debería seguir con mi trabajo.

Cuando vimos a Wade por última vez, acababa de dejar la cálida cama de Margie y estaba quitando nieve por las carreteras del pueblo un domingo al amanecer. Sin duda habrán observado que a menudo solemos dejarlo ahí, encaramado en la niveladora con la nieve dándole en la cara, soñando en su pasado o en su futuro, flotando en una ola de emociones que le alejan de su vida presente. Es una imagen típica de él, quizá simbólica. Está solo, y aunque es del pueblo y desempeña un papel



esencial en la vida de la comunidad, no está exactamente en él, no se dedica realmente a sus asuntos particulares, como todo el mundo. Gordon LaRiviere, en pijama, está sentado a la mesa de la cocina tomando café y comprobando el saldo del talonario de cheques mientras su mujer duerme. Alma Pittman está vestida, haciendo té y preguntándose si no será demasiado pronto para ir a Littleton a comprar las felicitaciones de Navidad, que le gusta tener listas para enviar a todos los contribuyentes del pueblo la mañana siguiente al día de Acción de Gracias. Chub Merritt ya está en el garaje, tumbado de espaldas bajo el camión de Hank Lank, arreglando un escape de aceite. Nick Wickham ha abierto el restaurante y sus primeros clientes, dos cazadores de Manchester, acaban de quitarse los chaquetones anaranjados y se sientan al mostrador, frotándose enérgicamente las manos frías. Y al extremo norte del pueblo, en la vieja casa llena de corrientes de aire que le alquilan los padres de su exmarido, Margie Fogg, desnuda, está despierta en la cama pensando en la proposición de matrimonio que le ha hecho Wade.

Ya lleva casi cinco años sola en esa casa, pero antes vivió allí otros cinco con su marido, Harvey, y sus suegros. Ella y Harvey querían tener niños y casa propia, pero no pudieron concebir ninguno y a Harvey, que era carpintero, no le sobraba el trabajo, mientras que ella trabajaba entonces a tiempo parcial coloreando fotografías de niños y graduados de bachillerato en el estudio de un fotógrafo de Littleton, así que nunca dispusieron de dinero suficiente para pagar una entrada. Luego Harvey se enamoró de una camarera de veintidós años del Toby's Inn, la dejó para irse a vivir con ella y sus dos niños pequeños en un remolque junto a la Route 29, y seis meses después la camarera tuvo un hijo de Harvey. Los padres de Harvey sintieron lástima de Margie y vergüenza por su hijo y la dejaron vivir en su casa; luego decidieron mudarse a una urbanización de jubilados en Florida, cerca de Lakeland, hipotecaron la casa por segunda vez y dejaron que Margie pagara al banco las mensualidades en concepto de alquiler.

No era mal arreglo, pero Margie no estaba contenta en la vieja y destartada mansión colonial, que cada año estaba más ruinoso a medida que se descascarillaba la pintura, se caían las contraventanas y se estropeaba la caldera. Pintó las habitaciones de la planta baja y cerró el piso de arriba para no tener que calentarlo en invierno ni dormir en el mismo cuarto que había compartido con su marido. El que su marido la abandonase por la camarera no la había afectado tanto como se figuraban sus suegros. Harvey era un hombre jactancioso e inseguro, y desde el principio sus relaciones sexuales fueron cuando menos problemáticas. Quería hijos, «una verdadera familia», tal como decía él, la culpaba por no tener ninguno y en consecuencia la trataba como si le estuviese privando de algún derecho fundamental. Eso le hacía adoptar una actitud dominante y sarcástica que le llenaba de autocompasión y que a ella la entristecía: recordaba a Harvey Fogg en su adolescencia, delgado, tímido y ansioso de agradar, sorprendido y nerviosamente apasionado cuando, a los diecinueve años, descubrió que Margie le amaba y por ese motivo decidió casarse con ella.

Luego, un año antes de que Harvey la abandonase, Wade empezó a aparecer en su vida. Ella no lo pretendió ni lo esperó, pero se convirtieron en esa clase de amigos unidos por matrimonios desdichados —podían comentar con el otro, como con nadie más, el daño que les estaban causando sus matrimonios— y durante unos meses mantuvieron una aventura amorosa aturdida y temerosa hasta que ambos decidieron romper para salvar sus matrimonios. No estaban enamorados, y lo sabían. Wade creía amar a Lillian: ya se habían divorciado una vez y vuelto a casar, y además ahora tenían a Jill. Y, en secreto, Margie sólo amaba su recuerdo del Harvey adolescente. A veces temía poder querer sólo a un adolescente tímido y frágil, torpe en su pasión y abiertamente avergonzado de ello. Cada vez se sentía más atraída hacia los muchachos que frecuentaban el restaurante, y pese a ocultar su interés por ellos no podía evitar el detenerse en sus mesas, hablando, bromeando y burlándose de su ropa y de su corte de pelo, de sus dulces pretensiones masculinas. Ellos la consideraban una mujer maternal, pero aún joven y atractiva, y coqueteaban con ella del modo como deseaban hacerlo con las chicas de su edad o con sus madres. Le decían cosas que aunaban ternura y fanfarronería, y ella les hacía pensar que eran irresistibles.

Más tarde, cuando sus cónyuges los abandonaron, Margie y Wade prosiguieron su antigua amistad, y las relaciones sexuales, ya lícitas, resultaron fáciles y generosas, sin la ferviente ansiedad de antes. Más o menos una vez a la semana se acostaban juntos, siempre en la cama de ella. Para Wade no eran comparables a las que había mantenido con Lillian, cargadas de misterio y a menudo capaces de asombrarle con los pensamientos que suscitaban. En cambio, suponía que eran las normales para casi todo el mundo. Para Margie, hacer el amor con Wade le resultaba un tanto aburrido pero necesario, y después siempre se sentía mejor, como si hiciera ejercicio.

Pero casarse con Wade era algo que no se le había ocurrido ni una sola vez desde que le conocía, lo que podía parecer extraño: era una mujer divorciada de treinta y muchos años que vivía en un pueblo donde ese tipo de mujer resultaba sospechoso, y Wade era el único hombre del pueblo de cuya compañía disfrutaba. Wade era inteligente, todo el mundo lo sabía, y nada mal parecido, podía resultar divertido cuando quería y trabajaba mucho, aunque su sueldo no era muy alto y buena parte de él iba a parar a su exmujer. Bebía demasiado, sí, pero eso lo hacía la mayoría de los hombres, sobre todo si vivían solos y desdichados. Y tenía fama de violento, de tener súbitos estallidos de cólera. Pero casi todos los hombres solitarios y desdichados que conocía tenían la misma reputación: parecía desprenderse del paisaje. Eran hombres desorientados, apartados de lo que les proporcionaba calma: un hogar, hijos, una mujer amante y fiel que los consolara y tranquilizara cuando el resto del mundo los trataba como si fueran inútiles e innecesarios. Claro que Wade ya había poseído todo eso y no había dejado de mostrarse agresivo, no ya en el Toby's Inn, como ahora, sino peor, en casa y frente a su propia mujer. Recuerda, pensó Margie, que Wade Whitehouse pegaba a su mujer.

Era cosa *sabida* por rumores y conjeturas, como suele ocurrir en un pueblo, sin

que los protagonistas se lo dijeran nunca a nadie. La madre de Lillian vivía en Littleton con su segundo marido y la gente recordaba que, cuando estaban casados, Lillian dejó a Wade un par de veces para pasar una semana o dos con su madre. Y se sabía de otras tres o cuatro ocasiones en que ella y Jill se marcharon de casa y pasaron la noche en casa de Alma Pittman. Después, al volver al hogar, Lillian se había comportado como un prisionero de guerra, respetuosa pero indolente, pausada, cautelosa; la mayoría de la gente, aunque no lo dijera y quizá ni siquiera lo pensara, asociaba ese comportamiento de las mujeres casadas a la violencia doméstica. Y cuando se divorciaron por segunda vez vinieron rumores de Littleton, probablemente sembrados por el propio abogado de Wade, Bob Chagnon, de que el motivo por el que habían condenado a Wade a pagar una elevada pensión para la manutención de la niña, a dejar la casa a Lillian y a ver a su hija sólo una vez al mes, era su reconocimiento de haber perdido los estribos en varias ocasiones y golpeado a su mujer con los puños. Wade pudo negarlo: ella no tenía pruebas; no había informes médicos que sirvieran de testimonio y Alma se había negado a mezclarse en problemas conyugales, según sus propias palabras; la madre de Lillian era, al fin y al cabo, su madre, y quiso evitarle el dolor de repetir en público lo que su hija le había revelado en secreto y llena de vergüenza; Jill, por supuesto, era demasiado pequeña para hacerle preguntas al respecto. Afortunadamente para todos, Wade agachó la cabeza y confesó que sí, que en el ardor de una pelea le había pegado. La gente meneó la cabeza tristemente al oírlo, pero entendió: Lillian era una persona difícil, una mujer inteligente, llena de exigencias, con mucha labia, que daba la sensación de creerse superior a casi todo el mundo, y sin duda a Wade también. Un hombre nunca debería pegar a una mujer, pero a veces es comprensible, ¿no? Esas cosas ocurren, ¿verdad?

Sí, ocurren, convino Margie. Lillian era una mujer exigente, y Wade un hombre obstinado: no era extraño que acabaran a golpes. Pero Margie no era exigente; y de todos modos eso pasó entonces, ahora era otra cosa. La otra era Lillian Pittman, y ella era Margie Fogg. No eran piezas intercambiables. Wade nunca le pegaría a *ella*.

En cuanto a la bebida, Margie no le daba importancia, y además, si tenía una buena mujer esperándolo, Wade volvería a casa en vez de quedarse hasta la madrugada en el Toby's Inn con chicos como Jack Hewitt y Hettie Rodgers. En cambio, estaría en casa con Margie, contándole chistes durante la cena, viendo la televisión, haciendo el amor con ella y durmiéndose tranquilamente después. De modo que *era* posible que ella y Wade pudieran ser felices, mucho más, desde luego, que en aquella vida solitaria que llevaban cada uno por su lado.

Aquel domingo por la tarde fueron juntos a visitar a Glenn y Sally Whitehouse, nuestros padres. Había dejado de nevar, el cielo estaba de un azul radiante y la blanca nieve caía de los árboles en deslumbrantes abanicos a medida que subía la temperatura. Los bosques resonaban con el fragor de disparos lejanos.

La vieja residencia de los Whitehouse, como siguen llamándola en Lawford, está

a menos de seis kilómetros del pueblo por la carretera de Parker Mountain, y Wade rara vez la visitaba. Esperaba ver a nuestros padres de vez en cuando, encontrándolos por casualidad en el pueblo, en una reunión municipal, en la tienda de Golden o en la oficina de correos. Lo consideraba suficiente para mantener el contacto con ellos, que además nunca le habían invitado realmente a visitarlos, ni a mí tampoco. Después de las excusas que habíamos utilizado durante años para no ir, se guardaban mucho de hacerlo. Cuando los vástagos de los Whitehouse se marchaban de casa, aunque sólo fuese para vivir al otro lado de la calle, no volvían de buena gana. Nuestra madre sabía por qué, pero nuestro padre no. A menudo me pregunto si ella le odiaba por haber alejado tanto a sus hijos. También se me ha ocurrido que él sólo hacía lo que ella quería que hiciese. Naturalmente, nunca he hablado de esto con Wade ni con Lena.

Wade salió de la carretera limpia de nieve, entró en el camino aún cubierto y paró frente al porche lateral. La casa parecía abandonada, cerrada, como si ya no viviera nadie en ella. En la nieve no se veían huellas de personas ni de coches en dirección a la carretera, y las ventanas estaban oscuras, medio tapadas con ondeantes persianas de poliuretano.

Wade salió del coche y olfateó el aire, pero no olió a leña quemada. Margie se bajó también y examinó un momento la casa.

—¿Estás seguro de que están en casa? —preguntó—. ¿Has llamado por teléfono?

—No. Pero la camioneta está ahí —observó, señalando la camioneta cubierta de nieve y aparcada junto a la casa—. Parece que no han salido desde que empezó a nevar.

Sus rasgos se contrajeron de inquietud y se apresuró hacia la puerta del porche.

Pisaron ruidosamente el suelo del porche; Wade empuñó el pomo de la puerta y empujó, pero no logró abrir.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Qué pasa?

—Está cerrado. Qué raro.

Volvió a intentarlo, pero la puerta no cedió. Se dirigió a una ventana del porche, se puso las manos de pantalla en torno al rostro y atisbo el interior de la oscura cocina, donde todo parecía normal: unos cuantos platos sucios en el fregadero, la cafetera en el fogón de leña, el mes de noviembre en el calendario de la gasolinera de Merritt colgado en la pared.

—¿Sabes si están bien? —preguntó Margie, acercándose a él.

—¡Pues claro! —replicó él—. Me habría enterado.

—¿Cómo?

—¡No sé, por amor de Dios! —exclamó Wade, volviendo a la puerta y llamando con fuerza.

Margie fue tras él sin decir nada. Al cabo de unos momentos oyeron que al fin quitaban el cerrojo; la puerta se abrió y apareció padre en la penumbra con una

expresión perpleja en el rostro, como si no reconociera a su hijo. Llevaba ropa interior de una pieza, unos pantalones de lana llenos de manchas sujetos con tirantes verdes y calzaba unas zapatillas viejas sin calcetines. Estaba sin afeitarse, con los escasos cabellos blancos despeinados, los rasgos cetrinos. Parecía un anciano de salud delicada, y no dijo nada a Wade, sólo se volvió y se alejó de la puerta arrastrando los pies en dirección al fogón, donde se inclinó para abrirlo, como para inspeccionar el fuego.

—¿Padre? —llamó Wade desde el umbral—. ¿Estás bien, padre?

El viejo no contestó. Cerró de golpe la puerta del fogón apagado, se acercó despacio al cajón de la leña y empezó a sacar unos periódicos y un manojo de astillas. Wade miró a Margie con los labios apretados contra los dientes y le hizo un gesto con la cabeza para que pasara. Ambos entraron y cerraron la puerta.

Padre encendió el fogón en silencio mientras Wade y Margie lo miraban y el aliento salía de sus bocas en pequeñas nubes de vaho. En la cocina hacía tanto frío como fuera, pero como estaba oscura parecía que hacía más.

—¡Por Dios, padre! ¿Cómo puedes aguantar este frío vestido así?

El viejo no contestó.

Wade miró en el cuarto de estar y no vio nada fuera de lugar; la puerta de la habitación, sin embargo, estaba cerrada.

—¿Dónde está madre? —preguntó Wade.

Padre metió una cerilla encendida por la tapa del fogón y prendió el fuego, luego se incorporó con rigidez y por primera vez miró a su hijo y a la mujer que lo acompañaba.

—Durmiendo —contestó.

Wade se abrió la cremallera del chaquetón pero no se lo quitó. Retiró una silla de la mesa, se sentó y cruzó las piernas con aire de naturalidad.

—Ésta es Margie Fogg, padre. Te acuerdas de ella, ¿verdad?

Padre escrutó a Margie durante un momento.

—Sí. Del restaurante de Wickham. Hace mucho.

Margie se acercó a él y le estrechó la mano, pero él ya había apartado los ojos de ella y parecía mirar al centro del cuarto de estar.

—¿Queréis café o té? —dijo de pronto, como dándose de pronto cuenta de que estaban con él en la cocina—. ¿O una cerveza?

—Lo que me gustaría —dijo Wade riendo levemente, como si estuviera de broma— es saber qué tal estáis madre y tú. Hace mucho que no os veo por el pueblo ni sé nada de vosotros.

Su voz era aguda y tensa, como siempre que hablaba con su padre.

—Ah. Pues estamos bien, supongo. Tu madre está estupendamente. Está durmiendo. ¿Quieres que la despierte? —preguntó padre.

Wade dijo que sí, y el viejo salió de la cocina arrastrando los pies. Margie se acercó en seguida al fogón y extendió las manos mientras el fuego restallaba y saltaba

entre las astillas. Se bajó la cremallera del chaquetón, pero cambió de idea y volvió a subírsela. Wade cogió un grueso tronco de leña del cajón, lo echó al fuego y se quedó junto a ella.

—¡Santo Dios! —musitó.

Margie no contestó. Comprendió que Wade tenía miedo, y también que no quería decirlo.

—Es esta casa. Me trae un montón de recuerdos. No ha cambiado mucho, te lo aseguro. Salvo que cada vez está más destartada. Son demasiado viejos para vivir aquí.

Entonces volvió padre, solo. La puerta de la habitación seguía cerrada.

—¿Dónde está madre? —preguntó Wade en tono agudo y tenso otra vez, como un adolescente asustado.

—Ya viene. Le he dicho que estabas aquí.

El viejo cogió la cafetera del fogón y la enjuagó en el fregadero con movimientos torpes, como si su forma y sus elementos no le resultasen familiares.

—Deje, míster Whitehouse. Yo lo haré —dijo Margie, arrebatándole la cafetera de las nudosas manos y empezando a limpiarla enérgicamente.

Padre se retiró, titubeó un momento y luego le llevó una lata de café y la dejó en la encimera, donde había una botella de Canadian Club.

Pasaba el tiempo y madre seguía sin aparecer. Margie hizo el café, fregó los pocos platos sucios y puso cuatro tazas en la mesa mientras Wade fumaba un cigarrillo y deambulaba inquieto por la cocina, de la ventana a la puerta del cuarto de estar y vuelta a la mesa, donde se sentó un momento antes de volver a levantarse bruscamente. Padre y él no hablaban, pero Margie llenó el silencio haciendo al viejo unas preguntas, que él contestó vagamente y con cautela.

—¿Cómo han caldeado la casa? —inquirió ella, como por pura curiosidad—. Sólo con este fogón no.

—No. Hay una caldera.

—¿Y no la utilizan hoy? Aquí hace un frío tremendo, ¿no le parece?

—Sí. Está... estropeada, creo. Anoche no funcionaba. En la habitación hay un calentador eléctrico.

—Wade quizá pueda echarle una mirada —sugirió Margie—. ¿Le parece bien? Se le helarán las cañerías. Tiene suerte de que no se hayan helado ya.

—Sí. Muy bien.

—¿Podrías hacerlo, Wade? —dijo Margie—. ¿Comprobar la caldera? No deberían estar aquí tan aislados, calentándose sólo con el fogón.

Wade la miró como si no la hubiese oído.

—Sí, claro. Escucha, padre, voy a ver si madre está bien —dijo bruscamente, dirigiéndose a la puerta. Detestaba el sonido de su voz. Padre alzó una mano, como para detenerle, luego la dejó caer despacio a un costado y Wade salió de la cocina.

Titubeó brevemente en el umbral y luego cruzó el cuarto de estar hacia la

habitación, donde se detuvo un momento y llamó suavemente a la puerta.

—Madre, soy Wade —dijo casi en un murmullo—. ¿Puedo entrar?

No hubo respuesta. Margie se había situado en el umbral de la cocina y el cuarto de estar, mientras padre, detrás de ella, miraba al fogón con las manos en los bolsillos.

Wade abrió despacio unos centímetros y vio que la habitación estaba a oscuras. Parecía una cueva fría y húmeda, y su aliento ascendía en volutas de su boca. Las persianas estaban echadas, pero distinguía los muebles, colocados donde siempre: la cama de matrimonio hundida en la pared de enfrente, con las mesillas y lámparas al lado, los viejos y atestados armarios de tío Elbourne, la silla y la mesa de costura de Sally junto a la ventana. Había varias prendas de ropa esparcidas por el suelo, los zapatos y la sucia bata de Glenn, la chaqueta de punto de Sally, y junto a la silla de costura se veía un cenicero de cristal rebosante de colillas y ceniza, una botella marrón y un vaso con unos dos dedos de whisky.

Wade vio a madre en la cama, en el lado interior, donde siempre dormía, tapada con un montón de mantas. Se acercó a los pies de la cama y la miró. Yacía de lado, de espaldas a él, y Wade sólo distinguía el contorno de su cuerpo, pero comprendió que estaba muerta. Formó las palabras en su mente, *Madre está muerta*, cuando de pronto oyó junto a él un chasquido y una fuerte vibración en el suelo y saltó a un lado, como sorprendido por el gruñido de un perro guardián. Eran las aspas del pequeño calentador eléctrico que se había puesto en marcha; debajo, las resistencias empezaron a brillar como perversas muecas rojas y Wade sintió un aire cálido contra los tobillos.

Apartándose con cuidado de aquel objeto, se acercó a la cabecera de la cama, donde podía verla bien. Bajo una montaña de mantas y colchas, llevaba el abrigo de lana encima del camisón de franela y yacía de costado, acurrucada como una criatura, con manoplas en las menudas manos apretadas cerca de la garganta, como en furiosa oración. Tenía la piel blanca y seca como el yeso, y su rostro casi parecía polvo, como si fuera a desmigajarse al menor contacto. Más que el de un ser humano, su cuerpo semejava una cáscara liviana como una pluma, incapaz de soportar el peso de las mantas que la cubrían hasta los hombros y las muñecas.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Wade—. ¡Oh, Dios mío!

Se derrumbó en el suelo con las piernas cruzadas, como un niño, sin dejar de mirarla.

Margie apareció en la puerta, miró en silencio y comprendió al instante. La habitación estaba fría como una nevera, podía ver su propio aliento, y comprendió que la anciana había muerto de frío en la cama. Cerró la puerta y volvió despacio a la cocina, donde padre seguía con la vista fija en el fogón.

—El café ya está —anunció en voz baja.

Margie retiró del fogón la cafetera con un paño de cocina y sirvió una taza para ella y otra para padre.

—Míster Whitehouse —le dijo al tendérsela—, ¿cuándo ha muerto?

Con la humeante taza en las temblorosas manos, la miró a los ojos como confuso por la pregunta.

—¿Muerto? No sé. Entonces está muerta.

—Sí.

—No me he acostado, he pasado aquí la mayor parte del tiempo. Nevaba, hacía frío y la caldera no arrancaba.

—¿Ha ido a ver si estaba bien?

—Sí, he ido a verla. Pero estaba durmiendo. Tenía el calentador eléctrico en la habitación, y aquí yo estaba delante del fogón, así que no hacía tanto frío. Aunque a mí el frío no me molesta tanto como a ella. Por eso le doy el calentador.

—¿Tiene teléfono? —preguntó Margie, mirando por la habitación.

—Sí. En el cuarto de estar —repuso él, señalando débilmente hacia la puerta.

—¿Por qué no llamó para que vinieran a arreglar el calentador? ¿A Wade o a alguien?

—A Wade —dijo padre, como si fuera el nombre de un extraño—. Pensaba que estaba bien —prosiguió—. Hasta esta mañana creí que estaba perfectamente. Yo... me he quedado dormido aquí, luego me he despabilado y he ido a la habitación, pero no se despertaba. Así que me he sentado allí con ella un buen rato. Hasta que habéis llegado Wade y tú.

Retiró una silla de la mesa con la punta del pie, se sentó y sorbió ruidosamente el café.

—¿Está triste, míster Whitehouse? —inquirió Margie.

—Triste, sí —repuso él, mirando el café—. Triste. Ojalá fuera yo quien estuviera ahí, en vez de ella. Ojalá. —Puso la taza en la mesa y colocó las grandes manos rojas sobre las rodillas—. Por eso estoy triste. Soy yo quien debería haber muerto de frío.

Margie le volvió la espalda, se dirigió al fregadero y dejó la taza y el plato en la encimera. Cogió la botella medio vacía de Canadian Club y un vaso de agua, volvió con ello a la mesa y lo depositó frente al anciano.

—Tiene usted razón —dijo en tono firme.

Luego lo dejó solo en la cocina y fue al cuarto de estar, en busca del teléfono.



EL DÍA DEL ENTIERRO era casi de primavera: uno se levantaba temprano, iba a la ventana, la abría y escuchaba en vano el canto de los pájaros, tratando de ver brotes en los pelados árboles. El horizonte de nieve se extendía por New Hampshire de oeste a este cerca de Manchester, cubriendo una tercera parte del norte del estado, y a medida que la temperatura ascendía, la línea retrocedía hacia el norte hasta Concord, donde a media mañana se estabilizaba finalmente en una capa demasiado gruesa para fundirse con rapidez.

En los bosques y campos de ambos lados de la autopista interestatal, la nieve se esponjaba, suavizándose y apretándose bajo el peso de su propia fusión, convirtiéndose en un obstáculo para los cazadores de ciervos, los recién llegados y los insistentes que aún no habían cobrado su pieza. Al norte de Concord y al oeste del valle de Merrimack, el paisaje se elevaba poco a poco formando chepudas colinas, por lo que desde la carretera no se veían muchas casas ni granjas, y ya sólo de cuando en cuando, por los campanarios de las iglesias que asomaban entre las copas de los árboles, podía adivinarse desde el coche la presencia de pueblos pequeños, como Warner y Andover, con un motel, una tienda de recuerdos del norte del país y una estación de servicio apiñadas en los infrecuentes cruces y salidas. Es un país pobre y solitario, pero innegablemente hermoso; a pesar de su esplendor, sin embargo, en esos pueblos y casas de campo hay una superabundancia de locura y desesperación. Tanta privación y tanta belleza natural se aúnan para producir en la vida de los habitantes más tristeza y resentimiento de lo que un extraño puede imaginar.

Mientras me dirigía a Lawford en aquella cálida mañana tan impropia de la estación, yo pensaba no tanto en la muerte de nuestra madre como en el hecho de que Wade añadiera a esta noticia el anuncio de su próxima boda con Margie Fogg, a quien yo no conocía por entonces. Cuando me comunicó por teléfono que nuestra madre había muerto y me contó las circunstancias de su fallecimiento, sentí un impulso de fuga y luego contemplé la vía de escape. Huí a un lugar seguro donde había vivido, según me parecía a veces, la mayor parte de mi infancia y juventud y donde Wade, eso siempre lo tuve claro, nunca había estado. Si en general yo tuve una relación superficial, oblicua y siempre incierta con mi vida exterior, Wade vivió allí casi plenamente a flor de piel, sin espacio interior al que retirarse ni siquiera durante una crisis o en épocas de conflicto y tensión emocional. Quizá no fuéramos sino simples reflejos el uno del otro y nuestros propios estilos de vida sólo versiones gemelas de la misma adaptación radical a una realidad intolerable. Era como si bajo la piel de Wade no hubiese sino pura roca, un planeta sólido hasta la médula que la conciencia no pudiera penetrar; mientras que bajo la mía sólo había abismo en el que uno podía precipitarse cayendo en vertical hacia una estrella fría, negra y lejana. Lejos, muy lejos; y libre, libre.

Como de costumbre, Wade me llamó por la noche, tarde. Incluso antes de

contestar al teléfono sabía que era él —nadie me llama a esas horas—, y estaba dispuesto a escuchar otro capítulo de una o de sus dos historias que para entonces, como ya he dicho, tenían para mí un interés más que casual. Quizá hubiese una tercera historia relacionada con las otras dos, pero sobre todo estaba la intriga policial relativa a la muerte de Evan Twombly y el melodrama familiar de la querrela de Wade contra Lillian por la tutela de la niña.

Pero esta vez no. Aquella noche Wade me contaba una historia diferente, o así parecía entonces, en la que yo también era un personaje, porque llamó para decirme que nuestra madre había muerto de madrugada o la noche anterior y que fue él quien descubrió el cadáver cuando fue a visitarla, a ella y a padre, en compañía de Margie Fogg. Padre estaba bien, aunque un poco fuera de onda, explicó. Peor que de costumbre, quizá, pero no más borracho de lo habitual.

Naturalmente, quise saber los detalles y él me los facilitó con una voz que se hacía más tenue a medida que hablaba, como si la conexión se fuera apagando. Hablaba muy de prisa, yo apenas entendía lo que me estaba contando y me alejaba con rapidez, lo cual empeoraba las cosas. Ya estaba en mi familiar caída libre, perdiendo el contacto, y pronto me encontraría en medio del espacio, incapaz de oír una voz humana ni de sentir la emoción de nadie, ni siquiera la mía. Hizo un comentario apremiante, un tanto alegre y casi inadecuado, sobre su amiga Margie Fogg, la vieja casa y nuestro padre, y luego mencionó el entierro. Oí ese término, entierro, y unas frases sobre nuestra hermana Lena, pero sus palabras me llegaban ahora desde una distancia mucho mayor y a toda velocidad, como señales electrónicas que subieran y bajaran por una pantalla, y luego no hubo nada salvo un zumbido de interferencia y al fin ni siquiera eso. Silencio, excepto por el viento frío que soplaba en millones de kilómetros de espacio vacío.

Sólo después —meses más tarde, en realidad— recogí información suficiente para entender lo que Wade trataba de describirme con sus observaciones sobre Margie, la vieja casa y nuestro padre. Aquel domingo por la tarde, Margie llamó desde la casa al servicio de bomberos y desde la estación de Lawford salió a toda velocidad el destartado vehículo de urgencias, un modelo Dodge de hacía cinco años equipado con oxígeno, entablillados, vendas y plasma, conducido por Jimmy Dame y con Héctor Eastman de ayudante. Ambos dijeron a Wade y Margie que se retiraran y primero trataron de resucitarla con el boca a boca, según les habían enseñado, para renunciar en seguida, sacar a madre en camilla de la casa a la ambulancia y dirigirse al hospital de Littleton, donde extenderían el certificado de defunción. Causa de la muerte: hipotermia. Hora del fallecimiento: entre la una y las siete de la mañana del domingo 2 de noviembre.

Cuando sacaron de casa el cadáver de madre, Wade se fue recuperando poco a poco. Padre no se había movido un momento de la silla de la cocina ni había dejado de beber, sirviéndose continuamente un dedo de whisky en un vaso grande.

Margie se mantuvo apartada del viejo y trató de consolar a Wade, lo que, por

extraño que pareciese, no le resultó difícil.

—Nada más parar he sabido que algo pasaba, y lo único que he pensado es que madre había muerto —le dijo—. No sé por qué, pero eso es lo único que se me ha ocurrido.

Estaban sentados uno al lado del otro en el decrepito sofá verde del cuarto de estar, frente al ojo ciego de la televisión. Pese al fuego en el fogón de la cocina, en el cuarto aún hacía frío y tenían los abrigos puestos.

—Ha sido casi como me lo esperaba —prosiguió Wade—. De modo que cuando he entrado en la habitación y me la he encontrado así, no me he sorprendido, ni me he asustado ni nada. Qué raro, ¿no?

Ella estaba de acuerdo, pero dijo que a veces se tenían premoniciones sobre esas cosas. De manera que sí, explicó, era extraño pero no raro. Le pasó la mano por la espalda, describiendo pequeños círculos en torno a sus omoplatos, como si fuera un niño, le puso tiernamente la otra mano en la rodilla y se preguntó qué le pasaba realmente a Wade por la cabeza. Pensó que las relaciones familiares de él eran muy diferentes de las suyas. A su juicio, Wade parecía intensamente vinculado a los diversos miembros de su familia, incluso a su padre, mientras que ella no. Su hermana pequeña, a la que suponía lesbiana, estaba en la marina, destinada en Filipinas, y su hermano mayor dirigía un videoclub en Catamount, y tenía mujer y siete hijos que le daban demasiado que hacer como para poder participar en la vida de Margie de forma continuada. Como sus padres aún vivían, en Littleton, no se imaginaba exactamente lo que Wade sentía por la muerte de su madre, pero debe de ser horrible, por Dios. Su madre, a quien ya no visitaba (tenía la enfermedad de Alzheimer y hacía años que no reconocía a Margie), vivía en un viejo motel convertido en residencia de ancianos y financiado por el estado; su padre, a quien iba a ver escrupulosamente una vez al mes, vivía solo en un pequeño apartamento oscuro y mugriento más allá de los Knights de Columbus Hall y pasaba mucho tiempo en el hospital de enfermedades respiratorias de Manchester. Fumador durante toda su vida, el cáncer le había hecho perder un pulmón y seguía fumando y tosiendo casi cada vez que tomaba aliento. Margie era consciente de que sus padres morirían, primero uno y luego otro, y se preguntó cómo se sentiría entonces. ¿Abandonada? ¿Aliviada? ¿Furiosa? Las tres cosas, probablemente. Quizá era así como Wade se sentía ese día, y tal vez por eso parecía indiferente. También debería estar asustado, pensó, aterrorizado, porque cuando mueren los padres, se haga lo que se haga, uno sabe que es el siguiente. Y ahora que lo pensaba, ésa parecía ser la emoción dominante en Wade: tenía miedo. Esa fuerte combinación de abandono, alivio y rabia que sin duda venía después, cuando uno se acostumbraba a la idea de ser el siguiente en morir, debía de interferir en el dolor.

—Creo que ahora me toca a mí ocuparme de todo —dijo Wade—. Soy el mayor y todo eso.

—¿De qué?

—Del entierro. Llamar a la familia, a Rolfe, a Lena y demás. Y de padre. Tengo que hacer algo por él.

Sin moverse del sillón, volvió la cabeza y miró al viejo, que seguía en la cocina absorto en sus pensamientos o sin pensar en nada, limitándose a contar los segundos hasta que consideraba adecuado tomar otro trago de whisky. Sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y tres...

—Después de que los hermanos nos marchamos de casa y él tuvo que jubilarse, por la bebida, supongo, todo el problema fue para madre. Ahora..., bueno, ahora supongo que me toca a mí.

—Desde luego es un problema —convino Margie.

Wade encendió un cigarrillo y dio una profunda calada.

—Creo —dijo con el ceño fruncido y la pensativa mirada fija en la lumbre del cigarrillo—, creo que debería venirme a vivir a esta casa. Vender el remolque. Necesitaré dinero para el asunto de la tutela y no lo tengo, ¿sabes? Y es imposible que padre viva aquí solo.

—No es una persona fácil —recordó Margie—. Y para ti nunca lo ha sido, Wade.

—Es viejo. Y mírale, por Dios, está fuera de todo. Pero dale su botella, ponle junto al fuego o delante de la televisión y está perfectamente. Puedo instalarme en el piso de arriba, arreglar un poco la casa, limpiarla y pintarla, reparar la caldera y esas cosas. Ya sabes. Ponerla bonita.

En su mente se fue completando rápidamente esa imagen con una serie de detalles: vio la casa remozada, casi elegante en su sencillez de casa rural de Nueva Inglaterra, con su padre tranquilo, semiinconsciente y más o menos confinado en la habitación de tío Elbourne, la cocina y el cuarto de estar, mientras él era libre para hacer lo que gustase con el resto de la casa, como si fuese suya. Seguro que Rolfe no se opondría, y Lena sentiría alivio al enterarse. Podía decorar bien una de las habitaciones de arriba para Jill, y él utilizaría la otra con Margie.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

—¿El qué?

—Vivir aquí conmigo.

—Contigo, quizá. Pero ¿contigo y con tu padre?

—Se portará bien —aseguró Wade con firmeza—. Te lo prometo. Sé manejarlo. Ahora es como una criatura, casi como un niño que ha perdido a su madre.

—¿Estás hablando de casarnos, Wade? ¿Tú y yo? ¿Como anoche?

—Pues... sí. Sí, supongo que sí.

Margie se levantó del sofá y se dirigió al umbral de la cocina, donde se detuvo a mirar al anciano. Despacio, padre volvió la cabeza y la miró a su vez. Parecía un perro abandonado, todo huesos, cuello escuálido, ojos negros y tristes, boca floja y hombros hundidos.

—¿Qué tal está, míster Whitehouse? —inquirió ella.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas. Abrió los labios para contestar pero

fue incapaz de articular palabra. Sacudió la cabeza de un lado a otro, como una puerta, y alzó las manos abiertas a la mujer, como pidiendo unas monedas. Ella se acercó, lo abrazó y acarició sus desgreñados cabellos blancos.

—Lo sé. Lo sé, pobrecillo —dijo Margie—. Es duro. Muy duro.

Wade apareció de pronto a su lado, rodeándolos a los dos con sus largos brazos, estrechando a su padre y a la mujer que pronto sería su esposa. Apretó contra él al anciano al que cuidaría en adelante y a la mujer que sería la compañera de su vida y cuya presencia en aquella vieja casa perdida en el bosque contribuiría a que su vida fuese la adecuada para un padre y al fin pudiera vivir felizmente con su hija en casa.

Tres días después, cuando llegué, Wade y Margie ya se habían mudado a la casa. Eran las once y el funeral estaba previsto para la una en la iglesia de los Primeros Congregacionistas, con el reverendo Howard Doughty de oficiante.

Después me enteré de que Wade había hecho muchas cosas. El domingo por la noche reparó la caldera y se quedó en casa de padre, durmiendo en el sofá. Antes de acostarse, mientras padre bebía en la cocina sentado junto al fuego, rebuscó entre los dispersos papeles de nuestros padres y, entre otras cosas útiles, encontró la documentación necesaria para reclamar el seguro y pagar el funeral, el entierro y la lápida. A la mañana siguiente lo arregló todo. Lo notificó al *Littleton Register* y a los demás miembros de la familia: Lena y Clyde, que vivían en Massachusetts, Lillian y, por supuesto, Jill, aunque pidió a su exmujer que le «anunciara la noticia», según sus propias palabras, cuando volviera del colegio. Luego telefoneó a la docena de personas de Lawford cuya asistencia al entierro hubiera gustado a madre, dejando que ellas y el periódico corrieran la voz en el círculo más amplio de amigos y conocidos.

Aunque Wade se las arregló para dirigir el tráfico frente al colegio el lunes por la mañana, luego no fue a trabajar; cuando le llamó para explicárselo, encontró a LaRiviere sorprendentemente comprensivo y simpático. A mediodía puso el remolque en venta, por la tarde llevó a la casa su ropa y pertenencias personales, junto con las de Margie, y las dejó en la habitación más grande de las dos que había en el piso de arriba. Cuando Margie llegó al acabar su trabajo en el restaurante de Wickham, limpiaron la casa a conciencia entre los dos. Las pertenencias de madre —ropa, papeles, fotografías, instrumentos de costura y hacer punto— las metieron en cajas que colocaron en el desván.

El martes por la mañana dirigió el tráfico frente al colegio y luego fue a trabajar como de costumbre. Al entrar en la oficina, LaRiviere le dijo, delante de Jack Hewitt y Jimmy Dame, que se olvidara de perforar pozos durante el resto del invierno, Jack podía ocuparse de eso hasta que se helara el terreno mientras Wade se dedicaba a tareas de oficina.

—Aprendiendo a organizar el negocio —concluyó LaRiviere, pasándole por el hombro un brazo musculoso.

Wade se zafó del abrazo y se apartó con recelo: era un tono muy distinto del que estaba acostumbrado a oír.

Jack frunció el ceño y salió desganadamente al frío a acabar el pozo que habían empezado la semana anterior en Catamount mientras Wade, tal como le habían ordenado, se quitó el chaquetón y, cuaderno en mano, empezó a levantar inventario de las existencias, equipo y herramientas de LaRiviere.

—Quiero conocer mi activo, Wade —le dijo LaRiviere en tono de confidencia—. Y quiero que *tú* también lo conozcas. Quiero saber lo que necesitamos para un año de trabajo y lo que no tenemos a mano, compañero, y luego quiero que te pongas a ordenarlo todo.

Cuando Wade le preguntó si podía tomarse el miércoles libre para el entierro, LaRiviere le contestó que no se preocupase, añadiendo que en lo sucesivo recibiría un salario en vez de cobrar por horas, lo mismo que si trabajara cuarenta y cuatro horas a la semana, ya hiciera cuarenta horas o menos. Y no te preocupes, compañero, por cobrar el lunes y el miércoles de esta semana: está hecho. Wade pensó que sólo le faltaba decir «socio».

Quiere algo de mí, pensó, y no lo averiguaré a menos que sonría y le siga la corriente.

En la pausa del almuerzo, envió por correo al abogado la sentencia de divorcio y el cheque de quinientos dólares que el día anterior tomó prestados de la modesta cuenta de ahorros de padre, y luego llamó a Hand desde el restaurante de Wickham para informarle de que se casaría pronto y se iba a vivir con su prometida a la «granja» de su padre. También mencionó, como de pasada, su descubrimiento de que Lillian mantenía relaciones extramaritales con Jackson Cotter, colega de Hand, quien lo consideró un aspecto muy interesante del caso. «Tentador», dijo, y Wade se lo imaginó chasqueando los labios, igual que antes casi había oído decir «socio» a LaRiviere.

Cuando llegó el miércoles, día del entierro, habían ocurrido tantas cosas en la vida de Wade, que parecía que la muerte de madre había sucedido meses atrás.

Frente a la casa, el camino recién limpio de nieve y un espacio junto al porche lateral especialmente preparado para aparcamiento estaban rebosantes de coches, como si se estuviera celebrando algo. Aparqué el Volvo detrás de un coche que supuse del pastor —una ranchera marrón con las letras REV en la matrícula personalizada—, salí, me estiré y olí el humo plateado de leña que ascendía de la chimenea de la cocina. Escuché el eco de lejanos disparos que restallaban caprichosamente en el pinar y de pronto recordé que, más allá de la casa, en varios kilómetros a la redonda los bosques, colinas y valles estaban peligrosamente plagados de cazadores.

Había algunos vehículos que no conocía —entre ellos la camioneta azul de LaRiviere— y otros que sabía de quién eran: el Ford de Wade con las luces de policía arriba, la vieja camioneta de padre, aún cubierta bajo una profunda capa de nieve al otro lado de la casa, como atascada para siempre. Vi el microbús de Lena y su marido, un modelo VW de hacía quince años: una furgoneta de hippie impenitente

con pegatinas de los cristianos renacidos en vez de signos de la paz. El emblema del Éxtasis —una flecha negra en forma de anzuelo que desciende en un campo de plata al encuentro de otra flecha ascendente en sentido vertical— y la críptica pregunta: «¿Estás preparado para el Éxtasis?» junto con el siguiente «Aviso: ¡El conductor de este vehículo puede desaparecer en cualquier momento!», y las más habituales cruces, contornos de peces y lemas como «Jesús salva» y «Cristo murió por nuestros pecados» estaban pegados por todos lados, como si la furgoneta fuese una gigantesca caja de cereales de color azul oscuro con propaganda del apocalipsis y la vida eterna que anunciara en su interior un bono valedero para la salvación.

Cristo había salvado a Lena y su marido, Clyde, tras aparecérselos —una especie de visita a domicilio, según explicaban ellos— cuatro o cinco años antes en una noche de desesperación, y aunque el caos en que vivían no había cambiado un ápice, había cobrado un significado importante, ya que ellos y sus cinco hijos estaban ahora dedicados a la vida espiritual y al otro mundo y no a la vida material de éste. Su desaliñada y desposeída vida cotidiana ya no se consideraba, como antes, una prueba de su incompetencia, sino de sus nuevas prioridades. Yo no pretendía entender en modo alguno la naturaleza de su conversión, ni de su experiencia de estar «salvados» ni de las enseñanzas de la Asociación Evangelista de Creyentes de la Biblia, a la que pertenecían, pero para mí estaba claro que mientras antes vivían deprimidos y angustiados por lo que parecían muy buenas razones, como pobreza, ignorancia, impotencia, etc., ahora se mostraban optimistas y no tenían temores. Claro que, según los panfletos que Lena me enviaba de vez en cuando, lo que esperaban ansiosamente era el inminente fin del mundo, terremotos y hambrunas, mares convertidos en sangre, dolorosas plagas, legiones de demonios y la amarga muerte del Anticristo, acontecimientos que aquellos de nosotros que no estábamos preparados para ser salvados por el Éxtasis podríamos encontrar más deprimentes y terribles que la pobreza, la ignorancia y la impotencia.

Al ir del coche a la casa me encontré con los tres hijos pequeños de Lena y Clyde, que empujaban enormes bolas de nieve por la suave y húmeda nieve del jardín. Aunque iban en zapatillas de deporte, chaquetas ligeras, sin gorro ni manoplas y tenían la ropa mojada y las manos y la cara rojas de frío, estaban manifiestamente contentos y parecían sanos pese a los mocos que les colgaban de la nariz. Me vieron acercarme por el camino, me saludaron con la mano y yo les devolví el saludo.

Un niño, el mayor de los tres, de unos seis o siete años, sonrió dulcemente:

—Hola —me dijo—. ¿Tú quién eres?

—Soy vuestro tío Rolfe —contesté, sonriendo—. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

En realidad no nos conocíamos, lo que me incomodaba un poco. No sabía su nombre —Stephen, Eben o Claude, acaso—, y no me molesté en preguntárselo.

—No —contestó—, pero he oído hablar de ti.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Un muñeco de nieve?

Los tres rieron como si hubiese dicho algo ridículamente divertido.

—¡No! —exclamó el niño—. ¡Un castillo!

—Ah.

Su hermana, con las gordezuelas mejillas coloradas y brillantes por la nieve húmeda, preguntó:

—¿Has venido a despedirte de la abuela?

—¡La abuela está en el infierno! —gritó el más pequeño.

Parecía un niño, pero llevaba una especie de faldones confeccionados con una bufanda de persona mayor, así que no se podía estar seguro.

—Por eso vamos a despedirla —sentenció sombríamente el otro niño.

—Nosotros vamos a ir al cielo con Jesús —me explicó la niña—, y la abuela está en el infierno con Satanás, que es enemigo de Jesús. Por eso tenemos que despedirnos de ella, tío Rolfe.

—La abuela no estaba salvada —dijo su hermano, con una nota de pesar en la voz.

—Ya veo.

—¿Tú estás salvado, tío Rolfe? —preguntó la niña.

—No, no lo estoy.

—Entonces irás al infierno con la abuela.

—Sí, supongo que sí. Yo, la abuela, tío Wade y el abuelo. Todos estaremos allí juntos —repuse—. Y cuando muramos, también vendréis a despediros de nosotros, ¿verdad?

El mayor asintió con la cabeza. Era una lata, eso de que las familias tuvieran que separarse continuamente. No lo entendía, y deseaba que no fuese así, pero no quería pasar la eternidad en el infierno, no, señor, eso no, estuviera allí quien estuviera.

Como aburridos de mí, volvieron los tres a construir su castillo de nieve y yo seguí camino a la casa. Antes de que pudiera llamar, abrió la puerta una mujer atractiva que se presentó como Margie Fogg, estrechándome calurosamente la mano. Me miró directamente a los ojos y me cayó bien en seguida.

Wade estaba en medio de la atestada cocina, con aire grave y formal, aunque un poco incómodo. Llevaba una camisa blanca con una corbata negra de nudo muy apretado y una chaqueta de gabardina azul con pantalones y zapatos marrón oscuro; sus manos y su rostro rojizo parecían enormes y aprisionados en su ropa mal combinada. En una mano tenía una lata de Schlitz y en la otra un cigarrillo. En el cuarto cerrado y lleno de gente, el fogón de leña daba mucho calor. Vi rostros conocidos —Lena, Clyde, y sus dos hijos mayores, adolescentes que no había visto en años, y padre en el rincón junto al fogón—, y tres desconocidos, todos de pie, como si esperasen en posición de firmes la orden de ponerse en marcha.

Primero Wade, pensé; es el más fácil. Me acerqué con los brazos extendidos, le coloqué las manos en los hombros musculosos y lo atraje hacia mí. Nos abrazamos forzadamente, con el trasero encogido para que la luz pasara entre nuestros cuerpos de los hombros a los pies. Así somos los hombres, los hombres de Nueva Inglaterra,



los Whitehouse, Wade y yo: queremos que siempre haya luz entre nosotros.

Él dijo mi nombre y yo el suyo, nos soltamos y nos separamos. Como no estaba preparado aún para encararme con Lena, Clyde y sus extraños hijos —tanto el chico como la chica llevaban el pelo cortado en una especie de estilo mohawk y parecían aves de corral con acné, gallinas rojas de Rhode Island, quizá—, y mucho menos para saludar a padre, me presenté primero a los desconocidos, que resultaron ser el reverendo Doughty, un hombre rubio y delgado de treinta y tantos años con gafas de montura de concha y un traje verde aguacate de doble costura, Gordon LaRiviere, adecuadamente sombrío, que tras darme el pésame y estrecharme la mano dijo recordarme de mi época de bachillerato, y un hombre delgaducho con un traje negro que era representante de la Funeraria Morrison de Littleton y cuya función, según supuse, consistía en acompañarnos para que llegáramos a tiempo a la iglesia.

No estaba claro qué hacía allí LaRiviere ni por qué se mostraba tan solícito con Wade.

—¿Qué tal lo llevas, Wade? —le preguntó cuando Wade tiró la lata de cerveza a la basura y se quedó un momento mirándola de espaldas a nosotros.

—Bien. Estoy bien —contestó Wade, volviéndose despacio. Miró el reloj y preguntó a todos los presentes—: ¿No deberíamos ponernos en marcha, ahora que ha llegado Rolfe?

Nadie lo sabía. Le miramos todos esperando su respuesta.

—Supongo que es inútil andar por la iglesia sin nada que hacer —añadió, encogiéndose de hombros.

—¿Y Jill? —pregunté—. ¿La va a traer Lillian aquí?

En voz baja, Margie me dijo que estarían en la iglesia.

Wade se dirigió aprisa a la nevera y sacó otra cerveza.

—¿Alguien quiere una? —preguntó—. ¿Rolfe?

—No, gracias. No bebo.

—Sí, es verdad. Se me había olvidado.

Efectivamente. Mi pregunta sobre Lillian y Jill le había molestado. Sabía mejor que nadie de la familia que yo no bebía nada de alcohol desde mi época de universidad, y que en realidad tampoco entonces bebía mucho. Wade y yo nunca lo comentábamos, como tampoco hablábamos de lo que él bebía, pero creo que ambos éramos conscientes de que reaccionábamos del mismo modo, aunque en sentido contrario, al mismo impulso.

Saludé con la cabeza a los hijos de Lena y Clyde, Sonny, la chica, y Gerald, el chico, observé sus idénticas crestas de pelo rojo y sus cráneos grises, las cruces que colgaban de los lóbulos de sus orejas y los larguiruchos cuellos, y pasé rápidamente delante de ellos para dirigirme a Lena, enorme como una tienda de campaña en su bata estampada de color púrpura, con un pañuelo cubriéndole casi todo el pelo, que para mi sorpresa se le había vuelto casi completamente gris. Su aspecto era alarmante, parecía haber envejecido mucho desde la última vez que la vi: ¿cuántos

años hacía, siete, ocho? No lo recordaba. De pronto me di cuenta de los años que habían pasado desde la última vez que estuve en la misma habitación con mi padre, mi hermano y mi hermana. Sabía que nunca volvería a estar en la misma habitación con ellos y mi madre: ni en el cielo ni, desde luego, tampoco en el infierno.

Lena no llevaba maquillaje ni joyas y se había cortado descuidadamente el pelo a la altura de los hombros. En su persona no había nada destinado a disimular o a distraer la vista de su volumen y fealdad, y no dio muestras de alegrarse ni entristecerse al verme, sólo de una sombría aceptación. Abrazarle fue como abarcar un barril, y en seguida me aparté para estrechar casi con alivio la mano de su marido, que daba la impresión de ser un tronco de leña, seca, pesada, muerta al tacto.

Clyde es alto, de caderas anchas en forma de pera, nuez gruesa y puntiaguda y pecho y hombros estrechos, por lo que su cuerpo parece formado con la mitad inferior de un hombre gordo y el tronco de un hombre delgado unidos por la cintura. El aspecto de Clyde también me sorprendió, porque ahora parecía diez años mayor que Wade, cuando ambos eran de la misma edad. Tenía los rasgos contraídos y tensos, arrugados en torno a los ojos azules y la boca plana de labios rojos.

—Hola, Rolfe —me dijo—. Está bien que hayas venido ahora, íbamos a empezar a rezar. ¿Quieres decir una oración con nosotros, Rolfe?

Sus ojos ardientes se fijaron en los míos y yo miré a Wade, cuyo rostro sin expresión parecía decir «Imposible ayudarte, compañero, arréglatelas solo», y luego a Margie, que desvió bruscamente la vista, como avergonzada.

—Bueno —contesté—, acabo de llegar. Dentro de un momento, ¿te parece?

Traté de sonreír amablemente, pero Clyde no me devolvió la sonrisa. Entonces me acerqué a mi padre y sentí que me alegraba verdaderamente de verlo allí, menudo, silencioso, distraído, como si fuera el único niño en una habitación llena de adultos coléricos.

—Esto es de locos —murmuró Wade.

—¡Wade! —le reprendió severamente Margie.

Cuando abracé a mi padre, el impulso le hizo cabecear como una marioneta y, temeroso, me aparté de él. Wade tenía razón: era de locos.

Clyde ya se había arrodillado, y sus dos hijos siguieron rápidamente su ejemplo como buenos acólitos, como graves ayudantes del rito.

—Señor mío Jesucristo —empezó Clyde, con los ojos enérgicamente cerrados y la cabeza levantada hacia el techo—. ¡Señor mío Jesucristo que estás en los cielos! Nos postramos hoy ante Ti para pedir perdón por nuestros pecados y darte las gracias por Tu bendición y por el inmerecido don de Tu salvación. Te damos las gracias, Señor. ¡Por la vida eterna a Tu lado en los cielos, te damos las gracias, oh, Jesús, Señor de las Huestes Celestiales, que derramaste Tu sangre para que nosotros viviéramos!

—¡Alabado sea Dios! —coreó su hijo en un gemido.

Siguieron la letanía su hija y Lena, que aún estaba arrodillándose, tarea nada fácil

dado su volumen y torpeza de movimientos. Detrás de mí, el reverendo Doughty añadió en voz baja y tímida su alabado sea Dios en tono más contenido, y al volverme le vi arrodillarse a su vez, quizá un tanto a desgana pero obedientemente, por si acaso.

¿Qué debíamos hacer los demás sino seguir su ejemplo? Primero se arrodilló el joven de la funeraria, tal vez más acostumbrado a escenas como aquélla, luego Margie y Gordon LaRiviere, y por último Wade, todos mirando cautelosamente a Clyde, como si dirigiese un juego en el que los despistados tendrían que pagar una prenda. Así que sólo permanecíamos en pie padre y yo.

Por primera vez desde que entré en la casa, las pupilas de padre se centraron y dirigió la mirada a todos los presentes, uno por uno, hasta fijarse en mí. Me encogí de hombros, como diciendo: ¿Por qué no?, me remangué los pantalones tirando de la raya y me puse de rodillas con los demás, esperando que padre hiciese lo mismo.

Movió la cabeza de un lado a otro, despacio: ¿no dando crédito a sus ojos, en desaprobación, molesto? No sabría decirlo. Mientras, Clyde siguió con su plegaria, llena de alabanza y gratitud a Jesucristo por haber intercedido en el orden natural de las cosas librando de la muerte a los pecadores deseosos de entregar su vida a Nuestro Señor. Al rezar, Clyde lanzaba furiosas miradas al techo, como a un acusador, mientras que Lena y sus hijos mantenían los ojos fuertemente cerrados, moviendo los labios sobre un desordenado flujo de palabras inaudibles para los demás. Con las manos cruzadas sobre el pecho, el reverendo Doughty parecía posar para el fotógrafo, y aunque tenía los ojos abiertos no miraba a nada en particular y a todo en general. La cabeza inclinada, los ojos cerrados y las manos convenientemente enlazadas, Gordon LaRiviere tenía el aspecto de quien espera no ser visto por algún conocido. Era evidente que Margie y Wade también se limitaban a seguir los movimientos, nada más, con la cabeza levemente inclinada, los ojos abiertos y un aire reservado, evasivo, que podía significar cualquier cosa. Yo traté de seguir su ejemplo.

Apartándose de nosotros, padre se acercó al fregadero y sacó del armario su botella de Canadian Club. Despacio, se sirvió en un vaso una medida considerable, se dio la vuelta, bebió un trago, dejó el vaso y, cruzándose de brazos, nos observó. Dijo algo, pero no llegué a oírlo por la sonora plegaria de Clyde y los numerosos amén y alabado sea Dios que la acentuaban. Aparte de mí, nadie parecía fijarse en padre. Tenía en los labios una sonrisa afectada que yo recordaba bien, y de pronto me sentí avergonzado de que me viera así, de rodillas, con las manos juntas, en medio de una ferviente oración. Nos vi a todos —a mí, a Wade y a Lena en particular, pero también a los demás— del modo en que padre nos veía, y me encogí y traté de pasar inadvertido, deseando ser invisible, como hacía de niño. Noté cómo iba creciendo su ira, casi podía oler su tufillo gris, como el rescoldo de un fuego eléctrico, cuando volvió a hablar lo bastante alto como para que oyéramos sus palabras.

—No valéis ni un pelo de su cabeza.

La oración prosiguió, no obstante, como si hubiese dicho: «Alabado sea Dios».

Quizá con un poco más de volumen, porque a Clyde le corrían ahora lágrimas por las mejillas, y parecía que a Lena estaba a punto de sucederle lo mismo. El reverendo Doughty había cogido el ritmo, cerrando los ojos, moviendo el cuerpo de un lado a otro y estrujándose las manos en los prolegómenos del fervor, y hasta LaRiviere y el empleado de la funeraria parecían unidos formalmente a la oración. Lancé una mirada a Margie y Wade, pero ambos tenían la cabeza agachada, como esperando que se abriera una trampilla en el suelo.

—¡No valéis ni un puñetero pelo de su cabeza! —repitió padre, aún más fuerte.

Wade se volvió y lo miró, confuso. Frunció el ceño, movió la cabeza con reprobación, como dirigiéndose a un niño revoltoso, y volvió a adoptar su postura devota.

—Te imploramos, Señor —seguía Clyde—, tus hijos te imploran que te dignes mirar a esta mujer, nuestra madre y amiga, oh, Señor, y haz que su ejemplo llegue a nosotros. ¡Que perdure en nosotros, Señor! Sabemos que es demasiado tarde para su salvación, pero que sea un ejemplo para aquellos de nosotros que te han abandonado. ¡Que perdure en nosotros, Señor! Que sus sufrimientos en el infierno, donde ya debe de consumirse, oh, Señor, sirva de advertencia a aquellos de nosotros que aún tienen tiempo. ¡Que su ejemplo perdure en nosotros, que estamos muertos sólo en espíritu y que aún tenemos tiempo de permitir que vengas a nosotros para purificarnos y elevarnos a la vida eterna!

Con la botella y el vaso en la mano, padre se dirigió al cuarto de estar pasando con cuidado por encima de las piernas de los que estaban en medio, se detuvo bruscamente en el umbral y, con una voz que era prácticamente un grito, exclamó:

—¡Ninguno de vosotros vale un puñetero pelo de la cabeza de esa buena mujer!

—¡Padre! —gritó Wade, levantándose. Con cara pálida y voz temblorosa, añadió —: No empieces ahora, padre.

Clyde dejó de rezar pero mantuvo la postura, con los ojos cerrados y las lágrimas corriéndole por las mejillas. Lena y sus hijos también se inmovilizaron, en silencio, esperando. Margie dejó caer las manos a los costados pero siguió de rodillas mientras LaRiviere se incorporaba despacio, seguido del empleado de la funeraria y del reverendo Doughty.

—Quizá sea mejor que me adelante a la iglesia —dijo LaRiviere, dirigiéndose a la puerta.

—Son horas difíciles —sentenció el reverendo Doughty, retrocediendo—. En momentos como éstos se desbordan las emociones.

El empleado de la funeraria asintió con la cabeza y, con expresión conmovida, siguió a LaRiviere hacia la puerta.

—Esperaré en el coche —anunció.

Se marcharon los tres y cerraron la puerta al salir.

Los que quedamos en la cocina ya estábamos de pie. Padre tenía la cara encendida de cólera y empezó a hablar atropelladamente, soltando saliva: un hombre

menudo y furioso que nos escupía con sus palabras igual que había hecho años atrás, cuando éramos niños y nos aterrorizaba, y allí estábamos ahora Wade, Lena y yo, atemorizados de nuevo como si no hubiéramos salido de la infancia, incluida Margie, según comprendí al mirar su pálido rostro contraído, y hasta Clyde, cuyos ojos al fin se abrieron, y Gerald y Sonny, que se habían colocado detrás de sus padres y atisbaban por encima de sus hombros con los ojos desorbitados y la boca abierta.

—Escucha, padre —dijo Wade, dando un paso hacia él—. Esto no tiene importancia.

Padre puso la botella y el vaso en el suelo, apretó los puños y avanzó unos pasos, adelantando el huesudo rostro como un ariete.

—Vamos, tío listo. Cuéntame por qué no tiene importancia —rezongó—. Dime cuál de vosotros vale un solo pelo de la cabeza cana de esa mujer.

Tenía razón, y yo lo sabía. Y estaba seguro de que Wade y Margie también lo sabían, igual que Lena, Clyde y sus hijos. Nuestra madre *valía* más que nosotros. Porque había sufrido a nuestro padre más que nosotros. Eso era lo que él nos estaba diciendo, y demostrando, además. Sally había soportado su ira mucho después de que nosotros hubiéramos escapado de ella, sufriendola hasta la muerte, y ahora él la mostraba delante de nosotros, su cólera, afirmando que éramos moralmente inferiores a nuestra madre. Su manera de decirlo, en la medida en que era una forma de ira, constituía la prueba de su afirmación.

Avergonzado, agaché la cabeza y retrocedí, esperando que mi ejemplo influyera en los demás, como hacía cuando éramos niños en momentos como aquél. Esa coacción silenciosa la aprendí de mi madre. Hacía años que no la utilizaba.

—Padre, Jesús es más poderoso que cualquier demonio —sentenció Lena, trémula y con un hilo de voz—, y tú tienes un demonio dentro de ti. Entrégate a Jesús y libérate del demonio.

—Alabado sea Dios —musitó Clyde.

—¡Vete a tomar por culo! —gruñó padre.

Lena dio un traspié, como golpeada por la fuerza de sus palabras. Empezó a gimotear, rompió en llanto y su marido la rodeó con los brazos, conduciéndola hacia la puerta. El chico y la chica fueron tras ellos. Nada más cruzar el umbral y pisar el porche se volvieron recelosos a mirar a nuestro padre —un hombre de pequeña estatura, tenso y rojo de ira, de pie en medio de la cocina con los puños apretados—, como si temieran que los persiguiese o fuese a lanzarles uno de sus coléricos demonios.

Pero él no había quitado los ojos de Wade. Con él era con quien quería vérselas. Los demás no le importábamos. Margie puso las manos en los hombros de Wade e intentó atraerle hacia ella, pero él se liberó de su abrazo y dio otro paso hacia nuestro padre. Yo hice el mismo movimiento en dirección contraria.

—Vamos, Wade, márchate —le dije en voz baja.

—Escucha a tu hermano pequeño —dijo padre con su terrible tono de burla—.

«Vamos, Wade, márchate». Gilipollas que sois todos. Ésos son los hijos que tengo, gilipollas y fanáticos de Jesús. «Márchate, Wade». «Alabado sea Dios». «Vamos, márchate». «Alabado sea Dios».

Wade avanzó un paso con los puños apretados y Margie se puso rápidamente delante de él, tratando de hacerle retroceder con una mano y extendiendo hacia padre la otra. Padre apartó su mano de un puñetazo y ella, pálida, abrió la boca de asombro. Wade se abalanzó hacia él, le cogió de las muñecas y lo zarandeó. Margie gritó y Wade soltó a padre, pero ya era demasiado tarde. El viejo se abalanzó contra su hijo y sus puños cayeron sobre los hombros y el cuello de Margie, alcanzando a Wade en los brazos. Me metí en medio y cogí a Wade de los hombros, tratando de separarlo, pero era más fuerte que yo y se soltó de un tirón. Apartó a Margie de un empujón y encerró a padre entre los brazos. Jadeaban furiosamente, lanzándose miradas feroces. Con un abrazo de oso, Wade arrinconó a padre de espaldas contra la pared, empujándolo con el pecho y haciendo rebotar el frágil cuerpo del anciano, súbitamente flácido, contra el muro. Lo soltó y padre se desplomó en el suelo.

Jadeando, Wade se arrodilló como para seguir re2ando. Examinó el rostro del anciano, que le lanzó una mirada colérica como desde el fondo de una cueva.

—Si vuelves a tocarla otra vez —le dijo Wade—, te mataré. Lo juro.

El viejo miró fríamente a su hijo y no respondió.

—Wade, ya no importa —dijo Margie—. No tiene ninguna importancia.

Yo miraba desde el otro lado de la habitación a la mujer y a los dos hombres como si fuesen actores de una obra a medio terminar y yo acabara de entrar en el teatro. El anciano se incorporó despacio, el más joven se levantó, la mujer se volvió y los tres me miraron. El viejo se acercó a la mujer, que ahora estaba en medio de los dos. Jadeaban y estaban sudando. Se miraron, abandonando sus papeles, reencontrándose consigo mismos y reconociéndose mutuamente. Era como si hubiesen estado poseídos. Se sonrieron, tímidamente y casi con alivio. Entonces, los tres miraron en mi dirección, se cogieron de la mano y, lo juro, saludaron con una inclinación. Así lo vi yo. Aplaudí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El empleado de la funeraria abrió la puerta y desde el porche anunció que era hora de ir a la iglesia.

—Muy bien —contestó Wade—. Ya vamos.

Padre miró alrededor, como buscando algo.

—¿Quiere el abrigo? —le preguntó Margie, rodeándole el hombro con el brazo—. Hoy no hace mucho frío.

—No, no —repuso él.

Parecía confuso.

—Pensé..., estaba buscando a Sally —dijo bruscamente, rompiendo a llorar.

—¡Oh, Glenn! —exclamó Margie, abrazando al anciano.

Wade le dio unas palmadas afectuosas en la espalda y me miró, como pensando: «El pobre hijoputa. Se nos olvida que fuera como fuese su vida en común, pese a lo

terrible que podía ser para madre, era lo único que él tenía. El viejo cabrón quizá la quería. Rolfe no tenía motivo para burlarse de él aplaudiendo de esa manera».

Wade se llevó la mano a la mandíbula y se la palpó con suavidad: el dolor de muelas, que se le había calmado un poco desde hacía unos días, le volvía ahora otra vez, zumbando como un avispero agitado.

—¿Tienes una aspirina? —preguntó a Margie.

Ella negó con la cabeza y Wade se agachó al suelo para coger la botella y el vaso de padre. En el vaso aún había un dedo de whisky y se lo bebió.

—Me duele una muela —explicó, dejando la botella y el vaso en la encimera, junto al fregadero.

—¿Cuándo vas a arreglártela? —inquirió Margie.

—En seguida. Pronto. En cuanto tenga medio día libre —contestó, dirigiéndose a la puerta y abriéndola.

Margie condujo despacio a padre hacia la puerta, con cuidado, como si fuera a romperse. Andaba a pequeños pasos y parecía tener miedo a caerse. ¿Cómo podía aquel hombre patético causar tanto daño en una familia?, se preguntó Margie mientras le ayudaba a salir en dirección a Wade. Era débil y se le dominaba con la misma facilidad que a un niño. Había cogido una rabieta, eso era todo, lo que, dadas las circunstancias, era perfectamente comprensible. No había necesidad de maltratarle, de zarandearlo como había hecho Wade, de huir de él como Lena ni de quedarse cruzado de brazos como Rolfe. La asombraba que pareciera asustarlos tanto. Era como si aún se creyesen niños pequeños y por eso siguieran considerándole un hombre fuerte y violento, cuando desde luego, como cualquiera podía ver, él era el niño y ellos, Rolfe, Lena y Wade, los adultos. Y ese número de Rolfe, los aplausos, también era extraño. Y es que, con su estirada forma de ser, Rolfe era todavía más raro que Lena. A Margie le empezaba a caer bien el viejo, incluso le despertaba un instinto protector, aunque no se figuraba por qué.

Glenn Whitehouse cruzó el umbral y se detuvo un momento en el porche, mirando al patio cubierto de nieve. Vio el castillo que los niños habían construido, una ruina bíblica en la nieve. La camioneta de Lena y Clyde había desaparecido, así como los vehículos de LaRiviere y el pastor. El empleado de la funeraria aguardaba frente a la abierta puerta trasera del Buick negro.

—¿Quién va en el coche de la funeraria? —preguntó padre a Wade.

Él no quería ir en el Buick, pero sabía que tenía que hacerlo. Parecía un coche de muerto, y tenía miedo de que si iba en él solo con el conductor de la funeraria, que parecía una momia, no llegara a su destino. No sabía dónde acabaría, pero seguro que no estaría en la iglesia con los demás. Quizá pudieran acompañarle Wade o Margie, o incluso Rolfe, aunque le ponía nervioso cuando estaba a solas con él. Aquel chico le cohibía por alguna razón. Era como si tuviese la obligación de decir algo, como si el muchacho quisiera que le contestase a una pregunta y la primera prueba consistiese en adivinarla. Aquel chico era frío, no como Wade, que siempre estaba cabreado pero

con el que uno sabía el terreno que pisaba, ni como Lena, que podía ser una fanática de Jesús casada con otro chalado de Cristo, pero que tampoco era fría, eso desde luego. Esa mujer tenía sentimientos. Pero Rolfe no. O al menos no parecía tenerlos. Él era el raro, no Wade ni Lena.

—Yo iré contigo, padre —propuse.

Wade asintió y dijo que Margie y él nos seguirían en su coche. Padre y yo subimos en el asiento trasero del Buick y el conductor cerró la puerta y se sentó delante. Padre permaneció en silencio, sin moverse, mirando al frente. Yo quería hacerle una pregunta que me abrasaba las entrañas, pero a fe mía que no podía formularla. Durante el trayecto lo miré varias veces, esperando inspirarme en el perfil de su rostro, pero fue inútil.



EN EL FUNERAL Y EL ENTIERRO no hubo acontecimientos notables, sin duda gracias al anterior estallido de padre y a la reacción de Wade. El reverendo Doughty ofició las exequias con suficiencia y amabilidad, como si celebrara una jubilación. Nadie lloró sobre el ataúd; Wade había insistido en que el funeral se llevara a cabo con el féretro cerrado: «No hay forma de mejorar el aspecto del cadáver de una persona que ha muerto de frío», dijo al empleado de la funeraria, «a menos que se le mantenga en la cámara frigorífica y se celebre allí el funeral. Lo cual es imposible». El de la funeraria aceptó, aunque de mala gana. Habría sido fácil presentar el cadáver de forma bonita: la persona había muerto en paz. Pero bueno, el invierno acababa de empezar. Pronto habría muchos cadáveres de personas muertas de frío mientras dormían, y los parientes no serían tan agresivos como aquél.

Lillian llegó con su marido y Jill poco después de que empezara el funeral, y Wade no los vio hasta que él, Gordon LaRiviere, nuestro cuñado Clyde y yo transportamos el féretro de la iglesia al coche fúnebre. Lillian y su marido, Bob Horner, se sentaron junto al pasillo en la última fila de bancos, colocando entre los dos a Jill, que miraba maravillada el ataúd. Al pasar, Wade saludó con una sombría inclinación de cabeza. Jill no apartó los ojos del féretro. Horner devolvió el saludo, pero Lillian, con los ojos enrojecidos como si hubiera llorado, apretó los labios como enviando un beso a Wade. Mi hermano pareció sorprendido y confuso por el gesto de su exmujer, la miró fijamente y casi tropezó en la puerta de la sacristía.

En el entierro nadie derramó más de unas lágrimas superficiales. Fue en el cementerio de Riverside, en lo alto de la colina, cerca del saliente, donde Elbourne y Charlie estaban enterrados desde hacía veinte años, cuando sus restos fueron enviados de Vietnam. Al pie de las tumbas, una pequeña bandera de los veteranos de guerras extranjeras ondeaba junto a la pequeña lápida de granito azulado donde se leía grabado el nombre y la fecha de nacimiento y muerte de cada muchacho. La sepultura abierta de nuestra madre estaba justo a continuación de la de su primogénito, estremecedoramente oscura y profunda entre el blanco manto de nieve, una rápida entrada a otro mundo sin cabida para la nieve ni el sol.

En un momento dado, cuando el reverendo Doughty dijo su última plegaria bondadosa y adecuadamente ecuménica y al fin se podía bajar el féretro, Wade se apartó de mí, de Margie y de padre y cruzó al otro lado de la fosa, donde estaban Lillian, Jill, Bob Horner y los doce o quince asistentes del pueblo. Al pasar junto a una de las varias coronas de flores facilitadas por la funeraria, arrancó un clavel blanco de tallo largo y se lo ofreció a Jill. Se agachó a su lado, le musitó algo al oído y ella avanzó un paso y depositó la flor sobre el ataúd.

Wade se acercó de nuevo a la corona y cogió otras cuatro flores que repartió entre Lena, padre y yo, quedándose él con una. Hizo una seña con la cabeza a Lena, que siguió el ejemplo de Jill; yo hice lo mismo. Luego dejó él su flor en el féretro.

Todos miramos a padre, que permanecía inmóvil bajo el sol, parpadeando, con la flor delante de él como si fuera a olerla. Fue un momento extraño. De pronto, inesperadamente, sentimos la presencia de madre de una forma que hasta entonces habíamos ignorado o rechazado. Ante nosotros surgió claramente su vida de tristeza y sufrimiento, y durante unos segundos fuimos incapaces de apartar los ojos de su dolor. Habíamos apartado la cabeza y retirado la mirada por muchas razones, pero sobre todo porque los tres creíamos en el fondo que habríamos podido y debido salvarla de la terrible violencia de nuestro padre, de la sempiterna cólera sin la cual parecía incapaz de respirar. Pero, en cierto modo, la visión de aquel anciano encogido que sujetaba la flor con manos temblorosas sin saber qué hacer con ella, quizá sirvió para perdonarnos a nosotros mismos y verlo como ella debió de verlo, es decir, nos permitió quererle, saber que ella le había querido y que ninguno habríamos podido salvarla de él, ni Wade, ni yo ni tampoco Lena, desde luego. Y ni siquiera el propio viejo habría podido evitar la violencia que le había infligido a ella y a nosotros. Si en vida de ella él se hubiera ido un día detrás del establo para pegarse un tiro en la cabeza, dirigiendo sobre sí mismo de un solo golpe brutal toda la violencia que nos había impuesto durante los años que habíamos vivido bajo su techo, no nos habríamos librado de su furor, porque madre le quería, igual que nosotros, y ese golpe brutal también lo habríamos sufrido nosotros. Su violencia y su cólera eran nuestra violencia y nuestra cólera: no había habido forma de salir de ello.

Como si estuviera sentada en el ataúd con los brazos abiertos hacia su marido, nuestra madre fue atrayendo a padre poco a poco hacia adelante. Él se tambaleó un poco, parpadeó para librarse de unas lágrimas, extendió la mano con el clavel, triste e inútil ruego para un perdón imposible, y lo colocó junto a los demás. Luego se retiró, el empleado de la funeraria accionó la palanca, el féretro bajó despacio al fondo de la tumba y nuestra madre desapareció.

Una por una, las personas del pueblo volvieron a las camionetas y coches aparcados más abajo en el sendero y se marcharon, de modo que en el cementerio sólo quedamos los miembros de la familia, incluidos Lillian, Jill, Bob Horner y, por supuesto, Margie Fogg, que rodeaba los hombros de padre con uno de sus grandes brazos.

Wade miró a Jill, sonrió y la abrazó fuertemente. La retuvo unos instantes y la soltó.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo—. ¿Puedes quedarte un rato?

Miró a Lillian esperando respuesta.

Ella dudó, como si deseara quedarse y estuviese pensando en cómo decirlo sin que él lo interpretara mal. Pero luego negó con la cabeza.

Wade aspiró profundamente y contuvo el aliento, sintiendo una opresiva burbuja en el pecho.

—¿Ya no vienes a visitar la tumba de tu padre? —preguntó a Lillian, mirando hacia el saliente.

Ella se volvió y siguió la mirada de él por el repecho.

—No, ya no. Está muy..., demasiado lejos.

Recordaba justo lo que Wade quería que recordase, aquellos domingos de verano por la tarde cuando eran adolescentes recién enamorados y el futuro inacabable se abría lleno de esperanza para los dos solos. Se convertirían en un hombre maravilloso y en una mujer preparada, formarían una espléndida pareja: triunfarían en *todo*, pero especialmente en el amor. Y ahora estaban así y Wade quería que supiese, igual que él, lo que habían perdido en aquellos años y, si era posible, que lo lamentara con él durante un momento. Quizá fuese la última vez que compartirían algo tan tierno y fuerte como el dolor de sus sueños rotos.

Pero Lillian no lo sabía, porque aún ignoraba la existencia del nuevo abogado de Wade, de manera que sólo le ofreció una breve palmadita en el hombro.

—Siento lo de tu madre, Wade —le dijo—. Le tenía afecto y siempre la he compadecido.

Lanzó una mirada severa a padre; Margie lo había obligado a volverse y lo conducía con cuidado colina abajo hacia el coche de Wade.

—Vamos, cariño —dijo Lillian a Jill—. Tenemos que estar de vuelta a las cuatro para tu clase de patinaje sobre hielo.

—¡Estoy dando clases de patinaje sobre hielo, papi! —exclamó Jill, animándose de pronto.

—Estupendo. Patinaje artístico, supongo.

Wade se preguntó dónde demonios podría tomar clases de patinaje artístico allá arriba. En ninguna parte, probablemente.

—Y ballet.

—Fantástico.

Jill le sonrió cariñosamente, lo saludó con la mano y se alejó con su madre y su padrastro, quien, según observó Wade, llevaba un sombrero tirolés nuevo, exactamente igual que el otro.

Wade se quedó solo unos momentos junto a la tumba de madre. Contemplé su oscura silueta de hombros caídos desde el Buick negro, aparcado más abajo, con padre sentado en silencio a mi lado. En aquel instante Wade daba la impresión de estar tremendamente solo. Aún debe estar enamorado de esa mujer, pensé. Qué suplicio debe sentir al enterrar a su madre y ver a la mujer que ama y a su única hija alejarse de él. Me alegré de no tener que sufrir ese dolor.

No resultó extraño que Lena y su familia volvieran a Massachusetts en cuanto terminó el entierro. Yo fui a casa con Wade, Margie y padre porque tenía el coche allí, pero también para tratar algunos asuntos económicos con Wade. Estaba claro que Wade tenía la intención de hacerse cargo de la casa y de padre, pero me resultaba un poco vaga la forma en que iba a afrontar los gastos. Pensé que era mucho mejor hablarlo y aclarar ya esas cuestiones antes de que se acumularan deudas, reales o imaginarias, y resentimientos, justos o injustos.

Dejamos a Margie con padre en la cocina y salimos al porche. Era media tarde pero ya estaba oscureciendo, y sin sol empezaba a hacer cada vez más frío. Había dos palas apoyadas contra la pared del porche, Wade cogió una y me tendió la otra.

—Vamos a desenterrar la camioneta de padre antes de que se hiele la nieve.

Dije que muy bien y le seguí al costado de la casa, donde empezamos a deshacer la capa que casi había enterrado el vehículo. La nieve se había espesado durante el día y estaba dura, comprimida bajo su propio peso; sólo podíamos cortarla en limpios bloques que se esparcían en el aire en sólidos pedazos al lanzarlos con la pala. Era un trabajo que daba un calor agradable y nos resultó fácil hablar, quizá porque ya había pasado la tensión del entierro y podíamos entregarnos a nuestro dolor en privado y en paz.

Wade parecía agradecido por mi interés en sus planes. Pagaría todos los gastos del entierro con una pequeña póliza de seguro que nuestra madre había suscrito años atrás. Había echado un vistazo a la escritura y otros documentos que había encontrado en los cajones de la cómoda de madre y comprobado que la casa no tenía cargas ni hipoteca. De los impuestos no estaba seguro, pero afirmó que al día siguiente pasaría por casa de Alma Pittman para preguntárselo. Me explicó que pensaba vivir en la casa y pagar las reparaciones de su bolsillo, además de la contribución y los seguros, y que cuando padre muriese, que a su juicio podía ser al día siguiente o al cabo de veinte años, probablemente nos compraría nuestra parte a Lena y a mí, después de haberla tasado debidamente, claro está. Le dije que ese arreglo me parecía muy bien y que estaba seguro de que Lena diría lo mismo. Padre recibía su paga de la seguridad social, algo más de quinientos dólares mensuales, lo que en opinión de Wade cubriría con creces sus gastos de comida y bebida. Todo parecía sensato e incluso natural.

—¿Y qué me dices de Margie? —le pregunté.

—¿Qué quieres que te diga?

Habíamos dejado de trabajar un momento y estábamos frente a frente, apoyados en los mangos de las palas.

—Bueno, pensáis casaros, ¿no?

—Sí —contestó, añadiendo que aún no habían fijado la fecha. Mientras tanto vivirían juntos—. Probablemente se despedirá del trabajo y se quedará en casa con padre. Si le dejamos solo, lo mismo prende fuego a la casa. Y por supuesto Jill pasará mucho tiempo aquí, así que estará bien que Margie se quede en casa. A propósito, las cosas van a cambiar —anunció, informándome brevemente de sus maniobras jurídicas—. El sábado tengo cita con mi abogado en Concord, y después se va a armar un buen lío durante un tiempo. Pero vale la pena, coño.

Entonces suspiró, como si en realidad *no* valiese la pena, y reanudamos el trabajo.

No tardamos mucho en liberar la camioneta de la nieve y trasladarla a la parte ya limpia para despejar aquella zona. Luego Wade sugirió que despejáramos el resto del camino hasta el establo, para poder meter dentro la camioneta de padre y dejarla allí

hasta la primavera.

—O para siempre. No quiero que ese cabrón conduzca borracho, y ahora siempre lo está, así que será mejor poner el puñetero cacharro en el establo, a cubierto de la nieve, vaciar el depósito y esconder las llaves.

Por la parte delantera el establo seguía más o menos intacto, aunque estaba al aire por detrás, donde se había derrumbado el techo y donde años atrás papá, Wade y Charlie habían arrancado las tablas en el efímero intento de cerrar parcialmente la estructura. Cuando terminamos de despejar el camino desde la entrada de la casa hasta el portón abierto del establo, Wade subió a la camioneta de padre y la llevó dentro. Ya era de noche y el esquelético interior, iluminado por los faros, parecía los bastidores de un teatro abandonado mucho tiempo atrás.

Fui andando detrás de la camioneta y al entrar en el cobertizo, donde la luz se reflejaba y se deslizaba entre el pajar y las vigas, me encontré de pronto al resguardo del viento invernal y de la oscuridad, sorprendentemente cómodo; sentí deseos de quedarme, de establecer mi hogar entre las ruinas y la putrefacción del viejo edificio; el establo, decrepito y desmoronado, me gustaba más que la casa.

Wade dejó el motor en marcha durante unos momentos, como si él también se sintiera reacio a romper el hechizo de las luces y el extraño interior del cobertizo. Se bajó, se puso a mi lado y los dos miramos al techo, al viejo pajar, a las vigas y maderas de la parte de atrás y al oscuro cielo abierto. El edificio desprendía cierta intimidad familiar, casi se olían las vacas y otros animales allí albergados en otro tiempo. Pero también había un misterio, como si en aquel recinto se hubiese cometido un crimen impune.

Ronroneaba quedamente la vieja camioneta roja de padre, un Ford de suelo de tablas, con el chasis y los guardabarros roñosos, mientras Wade y yo recorríamos en cuidadoso silencio las zonas de luz, tocando la astillada madera sin pintar de las paredes, como buscando pistas. Wade encendió un cigarrillo, se detuvo y, de espaldas a mí, miró por la pared abierta al campo lleno de matorrales. Los faros de la camioneta enviaban por la nieve un aluvión de pálida luz que llegaba a los lejanos bosques. Más allá, a la izquierda, el paisaje se elevaba bruscamente hacia Parker Mountain y descendía a la derecha hacia la cordillera de Saddleback. La vieja granja se encontraba en medio y en épocas pasadas, cuando el terreno estaba despejado de árboles, debía de ofrecer una vista espléndida. Había más de cuarenta hectáreas de monte alto, cubierto de matojos y árboles, que primero pertenecieron a tío Elbourne, luego a padre y ahora, en cierto sentido, pertenecían a Wade. La oscura colina y los bosques me estremecían profundamente, de una forma que no podía definir, y Wade debía de sentir lo mismo, porque seguimos mirando en silencio más allá de las ruinas del cobertizo.

—Wade —le dije—, lo de las flores en el cementerio ha sido un bonito gesto.

—Sí, bueno, parecía que... había que hacer algo. Ya sabes. Por madre.

—Me preguntaba..., quería saber si has sentido lo mismo que yo cuando hemos

puesto las flores sobre el ataúd.

—¿Qué quieres decir?

—Pues ha sido como si ella permaneciera un minuto más entre nosotros, para darnos una especie de mensaje. Sobre padre. Para que cuidáramos de él, quizá.

Aquello no salía bien: Wade y yo éramos incapaces de hablar de las cosas que más nos afectaban. Sin embargo, era importante intentarlo.

—Cuidar de padre, ¿eh? ¿Tú quieres ocuparte de él? Por mí, encantado. Supongo que lo que estoy haciendo por él es lo que madre hubiera querido, pero si sólo dependiese de mí llevaría a ese cabrón ahí detrás y le pegaría un tiro. No lo digo en broma.

—Bueno, de todos modos lo de las flores ha sido un bonito gesto.

—Gracias —repuso, aún dándome la espalda.

De nuevo guardamos silencio, esta vez más tiempo, y al fin me volví hacia la camioneta y sugerí que regresáramos a casa.

—Todavía no, quiero consumir la poca gasolina que queda en el depósito. Ve tú, si quieres. Yo tengo que quedarme hasta que se pare el motor; si no, se gastará la batería. Pero creo que debería apagar los faros —dijo, aunque estaba claro que no quería hacerlo—. Junto a la puerta hay un quinqué de petróleo que he visto al entrar, hace un momento. ¿Quieres encenderlo?

Así lo hice, mientras él subía a la cabina y apagaba los faros; entonces una tenue y pálida luz amarillenta llenó el cavernoso espacio. El motor seguía traqueteando y tuve la sensación de que íbamos en un barco, navegando de noche rumbo al norte por un mar frío con el viento de cara.

No sé de dónde me vino la idea, pero de pronto recordé la muerte de Evan Twombly y pregunté a Wade si había tenido alguna noticia en los últimos días.

Dijo que no; parecía extrañamente reacio a hablar de ello, como si le molestara su anterior interés obsesivo por el tema.

—Supongo que fue un accidente, como todo el mundo cree.

—Como todo el mundo *quiere* creer, querrás decir.

—Sí. Bueno, supongo que sí. Pero no me hagas empezar con eso otra vez. No va a ninguna parte, y siempre que me pongo a pensarlo me vuelvo loco, como un perro que se rasca inútilmente para quitarse una pulga. Me siento mejor si lo dejo estar.

—¿Quieres saber lo que creo que pasó?

Primero dijo que no, luego que sí, se acercó a la puerta derecha de la camioneta, la abrió y tanteó a oscuras en la guantera. Yo me había sentado en la parte trasera y cuando volvió y se puso a mi lado, vi que traía una botella casi entera de Canadian Club.

—Me las encuentro por toda la puñetera casa. —Desenroscó el tapón, olió el contenido y bebió un trago—. En el sótano, en el desván, debajo del lavabo. No sabía que estuviera tan mal.

Empezó a pasarme la botella, pero la retiró en seguida.

—Disculpa —dijo.

—Wade, creo que tu primera reacción a la muerte de Twombley fue la adecuada.

—¿Cuál?

—Que no fue un accidente.

—Entonces, ¿quién le disparó?

—Pues tu amigo, me parece. Jack Hewitt.

—El motivo, Rolfe. Has de tener un motivo.

—¿El de Jack? Dinero.

—De acuerdo. Dinero. Jack siempre necesita dinero y tiene grandes ideas sobre la vida desde que se hizo popular jugando al béisbol. Pero vamos a ver, ¿quién demonios ofrecería pasta a Jack para eso? Para cargarse a un tío.

—Muy sencillo. ¿Quién se beneficiaría de la súbita muerte de Twombley?

—Pues el hampa, supongo. La mafia, la *cosa nostra* o como coño lo llamen ahora. Pero esos tipos no necesitan contratar a un palurdo del campo. Tienen gente para eso, individuos con mucha experiencia. Especialistas.

—En efecto. No tratarían con una persona como Jack. Lo sé. ¿A quién más le beneficiaría su muerte?

—No sé, Rolfe. Dímelo.

—Muy bien, lo haré. Es probable que haya gente que no quiera que Twombley testifique en Washington sobre las relaciones entre el sindicato y el crimen organizado. Twombley era el presidente, pero su yerno es vicepresidente y tesorero y probablemente sea el próximo presidente. Lo he visto en la prensa. ¿Cómo se llama?, ¿Mel Gordon?

—Gordon, sí. El tipo del BMW de que te hablé. Te lo he contado, ¿no?

—Sí. Bueno, escucha, mi teoría es la siguiente. Es muy posible, incluso probable, que Twombley desconociese las relaciones entre el sindicato y el hampa, operaciones de blanqueo de capital, digamos, en las que transferían al fondo de pensiones dinero procedente de Las Vegas o de drogas para luego invertirlo a su vez en negocios inmobiliarios, por ejemplo, o qué demonios, en alguna mutualidad. Inversiones sensatas y perfectamente legales. Que podrían realizarse sin su conocimiento. Hasta que, alertado por la investigación federal, empieza a meter la nariz en el asunto.

Wade bebió otro trago y dejó la botella en la plataforma de la camioneta.

—Me duele la muela —dijo, mirándose.

Encendió un cigarrillo y miró por el portón abierto a la parte de atrás de la casa. Por la ventana de la cocina veíamos de vez en cuando a Margie, que iba del fregadero al fogón.

—Así que crees que Mel Gordon quería quitarlo de en medio, pero sin que se notara la mano de un profesional —resumió Wade—. Porque eso únicamente demostraría la existencia de relaciones con la mafia y haría que los hechos se investigasen más a fondo.

—Exactamente. Y un accidente de caza sería perfecto.

—Sí. Supongo que sí. Pero es cierto, ¿sabes? Si a un chaval como Jack se le enseña suficiente dinero, puede que haga algo así. Y desde luego es la forma más fácil del mundo de asesinar a alguien impunemente. Coño, en este estado pegas un tiro en el bosque a alguien y mientras digas que fue un accidente sólo te pondrán cincuenta dólares de multa y te retirarán la licencia por el resto de la temporada. ¡Ese cabrón de Jack! Probablemente dijo que ese tipo se había pegado un tiro, en vez de confesar que fue a él a quien se le escapó el tiro, porque era el primer día de la temporada y aún no había cobrado su ciervo y no quería perder la licencia.

—Eso y su reputación de guía.

—No sé, Rolfe. Todo eso me parece demasiado evidente —dijo Wade, riendo un poco. Luego se puso serio y añadió—: En la vida las cosas nunca son tan claras.

—Algunas sí.

—Sólo en los libros.

Sabía que era una crítica hacia mí, el libresco, como diría Wade, el que no sabía nada de la realidad, el ámbito en que él se consideraba experto. Podría no haber ido a la universidad, como le gustaba decir, pero había estado en el ejército, era policía y había visto cosas de la naturaleza humana que me sorprenderían. En cambio, a su juicio, yo había llevado una vida privilegiada, había estado protegido, y por tanto era un ignorante en ese tema.

—Eso es lo que pasó —afirmé—. Y no porque parezca tan simple, sino a pesar de ello. Y sé que estás de acuerdo conmigo.

Se levantó, se dirigió al portón y miró a la carretera, más allá del camino y de la casa.

—Estás tratando de volverme loco con esto, Rolfe. Me cabrea tanto pensar que Jack disparó al tal Twombly y que Mel Gordon le pagó para que matara a su propio suegro, ¡el padre de su mujer, por Dios!; me cabrea tanto, que no puedo soportarlo. Me dan ganas de ponerme a dar golpes a cualquier cosa hasta que se me pase. Y tú te quedas ahí sentado, contándomelo como si nada, no sé cómo coño te las arreglas. ¿Es que no te cabrea?

—No. No especialmente.

—Pues a mí me vuelve loco. ¡Y no puedo hacer nada, joder! El chico mata a ese tipo, Mel Gordon hace asesinar a su propio suegro y ahí se acaba todo. No se *castiga* a nadie. No hay derecho.

—A ti no te importa eso, ¿verdad? —le dije—. Lo del castigo.

—¡Pues claro que sí! ¡Lo justo es lo justo, maldita sea! ¿Es que a ti no te preocupa lo que es justo?

—No. Cuando no tiene nada que ver conmigo, no. Lo único que me preocupa es lo que pasó en realidad. Cuál es la verdad. Estudio historia, recuérdalo.

—Sí, lo recuerdo.

Guardamos silencio unos momentos. Wade volvió a sentarse a mi lado en la plataforma y bebió otro trago de whisky. La camioneta trepidó y luego el motor



carraspeó y se paró.

—Se acabó la gasolina —anunció Wade en voz baja. Se levantó, desconectó el encendido y volvió. Con aire desanimado, añadió—: Vamos dentro.

—Yo tendría que marcharme a casa ya. Es un viaje largo y mañana tengo clase.

—¿No vienes a despedirte de padre?

Alzó el tubo del quinqué y sopló la llama, sumiéndonos en la oscuridad.

—¿Crees que se enterará, tanto si le digo adiós como si no?

—No.

—Entonces, no lo haré.

Le dije que Margie me caía bien, era muy atractiva y parecía amable, y le sugerí que la trajera cuando volviera a visitarme. Dijo que así lo haría, me estrechó la mano y me fui al coche solo. Desde la carretera, mientras esperaba a que se calentara el motor, vi a Wade subir al porche y entrar en la casa, y cuando la puerta se cerró, no sabía que era la última vez que veía a mi hermano.

Durante el largo viaje a casa reviví la escena espectralmente iluminada del establo y me sentí un tanto inquieto y vagamente culpable, como si hubiese actuado mal en alguna situación importante. Era como si me hubiese atribuido un papel que no me correspondía, que le venía mejor a Wade, y al apropiármelo le hubiera hecho confundirse de diálogo e intenciones, cambiando sus propósitos e influyendo así en sus acciones en detrimento de la propia representación. El que yo teorizara con tanta seguridad sobre la causa de la muerte de Twombly era una especie de usurpación, y aunque entonces no lo comprendí, al reavivar su relación con los hechos colocándola en un punto central, impulsaba a Wade a emprender la investigación en una dirección que nunca debió haber tomado.

Ahora lo sé, claro está, al volver la vista atrás. Pero en noviembre, el día que enterramos a nuestra madre y la noche que sacamos de la nieve la camioneta de padre para meterla en el viejo establo ruinoso, debí de tener la misma obsesión de Wade por la muerte de Twombly y el mismo deseo de que castigaran por su asesinato a Jack Hewitt y Mel Gordon, dos hombres a quienes no conocía. Yo no podía adivinar lo que Wade haría con mi teoría, sumamente arriesgada —digámoslo claramente: una hipótesis basada en la intuición y en unas pruebas de lo más tenues, apenas reforzadas por mi presunto conocimiento de cómo funcionaban los grandes sindicatos—, pero sí estaba seguro de que aceptaría mi versión de los hechos, que para él se convertiría en la verdad, y que daría a esa certeza un alcance y una intensidad emocional que a mí se me escapaban.

Aquella noche Wade durmió mal, flotando entre sueños oscuros y fantasías apenas conscientes, y se despertó deprimido, de mal humor y con prisa por ir al trabajo. Dirigió el tráfico frente al colegio con impaciencia y miradas coléricas a todo el que veía, niños incluidos. Era un día soleado, sin nubes y relativamente cálido, pero Wade mantenía la cabeza baja y los hombros encogidos, como golpeado por el viento del nordeste. Cuando llegó al taller de LaRiviere, en su mente sólo había una

idea fija: ¿qué relación tenía LaRiviere con el asesinato de Evan Twombly?

Mientras que antes de nuestra conversación en el establo había considerado con cierta confusión y gratitud la desusada benevolencia y súbita generosidad de LaRiviere, ahora veía con abierta sospecha la actitud de su jefe. El hecho de que LaRiviere le ofreciera un sueldo fijo en la oficina y su presencia un tanto obsequiosa en la casa antes del funeral, además de su sorprendente ofrecimiento para ser la cuarta persona que llevara el féretro, cuando después de ser su jefe durante veinte años ni siquiera conocía el nombre de pila de nuestra madre, todo eso le pareció a Wade en su momento simplemente extraño, pero típico en cierto modo: LaRiviere siempre le había parecido raro. Sin embargo, nuestra conversación en el establo había creado en Wade un orden nuevo, por decirlo así, un sistema microcósmico en el que todos los elementos debían encajar, en especial las partes confusas e incoherentes, lo inexplicable, y exactamente así calificaba mi hermano el reciente comportamiento de LaRiviere. Una mera simetría, un orden menudo que se observa, situados como una caja negra en una vida turbulenta o afligida, pueden imposibilitar de pronto la gran tolerancia al caos a que se está acostumbrado.

Al entrar en el taller, Wade vio a Jack y a Jimmy Dame preparados para salir con el equipo de perforación y la tubería de acero limpios y relucientes como sin estrenar, recién salidos del anuncio de una publicación especializada. Jimmy pasaba un trapo por la parte delantera del camión, restregándolo para quitar manchas de polvo reales e imaginarias, mientras Jack, sentado en la cabina, fumaba un cigarrillo y leía la página deportiva del *Manchester Union-Leader*.

—¡Apaga ese puñetero cigarrillo! —gritó LaRiviere desde la puerta de la oficina, con el rostro hinchado y enrojecido como un sapo iracundo.

Jack hizo una mueca, dio una última y profunda calada y, despacio, alargó la mano hacia el cenicero del salpicadero.

—¡Ahí no, gilipollas! ¡Tíralo al retrete!

Jack bajó de un salto del camión, vio a Wade parado en el umbral y, con aire inexpresivo, cruzó la oficina en dirección al lavabo. Wade pensó: «Ésta es una pequeña comedia bien representada en la que todo es normal, la locura habitual de LaRiviere, la desabrida respuesta de Jack, que probablemente está medio resacoso, o al menos eso trata de hacerme creer; los dos con sus hábitos de siempre para que crea que no pasa nada raro». Se los imaginaba preparándose en secreto antes de que él llegara: LaRiviere sorprendería fumando a Jack justo cuando Wade entrara por la puerta, y Jack respondería con su agria obediencia de siempre.

Wade estaba seguro de que LaRiviere había participado de algún modo en el asesinato de Evan Twombly. Tenía que ser así: en primer lugar, era el que había contratado a Jack como guía, y había recomendado a Twombly que fuese a cazar a sus terrenos de Parker Mountain, invitándole a utilizar su cabaña si quería, y cuando Wade le contó que Twombly se había pegado un tiro, LaRiviere se comportó de una manera extraña, haciendo que Wade le llevara a la montaña a toda velocidad y

pareciendo casi aliviado al oír la versión de los hechos de la policía del estado. Por un momento acarició la idea de que Asa Brown, el capitán de policía, también estaba implicado, pero luego la desechó: sólo lo pensó porque personalmente no le gustaba Asa Brown y deseaba que tuviera algo que ver en el asunto.

Con LaRiviere y Jack le resultaba más difícil: en cierto modo quería a LaRiviere, había trabajado con él desde el bachillerato, menos cuando estuvo en el ejército, y a veces le había considerado como la clase de padre que le gustaría haber tenido; a Jack lo veía casi como a un hermano pequeño, se parecía mucho a él con veinte años menos: un muchacho listo y bien parecido, un tanto descarado en el trato, quizá obligado a vivir en un pueblo pequeño pero capaz de sacar el mayor partido posible de la situación. No, no deseaba que LaRiviere y Jack estuvieran mezclados en aquel lamentable asunto, y al verlos, el uno rabiando por la limpieza y las colillas y el otro tirando el cigarrillo al retrete como quien arroja una moneda a una fuente, sentía una especie de pena, una turbulenta mezcla de abandono, rabia y culpa. Hacia Asa Brown, sin embargo, lo único que sentía era ese resentimiento demasiado familiar y un tanto frío que las personas inseguras experimentan ante aquellos que las humillan. Imposible que Asa Brown tuviera algo que ver en el asunto de Twombly.

—Buenos días, Gordon —dijo Wade a LaRiviere, dirigiéndose a su taquilla para colgar la gorra y el chaquetón.

LaRiviere sonrió ampliamente, le saludó con la mano y entró en su despacho.

Cuando Wade cogió el cuaderno y las hojas de inventario, preparándose para seguir contando llaves inglesas y accesorios, Jack pasó por su lado y anunció:

—¡Me largo de aquí, coño!

—¿Vas a Catamount?

—No, me refiero a este jodido trabajo. Es deprimente. Trabajar en invierno a la intemperie es deprimente. Me largo de aquí.

Se dirigió al camión con paso airoso y volvió a subir a la cabina, donde Jimmy le esperaba en el asiento del conductor. Bajó la ventanilla y gritó a Wade:

—Abre la puerta del garaje, ¿quieres?

En lugar de abrirla, Wade se acercó despacio al camión y, en tono suave y voz queda, preguntó a Jack:

—Si tienes tantas ganas de marcharte, ¿por qué no te vas ya, Jack?

—Wade, abre la puerta, anda —repuso Jack, recostándose en el asiento—. Ya vamos tarde y Gordon está que trina.

—No, no, lo digo en serio. ¿Por qué no dejas el trabajo?

Ahora tienes dinero suficiente, ¿no? Vete a California, hombre. Lárgate ya. Allí se hace surf, Jack, pero tú estás aquí, perforando pozos bajo la nieve.

—¿Qué dices de que tengo dinero suficiente? Estoy tan sin blanca como tú.

Wade esbozó una amplia sonrisa, volvió tranquilamente a la oficina y accionó el interruptor para abrir la puerta, que resonó al levantarse hasta desaparecer por arriba. Cuando el camión salía del garaje, Jack sacó la cabeza por la ventanilla y gritó a

Wade:

—¡Estás chalado, sabes! ¡Como una puñetera chiva!

—¡Como un zorro! —aulló Wade mientras el camión salía pesadamente del aparcamiento a la carretera.

Iba a accionar de nuevo el interruptor cuando vio que el familiar BMW negro se desviaba de la carretera y entraba en el aparcamiento. Cuando el camión pasó frente a él en la otra dirección, el BMW se detuvo. El camión paró, Jack volvió a bajar la ventanilla y Wade le vio cambiar unas palabras con el conductor del coche negro, que reanudó la marcha a continuación.

Wade permaneció junto a la puerta del garaje y vio a Mel Gordon aparcar el coche frente a la oficina y dirigirse a paso vivo hacia la puerta, donde lo vio y le reconoció.

Sus miradas se encontraron y luego (de forma significativa, pensó Wade) apartó la vista y pasó delante de él. Wade se volvió y le siguió con la mirada mientras se encaminaba derecho a la oficina. La puerta se abrió un momento y Wade vio a Elaine Bernier, sentada tras su escritorio, saludar a Mel Gordon con una sonrisa encantada.

—¡Míster Gordon! —exclamó.

—¿Está el jefe? —preguntó él en tono jovial.

—¡Sí, naturalmente!

Mel Gordon se volvió a cerrar la puerta, vio la mirada de odio en los ojos de Wade, se la devolvió y cerró de un portazo.

Con una sonrisa y un silbido, Wade pulsó el botón y la puerta del garaje descendió suavemente hasta chocar con el suelo de cemento. Tenía calor en el pecho, una sensación de extraño regocijo, igual que cuando descubrió a Lillian con su amante en Concord. El mundo estaba lleno de secretos, conspiraciones y mentiras, maquinaciones e intrigas perversas, complejas supercherías, y el hecho de conocerlas —ahora las conocía todas— le llenaba el corazón de una inefable alegría.

A MEDIA MAÑANA se cubrió el cielo y luego empezó a nevar otra vez: copos grandes, como pedacitos de papel, que fueron reduciéndose de tamaño a medida que avanzaba el frente y descendía la temperatura. Wade seguía haciendo inventario, contando y enumerando accesorios, tubería, herramientas y equipo en escrupuloso orden; era un trabajo aburrido y fastidioso, en su mayor parte ejecutado en cuclillas frente a barriles de madera medio llenos de piezas de cobre, codos galvanizados de noventa grados o válvulas de bronce. Pero hacía calor en el taller, que estaba bien iluminado y, por supuesto, inmaculadamente limpio, y Wade prefería con mucho estar allí que en Catamount, perforando un pozo en un terreno casi helado, que era exactamente lo que habría estado haciendo si LaRiviere no hubiera mostrado aquel repentino y todavía confuso cambio de actitud hacia él.

Más o menos cada hora se encerraba a fumar un cigarrillo en el lavabo, del tamaño de un armario empotrado, y en una de esas pausas fue evidentemente cuando Mel Gordon, una vez concluidos sus asuntos con LaRiviere, se había marchado de la oficina: cuando Wade salió al aparcamiento para coger el coche y marcharse a comer al restaurante de Wickham, el BMW había desaparecido y sus huellas se habían borrado.

Subió al coche y giró la llave de contacto, pensando en aquel momento sobre todo en su muela —prometiéndose de nuevo a sí mismo que tenía que arreglársela de una puñetera vez, que se la barrenaran, arrancaran o lo que hiciese falta, porque aquello era ridículo, por Dios, un hombre maduro que andaba por ahí con un eterno dolor de muelas en la era de la odontología moderna—, cuando se dio cuenta de que el coche no respondía. Volvió a girar la llave, oyó un tenue chasquido y luego nada, sólo el repiqueteo de la nieve sobre el techo y el capó.

Detestaba aquel coche. Lo odiaba. Era policía y tenía que estar de servicio las veinticuatro horas del día, pero dependía de un Fairlane de hacía ocho años que funcionaba mal, tenía el manguito del eje gastado, traqueteaba continuamente y ahora, estaba seguro, con el motor de arranque averiado.

La nueva Dodge con tracción a las cuatro ruedas de LaRiviere estaba junto a su coche, y decidió cogerla: qué coño, ¿por qué no? Que le demuestre hasta dónde puede llegar. Hay que tirarle de la cadena, agitarle la jaula, zarandearlo un poco.

Salió del coche y, al coger el tirador de la puerta del vehículo de LaRiviere, vio el lema de LO NUESTRO ES IR AL HOYO y, como si estuviera programado, los viejos hábitos tomaron la iniciativa y se encontró caminando hacia la oficina para pedir a LaRiviere permiso para utilizar la camioneta.

Le explicó lo del motor de arranque, ya le venía dando problemas desde hacía un mes, pero antes de que pudiera ir al grano y pedírsela, LaRiviere le lanzó las llaves.

—Coge mi camioneta. Yo utilizaré el coche del ayuntamiento. De todos modos hay que usarlo de vez en cuando. Te diré lo que deberías hacer: que Chub Merritt

venga esta tarde con la grúa y se lleve tu cacharro y tú utilizas la camioneta hasta que te lo arregle. ¿Has pensado alguna vez en comprarte un coche nuevo, Wade? — preguntó súbitamente, mirándole con los ojos entrecerrados desde el otro lado de la mesa, tamborileando con los dedos como si enviara mensajes a través de la madera.

—¿Con lo que me pagas?

LaRiviere ignoró la observación. Pulsó el interfono y aulló.

—¡Elaine! Llama a Chub Merritt y dile que venga con la grúa a llevarse el coche de Wade y que compruebe el motor de arranque.

—¿Cómo? —se le oyó responder a ella en voz alta y aguda, en un tono que más indicaba incredulidad que dificultad en haberle entendido.

LaRiviere repitió la orden y añadió que Chub enviase la factura a la compañía.

—Considéralo gastos de la empresa, Wade. Mejor aún, se lo cobraré al ayuntamiento. Lo cargaremos a cuenta del presupuesto de policía. ¿Has pensado alguna vez en comprar un coche nuevo, Wade? Eres el agente municipal, ¿sabes?, y el policía del pueblo debe tener un buen vehículo, ¿no te parece?

—Claro.

—Quizá podamos incluirlo en el presupuesto en la próxima reunión municipal, un coche nuevo para Wade Whitehouse. Cógete uno de tamaño natural, un Olds o algo así, un Bronco, nada de esos pequeños utilitarios que hace el cabrón de Lee Lacocca. Ese tipo me pone enfermo, ¿sabes? —prosiguió, moviéndose en la silla giratoria y poniendo los pies encima de la mesa—. Primero se arruina, luego hace que los contribuyentes le paguen la fianza y después aparece como si fuera el Capitán Capitalismo, como si se presentara a la Presidencia. Él y ese Donald Trump. Cabrones que comen del pesebre público y, cuando se hacen ricos a costa de eso, se vuelven republicanos. Siempre me ha gustado que seas demócrata, Wade. Como yo —añadió con una amplia sonrisa y un aspecto que, a ojos de Wade, se parecía mucho al del propio Lee Lacocca—. Es bueno hablar de política de vez en cuando. Así que ¿qué dices, quieres un coche nuevo o no?

—Pues claro que sí. ¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Nada que no estés haciendo ahora, Wade. Últimamente he estado pensando que no se te valora lo suficiente, y ya es hora de que cambiemos un poco las cosas, eso es todo.

—Esta mañana he visto a Mel Gordon por aquí —dijo Wade.

—¿Y qué?

—¿Ha dicho algo sobre la citación que le entregué? Que intenté entregarle, en realidad. El hijoputa no la cogió.

LaRiviere suspiró y frunció el ceño con gran preocupación.

—Eso no fue de muy buen gusto, Wade, presentarte allí justo después de que su suegro se matara de un tiro. Dejémoslo estar, ¿vale? Considéralo un favor que me haces.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Mel tiene algunos negocios conmigo. Es bueno hacer favores a tus socios. Además, ese día estaba completamente descompuesto. Llevaba prisa y, según tengo entendido, tú tenías parado a todo el mundo frente al colegio. No tiene importancia, Wade.

Wade sacó un cigarrillo y le dio unos golpecitos por el extremo contra el cristal del reloj.

—Fue antes de la muerte de Twombly.

—No enciendas eso aquí. Soy alérgico.

—No pienso hacerlo. ¿No fue antes de que pudiera enterarse de lo de Twombly?

—¡Qué más da, coño! Déjalo ya, ¿quieres, Wade? Trata de ser sensato, por amor de Dios. —Se removió en la silla, bajó las piernas de la mesa y cogió un lápiz, como para seguir trabajando—. Mira, coge mi camioneta, diviértete y deja de preocuparte por Mel Gordon, ¿vale?

Sonrió. Fin de la entrevista.

Wade dijo que de acuerdo y se volvió para marcharse. Cuando llegó a la puerta, LaRiviere, de improviso y en tono quedo, preguntó:

—¿Qué hay de la casa de tus padres, Wade? ¿Qué piensas hacer con ella?

—¿Estás interesado?

—Podría ser.

—¿Tú y Mel Gordon?

—Quizá.

—¿Y por qué no podría yo quedarme con la casa para venderla directamente? ¿Por qué tenéis que ser vosotros los que ganéis dinero? De todos modos, no puedo vendértela. La necesito, y mi padre también.

—Muy bien, de acuerdo. Sólo era una pregunta.

—Entiendo. Sólo una pregunta.

Wade se puso el cigarrillo en los labios y sacó un mechero Bic del bolsillo.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó LaRiviere, haciéndole gestos con las manos.

Wade sonrió, cerró la puerta y se marchó de la oficina.

No encendió el cigarrillo hasta estacionar la camioneta de LaRiviere en el aparcamiento de Wickham y observar, con la habitual irritación, el rótulo de neón de Nick: COCINA DE CASA. Se quedó sentado, mirando sobre el apilado montón de nieve al letrero colgado del tejado bajo del restaurante, que hacía resaltar de brillante color rosado de las letras entre la nevada. Aspiró profundamente, el humo le llegó al fondo de los pulmones y de pronto comprendió: ¡el hijoputa de LaRiviere *estaba* metido en el asunto, después de todo! ¡*Todos* están en ello! LaRiviere, Mel Gordon, Jack..., todos. Mel Gordon tenía negocios inmobiliarios con LaRiviere, y probablemente utilizaban fondos del sindicato para adquirir todas las propiedades desocupadas de la zona por Dios sabía cuánto, ya que por la mayoría de ellas apenas valía la pena pagar impuestos, y entonces Twombly lo descubrió y se sirvieron de Jack para quitarlo de en medio.

Sentado en la camioneta, fumando, repasó el asunto varias veces, ordenando las conexiones, aislando los elementos que no encajaban, tratando de separar lo que sabía de lo que ignoraba. Desconocía: a) los vínculos económicos exactos que unían a Mel Gordon y LaRiviere, pero estaba seguro de que se trataba de fondos del sindicato y tal vez de dinero procedente del crimen organizado; b) por qué querría alguien comprar todas las propiedades desocupadas y las viejas granjas del pueblo y de la parte de Saddleback y Parker Mountain, cuando nadie las quería desde hacía generaciones; c) por qué le preocupaba tanto quién mató a Twombly, por qué aquel asunto le enfadaba tanto que el corazón le latía con fuerza y todo su ser se llenaba de rabia hasta el punto de querer pelearse con alguien.

Empezó a tener una ensoñación, una imagen de sí mismo avanzando con los puños levantados, agachándose para esquivar un golpe, lanzando los puños hacia el cuerpo y el rostro de una persona que no tenía cara ni sexo siquiera. Nada más una persona, sólo alguien golpeado por Wade Whitehouse.

A partir de ese día Margie ya no trabajaría de día en el restaurante de Wickham; se quedaría en casa cuidando de padre hasta que llegara Wade, entonces se marcharía al pueblo a servir las mesas hasta las nueve, hora en que cerraba Nick. Acordaron intentarlo provisionalmente, pero dijo Wade que, cuando se casaran, no quería que volviera a trabajar más.

—¿Qué tendré que hacer entonces, pasarme todo el santo día limpiando la casa y guisando? Eso ya lo hice una vez, Wade, y me parece que no es para mí. A lo mejor sí, pero no creo.

Wade contestó explicando que alguien tenía que quedarse con padre; ya no podían dejarle solo; y por la noche y los fines de semana, cuando él no trabajase, no quería quedarse solo en casa esperando a que ella terminara su turno en el restaurante.

No se habían peleado exactamente, fue más bien como si pensaran en voz alta durante el desayuno. A ninguno de ellos se le había ocurrido que el conjugar sus vidas armoniosamente les resultara difícil tan pronto. Para Wade, la idea de casarse con Margie había significado simplemente que él iría a su trabajo mientras Margie se ocupaba de la casa y del hogar, lo que incluía a un viejo alcohólico y pronto a una niña de diez años. Para Margie, la idea de vivir con Wade había significado que ya no tendría que preocuparse tanto por el dinero ni sentirse siempre sola. Pese a sus difíciles y fracasados matrimonios, ambos tenían firmemente arraigada esa idea de la familia en la que el hombre trabaja toda la jornada y vuelve a casa por la noche mientras la mujer se ocupa de la casa y de los hijos, o de los parientes enfermos o impedidos, y todo el mundo tan contento.

Lo que descompuso su familia y la de Wade, igual que sus respectivos matrimonios y la mayoría de los que conocían, causando tantos sufrimientos a padres e hijos, fue un desequilibrio del carácter personal —el padre de Wade, el suyo, la madre de él, la suya y así sucesivamente— y, por supuesto, la mala suerte. Según creían ambos, para que un matrimonio saliera bien había que mejorar el carácter y



aprovechar la suerte. Estaban convencidos de dominar lo primero; respecto a lo segundo, había que correr el riesgo. De manera que cuando uno aceptaba o rechazaba casarse con la persona amada, se formulaba una declaración sobre el carácter de dicha persona y se expresaba la actitud ante la suerte en aquel preciso momento de la vida.

Margie tenía un alto concepto de Wade y últimamente se había sentido afortunada: justo cuando parecía que la vida se paralizaba a su alrededor, cercándola entre la soledad y la pobreza, el hombre de cuya compañía disfrutaba, honrado y con trabajo fijo, había entrado en posesión de una casa y manifestado un firme deseo de casarse con ella. Wade también se consideraba afortunado: tuvo la suerte loca de descubrir la aventura amorosa de su exmujer con el abogado justo cuando iba a entablar una acción para conseguir la tutela de su hija; la decisión de LaRiviere de darle un trato justo, fueran cuales fuesen sus motivos, también era una suerte; como también lo era el hecho de que la casa le hubiera venido a las manos, por decirlo así, aunque en realidad se debiera al azar, a la muerte de su madre; y era una suerte el tener a una mujer con la que se sentía a gusto, honrada y con sentido común, que quería y podía casarse con él.

Así que ¿por qué no casarse? Desde hacía cincuenta o cien mil años, los hombres y las mujeres se casaban por esas razones; ¿por qué no Wade Whitehouse y Margie Fogg? En realidad, la combinación de esas condiciones, carácter y suerte, era tan poderosa que el no casarse les costaría un esfuerzo tremendo, una especie de obstinación radical o absoluta perversidad que ninguno de los dos parecía poseer. Tendrían que haber negado la influencia que el carácter y la suerte ejercían en sus vidas o tendrían que haber admitido que uno de ellos o los dos eran malas personas, incapaces de mejorar, o que simplemente los perseguía la desgracia.

A última hora de la tarde, Jack Hewitt y Jimmy Dame entraron en el aparcamiento, detuvieron el camión con el equipo frente al garaje y tocaron la bocina para que Wade les abriera la puerta. Nevaba fuerte y, según todas las apariencias, seguiría nevando por la noche.

—Horas extra, horas extra, ¿vas a darme horas extra? —entonaba Jimmy, guardando con Jack las herramientas y limpiando el equipo con la manguera, mientras Jack miraba de vez en cuando sombríamente el reloj y la puerta como si planeara la huida.

Wade se disponía a marcharse a casa a las cuatro y media para que Margie pudiera entrar a trabajar a las cinco, tal como había prometido a Nick Wickham, y cuando LaRiviere salió bostezando de la oficina para organizar la limpieza de las carreteras, le explicó cómo y por qué no podía hacer horas extra por la noche. Probablemente no podría en mucho tiempo, quizá en todo el invierno, añadió, debido a sus nuevas responsabilidades domésticas.

—Deberías vender la casa y mudarte al pueblo, Wade —le sugirió LaRiviere, guiñando un ojo.

—No es mía, no puedo venderla.

—Entonces, convence a tu padre.

—A ese hombre no puede convencersele de nada, Gordon, salvo de que se beba otra botella de Canadian Club. Lo sabes muy bien.

—Puedes hacerlo, Wade —aseguró LaRiviere, pasándole amigablemente el brazo por los hombros—. ¿Qué me dices de coger la niveladora esta noche, Jack? Jimmy está acostumbrado al camión de basura y al quitanieves.

—No puedo. Tengo una cita.

Jack estaba junto a la puerta, preparado para marcharse, con la fiambarrera en una mano y un periódico enrollado en la otra. Jimmy, al fondo del garaje, frente al tablero donde se colgaban las llaves de todos los vehículos y cerraduras de LaRiviere, seguía cantando:

—¡Horas extra! ¡Horas extra!

—¡Jack! —gritó LaRiviere—. Anula tu dichosa cita. Tenemos trabajo que hacer.

—Tú tienes trabajo que hacer, Gordon, yo no —replicó Jack, saliendo por la puerta.

—¡Será hijoputa! —exclamó LaRiviere, como asombrado.

Wade pensó: «Vaya par de actores que son estos tíos. ¿Quién hubiera pensado que desempeñarían tan bien sus papeles?». Si él no supiera lo que sabía, su numerito le habría engañado por completo.

—¿Seguro que no puedes coger la niveladora esta noche, Wade? —preguntó LaRiviere.

—Hagamos una cosa —sugirió Wade—. Déjame limpiar las carreteras de mi zona con tu camioneta, no con la niveladora. Ya sabes, desde aquí a la desviación de la casa de mi padre y luego por la carretera de Parker Mountain y las comarcales intermedias; en éstas no se necesita la niveladora. De esa forma sí puedo. Recojo a mi padre al pasar por casa, lo llevo conmigo y Margie puede ir a trabajar esta noche.

—Bueno, ten cuidado y no melles la pala —dijo LaRiviere tras pensar un poco en el asunto—; y si lo haces, retócala por la mañana.

—Entendido. ¿Qué vas a hacer con Jack? —preguntó Wade—. ¿Despedirlo? Hace unos días me habrías despedido a mí, ¿verdad, Gordon?

—Pues... las cosas cambian, Wade. Me parece que Jack está todavía jodido por el asunto de Twombly. ¡Todo el mundo anda un poco trastornado estos días, por Dios! De todos modos, necesito a Jack por lo menos hasta que el suelo se hiele y esté demasiado duro para perforar.

—Ya está helado, y más duro que el coño de una monja —canturreó Jimmy. Después de la marcha de Jack, había atendido a la conversación y estaba junto a la puerta, listo para salir a quitar nieve, con el gorro calado, los guantes puestos y el cuello del abrigo alzado—. Esta tarde hemos roto una barrena y lo hemos dejado antes de romper otra. Tuviste suerte de que pudieran enterrar a tu madre, Wade. ¿Cuándo cavaron el hoyo? ¿El lunes? Debieron utilizar una excavadora. Seguro que

emplearon una retroexcavadora.

—¡Hay que joderse! —exclamó LaRiviere, calculando el coste de la barrena—. ¡Qué pronto ha venido el invierno este año, coño!

—De todas formas, Jack quiere despedirse —insistió Wade—. Tiene intención de largarse. Quiere ir a donde haga calor.

—No puede salir de este puñetero estado hasta que se celebre el juicio sobre el asunto de Twombly.

—¿Un juicio? —inquirió Wade con una amplia sonrisa—. ¿Por qué? ¿Es que Asa Brown no cree que Twombly se pegó el tiro?

—No seas gilipollas, Wade. No es más que una formalidad que tienen que cumplir, hombre. Tienen que decidir si le quitan la licencia o no. Olvídate de eso, ¿quieres? Todo el mundo sabe lo que se te ha metido en la cabeza con lo de Twombly. Es una locura, Wade; así que olvídale, por favor. Jack ya tiene bastantes preocupaciones por este asunto sin que vengas tú con tus puñeteras sospechas. No somos tontos, ¿sabes? —Y dirigiéndose a Jimmy, que estaba a su lado mirando a Wade, preguntó—: ¿No es cierto?

—Sí —contestó Jimmy—. Jack está muy cabreado contigo, Wade. Sabe lo que se te ha metido en la cabeza, como dice Gordon. Dice que últimamente parece que estás chalado. Me lo ha dicho.

—No me extraña —aseguró Wade.

LaRiviere preguntó a Jimmy si podía hacer todas las carreteras menos las del final del pueblo por el lado de Parker Mountain, y Jimmy contestó que sí, que quería hacer horas extra y que no había tanta nieve, diez o doce centímetros como mucho. Hacía demasiado frío para que nevara más, afirmó, y no había viento. Buen tiempo para que se helaran los lagos, lo que significaba que el sábado podría ir a pescar en el hielo. Sonrió ante la idea de refugiarse el fin de semana en una cabaña, lejos de su mujer y sus hijos. Era una persona cuyo deseo de alejarse de su numerosa y pendenciera familia estaba justificado y satisfecho por su obligación de mantenerla, un círculo perfecto que le permitía estar solo y libre de culpa y dejaba a su mujer y a sus hijos alimentados y contentos, pues de todos modos ellos no deseaban mucho su presencia, ya que cuando estaba en casa era evidente que no hacía más que imaginar un medio para marcharse otra vez.

Wade dijo que entonces, perfectamente, de acuerdo, y se apresuró hacia la camioneta de LaRiviere: quería llegar a casa a las cinco para que Margie no llegara más de media hora tarde al trabajo; ya estaría enfadada con él, pero qué demonios, tenía una excusa. Pensó en llamarla, pero eso sólo retrasaría su llegada otros cinco minutos y aún se enfadaría más. Era una persona puntual, una mujer pulcra y ordenada, y él carecía de esas virtudes. Ella decía que era como si él hubiese nacido veinte minutos tarde y se hubiese regido toda la vida por ese horario en vez de por el de todo el mundo.

Para Margie el descuido y el desorden de Wade eran característicos de los

hombres en general, de modo que rara vez hacía comentarios al respecto. Los hombres eran desaliñados. A LaRiviere, que según el punto de vista de Margie era simplemente una persona a quien le gustaba que todo estuviera limpio y ordenado, la mayoría de la gente lo consideraba un poco obsesionado por el tema, casi afeminado, lo que según ella confirmaba su teoría. Si LaRiviere hubiera sido una mujer, como Alma Pittman, que era igual de fanática de la limpieza que él, la gente le habría considerado normal, igual que a ella.

Pero lo que Margie no entendía era que Wade siempre llegara tarde: parecía que lo hiciese para vengarse del mundo por alguna ofensa antigua y secreta. Y el mundo se enfadaba con él, desde luego, su exmujer, su hija, Gordon LaRiviere, su hermano Rolfe: todos cuantos se permitían concertar una cita con Wade comenzaban la entrevista un poco molestos con él, como si nada más empezar les hubiera dirigido un pequeño insulto.

En la Route 29 Wade giró a la izquierda frente al barrio de Hoyt, entró en la carretera de Parker Mountain, bajó la pala, la situó con una inclinación de quince grados a la izquierda, cruzó luego el puente y se encaminó despacio a casa. Cuando llegó eran las cinco y veinticinco. La luz del porche estaba encendida y el coche de Margie, un Rabbit gris, había desaparecido. Maldita sea, pensó, no debería haber dejado al viejo aquí solo. Entró en el camino, quitando la nieve de una sola pasada, y aparcó la camioneta. Le gustaba la camioneta de LaRiviere; aún olía a nuevo y al conducirla tenía la impresión de estar por encima y aislado del mundo: la cabina tenía una amortiguación perfecta, ni los baches ni las sacudidas de la carretera interrumpían sus pensamientos. De noche era cuando más le gustaba conducir, con las dos series de faros y las luces de marcha encendidas, la pala delante del ancho y plano capó, como un arma que se alzaba y descendía mientras él avanzaba por aquellas estrechas carreteras comarcales, las luces destellando contra los bancos de nieve y derramándose frente a él hasta la siguiente curva y la oscuridad de más allá.

Wade entró en la casa y se detuvo junto a la puerta de la cocina.

—¡Padre! —llamó.

No hubo respuesta. Estará borracho y se habrá quedado dormido, el cabrón, pensó, intimidado por la idea de tener que espabilarle para vestirle, como si fuese un niño al que hubiera que abrigar antes de salir, llevarlo fuera y subirlo a la camioneta. No debió consentir en quitar la nieve. No era problema suyo, sino de LaRiviere y de Jack.

Pero querían jugar con él al ratón y al gato, seguir con las tareas habituales para hacerle creer que todo era normal, que Jack continuaba siendo tan testarudo e impetuoso como de costumbre y que LaRiviere se cabreaba con facilidad y perdonaba con rapidez. Estaba seguro de que si le hubiera dicho: «Lo siento, Gordon, esta noche no puedo quitar la nieve», LaRiviere habría llamado al Toby's Inn y preguntado por Jack. Se los imaginó hablando, LaRiviere en la oficina y Jack en el teléfono de la pared del oscuro pasillo que conducía del bar a los servicios de

caballeros del fondo.

LaRiviere: «No se lo ha tragado. Sospecha de nosotros».

Jack: «¡Mierda! ¿Qué vamos a hacer?».

LaRiviere: «No sé. A lo mejor puedo sobornarle. Tendré que hablar con Mel Gordon».

Jack: «¡A Wade no se le puede comprar, joder!».

LaRiviere: «A ti sí te compramos».

Jack: «Wade Whitehouse no es Jack Hewitt».

LaRiviere: «Sí, bueno, pero de todas formas tengo que quitar la nieve de las carreteras esta noche. Así que vuelve para acá y cógete la puñetera niveladora».

Jack: «¡Joder! ¿La niveladora?».

LaRiviere: «Exacto, la niveladora».

Jack: «¡Hay que joderse!».

Wade volvió a llamar a su padre. Tampoco tuvo respuesta esta vez. Y entonces vio la nota sobre la mesa de la cocina, junto a uno de los dos cubiertos puestos: *Wade, tengo que irme a trabajar. Gracias por venir a tiempo. No te preocupes, me llevo a padre conmigo. Cuando llegues a casa, ven a recogerlo al restaurante. Vuestra cena está en el horno. Margie.*

A pesar del mal humor que traslucía la nota, Wade sintió alivio al leerla. Se la guardó en el bolsillo y al salir al porche vio pasar unos faros, una cuatro por cuatro con la pala alzada, y aunque pasó de prisa reconoció el vehículo en seguida: era la Ford granate de Jack, que esparció en el aire un rastro de nieve al pasar ante la casa sin reducir la velocidad y desaparecer colina arriba hacia Parker Mountain.

Wade subió al asiento del conductor de la Dodge azul de LaRiviere y la puso en marcha, escuchó unos segundos el gutural murmullo de los silenciadores y encendió los faros, que esparcieron una mancha blanca por el patio. Luego, con la pala alzada, salió despacio a la carretera y en vez de torcer a la izquierda y dirigirse al pueblo colina abajo, giró a la derecha y empezó a seguir las huellas de Jack en la nieve fresca. En aquella parte de la carretera no había caminos comarcales, salvo las pistas madereras que cruzaban los bosques en todas direcciones, ni tampoco casas más allá de la de Whitehouse, a excepción de unas cuantas cabañas de verano cerradas y algún que otro puesto de caza perdido en el bosque, como el de LaRiviere, en la ladera más próxima de la montaña. No tenía sentido que Jack anduviese por allí de noche.

Yendo de prisa ahora, aunque no demasiado porque no quería adelantarlo de pronto en caso de que Jack se detuviera o redujese la marcha, Wade atisbaba entre la nieve que caía suavemente tratando de distinguir las luces de la camioneta. Quitó las luces largas y puso las cortas, esperando que Jack no mirase por el retrovisor: se preguntó si le habría visto de pie en el porche cuando pasó ante la casa. En caso contrario no tendría motivo alguno para pensar que alguien le seguía.

De pronto, al llegar a un cambio de rasante por donde la carretera formaba un terraplén entre dos charcas heladas, vio la camioneta a unos cien metros, pisó el

freno, patinó un poco y se detuvo en la cuneta. Jack estaba parado entre la maleza a unos pasos del vehículo, pero vio a Wade y volvió a la camioneta subiendo con dificultad el talud nevado. Cerró de un portazo, arrancó y se alejó rápidamente.

Wade salió de nuevo a la carretera, siguió despacio y paró justo detrás de donde había aparcado Jack, iluminando con los faros las huellas de los neumáticos y sus pisadas. Vio que Jack siguió seis o nueve metros más allá, paró, dio marcha atrás, bajó de la camioneta y se dirigió al terraplén nevado. Muy extraño, pensó Wade. ¿Qué demonios buscaba? ¿Pruebas comprometedoras? ¿Casquillos de bala? ¿Era aquél el escenario del crimen? Al otro lado de las charcas heladas el bosque estaba oscuro e impenetrable. Wade sabía que el terreno se elevaba bruscamente más allá del bosque y que se encontraba en un desfiladero entre dos largos cerros que salían de la montaña hacia Saddleback: desde allí no se veía nada más que el bosque, incluso de día.

Perplejo, puso en marcha la camioneta y siguió adelante, ahora más de prisa y con menos cautela que antes, porque sabía que Jack le había descubierto; aunque probablemente no había reconocido la camioneta de LaRiviere. Sin embargo, Jack podría tratar de eludirle: ni Wade ni nadie tenía más razón que Jack para andar por allí un jueves por la noche, a menos que estuvieran persiguiéndole.

Eso era lo que Wade comprendió que estaba haciendo en realidad, perseguir a Jack. Encendió las luces largas y las de marcha, conectó la radio en banda normal por si Jack la estaba utilizando —¿a quién podría llamar? ¿A LaRiviere? ¿A Mel Gordon? — y pisó el acelerador, cambiando de marcha en las curvas, tomándolas con rapidez y habilidad, mientras la pala se alzaba y bajaba frente al capó como la acerada proa de un barco en plena tormenta a medida que la carretera descendía y volvía a subir, cada vez más alta al acercarse a la cumbre de Parker Mountain.

Ya había dejado de nevar del todo —Jimmy tenía razón: hacía demasiado frío para que nevara— y Wade veía la carretera con claridad. Las huellas de la camioneta de Jack seguían alargándose delante de él, pero no veía luces a lo lejos: era como si Jack hubiese pasado hacía una hora y no sólo unos segundos; como si Wade estuviera solo en aquella carretera de montaña; como si hubiese imaginado todo el asunto, no hubiera visto pasar a Jack por delante de su casa ni se hubiese encontrado con su camioneta parada en la cuneta junto a las charcas; como si no le hubiera visto volver rápidamente a la camioneta y alejarse a toda velocidad. Allí arriba no había ningún sitio adonde ir. La carretera se estrechaba poco a poco, y por aquel lado de la cresta pasaba delante de la cabaña de LaRiviere. Luego, al otro lado de la montaña, donde el terreno descendía entre pinares y espesa maleza hacia una zona salpicada de charcas y lagos de poca profundidad, la carretera se convertía en una pista maderera que bajaba en zigzag hasta enlazar finalmente con la Route 29 a quince o veinte kilómetros al sur de Lawford, donde pasaba bajo el cruce elevado de la interestatal.

Unos centenares de metros antes de llegar a la cabaña de LaRiviere, Wade redujo la marcha y volvió a apagar los faros dejando sólo las luces cortas, y al acercarse a la

desviación del pantano poblado de musgos frente a la cabaña, justo donde Jack paró el día que mató a Twombly y donde aparcaron la ambulancia, Asa Brown y los policías del estado, vio la camioneta al otro lado de la carretera, a la izquierda, con las luces apagadas, dispuesta a salir a su encuentro y dejarle atrás. A unos cincuenta metros de la ciénaga Wade torció un poco a la izquierda y se situó en medio de la carretera para cortarle el paso, cuando de pronto la camioneta de Jack pareció arrancar de un salto. Pero giró en sentido contrario, dirigiéndose a toda velocidad hacia el pico de la montaña con todas las luces encendidas.

Wade pisó el acelerador, las ruedas giraron velozmente, la camioneta se precipitó hacia adelante y se redujo a unos metros la distancia entre los dos vehículos, que ascendían embalados por la angosta y sinuosa carretera hacia el pico de la montaña, pasando vertiginosamente entre los atrofiados árboles de la cumbre hasta llegar a la otra vertiente, donde se acababa la carretera. Ahora se encontraban en la pedregosa pista maderera, avanzando en zigzag colina abajo, dando tumbos por los barrancos, haciendo rápidos virajes cuando el camino se retorció al precipitarse entre árboles caídos y grandes montones de maleza. Ambos vehículos tenían tracción a las cuatro ruedas y estaban provistos de enormes ruedas de nieve, sus chasis se elevaban sobre las horquillas extralargas y sorteaban el difícil terreno con rapidez y relativa facilidad, aunque a aquella velocidad resultaba peligroso y tenían que salirse de la pista cuando en la oscuridad surgían de pronto ante ellos troncos de árboles y enormes piedras cubiertas de nieve. Bamboleándose, con las palas delante segando la maleza, las camionetas descendieron rápidamente la colina y pronto se encontraron de nuevo en pleno bosque, donde el declive no era tan pronunciado. En una revuelta, donde la pista torcía bruscamente para evitar un barranco profundo, Jack pisó el freno y Wade golpeó con la pala el parachoques trasero de la camioneta, haciéndola girar y enviándola al borde de la hondonada. Como pudo, Jack logró dominar el vehículo, las ruedas crujieron sobre el suelo helado, despidiendo pegotes de barro y nieve, y de nuevo salió disparado hacia adelante mientras Wade lo seguía muy de cerca, con la pala a sólo unos metros del desprendido parachoques de la camioneta de Jack.

Entonces, inesperadamente, el terreno se allanó y las camionetas circularon junto a la laguna poco profunda con una presa de castores bordeada de zumaques y cerezos silvestres. Al final de la charca la pista torcía a la izquierda, desviándose bruscamente de la presa y del arroyo que había más adelante, Jack no pudo girar y se precipitó contra un grupo de escuálidos abedules cayendo al estanque y patinando rápidamente por la fuerza del impulso a lo largo del sólido hielo, salpicándolo con enormes remolinos de pálida luz. Wade paró en la orilla y vio cómo la camioneta de Jack se deslizaba por el hielo como una hoja por un río de aguas lentas hasta detenerse frente a él en medio del estanque, con los faros devolviéndole la mirada a lo largo de la helada superficie, cubierta de nieve y lisa como el cristal. Wade puso la primera, bajó por la orilla, se adentró en el hielo y se dirigió al resplandor de los faros de Jack, despacio, con cautela, como si se acercara a un fuego, hasta que finalmente los

vehículos se encontraron frente a frente, pala contra pala.

Jack abrió la puerta, sacó la cabeza y, gesticulando frenéticamente, gritó:

—¡Estás loco, hijoputa! ¡Vas a hacer que nos hundamos los dos! ¡Sal del puñetero hielo! ¡Lárgate!

Pero Wade no se movió. Jack retrocedió unos metros y Wade siguió adelante. Detrás de Jack, al otro extremo del estanque, había un pinar impenetrable; no podía retroceder más. Y tampoco podía apartar a Wade de un empujón; las camionetas eran de las mismas dimensiones y no tenían tracción sobre el hielo.

Jack volvió a abrir la puerta y esta vez se apeó. Era evidente que estaba encolerizado, pero parecía a punto de llorar de frustración y daba vueltas en círculo con los puños apretados mientras el hielo crujía y chirriaba bajo el peso de las dos camionetas.

Wade bajó despacio de la camioneta de LaRiviere y permaneció inmóvil unos segundos, viendo cómo Jack daba vueltas lleno de ira y dolor. Hacía frío, unos quince grados bajo cero, y se había levantado un viento cortante que pasaba como un cuchillo entre los pinos y sobre el hielo, levantando la nieve y agitándola entre los dos hombres como visillos ondeantes que hicieran aparecer y desaparecer a Jack del campo de visión de Wade. Jack parecía envuelto en un brillante paño dorado, surgiendo y esfumándose a la extraña y vibrante luz como un fantasma o un guerrero salido de un sueño, cuando de pronto Wade se dio cuenta de que empuñaba un rifle. Desapareció tras otra nube de nieve agitada por el viento y cuando volvió a aparecer le apuntaba con el arma, gritando algo que al principio no entendió —luego lo oyó—, quería que Wade cerrase la puerta de la camioneta, se apartara de ella y caminase por el hielo hacia la oscuridad. Con voz anormalmente alta, aterrada, gritó:

—¡Que tiro, Wade! ¡Juro que te mato, cabrón, si no te apartas de la camioneta!

Wade cerró la puerta y se retiró unos pasos. El hielo estaba seco y demasiado resbaladizo para caminar entre la nieve agitada por el viento, a menos que se hiciera con sumo cuidado, y avanzó despacio, cautelosamente, para no caerse. Jack gritó que continuara, maldita sea, que siguiera adelante, y él obedeció, moviéndose paso a paso hasta salir del círculo de luz que rodeaba ambos vehículos. Entonces Jack volvió a subir a su camioneta. Abrió rápidamente la ventanilla del pasajero y enfocó una linterna a los ojos de Wade.

—¡No te muevas! —gritó—. ¡Si te mueves, te mato de un tiro!

Con cuidado, dio marcha atrás para apartarse de la camioneta de Wade, luego pasó a su lado y cruzó el estanque hasta el borde, trepó a la orilla, salió a la pista maderera y se perdió rápidamente de vista.

Wade permaneció en la oscuridad, escuchando a su espalda el embate del viento entre los pinos y el sordo murmullo del motor de la camioneta, y entonces oyó un tercer ruido, como palos secos que se parten contra la rodilla, el chasquido del hielo que empezaba a ceder bajo la camioneta. Retrocedió instintivamente hasta llegar a unos pasos de la orilla, donde se detuvo a ver cómo se rompía el hielo en medio del



estanque formando gruesas planchas y enormes planos inclinados en torno a la camioneta, y entonces, como si una mano gigantesca saliera del hielo y tirara hacia abajo del chasis, la camioneta se hundió, primero por el capó y luego entera, bajando lentamente, como entre ceniza, hasta asentarse en el fondo, dejando al descubierto la parte alta de la cabina, la barra luminosa y las luces de marcha, silenciosa pero con los faros aún brillando bajo el agua, como si hubiera estallado un fuego químico.

Al cabo de unos segundos las luces se apagaron del todo y Wade se encontró en la orilla del estanque en la más completa oscuridad. El viento seguía soplando a su espalda sin parar, el único rumor que llegaba a sus oídos. Sabía que si seguía la pista maderera hasta la carretera, por donde había ido Jack, se encontraría a unos seis kilómetros de la Route 29. Desde allí podría llegar a la interestatal y encontrar a alguien que parase y le llevara al pueblo, y con suerte podría estar en el restaurante de Nick antes de las nueve. Detrás de las nubes había aparecido una media luna que tenía visos de permanecer y alumbrar lo suficiente para seguir las huellas de los neumáticos de Jack en la nieve. Sólo quería pensar en volver al pueblo, y durante las horas siguientes, aunque le dolía la muela y tenía los ojos y las orejas como si el frío se las hubiera convertido en cristal, eso fue lo único en que pensó.

NO FUE DIFÍCIL imaginar después cómo pasó Wade el resto de la noche: dejó pruebas tras él, una especie de pista, y entre la gente que vio o con la que habló aquella noche y durante los dos días siguientes (yo resulté ser uno de estos últimos) no hubo muchas discrepancias.

Al salir del estanque siguió por el bosque las huellas de los neumáticos de Jack a la luz de la luna y, una vez en la interestatal, le paró el segundo coche que pasaba en dirección norte. Era un Bronco nuevo con un par de cordiales cazadores de Lynn, Massachusetts, que se habían tomado el viernes libre y se habían puesto en carretera después del trabajo, como hacían todos los años, para el largo y último fin de semana de la temporada.

Lo llevaron al Toby's Inn, donde habían reservado habitación semanas antes, y por eso, con un esfuerzo considerable, pude localizarlos en Lynn meses después y escuchar su historia del extraño individuo que vieron una noche fría de noviembre parado en la cuneta de la autopista, esperando en un rincón perdido a que algún coche le parase. Subió tiritando a la parte trasera, al hablar le castañeteaban los dientes y, cuando pararon en el aparcamiento de Toby's para dejarle, parecía que aún tenía frío. Habló poco, justificando su presencia por una avería en el coche y añadiendo que tenía que encontrarse a las nueve con su mujer en Lawford, en el restaurante de Wickham, si no quería tener graves problemas.

Los cazadores rieron con conocimiento de causa, como hacen los casados cuando otro revela su estado civil de forma que la mujer parece una madre gruñona y él un niño travieso, y le propusieron que tomara una copa con ellos en Toby's, desde donde podía llamar a su mujer, si quería, y decirle que fuese a buscarle allí. No deseaban tanto su compañía como preguntarle por dónde rastreaban los ciervos aquella temporada los habitantes de la zona: iban allí a cazar todos los años y sabían que la gente de aquellos pueblos de montaña tenía una idea mucho más acertada de dónde cazar de la que ellos jamás podrían tener, pero ignoraban que esa información nunca salía del pueblo. Su concepto de la gente del campo era que les gustaba agrandar a los forasteros, lo que por supuesto les resultaba halagador. No los saqué de su error: sólo me interesaba que me dieran la descripción más completa posible de Wade en aquella noche, y la alta opinión que los cazadores tenían de sí mismos, pese a su posible fracaso en avistar un solo ciervo en aquel largo fin de semana, les impedía censurar su recuerdo del breve encuentro que tuvieron con mi hermano.

Pensaron que no llevaba suficiente ropa de abrigo, ni guantes ni botas, pero eso cuadraba con la historia de que se le había averiado el coche y había tenido que parar a alguien que le llevara al pueblo a reunirse con su mujer, que al parecer tenía su propio vehículo. Daba la impresión, sin embargo, de tener algo más que frío; iba encogido, tiritando, en la parte de atrás del bien caldeado Bronco, como si estuviera aterrorizado o algo así. Como quien acaba de ver a un fantasma, fue la frase que

utilizaron ambos cazadores.

Cuando pararon en el aparcamiento del Toby's Inn y vieron a un individuo quitando nieve con un camión de basura, Wade agachó la cabeza y volvió deliberadamente la espalda, como si no quisiera que le viese. Se quedó rezagado en el coche cuando los otros salieron, y los cazadores pensaron que había cambiado de idea sobre lo de tomar una copa con ellos y volvieron a invitarle.

—Una, quizá —murmuró, saliendo despacio del Bronco, metiendo la cabeza en el cuello del abrigo, como ocultándose aún del hombre que quitaba la nieve del aparcamiento, y entonces dijo que no de pronto, y sin dar las gracias ni decir siquiera adiós se encaminó derecho hacia el que quitaba la nieve y subió al camión como si hubiera quedado allí con él.

Lo que los cazadores no comprendieron es que habían aparcado detrás de una camioneta cuatro por cuatro de color granate, un vehículo nuevo y lujoso con el parachoques trasero medio arrancado, y que cuando entraron en el bar restaurante de paneles de pino el muchacho bien parecido que vieron en la barra, hablando acaloradamente con dos mujeres jóvenes y dos o tres hombres del pueblo sobre un loco que le había perseguido por el bosque, era Jack Hewitt. Tampoco se les ocurrió que el chalado que le había perseguido era el hombre tembloroso de rostro ceniciento que acababan de dejar en el aparcamiento. Se sentaron en un reservado, pidieron cerveza y *Tobyburgers* y observaron con envidia optimista las astadas cabezas de ciervos y alces disecados que colgaban en las paredes. Estaban seguros de que al día siguiente, el sábado a más tardar, tendrían sus propios trofeos amarrados al techo del Bronco antes de volver al sur a toda velocidad, a Lynn, Massachusetts, donde conocían a un taxidermista de Saugus que podía disecar un ciervo entero si se le llevaba lo suficientemente pronto, montándolo de forma que parecía tan vivo como en el momento de matarlo, las pezuñas traseras coceando al aire, enhiesto el rabo blanco, los ojos frenéticos de miedo y dolor, y se podría colocar luego en la sala de recreo del sótano.

Wade cerró con fuerza la puerta del camión y dijo:

—¿Vuelves ya al pueblo?

—Sí. Voy al taller. ¿Quieres que te lleve? —preguntó Jimmy.

Arrastró medio metro cúbico de bien apretada nieve contra el montón que llegaba a la altura de la cabeza al final del aparcamiento, metió la marcha atrás, alzó la pala, retrocedió del banco de nieve y paró.

—No. Al restaurante de Wickham.

—¿Está Margie allí?

—Sí. Y mi padre —añadió Wade.

—Creía que iba contigo en la camioneta de Gordon.

—Se lo ha llevado con ella.

—¿Tienes frío? La calefacción está a tope.

—No. Estoy bien.

—Me he enterado de que has perseguido a Jack por la otra parte de Parker Mountain.

Wade guardó silencio. Se frotó los ojos y luego, como un niño, se metió los dedos en la boca y los chupó.

Jimmy salió a la carretera, volvió a bajar la pala y se dirigió al pueblo en dirección sur, quitando la nieve de la parte derecha.

—Tienes muy asustada a la gente, Wade. Y cabreada. Más cabreada que asustada, en realidad. Me refiero a Jack, está que trina.

—Lo supongo.

—¿Qué coño ha hecho Jack para que te pongas así con él? Es un tipo decente. Un poco engreído, quizá, pero...

—¿Acaso te ha contado lo que estaba haciendo esta noche allá arriba?

—Es posible. Nada malo; a lo mejor sólo estaba rastreando un ciervo. Nada para ser perseguido por todo el dichoso condado. Las cosas como son.

—Rastreando un ciervo, ¿eh? ¿Ha dicho eso?

—Puede ser. Tal vez estaba siguiendo huellas, para después. Ya sabes, para cuando le devuelvan la licencia. Conoce muy bien esos bosques de allá arriba; quizá sólo estaba mirando si había huellas de ciervo en la nieve fresca, si su enorme gamo seguía por allí.

—A lo mejor había ido a algo un poco más interesante.

—Bueno, a mí eso me importa un pito. Tú eres el poli, puedes preocuparte de quién comete un delito, dónde y cómo. Esas cosas. Claro que esto no es cosa mía, Wade, pero en tu lugar yo dejaría tranquilo a Jack una temporada. Gordon va a...

—Limítate a conducir, por el amor de Dios.

—Como quieras.

Siguieron en silencio durante un trecho, pasaron el colegio, la estación de servicio de Merritt, y cuando llegaron al centro del pueblo, a unos centenares de metros del restaurante de Wickham, Wade preguntó:

—¿Te ha dicho Jack que la camioneta de Gordon se ha hundido en el hielo?

Jimmy emitió un silbido en una sola nota descendente.

—Pues no, Wade, no me lo ha dicho. Me ha dicho que te has metido en el hielo y que hasta ha tenido que sacar un rifle para que le dejaras en paz. —Hizo una pausa y añadió—: Así que la camioneta de Gordon se ha hundido, ¿eh?

Wade no contestó.

—Supongo que es muy pronto para pescar en el hielo.

—Sí.

—Sabes que Gordon te sacará la piel a tiras por esto. Si estuviera en tu pellejo, Wade, me marcharía a Florida. Esta misma noche.

—Pero no lo estás.

—No. No lo estoy. Gracias a Dios.

—¿Crees que Gordon lo sabe ya?

—Tú eres el único que me lo has dicho, Wade, y por ahora parece que no lo sabe nadie más que yo. A menos que vayas contándolo tú. Menos la historia de perseguir a Jack por la jodida montaña, que en estos momentos probablemente sabrá todo el mundo en Toby's. Si estuviera en tu lugar, Wade, yo no le contaría esto a Gordon personalmente. Claro que no lo estoy. Como has dicho. Pero yo dejaría que se enterase por su cuenta, que se desfogara durante un tiempo y luego volvería más tarde, cuando se hubiera calmado un poco.

Pararon en el aparcamiento de Wickham, donde sólo había unos coches, entre ellos el Rabbit gris de Margie. Lo que Wade debería hacer, según Jimmy, era desaparecer unos días. Ni siquiera contestar al teléfono. Él mismo iría por la mañana a sacar la camioneta del estanque.

—¿Puedo llegar allí con la grúa de Merritt? Si es así, puedo enganchar la jodida camioneta al cabrestante y tirar hasta sacarla a la orilla.

Wade le dijo que pensaba que podría llegar con la grúa de Merritt hasta el estanque desde la Route 29 por la antigua pista maderera. No tenía que bajar desde la cima.

Jimmy dijo que estupendo, él mismo le daría la noticia a LaRiviere después de que la camioneta estuviese sana y salva en el garaje de Merritt, y Chub probablemente la tendría arreglada para el lunes.

—Ese Chub trabaja bien, pero es idiota. Cuando se trata de coches, es más listo que el hambre. Tonto del haba en todo lo demás.

—Me parece que te debo un favor, Jimmy —dijo Wade, que había dejado de tiritar.

—Creo que sí —repuso Jimmy, sonriendo—. Pero no te apures, lo contabilizaré como tiempo de trabajo. Horas extra.

—Claro —dijo Wade—. Eso es lo único que te importa, ¿verdad?

—No. Pero me basta con pensar en eso, amigo. Eso le quita a uno de líos.

Margie estaba enfadada. Cuando entró Wade, alzó la cabeza y se quedó mirándolo unos segundos, como a un extraño que le recordase a alguien, y en seguida volvió a rellenar los servilleteros.

—¡Está cerrado! —gritó Nick desde la cocina. Luego, sacando la cabeza por la puerta abierta, vio que quien había entrado era Wade y añadió—: Tu padre está aquí dentro, Wade.

Y de qué modo. Con el rostro irradiando fuego, el hombre menudo y encogido estaba ahora erguido y lleno de energía. Wade comprendió inmediatamente lo que había pasado: padre había dejado de beber varias horas antes; sin duda, cuando Margie se lo llevó al trabajo, ella insistió en que dejara la botella de whisky en casa. Luego no pudo encontrar nada de beber en el restaurante, y como tuvo que quedarse con Nick a causa de la nieve y el frío que había pasado antes, empezó a inflamarse poco a poco, como un carbón que se prende por los bordes, y ahora desprendía un rojo resplandor como si estuviera verdaderamente poseído por el demonio, según

creía Lena.

Estaba de pie en medio de la pequeña y atestada cocina con un paño de secar platos en una mano y una cacerola en la otra, y al ver a Wade en el umbral lo saludó agitando el cacharro y gritando:

—¡Ajá! ¡Ha vuelto el hijo pródigo!

—Y ya era hora, coño —murmuró Nick, pasando una esponja por el mostrador.

—¡Mira! ¡Tengo un trabajo nuevo, fíjate, ayudante de cocinero y criado para todo! —De pronto, la expresión de júbilo de padre se trocó en una mueca sardónica y su voz cambió de tono y timbre, endureciéndose como la hoja de una sierra y bajando de registro—: Así que no te preocupes por mí, pedazo de cabrón, puedo cuidar de mí mismo.

—¡Por Dios santo, padre! —exclamó Wade—. Venga, vámonos a casa. Lo siento, Nick, me han asaltado. Mi coche...

—Seguro que te han asaltado, coño —le interrumpió padre—. Vas por ahí guiándote con el capullo, como si fuese la nariz.

¿No es cierto? Eres un verdadero perro de caza, Wade. Siempre lo has sido.

—Cierre la boca, Whitehouse —dijo Nick, que miró a Wade y añadió—: Llévatelo de aquí de una vez, ¿quieres? Al principio era divertido, pero ya me cansa.

—Y dices que nos vayamos a casa, ¿eh? ¿A qué casa te refieres, hijo pródigo? ¿A tu casa? ¿O a la *mía*? Vamos a tener una pequeña charla sobre eso, ¿eh? Últimamente has hecho unas jugadas pero que muy astutas, y no pienses que no te he estado observando, porque no te he quitado ojo. ¡Tu madre ha muerto, Wade, de modo que ya no puede dar excusas por ti! ¡Ahora tienes que vértelas conmigo, míster! Tú solito. Tu madre ya no puede protegerte. ¡Se te ha terminado la rica teta, gilipollas!

—¡Vamos, padre, por Dios!

Wade se acercó a padre con los brazos extendidos, como si intentara coger en el aire un objeto pequeño y delicado, pero padre saltó hacia atrás y derribó una pila de cacharros. Soltó una carcajada y mostró a Wade su lengua roja.

—Crees que puedes cogerme, ¿verdad? ¡Venga, inténtalo! Vamos.

Nick se interpuso rápidamente entre ellos y dijo a Wade:

—Deja que te ayude a sacarlo de aquí, así nadie saldrá lastimado.

Margie estaba en la puerta con el abrigo puesto, y entonces se apartó y la mantuvo abierta mientras Wade y Nick cogían a padre de unos brazos que se agitaban sin parar y lo sacaban de la cocina. Padre iba gritando, soltando improperios contra Wade y Nick, revolviéndose como un gato metido en un saco que los otros dos arrastraban al aparcamiento y soltaban en el asiento trasero del coche de Margie.

—Será mejor que te sientes atrás con él —sugirió Nick en voz baja—, y deja que conduzca Margie. Se calmará, ¿verdad?

—Sí —contestó Wade. Metió los brazos por la puerta trasera, cogió a su padre de las muñecas y, sujetándolas con fuerza, subió al coche y se sentó a su lado—. Se calmará en cuanto coja la jodida botella. *Su rica teta.*

Margie salió del restaurante con el abrigo y el sombrero de padre y se dirigió al coche. Al pasar por su lado, Nick la detuvo, le tocó la mejilla y vio que estaba llorando.

—¡Por Dios, Margie! —susurró Nick—. Escápate de esto. Rápido.

Ella asintió con la cabeza, siguió adelante, subió al asiento del conductor y puso en marcha el coche. Dentro, en la oscuridad del asiento trasero, Wade sujetaba a padre de las huesudas muñecas y los dos se miraban fijamente a los ojos mientras Margie salía en marcha atrás del aparcamiento y se dirigía en dirección norte a las afueras del pueblo. Al llegar frente al barrio de Hoyt y girar a la carretera de Parker Mountain, Wade se inclinó sobre padre hasta sentir en el rostro su cálido aliento y musitó:

—Ojalá te mueras.

El viejo le escupió en plena cara, Wade le soltó la muñeca un momento, le dio una fuerte bofetada en una sien y volvió a sujetarlo.

—¡Dejadlo! —gritó Margie—. ¡Basta! ¡Dejadlo ya!

Y lo dejaron. Se miraron con odio todo el camino, pero padre no forcejeó, aunque Wade le mantuvo firmemente cogido de las muñecas hasta que Margie aparcó en el patio y entró en casa a toda prisa. Entonces Wade le soltó por fin —primero una muñeca y luego la otra, como liberando serpientes—, se apeó, subió al porche y entró, cerrando de un portazo. Padre entró unos momentos después.

Wade subió pesadamente la escalera y vio que Margie había cerrado la puerta de la habitación. Pasó al cuarto de baño. Orinó, se subió la cremallera, fue al lavabo y se lavó las manos despacio, pausadamente, frotándoselas suavemente con jabón y agua caliente como si fueran pequeños y sucios animales por los que sintiera ternura. Cuando terminó y se secó con una toalla, miró al espejo y su propia imagen le sobresaltó. A la mañana siguiente me dijo que parecía un extraño, como si alguien hubiese entrado furtivamente y se hubiera sorprendido casualmente en el espejo.

—Sin coña, Rolfe, levanté la vista y allí estaba él, sólo que era yo, claro. Pero tuve la impresión de no haberme visto hasta ese momento, de modo que era verdaderamente la cara de un extraño. Es difícil de explicar. Si vuelas con el piloto automático, como yo estuve haciendo toda la noche, desapareces, te vas Dios sabe dónde, mientras tu cuerpo se queda en casa. Y luego da la casualidad de que te ves el cuerpo, o la cara, cualquier cosa, y ya no sabes de quién coño es. Qué curioso. Fue todo el asunto con el viejo, lo sé, y lo increíblemente cabreado que estaba con él, y luego la puñetera camioneta que se hunde en el hielo, sin hablar del enfado que tenía Margie: una cosa encima de otra, hasta que me encontré delante del espejo sin saber a quién coño estaba mirando.

»Así que volví a bajar y vi que padre estaba en su cuarto con la puerta cerrada, de modo que en cierto sentido estaba solo en casa, lo que me venía muy bien. Ya tenía bastante de la gente por aquella noche. En ocasiones los demás son un incordio, un verdadero infierno. Y a veces pienso que estuviste en lo cierto, Rolfe, marchándote a

vivir solo lo más lejos posible de este puñetero pueblo y no volviendo nunca salvo cuando no tienes otro remedio.

»Cogí una cerveza, aticé el fuego en la cocina, apagué las luces y me senté un rato, intentando tranquilizarme un poco, tratando de olvidar lo de Jack, Twombly y lo demás, de no acordarme de la camioneta de LaRiviere. Procuré no pensar en Margie, y de padre no quería ni acordarme. Pero en esa casa, donde crecimos todos nosotros, sabiendo que padre está en el cuarto de al lado, es imposible no pensar en padre y en la muerte de madre. Ése es el problema de estar ahora en casa, como puedes entender.

Reconocí, desde luego, que lo entendía, pero en realidad no me escuchó; siguió charlando sin parar. Me llamó un viernes a última hora de la mañana, lo cual era muy raro, y además me pilló en casa, estaba tremendamente excitado y supuse que me llamaba porque necesitaba hablar de todo aquello y no tenía a nadie a quien contárselo. Le escuché y sí, lo entendía, porque yo también había sentido lo mismo que él sentía entonces, aunque hubiese sido casi quince años antes. Pero recordaba muy bien la sensación de poseer una información extrañamente importante —oscuros miedos, rabia y peligrosas obsesiones— sin tener a nadie a quien revelársela. Recordaba la sensación de mirarse al espejo y encontrarse con el rostro de un extraño.

—De todos modos —prosiguió—, estaba sentado en la oscuridad, mirando el resplandor del fuego entre las grietas del fogón, ya sabes, cuando de pronto recordé aquel verano en que aún no teníamos calentador de agua y nos bañábamos en la cocina, en el enorme barreño galvanizado, con agua calentada en el fogón. Tú tenías unos cinco o seis años. Yo tenía dieciséis, me parece, porque ya estaba en el último año de bachillerato y jugaba en el equipo de béisbol; fue el primer año que jugué en los campeonatos del estado y tenía mis privilegios, así que podía ir al instituto, decir que me estaba entrenando y utilizar las duchas. Creo que Elbourne y Charlie hacían lo mismo, iban a bañarse a otro sitio. Pero tú, Lena, madre y padre teníais que bañaros en la cocina para que no tuviéramos que acarrear grandes barreños de agua caliente por la escalera hasta el cuarto de baño. El calentador de agua se había roto, o algo así, pero no tuvimos suficiente dinero para comprar otro hasta el otoño, y supongo que a nadie le importaba demasiado porque era verano y en casa hacía calor. ¿Te acuerdas de eso?

No recordaba nada, lo cual no es de extrañar: en casa siempre había armatostes —calentadores de agua, calderas, bombas, coches, camionetas y neveras— viejos y deteriorados, mantenidos con cinta aislante y alambre de empaquetar, se estropeaban continuamente y con frecuencia nos pasábamos meses sin uno o varios aparatos hasta que teníamos dinero suficiente para repararlos o comprar otros. A los seis años no me habría sentido ni incómodo ni entusiasmado por tener que bañarme en la cocina una vez a la semana en un barreño galvanizado. Una experiencia fácil de olvidar.

—Bueno, pues recuerdo una tarde (debía de ser sábado porque padre estaba en casa y de todos modos era cuando tú te bañabas) en que Lena y tú acababais de



bañaros. Os enviaron arriba, como de costumbre, mientras madre tomaba su baño. Yo no sé dónde estaba, trabajando ya para LaRiviere, probablemente. Sí, fue aquel verano cuando empecé a trabajar para Gordon. De todas formas, en casa sólo estabais vosotros dos, madre y padre. Y se te metió en la cabeza bajar a hurtadillas la escalera y salir por la puerta del cuarto de estar sin que nadie te viera, menos Lena, claro, que tal vez conocía tus intenciones. Y fuiste de puntillas por fuera de la casa hasta el porche y miraste por la ventana de la cocina justo cuando madre se estaba bañando. No era una cosa muy inocente, desde luego, pero qué demonios, sólo eras un niño...

Traté de interrumpirle, pero siguió con su historia, de modo que le dejé terminar.

—El caso es que padre debió de verte por el cuarto de estar o así, porque salió a su vez por la puerta trasera, te siguió de puntillas, te vio mirar a madre, darte una buena ración de espectáculo, probablemente, y te derribó al suelo de un manotazo. Casi te rompió la crisma.

»El viejo te metió a rastras en casa, por la puerta del cuarto de estar, claro está, gritando y vapuleándote a base de bien. En realidad, se pasó. No eras más que un niño y él te sacudió como si fueras Elbourne, Charlie o yo, aunque entonces a los dos mayores ya ni los tocaba. Se pasó, sencillamente. Cuando llegué después a casa yo no sabía que hubiese ocurrido nada grave, salvo que te habías portado como un niño malo y estabas castigado en tu habitación del piso de arriba.

»Pero al día siguiente me di cuenta de que no habías bajado a desayunar, y más tarde salió a relucir tu travesura y lo que padre había hecho. Como de costumbre, madre estaba muy aturdida y disgustada, y Lena tenía un susto que no le cabía en el cuerpo, pero por la tarde madre estaba preocupada porque escupías sangre y respirabas de forma extraña. Estaba claro que el cabrón te había roto las costillas o algo así. Le dije a madre que había que llevarte a Littleton, al hospital, y ella dijo que bueno, pero primero tuvimos que inventar una historia de que te habías caído del pajar. Al médico le contamos que estabas jugando en el establo, donde no tenías que estar, que rodaste desde el pajar al suelo y al caer te diste contra unas tablas viejas o algo así. No creo que el doctor se lo tragara, pero te puso un buen vendaje y al final del verano ya estabas perfectamente.

—Lamento decepcionarte, Wade —repuse con calma—, pero eso no ha pasado. A mí, no.

—¡Pues *claro* que ha pasado! ¿Por qué tendría que mentir?

—No mentirías necesariamente. Pero estás un poco confundido con esa historia. Lo que me has contado ocurrió, desde luego, pero antes de que yo naciera, y te pasó a ti, no a mí. Al menos así es como conocí la historia a los cinco o seis años, y me la contaste tú, o a lo mejor fueron Charlie o Elbourne, refiriéndose a ti. Sí, fue Elbourne, él me la contó. Y tienes razón sobre el calentador de agua estropeado. Ahora recuerdo que nos bañábamos en la cocina el verano que cumplí seis años, cuando Elbourne se enroló y vino a casa después de la instrucción, antes de marchar a Vietnam, de modo que debía tener veinte años. Charlie ya se había ido de casa y vivía en Littleton, y tú

trabajabas para LaRiviere. Pero fue Elbourne quien me contó la historia, a guisa de advertencia, supongo.

Wade me interrumpió insistiendo en que yo era el equivocado: al fin y al cabo, una persona tiene que saber si le ha ocurrido algo tan sensacional e impresionante como que su padre le dé tal paliza que le mande al hospital. Y aseguró que no le había ocurrido a él: el niño de la historia era yo, y no él.

—No, eras tú, aunque a mí me la contaron cuando era pequeño, y fue Elbourne, que estaba en el cuarto grande de arriba, donde vosotros dormíais. Era por la noche, creo, y no por la tarde, y Lena y yo acabábamos de bañarnos en la cocina, yo estaba en pijama y empecé a bajar los peldaños, probablemente a buscar una galleta o algo así, ya sabes, cuando Elbourne me sorprendió al pie de la escalera, me cogió por detrás, me levantó en el aire, era grande, ya sabes, más grande que tú y que Charlie, e incluso que padre, me llevó a su habitación y, de muy buen humor, me gastó bromas sobre bajar a hurtadillas la escalera para ver bañarse a madre, lo que por supuesto me cohibió horriblemente. Luego empezó a contarme lo que te había pasado a ti años antes, cuando tenías mi edad. La historia era básicamente la misma que acabas de contarme, menos lo del hospital y la mentira que se dijo a los médicos, eso de que te caíste del pajar. Eso nunca lo había oído.

Wade contestó que nunca había oído *ésta*, y soltó una carcajada.

—Pues yo la recuerdo con toda claridad, porque me aterrorizó. Hasta entonces sólo había visto a padre enfadado, o le había oído a altas horas de la noche meterse contigo o con madre cuando estaba borracho, y me figuraba que en cierto modo Lena y yo estábamos a salvo, aunque no dejé de tenerle miedo, claro. Supongo que me parecía que lo de la bebida y las rabietas formaban en cierto modo parte de las relaciones de madre y tú con él y que no tenía nada que ver con Lena ni conmigo. No era algo muy inteligente por mi parte, lo reconozco, pero entonces no era más que un niño. Así que cuando Elbourne me contó lo que padre te había hecho cuando tú también eras un niño, me quedé aterrorizado. Y a partir de entonces tuve cuidado. Fui un niño precavido y un adolescente discreto, y creo que ahora soy un adulto cauteloso. Quizá haya pagado un precio muy alto, el de no conocer el entusiasmo, pero al menos evité sufrir la violencia de ese hombre.

—Eso es lo que tú te crees —replicó Wade, soltando otra carcajada.

Luego cambió de tema. Volvió al motivo por el que me había llamado, que, según resultó, no tenía nada que ver con padre ni con sus desventuras con la camioneta de LaRiviere, sino que se refería, una vez más, a Evan Twombly, Mel Gordon, Gordon LaRiviere y Jack Hewitt: su tema favorito.

A la mañana siguiente, poco después de las siete, Wade salió de casa en el coche de Margie, encaminándose a la hora habitual en un día de trabajo a dirigir el tráfico frente al colegio, como si todo fuese normal pese a las numerosas muestras de lo contrario: cuando él se acostó, Margie fingía dormir o siguió durmiendo, dándole la espalda toda la noche; y por la mañana, cuando él se despertó, ella no pareció

enterarse, permaneciendo en la cama con la cabeza bajo la almohada mientras él se lavaba y afeitaba. Él representó su papel, no encendió la luz de la habitación al vestirse, salió de puntillas y cerró la puerta con suavidad, dejándole al marcharse una nota en la mesa de la cocina: *Me he ido al colegio, he cogido tu coche, luego hablaremos*. Padre tampoco salió de su habitación hasta que Wade se marchó. Acostumbraba levantarse a las seis, por muy tarde y muy borracho que se hubiera acostado la noche antes: porque padre tenía ya tal cantidad de alcohol en las venas y en las células que la mayoría de sus actos se reducían a la categoría de impulsos o reflejos mecánicos, dando únicamente, en el mejor de los casos, cierta apariencia de volición.

En el colegio, Wade aparcó el coche junto al del director, como solía hacer. Lugene le dijo hola y le deseó que pasara un buen día, y Wade, como de costumbre, le contestó con un monosílabo y se dirigió a su puesto bajo el semáforo intermitente en medio de la carretera. El cielo, azul oscuro y estrellado por el oeste, cobraba un tinte melocotón por el este, y Wade sentía una ligera brisa en el rostro. Iba a hacer buen día, claro y templado; la nieve del día anterior había señalado la llegada de un frente de altas presiones que parecía querer instalarse durante algún tiempo.

Los autobuses iban y venían, dejando a sus viajeros y volviendo por más a las carreteras comarcales. Aparte de eso no había mucho tráfico: algunos coches de fuera del estado con cazadores de fin de temporada en busca de presa, Hank Lank de camino al trabajo, Bud Swette en su jeep rojo, blanco y azul para repartir el correo, Chick Ward, que pasó bostezando en su Trans Am y enviando a Wade un saludo fugaz, Pearl Diehler, que, como solía hacer cuando no lograba dar el desayuno y vestir a tiempo a sus hijos, los llevaba al colegio en su vieja y roñosa ranchera, sonriendo con facilidad, con la mayor naturalidad, cuando pasó frente a Wade. Pearl le caía bien, le gustaba la imagen que daba de completa identificación con la maternidad: nunca la veía sin sus dos hijos pequeños. Era un modelo de madre, tanto para Wade como para la mayoría de los vecinos. Aquella mañana Wade se sentía muy benévolo hacia el pueblo: todo parecía marchar a su hora y según lo previsto, y por una vez era capaz de ajustar automáticamente sus movimientos a los de los demás. Como a su padre, ello le permitía actuar con cierta apariencia de volición sin tener que pensar.

Luego se hizo hora de ir al trabajo. Subió al coche de Margie y salió a la carretera en dirección al taller de LaRiviere. No había recorrido cien metros cuando miró al retrovisor y vio tras él la grúa de Merritt, que ahora pasaba bajo el semáforo intermitente. Wade se encontraba delante de la casa de Alma Pittman, paró rápidamente en el camino de entrada y vio pasar la grúa, conducida por Jimmy Dame y con la camioneta azul de LaRiviere colgando de la parte de atrás como un pescado gigantesco.

Cuando desapareció, Wade se quedó en el coche ante la puerta del establo de Alma. La muela le dolía con furia deliberada, el cuerpo parecía pesarle contra el

asiento como una barra de hierro y su mente se llenó rápidamente de imágenes salidas de una época muy lejana, cuando paró en aquel mismo camino y se quedó sentado unos momentos en su viejo Ford rojo, sufriendo como un perro atropellado, antes de ordenar las ideas y recobrar las fuerzas de su molido cuerpo para entrar a ver a Lillian y tratar una vez más de mentirle y al mismo tiempo, con las mismas palabras, decirle la verdad.

Fracasó, desde luego. Ninguno de los dos podía satisfacer el ansia que él sentía. Ni quiera podían definirla. En aquellos dos años durante los cuales ella vivió con su tía mientras terminaba el bachillerato, Wade nunca logró explicarle cómo era en realidad su vida de adolescente, y al final renunciaba a hacerle comprender lo que él mismo no entendía. Con todo, el fracaso y la persistente necesidad le acercaban más a ella, y cuando en el último año de bachillerato empezaron a hablar de matrimonio, en la vida de Wade ya se había tejido una poderosa e intrincada maraña de hilos: la vergüenza y el dolor, la secreta alegría, con su vehemencia y dramatismo, el patético miedo a su padre y la incomprensible cólera hacia su madre, y la incapacidad de imaginarse a sí mismo —un joven desdichado, solo— sin una familia: se convertiría en su propio padre; y Lillian sería su madre: se casarían en el mes de junio, una semana después de graduarse. Sería un buen padre y ella una buena madre; tendrían un hijo adorado.

Wade percibió un movimiento en la ventana y un momento después se abrió la puerta y Alma asomó la cabeza con aire confuso.

Wade salió del coche y dijo:

—¡Hola, Alma! Soy yo. Estaba dando la vuelta.

Ella asintió sombríamente, una mujer alta con pantalones verdes de sarga y una camisa de franela a cuadros, áspera y masculina, una mujer que se mantenía apartada del pueblo y que sin embargo parecía quererlo. Cerró la cancela y se disponía a cerrar también la puerta cuando Wade, en vez de volver al coche, echó a andar de pronto por el estrecho camino de entrada, recién limpio de nieve, en dirección a la puerta. Alma volvió a abrir bruscamente y Wade entró en la casa.

Ella le ofreció una taza de té, él la aceptó y la siguió a la cocina, una amplia estancia en la parte de atrás que comunicaba con su despacho, caldeada por un fogón de leña, aún familiar después de tantos años, todavía llena de los olores de las comidas, característicos de una solterona obsesionada por la limpieza, que él recordaba de su juventud y que había admirado y deseado para su propia cocina, cuando Lillian y él se hubieran casado.

Pero la cocina de ellos olía a comidas más abundantes —estofados, judías, espaguetis, café, cigarrillos y cerveza—, y nunca tenía el limpio y seco olor del pan recién sacado del horno, del té, de la mermelada de frambuesa.

Wade se sentó a la mesa y miró por detrás de Alma al despacho mientras ella ponía agua a hervir. Un amplio archivador estaba abierto, y sobre el escritorio, junto a un flamante ordenador nuevo, había varias cajas de fichas de siete por doce

catalogadas por colores.

—Te has comprado un ordenador, Alma.

—Sí —repuso ella—. Estoy pasando todos mis archivos. ¿Tomas leche y azúcar?

—No. Solo.

Le preguntó si le apetecía que le tostase un panecillo o una rebanada de pan, pero él declinó ambas cosas: después de todo no estaba seguro de por qué había entrado ni de cuánto tiempo se quedaría, de modo que prefirió no suscitar más preguntas sobre sus deseos. Era consciente de que quería estar dentro de la casa de Alma, en su pulcra y eficaz compañía, pero aparte de eso no sabía nada más.

—¿Estás bien, Wade? —inquirió Alma, poniéndole delante la taza y el platillo.

—Sí, claro. ¿Por qué? Bueno, me duele una muela y tengo algunas preocupaciones, como todo el mundo. Pero estoy bien.

—Pues pareces... triste. Enfadado. No pretendo meterme en lo que no me importa. Siento lo de tu madre, Wade. Fue un entierro bonito.

—Sí, bueno, gracias. Pero ya ha terminado todo, supongo. La vida continúa. ¿No es cierto?

Ella dijo que sí, se sentó, echó leche en su taza y la removió.

—Alma, creo que en este pueblo pasan cosas bastante sospechosas —anunció precipitadamente Wade—. Estoy seguro.

—Siempre han pasado —corroboró ella.

—Pues esta vez quizá sea peor de lo que tú y yo estamos acostumbrados.

—Quizá. Pero al cabo de los años he visto un montón de asuntos turbios en este pueblo. Y tú, tú lo ves todo, o al menos te enteras, ¿verdad? Eres el policía municipal.

—Venga, Alma, vamos, esto es distinto de una insignificante borrachera pública, de gamberrismo, de alguien que da una paliza a su mujer o de unos chicos que se pelean en Toby's. Me estoy refiriendo —especificó, bajando la voz—, estoy hablando de un asesinato. Entre otras cosas.

Alma miró a Wade desde el otro extremo de la mesa, en silencio, sin otra expresión en el rostro que la de la paciencia, como esperando que le contase un sueño que hubiera tenido la noche antes. Removió despacio el té y siguió observando las agitadas facciones de Wade.

—¿Quién? —dijo al fin.

—Evan Twombly, el jefe del sindicato que murió de un tiro la semana pasada.

—¿Mató a alguien o lo asesinaron a él?

—Lo asesinaron.

—¡Ah! ¿Quién lo hizo?

Wade se lo contó.

—Lo dudo —repuso ella con calma, sonriendo, como una mujer que escucha las fantásticas historias de su sobrino favorito. Y así fue como me lo explicó más tarde a mí. Según me dijo, Wade siempre hacía gala de una gran imaginación, y aquella semana estaba inquieto, entre otras cosas debido a la muerte de su madre. De modo

que escuchó con tolerancia, pasivamente, su embarullado relato de cómo Jack Hewitt fue contratado por Mel Gordon para hacer que el asesinato de Twombly pareciera un suicidio accidental. Wade insistió también en que Gordon LaRiviere estaba implicado de algún modo, pero aún no le resultaba clara la índole de esa relación. Todo saldría a la luz, afirmó, si Jack, a quien consideraba el eslabón más débil, contaba la verdad. Además, Wade creía que si Jack decía la verdad, confesaba su participación en el asesinato de Evan Twombly y revelaba lo que sabía de la parte desempeñada por los otros dos, saldría bien parado y algún día estaría en condiciones de rehacer su vida.

—Podría estar en libertad cuando tuviese mi edad —aventuró Wade.

Alma alargó el brazo por encima de la mesa y dio unas palmaditas en la nerviosa mano de Wade.

—A veces las cosas son más simples de lo que uno cree, Wade —dijo—. Permíteme que te haga una pregunta.

—No me crees.

—¿Te refieres a lo de Jack Hewitt? No, no lo creo. Pero estás metiendo la nariz en algo. Sólo dime una cosa: ¿has comprobado últimamente los recibos de la contribución de la casa de tu padre?

—Pues sí, efectivamente. Bueno, no, pero he pensado en los impuestos de mi padre, en si los habría pagado este año.

—Pues no —repuso ella—. No lo ha hecho. En realidad hace dos años que no los paga. Un año más y recibirá un aviso para pagarlos todos más el recargo; si no, el ayuntamiento embargará la casa y la sacará a subasta. Claro que las cosas no irán tan lejos. Los impuestos son bajos e incluso con el depreciado valor que por aquí tienen las propiedades, la gente siempre puede vender la casa por mucho más de lo que debe, de modo que hacen eso o piden un préstamo al banco. De todas formas es bueno comprobarlo, supongo, ahora que tu madre ha muerto. Y me figuraba que lo harías pronto.

—Sí, eso mismo pensaba yo. Tenía intención de pagarlos cuando recibiera el seguro.

—¿Sabes si alguien ha querido comprar la casa últimamente? —preguntó ella en tono vago.

—Pues a decir verdad, sí. LaRiviere.

Alma puso la taza en la mesa y se levantó.

—Ven aquí un momento, Wade —dijo.

Él la siguió al despacho, una pequeña galería acristalada y amueblada con sobriedad y eficiencia: varios archivos altos, un escritorio y una mesa funcional para el ordenador. Alma se sentó frente a la máquina, acercó una silla giratoria e indicó a Wade que se sentara a su lado. Metió un par de disquetes en el ordenador, pulsó con pericia unas cuantas teclas y la pantalla se llenó de pronto de columnas de diminutos nombres y cifras que, por lo que a Wade respectaba, bien podían ser la lista de los componentes y piezas del ordenador. No significaban nada para él.

Alma se volvió en la silla y le miró con disimulada satisfacción.

—Esto tendría que decirte algo —le sugirió.

Wade guiñó los ojos y trató de leer las palabras y los números que tenía delante. Reconoció algunos nombres —Héctor, Eastman, Sam y Barbara Forque, el viejo Bob Ward, llamado allí Robert W. Ward Jr—, pero el resto de la pantalla no le decía nada y, por supuesto, los nombres carecían de sentido por sí solos.

—¿Qué es esto, una especie de lista de impuestos atrasados?

—Podría decirse. Pero no, es una lista de todas las transacciones inmobiliarias que se efectuaron en el pueblo durante el año pasado. Casi todas corresponden a tierras desocupadas —explicó ella—. La mayoría se compraron por un poquito más del valor de los impuestos atrasados.

Indicó las diversas columnas de la pantalla y explicó su significado: dueño original, impuestos debidos, dimensiones de la propiedad y de las construcciones que tuviese, comprador, precio de compra, fecha de venta, etcétera.

—¡Ah! —exclamó Wade, como si ya entendiese lo que veía.

—Éstas son las ventas de este año hasta el momento. —Pulsó unas teclas y la pantalla cambió—. Y éste es el registro de hace tres años.

Se veían cinco líneas, el resto estaba en blanco.

—Hay diferencia, ¿eh?

Luego pasó al año en curso.

—Fíjate bien en esta columna —le indicó, señalando la lista de compradores.

Wade se inclinó hacia adelante y vio que todas las compras menos cuatro las había efectuado una entidad llamada Sociedad Urbanizadora del Norte. Observó que las cuatro restantes eran parcelas cercanas al pueblo donde se habían instalado remolques en el verano anterior. En tales casos el vendedor era Gordon LaRiviere. En eso no había nada raro.

—¿Qué es esa Sociedad Urbanizadora del Norte? —preguntó Wade, encendiendo un cigarrillo y buscando un cenicero.

Alma se levantó de la silla, fue a la cocina y volvió con un cenicero limpio, que le entregó.

—Póntelo en las rodillas —le dijo—. Eso mismo me preguntaba yo, Wade. Así que un día fui a Concord y lo consulté, pues tenía que estar inscrita oficialmente. Está registrada en New Hampshire, desde luego, y su dirección es un apartado postal de Lawford. El presidente es Mel Gordon y el vicepresidente y tesorero es Gordon LaRiviere. Esos dos individuos están comprando la montaña, Wade. Y barata, además. LaRiviere es concejal, está al corriente de los datos fiscales y de ese modo sabe exactamente qué ofrecer por las tierras que, por otra parte, carecen de utilidad. Y como en esta época nadie más quiere comprar, las consigue al precio que ofrece. Es probable que su socio aporte el capital. Seguro que LaRiviere no tiene suficiente para comprar tanto. Mira —dijo, señalando la columna que indicaba las dimensiones de las parcelas—. Noventa y siete hectáreas. Sesenta y ocho. Treinta y ocho hectáreas. Y

suma los precios de compra, si quieres. Yo ya lo he hecho. Trescientos sesenta y cuatro mil dólares, este año solamente. Me parece que esa suma está fuera del alcance de la sociedad de LaRiviere.

—¿Qué hay de Evan Twombley? —preguntó Wade—. ¿Figuraba su nombre en alguna parte de los papeles de la sociedad?

—No. Sólo los dos Gordon. Wade, por favor, olvida esa historia de Twombley y Jack Hewitt. No es más que un producto de tu imaginación. Hay algo más importante, que tú desconoces. Ven aquí —le dijo—. Voy a mostrarte lo que quiero decir.

Se levantó y se dirigió a la pared del fondo, donde había un mapa del municipio clavado con chinchetas.

Wade la siguió, y Alma, señalando con el dedo, trazó la línea curva de Parker Mountain a partir de la Route 29.

—Todas esas parcelas compradas por la Sociedad Urbanizadora del Norte están unidas entre sí. Empezando por aquí, donde la Comunidad de Propietarios de Lake Agaway posee unas cuatrocientas cincuenta hectáreas y donde tu otro amigo, Melvin Gordon, y la hija de míster Twombley tienen ahora una casa. Esos dos individuos, Melvin Gordon y Gordon LaRiviere, han comprado en absoluto secreto todas las tierras a ambos lados de la carretera, parcela a parcela, desde el pie de Saddleback pasando por la cima de la montaña y bajando por la otra ladera. Han adquirido toda esa parte del final del pueblo. Menos este trozo —añadió, colocando el dedo en un punto cerca de la carretera—. Que, según los datos de la administración tributaria, incluye cincuenta hectáreas con una casa de tres habitaciones y un establo. ¿Es eso?

—Eso es —repuso Wade, exhalando despacio el aliento—. Sólo que el establo está casi derrumbado.

—No importa. Sigue siendo un edificio por el que tienes que pagar contribución.

—¿A cuánto asciende la factura, cuánto se debe al ayuntamiento por la casa? —preguntó Wade.

—Algo menos de mil doscientos dólares, recargos incluidos. No mucho, comparado con la mayoría de esas tierras adquiridas por los dos Gordon. No debería haberte enseñado esto, pero dentro de un par de años probablemente podrías sacar un buen dinero por la propiedad de tu padre, si pagas los impuestos ahora y la conservas.

—Sí —repuso Wade.

Según refirió Alma más tarde, Wade jadeaba de forma manifiesta, parecía sorprendentemente descompuesto por lo que acababa de mostrarle, y ella deseó de pronto no haberle dicho nada sobre la Sociedad Urbanizadora del Norte, porque Wade dio un puñetazo al mapa y exclamó:

—¡Lo ves! ¡Eso *demuestra* que LaRiviere está metido en el ajo! ¡Jack no es más que un crío! ¡Sólo es un peón que utilizaron para quitar de en medio al viejo!

Twombley, explicó Wade, debió de descubrir que su yerno estaba sacando fondos del sindicato para comprar tierras en el norte de New Hampshire, probablemente blanqueando dinero procedente del crimen organizado, y trató de parar el asunto



porque iba a iniciarse una investigación.

—No —repuso Alma—, se trata de algo mucho más simple.

Lo que el mapa y las cifras demostraban, aseguró ella, era que Gordon LaRiviere se iba a hacer muy rico utilizando su cargo de concejal para explotar a sus vecinos.

—Esos tipos probablemente piensan dedicarse a las estaciones de esquí —sugirió a Wade—. Y dentro de un par de años no reconocerás este pueblo.

Wade no la escuchó ni dijo una palabra más. Cogió el chaquetón y la gorra y se dirigió a la puerta sin dar siquiera las gracias. Desde la ventana del cuarto de estar, Alma lo vio apresurarse hacia el coche de Margie, subir y alejarse. Fue la última vez que vio a Wade, según me contó, y estaba segura de que iba a suceder algo horrible, sintiéndose confusamente envuelta en ello, tal y como nos sentiríamos los demás cuando todo pasó.

DIRÁN que yo debería haber sabido que algo terrible iba a ocurrir, y quizá tengan razón. Pero, aun así, ¿qué podría haber hecho para impedirlo? Ya el viernes, Wade estaba dominado por fuerzas tan poderosas como difíciles de identificar: para Margie y para mí, que estábamos en la mejor situación para observarlas, y desde luego para personas como Alma Pittman, Gordon LaRiviere o Asa Brown. Según pareció, aquel día y el siguiente no tuvimos más remedio que responder como lo hicimos ante las acciones de Wade. Y así pudimos luego alegar algo parecido a la inocencia, o al menos a la ausencia de culpa; pero por esa razón fuimos incapaces de influir en sus actos. Para obrar de otra manera tendríamos que haber sido previsores, si no omniscientes, y quizá despiadados también.

No puedo culpar a Gordon LaRiviere por su reacción hacia Wade aquella mañana, aunque, teniendo en cuenta lo que ahora sé, bien pudo ser lo que empujó a mi hermano a cometer aquellos actos extraños y violentos durante la tarde del mismo día. En realidad, cuando tras salir de casa de Alma Pittman hizo su estrepitosa entrada en el taller de LaRiviere, ignorando a Jack Hewitt y a Jimmy Dame, pasando directamente a la oficina y apartando de un empujón a Elaine Bernier, que intentaba detenerlo, Gordon hizo lo que yo mismo habría hecho en esas circunstancias.

—¡Qué falso eres, cabrón! —gritó Wade al entrar en el despacho—. ¡Ya te he calado, Gordon! ¡He trabajado para ti durante todos estos años, desde que era un crío, maldita sea, y te consideraba un tipo decente! ¡Creía que eras un buen tío, Gordon! —declaró jadeante, encendidos los ojos con una extraña mezcla de furia y tristeza—. ¡Hasta te estaba agradecido! ¡Te lo puedes creer, coño! ¡Agradecido!

Golpeó el escritorio de LaRiviere con los puños, una y otra vez, como un niño en plena rabieta.

Jimmy y Jack se habían situado en la puerta, detrás de Wade, mientras Elaine Bernier, pálida de miedo, se movía agitadamente en el otro despacho. LaRiviere se levantó sin perder la calma, irguiéndose en toda su estatura, nada desdeñable, e hinchando el cuerpo como una tienda de campaña.

—Estás listo, Wade —sentenció, extendiendo la mano con la palma hacia arriba—. Dame las llaves del taller.

Wade volvió la cabeza y vio a Jack y a Jimmy, sombríos como verdugos, y soltó una carcajada.

—Vosotros dos no lo entendéis, ¿eh? Creéis que sois libres, pero estáis esclavizados. Sois esclavos de este hombre —afirmó, y su voz cambió otra vez de tono, volviéndose suave y quejumbrosa—. Pero, Jack, ¿no ves lo que te está haciendo este tipo? ¡Por Dios, Jack, te has convertido en su esclavo! ¿Es que no lo ves?

Jack lo miraba impasible.

—La llave, Wade —insistió LaRiviere.

—Sí, desde luego. Claro que te doy la llave. Es la llave que me ha tenido

encadenado y unido a ti durante todos estos años. ¡Te la devuelvo con mucho gusto! —Sacó el llavero del bolsillo, quitó una llave y la dejó caer en la palma extendida de LaRiviere—. Ahora soy libre. —Mirando fijamente a los impertérritos ojos de LaRiviere, añadió—: ¿Ves qué fácil, Jack? Lo único que tienes que hacer es devolverle lo que te ha dado, y te libras de él.

Se volvió, y Jack y Jimmy se apartaron para dejarle pasar. Elaine Bernier se hizo a un lado, Wade atravesó el otro despacho y se marchó. Libre.

Por lo que sabemos, desde el taller de LaRiviere Wade se fue derecho a casa. Ya era media mañana, y hacía un día agradable y luminoso, lo bastante cálido para que la nieve empezara a derretirse. Padre estaba fuera, amontonando leña y partiendo astillas para el fogón, cosa que hacía casi todos los días a aquella hora, lo suficientemente temprana como para manejar el hacha con relativa seguridad. Tenía un aspecto frágil y parecía más viejo de lo que era; trabajaba despacio, metódicamente, y no levantó la vista cuando Wade entró en el patio y estacionó el coche de Margie delante del porche.

Margie estaba en la cocina, tomando café y leyendo un periódico de la semana anterior. Cuando entró Wade, dobló el diario y alzó los ojos, dispuesta a hablar con él de la noche pasada, de lo que había sucedido en el asiento trasero del coche: prácticamente ignoraba lo que ocurría entre padre e hijo, pero se trataba de una guerra antigua, era consciente de que Wade sufría y estaba dispuesta a entender y ofrecerle su comprensión. Y en cuanto a lo de llegar tarde, quizá hubiera una explicación: no tenía allí el coche, de modo que debió de averiársele cuando volvía a casa del trabajo, muy lejos del pueblo para llamar por teléfono, tuvo que volver a casa andando bajo la nieve y, como fuera, no le vio en la carretera cuando ella se dirigía al restaurante, debió de pasarle de largo con el coche, pobrecillo, así que tuvo que dar la vuelta y volver al pueblo de pie, por lo que no pudo llegar hasta las nueve. Algo por el estilo habría pasado, estaba segura, y luego en el restaurante y después en el coche, cuando padre había empezado a soltar su lengua de borracho, Wade estaba probablemente tan enfadado y se sentía además tan culpable, que simplemente perdió los estribos y por eso abofeteó al viejo.

Pero cuando alzó la vista del periódico y vio a Wade, todas esas ideas desaparecieron de su mente, porque inmediatamente sintió que aquel hombre daba miedo. Sus movimientos eran bruscos y desproporcionados, tenía el rostro enrojecido, las facciones tensas y contraídas, como si llevara una máscara fabricada a partir de un pésimo retrato de sí mismo, y estaba tiritando: le temblaban las manos; incluso desde el fondo de la cocina podía ver cómo se estremecía al quitarse el chaquetón y colgarlo de una silla junto a la pared.

—Tengo que hablar con mi hermano —anunció—. ¿Has leído mi nota? Sí, claro, ahí la veo. Escucha, están pasando muchas cosas y tengo que hablar con Rolfe de unos asuntos. ¿Todo va bien? Hoy tienes que ir a trabajar, ¿verdad?

Margie asintió con la cabeza y lo observó con atención mientras él entraba en el

cuarto de estar y cogía el teléfono de la mesita próxima al aparato de televisión.

—¡Sólo tardaré un momento! —dijo, alzando la voz.

Y entonces fue, claro está, cuando me telefoneó, a una hora en la que no suelo estar en casa, pero dio la casualidad de que en aquella ocasión había llamado al trabajo diciendo que estaba enfermo: era viernes y padecía una especie de particular agotamiento intelectual, quizá una reacción tardía al entierro y al viaje a Lawford, tal vez debido a alguna oscura, compleja y sin duda inconsciente participación en lo que Wade estaba pasando, aunque en aquellos momentos sólo era mínimamente consciente de las experiencias que atravesaba mi hermano. En cualquier caso, aquella mañana me desperté anormalmente abatido y extrañamente débil, incapaz de mantenerme en pie sin que las piernas me temblaran, de modo que llamé al instituto y solicité que aquel día me sustituyera un profesor suplente. Luego, a media mañana, sonó el teléfono y era Wade.

Fue una conversación anormalmente larga. Al principio habló muy seguido y con vehemencia, informándome rápidamente de los acontecimientos de la noche anterior. No incluyó, claro está, ciertos detalles que no le habrían dejado en buen lugar, como el incidente de la bofetada en el coche, detalles que obtuve meses después de diversas fuentes: Margie, Nick Wickham, Jimmy Dame, los cazadores de Lynn, Massachusetts. Luego me contó la historia, su versión, del episodio del barreño, que encontré desconcertante en cierto modo, ya que era muy distinta de la mía y además me tenía a mí de protagonista. Por último pasó al evidente objeto de su llamada, decirme lo que Alma Pittman le había mostrado por la mañana —no mencionó el hecho de que LaRiviere le había despedido— y pedirme consejo sobre la forma de utilizar esa información.

—Sé lo que *significa* —añadió—. Sólo que no veo manera de utilizarla.

—¿Para qué? —le pregunté.

—¿Cómo que «para qué»? Para ayudar a Jack, claro está, y atrapar a esos hijoputas, a los dos Gordon, como los llama Alma. ¡Por Dios, Rolfe! ¿De parte de quién estás?

—De tu parte, naturalmente —le aseguré.

Pero su intensidad y la virulencia de sus emociones me alarmaron. A pesar de su obsesión por el tema, su confusión y evidente falta de concentración me impulsaban a reaccionar con cautela. Cambiaba de un tema a otro pasando por distintos tonos: se ponía a insultar a Mel Gordon y seguidamente se quejaba de su dolor de muelas, que arrastraba desde hacía semanas; hablaba de Jack Hewitt con ansiosa simpatía, casi identificándose con él, y luego divagaba larga y tediosamente sobre el hecho de que tenía el coche en el garaje, viéndose obligado a utilizar el de Margie, y de que no podía dejar a padre mucho tiempo solo en casa; durante unos instantes habló con resentimiento de Lillian y de su demanda por la tutela, según la denominó, y le faltó poco para llorar al explicarme de nuevo la forma en que Lillian le estaba impidiendo ser un buen padre para su propia hija.

Era una conversación que producía ansiedad, por no decir otra cosa, y noté que se iniciaba una de mis viejas jaquecas, como si desde el interior del cerebro me enfocaran a la parte de atrás de los ojos con una pequeña linterna. Quería librarme de él, así que empecé a llevar la conversación y quizá hablé con mayor autoridad de la que habría utilizado en circunstancias normales. Creo, no obstante, que eso es lo que Wade pretendía de mí y el motivo que le había impulsado a llamarme. Mientras él hablaba, una vez que me resultó evidente que tenía una tremenda confusión, tomé notas en el cuaderno amarillo que guardo junto al teléfono, enumerando sus problemas particulares y poniéndolos en relación recíproca: ése es, después de todo, uno de los métodos que utilizo para resolver mis propios asuntos, enunciándolos por orden para que la respuesta del problema más pequeño conduzca finalmente a la solución del más importante. ¿Por qué no tratar de resolver del mismo modo los problemas de Wade? Así, cuando decidí llevar la conversación, estuve en condiciones de hablar claramente y con autoridad. Me escuchó, y quién sabe si tomó notas él también porque, según resultó, siguió mis consejos al pie de la letra. Por eso hoy no me considero tan inocente, tan libre de culpa por lo que sucedió finalmente. Claro que no había forma de saber cómo iba a embarullar las cosas ni de predecir cómo iba a contrariarle la más simple circunstancia ni de adivinar los medios que acabaría hallando para liberar sus emociones, cada vez más violentas.

Wade colgó el teléfono y, tal como yo le había sugerido, llamó inmediatamente al garaje de Merritt para preguntar cuándo podía recoger el coche. Contestó Chick Ward, que soltó una carcajada burlona al oír que quería el coche.

—Wade, amigo mío, hay una noticia buena y una mala. ¿Cuál quieres saber primero?

—Sólo dime lo que pasa, Chick. Tengo prisa.

—Perfectamente, muchacho, la buena noticia es que todavía no nos hemos puesto con tu coche. No llegó hasta ayer por la tarde, ya sabes. Ésa es la buena noticia, ¿entiendes? —Hablabla alto, como si le escuchara alguien más aparte de Wade.

—¿Se puede saber qué coño pasa?

—¿Quieres saber la mala noticia?

Wade se imaginó a Chick en el garaje, sonriendo con el teléfono en la mano, guiñando un ojo a Chub Merritt y a los que estuvieran allí tratando de resucitar la ahogada camioneta de LaRiviere.

—Sólo dime cuándo lo tendréis arreglado. Es el motor de arranque, estoy completamente seguro, me ha venido dando problemas...

—La mala noticia —le interrumpió Chick— es que si no hemos podido arreglar tu coche todavía es porque tenemos aquí un problema con una camioneta que alguien hundió anoche en el hielo. Nos figurábamos que sabrías algo de eso, Wade.

—Sí —repuso Wade, al cabo de un momento de silencio—. Lo sé.

—Claro. Eso pensábamos. Chub también me ha encargado que te diga que Gordon LaRiviere no va a pagar el arreglo. Tendrás que pagarlo tú. Si es el motor de

arranque, como tú dices, te costará unos doscientos dólares.

Wade no dijo nada. Dinero... no tenía. Ni trabajo, ni dinero, ni coche. Nada.

—¿Te parece bien, Wade?

—Sí. Perfectamente.

—Ah, tengo otra mala noticia, Wade. ¿Quieres oírla?

—No especialmente, pedazo de cabrón.

—Oye, que sólo soy el mensajero, ¿sabes? Sólo trabajo aquí.

—Dime.

—Bueno, pues Chub dice que estás despedido, Wade.

—¡Despedido! ¡Imposible! ¡No puede despedirme! LaRiviere ya lo ha hecho esta mañana.

—Ah, sí, Wade, sí puede. Es concejal y me ha dicho que te diga que devuelvas la placa, te lleves tus cosas de la oficina del ayuntamiento y le dejes la llave a su mujer, que estará todo el día en el despacho de la junta municipal. Me ha dicho que ahora que tiene tu coche aquí, le quitará la radio y la luz de policía. Me parece que son propiedad municipal, Wade.

—Déjame hablar con Chub —dijo Wade—. Hay algo que tiene que saber. Pásame a Chub.

Chick tapó el teléfono unos momentos, luego volvió a ponerse y dijo:

—Dice Chub que te diga que está demasiado ocupado secando la camioneta de tu jefe para hablar contigo. Lo siento.

—¡Oye, hijoputa, pásame a Chub! ¡Hay unas cuantas cosas que debe saber, maldita sea! Antes de despedirme tiene que saber lo que yo sé de ciertas personas de este pueblo. Que se ponga, ¿me oyes?

Chick volvió a tapar el receptor. Pasó un momento, Wade oyó colgar el teléfono y en su oído zumbó una tonalidad.

Wade colgó despacio el aparato. ¡Así que Chub también estaba en el ajo! Chub Merritt trabajaba con ellos. Probablemente recibía una parte de Gordon LaRiviere y Mel Gordon, y en su calidad de concejal tenía el mismo acceso al registro de contribuciones que LaRiviere, de modo que su trabajo consistía en tener la boca cerrada sobre la Sociedad Urbanizadora del Norte y, entre otras cosas, contribuir a que Wade se mantuviese alejado.

La pulsación en su mandíbula pareció prolongar el zumbido de la tonalidad, distrayéndole bruscamente de su manía —pues ya era eso, una manía— y haciéndole recordar mi segundo consejo, ir al dentista, por amor de Dios, a que le sacara la muela. Ocuparse primero de las cosas pequeñas, de lo que te distrae y te impide ocuparte de las cosas importantes. Que te devuelvan el coche, que te extraigan la muela, que padre se ocupe de sí mismo mientras tú desenredas el asunto y, pasando por encima de las autoridades locales, en quienes no puedes confiar, lo pones directamente en conocimiento de la policía estatal. Deja que la policía del estado se ocupe del caso. Y luego quizá puedas convencer a Jack Hewitt para que se entregue.

Pero hazlo con calma, pacíficamente, de forma racional. No lo persigas por el campo ni te enfrentes con él en un bar o en el taller de LaRiviere, donde haya más gente alrededor. Habla con su novia o con su padre, con alguien en quien tenga confianza, y explícales lo que se juega en este asunto. Jack ya no confía en ti, Wade, de modo que tendrás que dejar que otros le convenzan para que confiese su crimen y acuse a los demás. Salva al chico y hunde a los otros. Y mientras te ocupas de todo eso, encarga a J. Battle Hand que lleve adelante tu demanda contra Lillian. Ahora que le has dado una información que no sólo empaña la reputación de buena madre de Lillian sino que también implica a su propio abogado, tu míster Hand debería estar en condiciones de hacer un trato que obligue a Lillian a restituirte tus derechos de padre. Dentro de unas semanas, antes de Navidad, incluso antes del día de Acción de Gracias, todo lo que ahora parece confuso y caótico estará claro y en su sitio, y ese día tú, la espléndida mujer que pronto será tu esposa, tu encantadora hija Jill y tu padre comeréis juntos en la vieja mansión familiar, y tú ofrecerás una oración de gracias al Señor por todo lo que te ha dado este año. Y quizá yo también os acompañe a la mesa.

Wade hojeó la guía de teléfonos que tenía en las rodillas y buscó los dentistas de Littleton: había cuatro y los llamó uno a uno por orden alfabético, pidiendo, rogando y luego exigiendo a gritos una cita para aquella tarde. Los cuatro se negaron a verle. Dos de ellos —según me enteré más adelante, después de llamarles yo mismo— recordaron haber colgado en medio de sus insultos, convencidos de que estaba loco o era peligroso o ambas cosas.

Wade colgó de golpe, tiró la guía al otro lado de la habitación y, al levantarse y volverse, vio a Margie que le observaba junto a la puerta, pálida y con la boca abierta.

—¿Qué? —inquirió él.

—¿Qué demonios te pasa, Wade? ¿Por qué te comportas así?

—¿A qué te refieres? ¡Es la muela! ¡La jodida muela! ¡Ni siquiera me deja pensar!

—Te he oído hablar, Wade. Te han despedido esta mañana, ¿verdad?

—Mira, sólo de momento, créeme. En los próximos días la mierda va a salpicar a tanta gente, que el hecho de que LaRiviere y Chub Merritt me hayan despedido no tendrá la menor importancia. Esos hijoputas estarán fuera de circulación y cumpliendo condena antes de que yo termine con esto.

Empezó a dar vueltas por la habitación con la mano apretada contra la doliente mandíbula, como para asegurarse de que aún no se le había desprendido. Padre entró en la cocina con una docena de troncos en los brazos y los dejó caer ruidosamente en el cajón de la leña.

—Hay muchas cosas que todavía no te he contado ni a ti ni a nadie —anunció Wade—, ¡pero por Dios que voy a descubrir los trapos sucios del pueblo! No te preocupes, tendré otro trabajo. Puedo hacer muchas cosas por aquí. De todos modos, la gente va a necesitarme. Cuando acabe todo esto y se enteren de lo que pasaba a sus

espaldas, me tendrán por un puñetero héroe. Espera y verás: cuando esto salga a la luz la gente me necesitará. Igual que Jill, ¿verdad? Cumpliré, ya verás. Seré el mejor padre que jamás pudo tener. Tú me necesitas. ¡Hasta padre me necesita, por amor de Dios! Así que no te preocupes, cuando esto termine tendré trabajo, un buen trabajo, me ocuparé de la casa y la arreglaré, la pondré bonita para todos nosotros. Y el pueblo también me necesita. Todavía no lo saben, pero así es. Igual que Jill, padre y tú. Volveré a ser el agente municipal, no te preocupes. Quizá crean ahora que me pueden mandar a un rincón, aullando como un perro apaleado o un desgraciado que se pone en su camino, pero juro por Dios que pronto será distinto.

Despacio, como empujada por la fuerza de sus palabras, Margie retrocedió a la cocina, donde recogió su libro y el abrigo colgado en la percha junto a la entrada, y mientras Wade seguía dando vueltas y echando pestes, gesticulando y dando explicaciones como si ella siguiera en la puerta del cuarto de estar, salió al porche.

Bajó rápidamente los escalones, subió al coche, arrancó y se dirigió en marcha atrás hacia la carretera, pensando: Está loco. Uno es un borracho y el otro un loco. ¿Qué demonios hago aquí? Podía marcharse, pensó: seguía teniendo los muebles en la casa del pueblo y aún no había escrito a los padres de su exmarido a Florida para decirles que se había mudado. Pero toda su ropa y pertenencias personales, fotografías, documentos, estaban en casa de Wade, pues así era como la consideraba ahora. En cierto sentido, la casa olía a Wade y se parecía a él: si antes era un magnífico ejemplo de estilo rural, simétrica, de bellas proporciones, situada en un lugar encantador, ahora estaba medio en ruinas, destartada, casi inservible.

De pronto comprendió que Wade se estaba volviendo como su padre. Sobrio, hablaba y se comportaba igual que su padre cuando estaba borracho. Y a su padre se le estaba negando por completo la existencia. Comprendía lo que estaba pasando. No tenía intención de convertirse en la madre de Wade. Decidió quedarse una noche más en la casa, y al día siguiente, cuando Wade fuese a Concord a ver a aquel abogado suyo, se marcharía.

El dolor era más fuerte que nunca: se había vuelto carmesí, tiñendo la mitad interior de su rostro, manchándolo de la punta de la barbilla a la sien y avanzando hacia el centro. Su visión estaba ya afectada y veía las cosas entre esporádicos destellos y palpitaciones: padre estaba en la cocina limpiándose la chaqueta; la imagen del televisor, desajustada, daba continuos saltos; padre sentado en el sofá frente al televisor; en la cocina; ajustando la imagen. Los ruidos eran anormalmente fuertes, seguidos de extraños intervalos de silencio: el ruido de padre al abrir la alacena de la cocina, desenroscar el tapón de la botella, servirse whisky en un vaso y beberse: todo lo oía con claridad y a todo volumen, como si padre tuviera prendido un micrófono; y luego, la televisión, fuerte al principio, después silenciosa, alta otra vez; y el ruido de padre al soltar una brazada de astillas en el cajón de la leña, como una avalancha de piedras, acentuado por un retumbante silencio.

Padre veía lucha libre con las manos en las rodillas, como para mantenerlas



quietas, mientras Wade trataba de escapar al dolor de la mandíbula dando vueltas por la habitación, pasando de las ventanas a la puerta, como un perro que busca la salida del corral. Padre dijo algo de la antena, que sería bueno tener una parabólica, deberían comprar una, ¿cuánto costaría, sabía Wade cuánto costaban esas antenas que últimamente se veían por todo el pueblo? *¡Cállate!*, gritó Wade. *¡Cierra la boca, joder!* En la televisión el público profería aullidos de júbilo mientras un enorme luchador enmascarado, casi desnudo, cogía en volandas al otro, lo arrojaba contra la lona y saltaba sobre él. Luego la imagen se volvió a descomponer, padre se levantó, ajustó el mando, repitió que le gustaría tener una antena parabólica y volvió a sentarse mientras el enmascarado volaba por los aires con los pies extendidos, caía sobre la espalda de su contendiente, lanzándolo tambaleante contra las cuerdas del otro lado del cuadrilátero, y el público se volvía loco, abucheando, gritando, aplaudiendo, algunos hasta poniéndose de pie en los asientos y agitando los puños. Luego, silencio: Wade estaba ante la ventana, mirando al patio cubierto de nieve y al establo medio derruido. Un cuervo —encaramado en una viga con su negro y afilado perfil como una silueta recortada— volvió despacio la cabeza, como sabiendo que lo observaban, hasta apuntar a Wade con el pico como un dedo acusador: *¡Tú!* Wade le volvió la espalda y el ruido de la televisión penetró en su cabeza, los gritos del público, los gruñidos y golpes de los púgiles, la sonora voz del locutor, ruidosos filamentos que se entretejían para formar un dardo que penetraba en su cerebro: padre había ido otra vez a la cocina; la televisión estaba en silencio; Wade oyó abrir la botella, caer el whisky en el vaso, el ruido de padre al tragar con la boca, los labios, la lengua, la garganta. *¡Deja la puñetera botella!*, gritó Wade, que entró en la cocina, se cruzó con padre que venía en la otra dirección, cogió la botella de la encimera de la pila y salió fuera a toda prisa.

El brillante reflejo del sol en la nieve le cegó. Se detuvo en el porche unos momentos y trató de acostumbrarse a la luz: oyó el silbido del viento en el pinar del otro lado de la carretera, el graznido de un cuervo a su espalda, en el establo, disparos desde un lejano claro del bosque. La llamarada de luz pronto empezó a crujir y derrumbarse y al fin se deshizo en blancos fragmentos que flotaron frente a su campo de visión. Bajó los escalones y, dando la vuelta al porche, se dirigió a la leñera, una estructura de tres lados incorporada al extremo del establo y abierta al camino, donde padre cortaba, apilaba y almacenaba la leña y donde había herramientas dispersas sobre un tosco banco de trabajo.

Wade entró en la leñera y esta vez la oscuridad, no la luz, volvió a cegarle. Dejó la botella en el banco, explorándolo con la mano y tocando un martillo, latas llenas de clavos y tornillos, una garlopa, una pequeña llave inglesa, una lata de gasolina y trozos de una sierra de cadena, una lima, un formón y, finalmente, cuando la oscuridad se disolvió en una niebla gris, cogió los alicates cuya existencia y posición conocía; los había visto hacía unas noches, el domingo, al entrar en el cobertizo con una linterna en busca de herramientas para arreglar la caldera: las herramientas de

padre, desordenadas y herrumbrosas, las herramientas de un borracho, pensó Wade entonces.

Quitó el tapón de la botella, abrió los labios —sólo con abrirlos le dolía—, tomó un trago de whisky del tamaño de una bolsita de té, lo revolvió en la boca y tragó; pero no le supo a nada ni sintió el granuloso ardor en la boca y la garganta; nada salvo el dolor del frío acero que le serraba la mandíbula. Abrió más la boca y se llevó a los dientes el extremo de los largos alicates, retiró el labio con los dedos, dando a su rostro un rictus cadavérico, y desplazó la herramienta hacia atrás, hacia la negra estrella de dolor. Las pinzas de los alicates se separaron del mango como la cabeza de un pájaro de pico largo y durante un instante Wade logró ajustárselos en torno a una muela para luego abrirlos y apretar la siguiente. Después los abrió y volvió a dejarlos sobre el banco de trabajo. El dolor rugía con estruendo en sus oídos, como un tren pasando por un túnel, y sintió que le corrían lágrimas por las mejillas.

Tomó otro trago de whisky, cogió los alicates y la botella y salió rápidamente del cobertizo al luminoso muro blanco de fuera, llorando y tropezando por el camino hacia el porche sin ver nada, orientándose de memoria, hasta entrar de nuevo en la casa y recobrar la visión en la penumbra de la cocina y el cuarto de estar, donde padre seguía sentado frente al televisor: los voluminosos luchadores se golpeaban los cuerpos rosáceos gruñendo y la multitud aullaba de placer; Wade pasó a toda prisa por delante de padre, subió la escalera y entró en el cuarto de baño.

Dejó la botella sobre la cisterna del retrete, miró al espejo y vio el pálido rostro de un desaliñado extraño con las mejillas llenas de lágrimas. Abrió la boca del desconocido y con la mano izquierda retiró los labios hacia el lado derecho; luego cogió los alicates y se los introdujo en la boca. Torció un poco la cara para ver bien en su interior, hizo palanca para abrirla más, cerró los alicates en torno a la muela más grande de la parte de atrás, apretó y tiró hacia fuera. Oyó rechinar la muela contra el frío acero de los alicates, como si estuviera asida al hueso, bajó más hacia la encía el extremo de las pinzas, volvió a apretar y tiró con más fuerza, sin soltarla: la muela se movió en su alvéolo. Puso la mano izquierda tras la derecha y, con una manteniendo la presión sobre la muela y la otra alzando y guiando los alicates hacia arriba, siguió tirando con las dos hasta que la muela salió, húmeda, sanguinolenta, podrida, y cayó resonando en el lavabo. Dejó los alicates y cogió el whisky.

Al pasar por delante de padre dejó la botella con marcado énfasis sobre la mesita. Padre la miró un momento y alzó la cabeza; sus ojos se encontraron con los de Wade y súbitamente se inflamaron de odio.

Ninguno dijo una palabra. Bruscamente, como despidiéndole, padre volvió a mirar a la televisión. Wade cogió el chaquetón y la gorra de la percha de la cocina, se los puso y salió, encaminándose rápidamente entre las brillantes capas de luz hacia el cobertizo; allí cogió la lata de gasolina y luego se dirigió al establo. Le parecía que tenía el rostro en llamas, que el fuego brotaba de dentro, como si el hueco de la mandíbula fuese el cráter de un volcán a punto de erupción. Al arrancar la muela se

había abierto una chimenea, un túnel oscuro, y ahora ascendían chispas, cenizas, gases ardientes que le quemaban la boca: la abrió, escupió en la nieve un coágulo de sangre caliente e imaginó que chisporroteaba a su espalda.

En la penumbra, el establo tenía un aspecto sepulcral. Echó la gasolina en la camioneta de padre y dejó la lata a un lado. Puso un pie en el estribo y subió al asiento del conductor, sacó la llave del bolsillo del chaquetón, donde la guardaba desde el miércoles y, tras algunos intentos, logró arrancar el motor. La vieja camioneta se estremeció y trepidó. Dio marcha atrás y salió despacio por el portón, siguiendo entre los bancos de nieve de la estrecha vereda que él y yo habíamos abierto con la pala dos noches antes, hasta llegar a la carretera, donde manipuló el cambio de marchas, metió primera y se alejó en dirección al pueblo.

ASA BROWN TRABAJABA en la jefatura de policía del condado de Clinton, un edificio bajo de cemento y ladrillo amarillento que estaba junto a la interestatal a unos kilómetros al norte de Lawford. Cuando Wade aparcó entre dos coches patrulla la vieja y renqueante camioneta de padre, de suelo de tablas, ya era mediodía y empezaba a oscurecer. El cielo parecía de gamuza gris y un ligero viento barría la nieve de los montones y la arrojaba a la calzada, donde giraba y se apelmazaba en pequeños zócalos blancos.

Wade bajó de la camioneta, permaneció unos momentos junto a la puerta abierta observando los grandes Ford verde oscuro y recordó que hacía mucho tiempo había pensado ingresar en el cuerpo estatal. Como en Corea había sido policía militar, cuando se licenció le pareció lógico presentarse al examen de ingreso en la academia de policía de Concord, de donde saldría convertido en policía estatal para pasarse el día patrullando con sombrero y gafas reflectantes, deteniendo borrachos en Laconia cuando en verano acudieran los motociclistas a las carreras, llevando a comer al gobernador a su casa desde el edificio de gobernación, persiguiendo por la interestatal a conductores de Massachusetts hasta las orejas de coca que volvían a toda velocidad en dirección sur tras un largo fin de semana en las pistas de esquí. Habría sido mejor que lo que acabó haciendo.

Ni siquiera lo intentó. Volvió de Corea obsesionado con lo que denominaba «asuntos sin resolver», refiriéndose a su amor por Lillian, de quien por entonces estaba legalmente divorciado. Un año después se casó con ella por segunda vez y resolvió su asunto, por decirlo así, pero ya había vuelto a trabajar con LaRiviere y estaba construyendo la pequeña casa amarilla cerca de Lebanon Road para los dos, de modo que no podía aspirar a policía estatal a la vez que tenía un empleo con dedicación plena y construía la casa por la noche y los fines de semana. Así que no se presentó al examen, que estaba seguro de aprobar sin esfuerzo. En cambio, siguió perforando pozos, le nombraron policía municipal y construyó la casa para Lillian y él y la familia que querían formar.

Cuando se casaron por primera vez, justo después de acabar el bachillerato, ambos seguían siendo técnicamente vírgenes. Un cínico diría que se casaron sólo para acostarse, que se divorciaron cuando se cansaron de dormir juntos y que no debieron volver a casarse, lo que podría ser cierto en parte. Pero las cosas no son tan simples como creen los cínicos, sobre todo cuando se trata de adolescentes inteligentes y enamorados. Gracias a su mutua franqueza e intimidad, Wade Whitehouse y Lillian Pittman se habían apartado a los dieciséis años de los chicos y mayores que les rodeaban para protegerse mutuamente al tiempo que se volvían más sensibles y apasionados que los demás muchachos, hasta el punto de depender el uno del otro para el necesario reconocimiento de su mayor inteligencia y sensibilidad.

Sin Lillian, sin su reconocimiento y protección, Wade no habría tenido otro

remedio que considerarse igual que los muchachos y hombres que le rodeaban, que chicos de su edad como Jimmy Dame y Héctor Eastman, y hombres como padre y Gordon LaRiviere, deliberadamente endurecidos y vulgares, que cultivaban la violencia para causar miedo y admiración y crecían con una estúpida voluntad defensiva y luego animaban a sus hijos a hacer lo mismo. Sin el reconocimiento y protección de Lillian, Wade, un fanfarrón atlético y cordial con estallidos de mal genio que desempeñaba muy bien su papel de varón en ese mundo, habría sido incapaz de resistir la influencia de los hombres de su ambiente. No habría podido soportar la soledad.

Lo mismo le ocurría a Lillian: no quería llegar a ser como su madre y todas las mujeres que conocía en el pueblo, un grupo triste y oprimido con disposición a la modestia, temerosas del hombre con el que vivían y cuyos hijos eran el pétreo lastre que pesaba sobre sus vidas como una mortaja. Wade reconocía su espíritu juvenil, la luminosa delicadeza de ideas y sentimientos que las demás chicas de su edad trataban de sofocar, y ella lo adoraba por esa razón. Por eso se casó con él.

También se casaron por la cuestión sexual, claro está, pero nunca se cansaron de dormir juntos, tal como el cínico quisiera hacernos creer. Antes de casarse hacían el amor apasionadamente siempre que tenían ocasión, adquiriendo una dulce familiaridad con sus cuerpos, reconociendo la respuesta del otro al contacto de manos y yemas de dedos, labios, lengua y dientes tan bien como si fuera la suya propia. Pero la consumación verdadera, el acto en sí, no se produjo hasta que se casaron y empezaron a vivir juntos en uno de los pequeños apartamentos del piso de arriba de la tienda de Golden, y cuando lo consumaron, para su gran sorpresa, placer y gratitud, vieron que era una consecuencia ampliada de lo que habían estado haciendo antes. No era distinto, sino algo más. Y nunca se cansaron de tocarse con las manos, lengua y boca, de modo que cuando Wade finalmente se incorporaba a oscuras en la cama para cubrir y penetrar el suave y jubiloso cuerpo de Lillian, el placer y la vitalidad de su entrada, su ritmo largo y dulce, era para ambos un crescendo irresistible que nunca dejaba de sorprenderlos y hacerlos vibrar con su capacidad de dominio, semejante a la fuerza de la gravedad.

No, Wade no la abandonó porque se hubiese cansado de dormir con ella. Cuando la dejó para alistarse en el ejército —esperando seguir a Elbourne y Charlie a Vietnam para verse en cambio destinado a Corea— fue porque a los veintiún años tenía la impresión de que, al haberse casado tan joven, su vida había concluido prematuramente. Era la última, quizá la única oportunidad que tenía de empezar de nuevo. Gracias a Lillian, el conocimiento que tenía de sí mismo, de su carácter positivo, era el de un muchacho cuya vida aún no estaba definida, cuyas grandes posibilidades no se habían concretado en modo alguno. Poseía ese conocimiento porque el amor de Lillian había mantenido vivo en él su espíritu juvenil mucho después de que muriera en todos los que conocía, del mismo modo que su amor por Lillian también lo había hecho perdurar en ella. Pero a pesar de eso allí estaba,

viviendo como un adulto atrapado, como un hombre mucho mayor que él cuya vida ya estaba determinada en todos los aspectos importantes: por el trabajo con LaRiviere, por el pequeño y sombrío apartamento lleno de objetos que otros no querían y por el pueblo mismo de Lawford, todo ello circundado por oscuros bosques y colinas. Era una vida de adulto, y no estaba dispuesto a aceptarla.

Empezó a beber después del trabajo, normalmente en Toby's, se desorientó y se volvió agresivo. Pronto perdió el contacto con el hermoso espíritu juvenil, con el frágil y animoso apego hacia el mundo que había alimentado y conservado durante la adolescencia, y esa pérdida, de la que culpaba a Lillian, le volvía cada vez más resentido. Y cuanto más la responsabilizaba de ello, más se alejaba de aquel espíritu y menos se diferenciaba de los hombres de su ambiente, hasta que una noche la golpeó con los puños para luego echarse a llorar en su regazo, implorando perdón, prometiendo cambiar, ser un hombre nuevo, limpio, cariñoso, amable, divertido.

Pero al cabo de unas semanas se sorprendió rompiendo la promesa, horrorizándose de sí mismo y echando la culpa a las circunstancias, a su vida con Lillian, confundiénola con la causa de su desvarío, y por eso la abandonó. Se fue a Littleton, se alistó en el ejército y lo enviaron a Fort Dix, en Nueva Jersey, a hacer la instrucción; desde allí escribió a Lillian una larga carta en la que le pedía el divorcio, diciéndole que podía utilizar los motivos que quisiera, incluso malos tratos, para que los dos pudieran empezar una nueva vida.

Y ambos lo intentaron. A Wade lo destinaron a Corea —sin duda, el tener dos hermanos en Vietnam era lo máximo que el ejército estaba dispuesto a arriesgar en aquella primera etapa de la guerra—. Lillian fue a la escuela de secretariado de Littleton y por las noches trabajaba de camarera en Toby's Inn. Se acostaron con otras personas: Wade con la joven de Seúl, Kim Chul Hee, y con nadie más; Lillian estuvo con varios hombres en los dos años que duró la separación.

A Wade le habló de dos de ellos; del otro no le dijo nada. Yo sólo tenía once años entonces, pero sabía que, durante una breve temporada, Lillian se veía con Gordon LaRiviere, que estaba casado y era en aquella época delgado y atractivo; él iba de cuando en cuando al apartamento de Lillian, en el piso de arriba de la tienda de Golden, donde había vivido con Wade. LaRiviere solía visitarla muy temprano por la mañana: en varias ocasiones lo vi llegar antes de las seis y marcharse hacia las siete y media, porque aquel verano tuve mi primer trabajo como chico de los recados en la tienda de Golden y todos los días iba al pueblo en bicicleta para limpiar los mostradores antes de las siete, la hora de abrir. Me escandalizó lo que veía, me sentía traicionado, como si en vez de mi hermano fuese yo quien estuviera defendiendo al país de los comunistas asiáticos, y sospecho que ni siquiera hoy he perdonado a Lillian por su aventura con Gordon LaRiviere, aunque ella tenía todo el derecho, desde luego: el casado era LaRiviere, no ella.

Los otros dos con quienes Lillian salió y se acostó en los años en que ella y Wade estuvieron divorciados la primera vez, los hombres de quienes habló a Wade, fueron

Lugene Brooks, por entonces profesor de sexto grado en la escuela, recién salido de Plymouth y soltero, cosa que sigue siendo veinte años después aunque se haya convertido en el maduro director del colegio, y Nick Wickham, que en aquella época se había propuesto acostarse al menos una vez con todas las solteras y la mayoría de las casadas del pueblo. Ahora parece que se le ha debilitado esa tendencia, y aunque mantiene la actitud, es sobre todo para causar impresión. Hace veinte años, sin embargo, Nick era atractivo; tenía una sonrisa luminosa y mejor sentido del humor que la mayoría de los hombres del pueblo, pues el suyo era galante y tierno y el de los demás misógino y violento.

Una semana después de la vuelta de Wade a Lawford ya estaban acostándose de nuevo en la habitación del apartamento de encima de la tienda de Golden y hablando de volver a casarse, de modo que ella confesó su relación con Lugene Brooks y Nick Wickham. Wade recibió las noticias con indulgencia porque ella insistió en que ninguno le había gustado tanto como él, comparación que para él bien pudo estar llena de carga erótica.

Da la casualidad de que lo que Lillian contó a Wade sobre lo de acostarse con Lugene Brooks y Nick Wickham era fundamentalmente cierto: comparadas con las relaciones sexuales que tenía con él, aquéllas habían sido aburridas e incluso un poco molestas. Wade no insistió en que le diera más detalles, aunque en su fuero interno reconoció que sentía curiosidad: no por Lillian, sino por ellos.

Cuando él le refirió la relación que había mantenido durante tres meses en Seúl, mintió: dijo que no había significado nada para él, salvo para hacer el amor de vez en cuando y de forma mecánica.

—No era una prostituta, ni una buscona —le aseguró—. Nada de eso. Sólo una mujer que conocí.

Sin embargo, en realidad había significado mucho para él, porque le había devuelto la impresión de infancia que sentía con Lillian al principio. La mujer casi no hablaba inglés y Wade no entendía coreano, pero cuando estaban juntos, cosa que solía producirse todos los fines de semana y los días de permiso, ella trataba de ser, con diligencia e imaginación, exactamente como él quería que fuese: protectora pero dependiente, dominante pero no avasalladora, sexualmente provocativa y experimentada aunque inocente como una criatura, y tan íntima como una hermana. Necesidades que una simple mortal no podía satisfacer; al final, le falló. Wade contrajo una ligera gonorrea y, cuando fue a que le trataran, se enteró por el médico —un tío listo recién licenciado en la Facultad de Medicina de Harvard que insistió en conocer el nombre de la mujer o mujeres con quienes se acostaba: sus contactos sexuales, fue la frase que empleó— de que la coreana se acostaba al menos con otros tres soldados, dos de ellos de su misma unidad, y mantenía a sus padres, a sus hermanas pequeñas y a varios hijos propios con el dinero que le daban él y los demás. No volvió a verla. Pero se sintió culpable: recordaba su risa, su cabello negro, sus preciosos pechos, tristes y pequeños, su tangibilidad misma; y supo que durante

aquellos tres meses no se había equivocado al pensar que ella era tan real y estaba tan asustada como él. Sin embargo, al comentar luego su aventura con los compañeros de unidad y, cuando volvió a Lawford, en el trabajo y en Toby's y con Lillian al principio, en plena noche, sólo hablaba de ella con menosprecio y en términos displicentes.

Y aunque Lillian sentía un ligero escalofrío en la espalda cuando Wade hablaba así de su única relación sexual durante los dos años de su separación, también se sentía aliviada: en cierto sentido, la coreana era diferente, inferior a ella. Igual que Wade consideraba que Lugene Brooks y Nick Wickham eran de algún modo diferentes y menos que él. Concluido el pacto, Wade y Lillian volvieron a dormir juntos y un mes después se casaron de nuevo. Wade empezó a trabajar otra vez con Gordon LaRiviere y llegó a un arreglo para comprarle una parcela de una hectárea junto a Lebanon con la idea de construir una casa. Lillian dejó de ser camarera en Toby's, utilizó sus nuevos conocimientos de secretaria trabajando a tiempo parcial como auxiliar administrativa en el ayuntamiento y dejó de tomar la píldora. Intentaron durante mucho tiempo que se quedara embarazada, pero fueron precisos ocho años y varios abortos para que naciera Jill, con gran alivio de Wade, que desde hacía tiempo creía que su capacidad de engendrar estaba disminuida por haber amado brevemente a una coreana. Y después de que Jill nació, Wade casi nunca volvió a pensar en aquella mujer, hasta el punto de estar seguro de no acordarse siquiera de su nombre. Kim Chul Hee.

—Wade Whitehouse, estás hecho un asco. ¿Qué te ha pasado en la boca, te han dado un puñetazo? —preguntó sonriendo Asa Brown, como divertido.

Colocó los pies sobre el escritorio, se recostó en la silla y estudió un momento a Wade, como si el hombre desgredado que tenía delante, con la mandíbula hinchada y la mirada perdida, fuese una extraña pieza de museo.

—Siéntate —dijo después, indicando con una mano la silla frente al escritorio—. Quítate un peso de encima.

La habitación estaba brillantemente iluminada por una hilera de luces fluorescentes en el techo. Había otras mesas, pero estaban solos en la oficina, lo que tranquilizaba un poco a Wade, que prefería decirle a Brown a solas lo que tenía que decirle y no soportar la tendencia del policía a ponerle públicamente en ridículo.

—Tengo cierta información. Algo que deberías saber.

Wade se sentó, se quitó la gorra y se la puso en las rodillas. Se sentía como un colegial convocado al despacho del director para responder a unas preguntas. Hacía calor en la oficina con el chaquetón puesto, y empezó a sudar. Intentó quitárselo, pero se le atascó la cremallera y lo dejó. Finalmente, empezó a dar vueltas a la gorra con el dedo, tratando de parecer tranquilo y relajado en el territorio de Asa Brown, intentando no revelar cómo se sentía: atrapado, febril, culpable, furioso. Es idea de Rolfe, pensó probablemente. Ese jodido hermanito mío tan listo, que cree que cuando se comete un delito lo único que hay que hacer es decírselo a la policía.



—¿Qué coño te ha pasado en la boca, Wade? Cuéntamelo. ¿Qué aspecto tiene el otro? No tan malo como tú, espero. Si alguien me hiciera eso a mí, me gustaría que saliera mucho peor parado que yo.

Brown pasó el índice y el pulgar por la raya de una pernera del pantalón, alisándola, y repitió la operación con la otra; luego las contempló con admiración.

Wade se removió incómodo en el asiento, sacó un cigarrillo de un paquete arrugado y lo encendió con manos temblorosas. Brown le pasó un cenicero y sonrió, esperando. Meses después, en una soleada mañana de primavera, tras instalarme en la misma silla que Wade, el capitán Asa Brown, sentado frente a mí con los pies encima de la mesa, me contó que Wade parecía un hombre a punto de desmoronarse y confesar un delito. Tenía los hombros hundidos, los pies recogidos bajo la silla, las rodillas juntas, y manipulaba con impaciencia el cigarrillo y el mechero, los ojos levemente desviados hacia la derecha de Brown, negándose a mirarlo de frente: parecía un hombre abrumado por el peso de una culpa muy superior a sus fuerzas que finalmente hubiera decidido confesar la naturaleza de su crimen y aceptar el castigo. No alguien que fuese a presentar una denuncia.

Wade se irguió de pronto en la silla, miró a Brown y dijo:

—Estoy pensando que a lo mejor me presento al examen de ingreso en la policía estatal. Me preguntaba si era demasiado mayor para eso. Ya sabes, para entrar en la policía del estado.

—¿Pretendes tomarme el pelo, Wade? —repuso Brown—. ¿Quieres ser policía?

—Pues sí. Bueno, lo estaba pensando. Sólo que dudaba por lo del examen, si pasaba de la edad o algo así.

Brown lo miró con curiosidad, como pensando qué aspecto tendría con uniforme en su estado de entonces. El de alguien que se hiciera pasar por policía, decidió, el de alguien que llevara un disfraz, el de un borracho de parranda con un uniforme robado.

—Bueno, Wade, tendré que informarme de eso. Creo que hay un límite de edad, pero tengo que comprobarlo. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta y tantos?

—Cuarenta y uno. —Wade se puso en pie, se caló la gorra y apagó el cigarrillo—. Sólo era por curiosidad.

—Bueno, lo miraré, ¿vale? Llámame dentro de un par de días y te lo diré.

Wade se lo agradeció con un murmullo y empezó a retroceder hacia la puerta.

—Sí, te llamaré —aseguró.

Dio media vuelta y salió, recorrió aprisa el largo pasillo y salió del edificio. Brown permaneció ante su escritorio, sonriendo y moviendo la cabeza. Qué gilipollas, ese tío. Borracho, probablemente, y cabreado con quien se haya peleado. Y ahora se le ha metido en la cabeza ser policía estatal para detener al tipo que le ha dado un puñetazo en la mandíbula. Antes era un buen agente municipal, pensó Brown, pero parece que se ha estropeado con la bebida. Es joven para eso. Una lástima.

Poco después, Wade aparcó frente a la tienda de Golden. Echó gasolina en el

primer surtidor, entró en la tienda y pagó a Buddy Golden en la caja.

—Hola, Wade —le saludó Buddy, un hombre delgado, de rostro hundido y permanente expresión avinagrada, mientras le daba el cambio.

Wade no le contestó, se dio la vuelta y salió.

—Amable —dijo Buddy—. Muy amable.

De pie frente a la caja, lo vio pasar por delante de la ventana para dar la vuelta a la tienda y le oyó subir pesadamente la escalera hasta la galería adonde se abrían los dos pequeños apartamentos del piso de arriba. Luego llamó a una puerta, que alguien abrió. Debía de ser la de Hettie Rodgers, porque el otro apartamento lo tenía alquilado Frankie LaCoy, que entonces estaba en Littleton, según sabía Buddy, probablemente comprando más marihuana para venderla en el pueblo. No le importaba cómo se ganase la vida aquel puñetero muchacho, con tal que pagara a tiempo el alquiler y no llenara de basura el apartamento.

Buddy terminó de cerrar la tienda, apagó las luces, cerró y salió, pasando frente a la vieja camioneta roja al dirigirse a su coche, estacionado en la parte de atrás. Al llegar a la altura de la galería miró hacia arriba y vio que efectivamente tenía razón: el apartamento de Frankie LaCoy estaba a oscuras y en el de Hettie había varias luces encendidas. Ese cabrón de Wade Whitehouse, será mejor que tenga cuidado, venir a visitar a la novia de Jack Hewitt. Si le pilla Jack, tendrá que darle buenas explicaciones.

No es cosa mía, pensó, mientras no me llenen de basura el apartamento. Ya no alquilaré apartamentos a chicos jóvenes, pensó mientras seguía caminando. No daban más que problemas. Claro que en el pueblo era imposible alquilarlos a nadie más, salvo a jóvenes solteros que no podían tener un remolque o una casa propia y ya no querían vivir con sus padres porque necesitaban joder, beber, fumar marihuana y Dios sabe qué otras cosas, y a recién casados que no se quedaban mucho tiempo.

Hettie se sorprendió de ver a Wade. Lo invitó a entrar y esperó a que le dijera por qué había ido a su casa. Wade observó con detenimiento la pequeña y atestada habitación, la diminuta cocina junto a la puerta, y no dijo nada.

—¿Qué te parece, Wade? —preguntó ella, ahuecándose en la nuca su nuevo corte de pelo—. ¿Te gusta corto?

Giró en redondo para que lo viera por todos lados. Llevaba una camiseta azul clara con cuello de pico, vaqueros ajustados con cremalleras en los tobillos y sandalias de goma de dos tiras. Acababa de venir de trabajar, explicó, y de quitarse el uniforme que las obligaban a llevar en Ken's Kutters, en Littleton.

—Te hacen llevar una especie de uniforme de enfermera o algo así —dijo—. Ridículo. Dicen que somos cosmetólogas, ¿no? Bueno, pues es como si quisieran que demos la impresión de trabajar en un hospital. Aunque es bonito. —Suspiró—. El trabajo, me refiero.

Charlaba de forma nerviosa, con fingida despreocupación, mientras Wade merodeaba en silencio por el apartamento, mirando a la calle por la ventana del

comedor, a la camioneta de padre aparcada junto a la gasolinera.

—¿Estás bien, Wade? —preguntó Hettie, súbitamente seria—. ¿Qué te ha pasado en la cara? La tienes toda hinchada.

Wade se sentó pesadamente en el desvencijado sofá, sin quitarse la gorra ni el chaquetón, y tamborileó con los dedos en el reposabrazos.

—Yo he vivido en este apartamento, ¿sabes? Dos veces.

—¿En serio? ¡Dos veces! ¿Quieres una cerveza, Wade? —Hettie se acercó a la nevera—. Precisamente pensaba tomarme una. Es lo que me gusta hacer al llegar a casa, quitarme ese uniforme de enfermera que me obligan a llevar y tomarme una cerveza antes de cenar. —Sonrió animosamente junto a la puerta de la nevera, con una interrogación en el rostro—. ¿Cerveza?

—Aquí viví cuando me casé por primera vez. Y luego solo, hace unos años. Cuando me divorcié.

Se quitó la gorra y la echó al otro extremo del sofá; se bajó sin dificultad la cremallera del chaquetón, se lo quitó y lo dejó caer encima de la gorra.

—Lo sé. Lo de después del divorcio, me refiero. Pero no lo de cuando estabais casados. Fue antes de mi época —repuso ella, abriendo la nevera.

Wade convino en que era antes de su época y dijo que quizá tomaría esa cerveza. Se levantó, cruzó el cuarto de estar, se dirigió a la única habitación y se detuvo en la puerta, desde donde miró al interior. Hettie había dejado la luz encendida y, sobre la deshecha cama de matrimonio, arrugado, estaba su uniforme blanco. Había una cómoda a la que le faltaba una pata sustituida con unos ladrillos y, bajo la ventana, varias cajas de plástico azul llenas de discos. En todas partes había ropa femenina, rebosando de los cajones de la cómoda, amontonada en el suelo, colgando de la tabla de planchar en un rincón. En la pared, Hettie había colgado con chinchetas un cartel de David Bowie en concierto.

—Disculpa el desorden —dijo ella, ofreciéndole una botella de Michelob—. Es viernes, ya sabes, y la limpieza la hago los sábados. Salud.

Entrechocó la botella de él con la suya y Wade volvió a la cocina, al otro lado del cuarto de estar, echó un vistazo y dio un largo trago de la botella.

—Parece que son los mismos muebles que cuando yo vivía aquí —dijo con una voz metálica.

Tenía un aspecto extraño, me contó Hettie cuando le pregunté por aquella noche, y desde el principio, nada más entrar, no dejó de comportarse y hablar de forma extraña, y le daba un poco de miedo, aunque eran amigos desde hacía mucho y siempre se había comportado bien con ella.

—Yo había cuidado de Jill, ¿sabes? —me explicó—, así que estaba acostumbrada a Wade y a su mal humor, le había visto de muy malas pulgas cuando estaba borracho. Pero aquello era distinto. No estaba desagradable ni nada, sólo raro. Era como si estuviese completamente perdido en sus recuerdos de cuando vivía en el apartamento con Lillian, la primera vez que se casaron y luego cuando se divorciaron.

Debió ser duro para él volver años después al mismo sitio de su primer matrimonio. Creo que se lo dije, lo difícil que hubo de resultarle, a su edad y todo eso, vivir en un cuchitril como éste y luego lo contento que debió estar de marcharse a su propio remolque junto al lago.

—Ahora vivo en casa de mi padre —dijo Wade—. En Parker Mountain.

—Sí, ya estaba más o menos enterada. Me han dicho que Margie, tu Margie, Margie Fogg, se ha ido a vivir contigo. Qué bien, ¿no?

Hettie se sentó frente a él en una silla plegable de lona, cruzó las piernas y empezó a mover el pie de un lado para otro, describiendo círculos en el aire. Estaba nerviosa, un poco asustada y no intentaba mostrarse provocativa, aunque me dijo que, pensándolo bien, Wade pudo haber pensado lo contrario. Lo cierto es que quería que se marchase y se arrepentía de haberle dejado entrar y de haberle invitado a una cerveza. La miraba como si no la conociese, como si la confundiera con Lillian, quizá, y acabaran de casarse y viviesen juntos en el apartamento. O a lo mejor no sabía quién era él mismo: parecía estar en la piel de Jack, se comportaba como él cuando estaba borracho, sobre todo últimamente. Displicente, retraído, enigmático. Ésas no fueron exactamente las palabras que Hettie Rodgers empleó, claro está, pero en lo esencial designan bien sus impresiones tal como las recordaba seis meses después.

Wade se acercó a Hettie, que dejó de mover la pierna y alzó la cabeza para mirarle. Extendió el brazo, le acarició la barbilla con la punta de los dedos, se arrodilló a su lado y apoyó la cabeza en su regazo, con la cara vuelta hacia el sofá y mirando por la atestada habitación hacia la oscura ventana del fondo. El cuarto estaba exactamente igual que cuando vivía allí con Lillian veinte años antes, él se había arrodillado junto a ella y colocado la cabeza sobre sus piernas y, mirando hacia el otro lado para que no viese las lágrimas en sus ojos, le había suplicado que le perdonase. Hettie le acarició la cabeza, como a un niño inquieto, y él dejó en el suelo la botella de cerveza, le rodeó las piernas con los brazos y la apretó fuerte.

—Wade —protestó ella—. No.

—Cuando vivíamos aquí —explicó él con voz queda—, nos iba bien. Había momentos malos, pero en general nos iba bien. ¿Verdad?

—Eso fue hace mucho tiempo. Y las cosas cambian, Wade.

—No. Hay cosas que siempre son igual. Lo mejor que te ha ocurrido, y lo peor, te acompaña toda la vida. Lo mejor fue cuando vivimos aquí al principio, cuando éramos unos críos. Estoy convencido. Aún sigo teniendo la misma sensación, a pesar de todo lo que nos ha pasado después.

—Wade —dijo Hettie casi en un murmullo—, ¿por qué has venido aquí esta noche?

—¿Me dejarás hacer el amor contigo? —pidió él, tras unos momentos de silencio.

La soltó, se sentó sobre los talones, alzó la cabeza y la miró a la cara, que estaba llena de miedo y confusión, aunque él no lo percibió.

—Sólo esta vez —insistió—, aquí, en este sitio. A oscuras, con las luces apagadas. Tú serás Lillian y yo seré quien tú quieras. Seré Jack, si quieres. Sólo esta vez.

—No puedo, Wade. Estoy asustada. En serio, de verdad. Esto me da miedo. Deberías irte.

—A oscuras puedo llamarte Lillian, y tú me llamarías Jack. Y sólo será esta vez. Lo necesito. Lillian.

—Por favor. Por favor, no me llames Lillian, te lo ruego. —Sus ojos se llenaron de lágrimas que le empezaron a correr por las mejillas—. Me das miedo.

Wade alzó la mano y le acarició el cabello en la base de su largo y esbelto cuello.

—Estás muy guapa con el pelo así de corto —aseguró, alargando la mano tras ella hacia el interruptor de la luz en la pared.

Apagó la bombilla del techo, oculta en una pantalla china de papel, y dejó el cuarto en penumbra, iluminado únicamente por el resplandor de la lámpara del dormitorio, de modo que no se veían el rostro pero distinguían sus siluetas. Y en aquel momento, arrodillado junto a ella, con una mano sobre su muslo, la otra en el hombro y acariciándole el cuello con los dedos, se parecía a Jack.

—Me pregunto cómo olerán ahora tus cabellos —dijo él—. Si tienen el mismo aroma que cuando te besaba y hacíamos el amor.

Ella temblaba; el corazón le latía con fuerza y la sangre le zumbaba en los oídos.

—Lillian —dijo él—. Pronuncia mi nombre. Dilo.

—Estoy asustada. No sigas.

—Quiero que digas mi nombre. Jack. Dilo.

—Tengo miedo. En serio.

—Lillian.

Ella musitó su nombre.

—Jack.

Él le rozó los labios con la yema de los dedos.

—Dilo otra vez.

—Jack.

—Lillian —repitió él, cogiéndole la mano y llevándose los dedos a los labios. Luego se levantó y dijo—: Espera.

Se dirigió a la habitación, se acercó a la mesilla de noche y apagó la luz. Volvió en seguida a su lado, a oscuras.

—Me da mucho miedo esto —dijo ella—. No deberíamos hacerlo.

—No pasa nada. No somos nosotros. Yo soy Jack y tú eres Lillian.

Se inclinó y le puso las manos en los hombros. Las dejó caer sobre sus pechos, oprimiéndolos con suavidad. Ella apoyó la cabeza contra él, la respiración agitada, los pezones erectos mientras él le pasaba la mano por los pechos, sus manos sobre las de él, apretándolas contra ella. Y luego la besaba en el cuello, las orejas, las mejillas y los labios, y ella le besaba a su vez, y se encontraron de pie fuertemente abrazados y

al cabo de unos instantes se dirigían a la habitación en la oscuridad.

—Sabía que estaba mal —me dijo a mí—, pero yo no estaba casada con Jack ni nada por el estilo. Y, de todos modos, entre él y yo las cosas andaban muy mal últimamente, desde aquel accidente de caza que tuvo. Creo que estaba enfadada con él. Y Wade me gustaba, ¿sabes? Era como un amigo de hacía mucho, desde que era niña, siempre me había tratado con cariño y parecía muy triste y todo eso. Sentía verdadera pena por él. Y sólo iba a ser aquella vez. Nunca me he sentido lo que se dice atraída por Wade, pero aquella noche era distinto. Y el hecho de que me hiciera llamarle Jack y él me llamara Lillian era extraño, como si estuviera muy colocada, y, bueno, me trastornó completamente, ¿sabes?

Wade la desnudó a oscuras, luego se quitó la ropa y se puso encima de ella, besándola dulcemente con sus labios hinchados, aspirando su cálido aliento, tragándolo a bocanadas. Se incorporó con los brazos y ella se le abrió como un flor: la penetró suavemente, con minuciosa lentitud, hasta alcanzar el fondo y sentir la inmensidad, como si le hubiera llegado al pecho y estuviese tocando el corazón de Lillian.

Frente a la tienda, una camioneta de color granate giró y aparcó junto a la de padre. La calle estaba vacía y oscura. Los faros se reflejaron en las ventanas de la tienda mientras Jack, sentado al volante, miraba por el parabrisas y no veía luz en el apartamento de Hettie. Mierda, exclamó para sus adentros mientras miraba el reloj al verde resplandor del salpicadero.

Entonces, preguntándose qué coño hacía la camioneta del padre de Wade junto al surtidor de gasolina frente a la tienda, salió y echó un vistazo a su interior, imaginando que aquel viejo cabrón se habría quedado dormido en el asiento. Nadie. Qué raro. Estaría en Toby's con unas cuantas copas de más, el hijoputa, preguntándose dónde coño habría dejado la camioneta, pensó Jack.

Volvió a su camioneta, sacó un cuadernito y un lápiz del bolsillo de la camisa y, al reflejo de los faros en las ventanas de la tienda, escribió una nota en una hoja y la arrancó. Subió lentamente la escalera hasta la galería y se detuvo ante la puerta de Hettie. La contempló un instante y pensó: Qué coño, a lo mejor ha venido y se ha quedado dormida. Giró el picaporte. La puerta se abrió y Jack entró.

—¿Hettie? —llamó en la oscuridad—. Hola, cariño, ¿estás ahí?

—Entonces, cuando vino Jack —me explicó Hettie—, nosotros estábamos tumbados a oscuras, ¿entiendes? Sin decir nada, sólo pensando, supongo, en lo que acabábamos de hacer. En la enormidad que habíamos hecho. Me asusté mucho cuando oí a Jack fuera, y luego, cuando entró en el apartamento, me sobresalté y tuve tanto miedo que casi me puse a gritar. Pero no lo hice. Wade ni siquiera pareció reaccionar. Quiero decir que se quedó igual que estaba, sin moverse, sin cambiar siquiera el ritmo de la respiración, con las manos en la nuca, como si fuera a quedarse allí desnudo, tumbado de espaldas en la cama, y a dejar que Jack entrase en la habitación. Era espantoso.

»Pero entonces oí a Jack tropezar con algo en el cuarto de estar, soltó una maldición y trató de encontrar el interruptor en la pared, ya sabes, el que está junto a la puerta. Pero no lo encontró, así que volvió a la galería, gracias a Dios, y unos momentos después le oí bajar la escalera y marcharse al fin en la camioneta.

Wade se incorporó despacio y dejó caer las piernas fuera de la cama, como un hombre viejo y enfermo. Se puso en pie y empezó a vestirse en la oscuridad. Hettie y él no se dijeron nada y, cuando terminó de vestirse, Wade salió del dormitorio y se dirigió al sofá, donde había dejado la gorra y el chaquetón. Los cogió, se los puso y salió a la galería, cerrando la puerta con cuidado, como si quisiera que no le oyese nadie.

La nota de Jack cayó revoloteando al suelo de la galería. Wade se agachó, la recogió y leyó: *Nos vemos en Toby's. Hoy he tenido buenas noticias. Te quiero, Jack.* Wade volvió a introducir la nota en el marco de la puerta, justo encima del pomo, donde Jack la había colocado, y bajó la escalera. Arrancó la camioneta de padre y se alejó en dirección norte por la Route 29, saliendo del pueblo y encaminándose a casa.

ESTA VEZ, Wade se puso de tiros largos para ir a ver a J. Battle Hand, o al menos no se presentó con la ropa de trabajo: llevaba la chaqueta de gabardina azul oscuro y los pantalones marrones que se había puesto en el entierro de su madre, camisa blanca y corbata de rayas diagonales verdes y plateadas, ropa que había comprado los últimos años en la tienda de J. C. Penney de Littleton para las bodas y entierros o para ir con Margie al cine o al restaurante chino, por ejemplo, y no parecer un paleta, un palurdo, un puñetero gañán de una aldea perdida en las montañas de New Hampshire.

Lillian siempre había reprendido a Wade por su forma de vestirse: no es que tuviera mal gusto, le decía, es que carecía enteramente de gusto, lo cual era peor. Sencillamente no le importaba el aspecto de la ropa, le explicaba ella; sólo que le cubriera convenientemente la desnudez y le protegiese de los elementos. Esa indiferencia le resultaba simpática al principio, pero conforme se hizo mayor y adquirió cierto refinamiento, la evidente falta de interés de Wade por su propio aspecto empezó a avergonzarla e incomodarla. Luego, tres años antes, cuando se presentó al juicio de su divorcio vestido con la ropa de trabajo —pantalón de sarga azul oscuro y una camisa con *Wade* en el bolsillo izquierdo y *LaRiviere Co.* en el derecho—, Lillian, incluso en una ocasión tan grave y trascendental, fue incapaz de contener la vergüenza y profunda irritación que le producía su indumentaria y le dijo unas palabras que por primera vez en la vida le revelaron el aspecto que ofrecía a los demás, y nunca volvió a llevar el uniforme de LaRiviere, ni siquiera en el trabajo. Cuando el juez se fue a comer sin haber abierto aún su caso, salieron de la sala a discutir la estrategia con sus respectivos abogados y, de casualidad, se tropezaron de espaldas. Al volverse para pedir disculpas, esperando ver a un extraño, marido y mujer se encontraron de pronto frente a frente.

Wade la miró a los ojos y en ellos vio a la hermosa mujer que había amado desde la niñez, unos ojos que le resultaban tan familiares como sus propias manos: en una superposición de planos transparentes vio la niña, la muchacha, la mujer y la madre, y con un hilo de voz dijo:

—Ojalá no estuviéramos haciendo esto, Lillian, de verdad, cómo me gustaría que no lo hiciéramos.

Ella dio un paso atrás y lo miró desde las botas de trabajo hasta el pico de la camiseta que se le veía por el cuello abierto de la camisa, y sentenció:

—Eres justo lo que pareces, Wade.

Luego dio media vuelta y continuó hablando con Jackson Cotter, su abogado, de Cotter, Wilcox y Browne, alto, atractivo, de pelo oscuro con mechones plateados, vestido con un traje azul oscuro de rayas finas. La indumentaria hace al hombre, pensó Wade. La indumentaria hace al hombre y el abogado hace al cliente. Se imaginó cómo lo verían los demás con aquella ropa y vio a una persona estúpida, sin imaginación, y observó que su abogado, Robert Emile Chagnon, llevaba un traje de



pana verde mal cortado con una camisa de punto amarilla, sin corbata, y unas viejas zapatillas de lona azul con suela y cordones blancos. El abogado que Wade había contratado para que le representara parecía ridículo, incompetente y deshonesto. Lo mismo que Wade, sin duda.

Bueno, esta vez las cosas serían distintas, por Dios. Esta vez su abogado tendría el aspecto de un genio distinguido, llevaría un traje con chaleco, desde luego, pero entraría en la sala del tribunal en una silla de ruedas, un hombre de tan clara sabiduría que sólo necesitaría el cerebro y su voz oscura y melodiosa para conseguir justicia para su cliente. Esta vez, el alto y atractivo abogado de Lillian descubriría que su ropa y su buena presencia se ponían en contra de él. Wade contuvo el impulso de sonreír y de frotarse las manos de gusto mientras seguía a la secretaria de Hand desde el despacho de la entrada a la conocida habitación provista de paneles del fondo, con todos aquellos libros en las estanterías, los sillones y el sofá tapizados de cuero. ¡Esta vez Wade Whitehouse saldría airoso del tribunal, vaya que sí!

—He echado un vistazo a su sentencia de divorcio —le informó Hand—. Y francamente, míster Whitehouse, si pretende cambiar las condiciones de la tutela, creo que va a encontrarse con algunos problemas.

—¿Qué quiere decir con eso de «si»? ¿De qué coño cree que va todo esto? ¡Pues claro que quiero cambiar las condiciones de la tutela!

Wade sacó un cigarrillo y lo encendió, dando una profunda calada. Con la mano izquierda, el abogado pulsó el botón de marcha atrás en el cuadro de mandos y la silla se apartó de Wade con un zumbido hasta detenerse en medio de la habitación, desde donde Hand lo observó como un perro guardián.

—Me temo que no lo entiende. En este estado, el juez se mostrará muy reacio a cambiar los términos de la tutela a menos que la niña viva ahora en unas condiciones radicalmente distintas de las que existían en el momento de conceder el divorcio...

—¡*Usted* es el que no entiende! —le interrumpió Wade—. Yo creía que la teníamos cogida con lo del asunto de su abogado.

—... y a no ser —prosiguió Hand, como si Wade no hubiese dicho nada— que hayan cambiado de forma nociva para la salud o el bienestar emocional de la niña. Salvo en el supuesto, desde luego, de que los términos de tutela originales resulten haber sido clara e injustamente severos, lo que francamente no es el caso, o si puede demostrarse que la sentencia se apoyaba en una información basada en un falso testimonio. Algo así podría convencer al juez a reconsiderar el asunto. Pero eso no les gusta. Les molesta volver a examinar los términos de un divorcio.

—Pensé..., creía que íbamos a por ese tipo.

—¿A por quién?

—Cotter. Su abogado. Su amante. ¿Recuerda?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y lo de ella fumando marihuana? ¿Qué me dice de eso? En compañía de su abogado, además. ¿Qué pasa con eso?

—Míster Whitehouse —repuso Hand, suspirando—, permítame hacerle unas preguntas que le formularán en el tribunal si sigue adelante con esto.

—Hágalas.

—¿Ha fumado marihuana alguna vez? —Hizo una pausa—. Está bajo juramento, recuérdelo. O lo estará.

Wade titubeó, como tratando de hacer memoria.

—Pues, bueno, sí, supongo que sí. ¿Y quién no?

—Y es usted agente de policía, ¿verdad?

—Sí, sí —admitió Wade, rechazando la pregunta con un gesto—. Ya entiendo.

—Permítame seguir. ¿Cuánto bebe usted, míster Whitehouse? ¿Cuánto bebe diariamente?

—¿Qué coño tiene que ver eso con lo que estamos hablando? —soltó Wade, montando en cólera.

—No se preocupe de eso. Límitese a contestar la pregunta, por favor.

—No sé cuánto bebo. No llevo la cuenta.

—¿Demasiadas copas para contarlas?

—¡Pero bueno! ¿Qué coño intenta demostrar? ¡Yo no he hecho nada malo! ¿Y usted de quién es abogado, vamos a ver? —Wade apagó el cigarrillo en el cenicero que tenía a mano—. Mire, lo único que pretendo es ver a mi hija cuando yo quiera. Eso es todo. ¡No quiero tener que pedir permiso a mi exmujer para ver a mi propia hija!

—No tiene que hacerlo. La sentencia de divorcio dice que puede llevarse a su hija un fin de semana al mes, menos en Navidad y el día de Acción de Gracias, y una semana de verano.

—Sí, yo tengo Halloween y ella tiene el día de Acción de Gracias y Navidad. ¡Es injusto y usted lo sabe! No hay derecho. Las condiciones son enteramente injustas.

—Son sumamente restrictivas, lo reconozco. Pero hay motivos.

—¿Cómo cuáles?

—Al parecer, ejerció violencia física sobre su esposa en varias ocasiones.

—¿Eso dice la sentencia? No, no lo dice.

—No. Pero el divorcio se basó en malos tratos y crueldad mental. Y he hablado del caso con el abogado de su exmujer. Jackson Cotter.

—¿Que ha hecho *qué*? ¡Suponía que estaba de mi lado en esto! ¡Creía que trabajaba para mí!

—Míster Whitehouse, no es raro comunicar las intenciones del cliente a la parte contraria.

—¿Mencionó su dudosa actividad con Lillian? ¿Le habló de eso?

—No consideré conveniente amenazarle —repuso el abogado.

—No lo consideró conveniente.

—No.

Wade se recostó en la butaca y se miró los zapatos.

—Me está diciendo que abandone el asunto, ¿verdad? Olvídelo.

—Sí.

—Intenta decirme que estoy soñando.

—No exactamente. Pero sí.

—Voy a casarme, ¿sabe usted? Pronto. Con una mujer muy buena, muy maternal y todo eso. Y ahora tengo una casa como es debido, la casa donde me crié. Ahora es diferente. Eso cambia las cosas, ¿no?

—En realidad, no.

Hand lanzó una mirada furtiva al reloj.

—He cambiado desde entonces —aseguró Wade con un hilo de voz—. Desde el divorcio, me refiero. He cambiado de verdad.

—No me cabe duda.

—¿Le explicó eso, al abogado de ella, me refiero, cuando habló con él?

—A decir verdad, sí. Y me ofreció un arreglo que debería interesarle.

Wade alzó rápidamente la vista de los zapatos y miró a Hand con aire de sospecha. Pensó: Qué hijoputas los abogados, están todos conchabados, haciendo tratos a tu espalda, cambiándose favores, cediendo un caso ahora para ganar otro después.

—Dígame.

Hand acercó la silla a Wade y sonrió con simpatía. Mencionó a Cotter —sólo de pasada, aseguró, no como amenaza— que estaba al corriente de las relaciones de la señora Horner con su abogado, relaciones que si bien no eran ilícitas podían resultar inconvenientes, por no decir algo peor, y le explicó que desde hacía poco Wade había cambiado considerablemente de forma de ser. Afirmó que ambas cosas convencieron a Cotter, tras consultar con su cliente, desde luego, de llegar a un acuerdo: si Wade no presentaba la demanda, la señora Horner permitiría que Jill se quedara con él dos fines de semana al mes, en las vacaciones de Acción de Gracias y Navidad de años alternos y dos semanas en verano en vez de una. No sería preciso, añadió, formalizar el arreglo judicialmente.

Wade asintió gravemente con la cabeza.

—Entiendo. Convince a Cotter para que haga entrar en razón a Lillian y ahora pretende hacer lo mismo conmigo. Ustedes hacen un trato para que Lillian y yo cedamos un poco cada uno, y terminan metiéndose nuestro dinero en los bolsillos.

Hand condujo la silla al medio de la habitación, donde guardó el cuaderno amarillo en el estuche y la pluma en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Si acepta este arreglo, míster Whitehouse, se evitará ir a los tribunales con un caso que perderá con toda seguridad. Eso le ahorrará diez veces más dinero, sin hablar del trastorno emocional que estas cosas causan a todos los interesados, sobre todo a la niña, aparte del hecho de que pierda o gane. Y he conseguido duplicar sus derechos de visita. ¿Qué más quiere?

—Pero nada por escrito, ¿eh?

—Míster Whitehouse, usted me ha contratado para que le dé asesoramiento legal. ¿Lo quiere?

—¡Sí, maldita sea!

—Éste es el mejor trato que conseguirá usted en este estado. Y únicamente se le ofrece porque Jack Cotter ha cometido el error de tener relaciones con su exmujer y no quiere pedirle a ella que incurra en perjurio negándolo, cosa que podría hacer, desde luego, porque sólo sería su palabra contra la suya. Y, francamente, nadie le creería a usted. Ni siquiera el marido de la señora Horner, ni la mujer de Jackson Cotter. Considérese afortunado —concluyó, dirigiendo la silla hacia la puerta y abriéndola para que Wade saliera—, o contrate a otro abogado.

Wade se levantó despacio de la butaca.

—Afortunado. Sí, muy afortunado —repitió. Cruzó la habitación y, al salir, bajó la cabeza, miró al hombre en la silla y añadió—: De acuerdo. Así que ¿cuándo puedo ver a mi hija?

—Su exmujer espera que la recoja usted hoy.

—Eso lo acordó usted con Cotter.

—Sí.

—Gracias.

Cruzó la puerta y salió al corredor, pasando por delante de la secretaria, que no levantó la cabeza de la máquina de escribir, y salió a la calle.

Hacía buen día, con mucho sol, el aire era fresco y le tonificaba el rostro recién afeitado. Se detuvo en los escalones y miró la camioneta de padre, aparcada frente a la entrada. Como de costumbre, se avergonzó de su ridículo aspecto. Se pasó la mano por la mandíbula y, de pronto, se dio cuenta de que ya no le dolía. Con cautela, se tocó con la lengua el sitio donde había estado la muela enferma y sólo notó una masa de tejido hinchado y entumecido, al parecer insensible. Cómo había intentado, por Dios, cómo había tratado de hallar cierta claridad en el cerco de dolor y confusión que rodeaba su vida y sólo había llegado a aquello: a una estúpida impotencia, a una insuficiencia compleja y deplorable. En el fondo, era consciente de que en su pecho latía el amor —por Jill, tan puro y coherente como el álgebra, y quizá también por Margie, y por madre, pobre madre, que ya estaba muerta y separada de él para siempre, y por Lillian, a pesar de todo: amor por las *mujeres*—, pero, por mucho que lo intentaba, era incapaz de organizarse la vida en función de ese amor. De por medio estaban todos esos otros oscuros sentimientos de odio, la rabia, el miedo, la sensación de absoluta desgracia. Estaba seguro de que si pudiera borrar todo aquello con un brusco movimiento del brazo, podría ser libre para amar a su hija. Al fin podría ser un buen padre, marido, hijo y hermano. Se convertiría en un hombre bueno. Eso era lo único que quería, por Dios. Ser un buen hombre. Imaginaba la bondad como un estado que daba al hombre energía y claridad en todos los momentos conscientes de su vida diaria. Despacio, bajó los escalones, subió a la camioneta y arrancó. Dio marcha atrás y se dirigió a Clinton Street, a recoger a su hija.

En el terreno entre el césped amarillento y las forsitias sin hojas junto a la acera, guedejas de nieve porosa se contraían despacio bajo el sol de última hora de la mañana. Wade aparcó junto al bordillo, bajó, recorrió el camino de entrada hasta la puerta de la casa, de pisos a desnivel y color pizarra, y llamó al timbre. Oyó dentro la melodía, las cuatro primeras notas de «Frère Jacques», y el taconeo de Lillian en el parqué al acercarse a la puerta.

Abrió la cancela de cristal y se detuvo a observarle, quieta e inexpresiva, como posando tras el vidrio para un cuadro, como si fuese un retrato: alta y esbelta, con un vestido de lana gris claro, pulsera y collar de plata y lapislázuli, el oscuro cabello castaño recogido en la nuca y separado del cuello, daba una impresión de gran inteligencia, pensó Wade, como una maestra de escuela repleta de conocimientos, de juicios y opiniones a los que él nunca tendría acceso.

¿Cómo había cambiado así? ¿Cómo se había vuelto tan elegante aquella Lillian Pittman de Lawford, New Hampshire? ¿Cómo había acabado en aquella bonita casa del barrio oeste de Concord, con arbustos, un césped cuidado y un Audi casi nuevo en el garaje? El hecho de haberse casado con Bob Horner, un agente de seguros, no lo justificaba, eso sólo explicaba el dinero, y Wade conocía a mucha gente que tenía tanto dinero como Bob Horner, incluso en Lawford. Bob no era rico, y aunque lo hubiese sido, eso no habría hecho elegante a Lillian.

No, era otra cosa, algo que siempre había tenido ahí, en los ojos, incluso de muchacha, cuando Wade se enamoró de ella: y de pronto comprendió que *por eso* se había enamorado hasta sentir tal obsesión por ella durante todos aquellos años. La había mirado a los ojos entonces, cuando eran adolescentes de bachillerato, había visto su comprensión, la maravillosa complejidad de su inteligencia y, al percibir en ellos el reflejo de su propio talento, durante un tiempo él también se sintió inteligente. Luego, al cabo de unos años, como los ojos de ella ya no le devolvían su mirada, perdió aquella fe en su propia inteligencia y a partir de entonces cuando la miraba sólo se sentía estúpido.

Así que no se trataba en realidad de lo que le había pasado a ella; la cuestión era qué le había ocurrido a él. ¿Cómo había llegado *él* a convertirse en aquello? ¿Por qué él, Wade Whitehouse de Lawford, New Hampshire, un hombre que antes había sido tan inteligente y consciente como ella y posiblemente igual de dotado, se encontraba ahora a la puerta de la casa de su exmujer con la gorra en la mano para rogarle que le dejara visitar a su hija, un hombre vestido con ropa barata y discordante que conducía una camioneta prestada, vieja y destartada, de suelo de tablas, un hombre sin casa a la que poder llamar suya, sin trabajo, sin respeto alguno en la comunidad, sin mujer y sin nadie a quien cuidar salvo a un padre borracho que le odiaba y a quien él detestaba, cómo había llegado aquel hombre lamentable a convertirse en la versión adulta del inteligente muchacho que veinticinco años antes había visto en los ojos de Lillian Pittman?

A través del cristal, la voz de Lillian se oía un tanto apagada, pero Wade percibió

sus palabras con la suficiente claridad.

—Espera ahí. Saldrá en seguida.

Luego cerró la cancela y Wade miró su imagen en el cristal. En su reflejo vio a su padre veinte o treinta años antes, colérico y obsesionado, apartado de la familia humana, obligado a permanecer solo bajo la lluvia, el frío y la oscuridad mientras los demás estaban dentro, reunidos frente al fuego; y como él no se encontraba en su presencia, ellos no tenían miedo, se pasaban el brazo por los hombros y cantaban o murmuraban tiernos secretos, hombres, mujeres y niños llenos de aptitudes y buenas intenciones, gente capaz de quererse limpiamente. Igual que su padre antes que él, que el padre de su padre, nuestro abuelo, y que nuestro desconocido bisabuelo, Wade se quedó fuera, con las manos hundidas en los bolsillos, mirando furiosamente al suelo helado, mientras todos los demás estaban al calor del hogar y se amaban los unos a los otros.

Todos aquellos hombres solitarios, furiosos y estúpidos habían sido antes muchachos de ojos inteligentes y bocas lúcidas e inocentes, criaturas afectuosas y sin miedo, deseosas de agradar y ser complacidas. ¿Qué los había convertido tan pronto en aquellos seres brutales y amargados? Todos padecieron las palizas de sus padres: ¿era realmente así de sencillo?

No sabemos nada de ninguno de ellos menos de Wade. Padre se quedó huérfano a los diez años y fue a vivir con una anciana tía a Nueva Escocia; se fugó a los catorce años para unirse a los segadores que recorrían el Canadá en dirección oeste en busca de cosechas desde los estados marítimos a la Columbia Británica. Luego volvió al este con las cuadrillas y bajó a New Hampshire, a Berlin, donde trabajó en una fábrica de papel, y a los veinte años se casó con una chica de Lawford porque la había dejado embarazada. Se colocó en la fábrica Littleton Coats para estar cerca de su familia, pero también porque su mujer tenía una casa, la del tío Elbourne, donde podían vivir. Después, cuando éramos niños, padre hablaba del abuelo como refiriéndose a un pariente lejano que hubiese muerto antes de nacer él, y a su madre la mencionaba siempre como si fuese un personaje de un sueño casi olvidado, un simbólico doble de un personaje que alguna vez fue importante para él. Así que era como si no hubiese tenido padres, ni pasado, ni infancia. Su padre ni siquiera tenía nombre y, según nos dijeron, estaba enterrado junto a su madre en Sidney, Nueva Escocia: murieron una noche de invierno cuando se incendió su casa al estallar una estufa de petróleo. Eso era todo.

De los abuelos de padre no había nada: estaban tan perdidos en la historia como si hubiesen vivido y muerto diez mil años antes. Sabíamos que padre tenía hermanas y hermanos, aunque ignorábamos cuántos, que también fueron a vivir en granjas de parientes y amigos canadienses, pero después del incendio no los volvió a ver por motivos que nunca explicó. Y a nosotros nunca se nos ocurrió preguntar, ¿verdad? Como hijos de un hombre como él y de una mujer que llevaba en silencio su propia vida secreta, considerábamos normal el hecho de estar solos en el mundo, de tener

hermanos y hermanas, padres y abuelos muertos que nunca se mencionaban. Y cuando fuimos lo bastante mayores para comprender que esa vida no era normal en absoluto, ya estábamos demasiado llenos de rabia y dolor para hacer preguntas. Era inconcebible que preguntáramos a nuestro padre: ¿Por qué te apartaste para siempre de tu familia?

La puerta se abrió y Wade alzó la cabeza: Lillian sujetaba la cancela de cristal y hacía señas a Jill, parada en el vestíbulo un poco más allá de ella, para que saliera. La niña tenía una expresión grave, algo triste o quizá asustada, como si la enviaran a una colonia de vacaciones.

—¿Hay nieve en la calle? —preguntó Lillian a Wade en tono frío y cortante.

—Sí, mucha.

—Lo ves —dijo Lillian a Jill, señalando las botas de goma que calzaba la niña—. Nunca te las quites para salir a la calle.

—Hola, cariño —dijo Wade, extendiendo una mano hacia Jill.

La niña llevaba un maletín, manoplas y un anorak con la capucha puesta.

—Hola —contestó, pasándole a Wade la maleta y saliendo delante de él a la acera, donde se detuvo un momento ante la parte trasera de la camioneta, como buscando su coche, para luego esperarlo junto a la puerta del asiento del pasajero.

—Tráela mañana antes de las seis —dijo Lillian a Wade con voz temblorosa—. A las seis tenemos algo que hacer.

—No hay problema. Escucha, yo... —empezó, no muy seguro de lo que quería decir, sólo que lamentaba algo, aunque no sabía qué. ¿Qué es lo que había hecho? ¿Por qué se sentía tan culpable de repente? Una hora antes estaba furioso con ella; ahora quería que le perdonase: era incapaz de relacionar las dos emociones, rabia y vergüenza.

—Me das asco —dijo ella con desprecio. Aunque su mirada era inflexible, parecía a punto de estallar en lágrimas—. No puedo creer que hayas caído tan bajo.

—¿Como qué? ¿Tan bajo como qué? Pero ¿qué demonios he hecho, Lillian? ¿Es *malo* querer ver a Jill? ¿Es algo malo que quiera ver a mi propia hija?

—Ya sabes a lo que me refiero —replicó Lillian, que de pronto dibujó en su rostro una sonrisa forzada, se despidió de Jill con la mano y gritó—: ¡Hasta luego, cariño! ¡Llámame esta noche si quieres!

Luego su expresión volvió a llenarse de ira y se le hicieron unas arrugas en la barbilla, como cuando estaba a punto de llorar.

—Si pudiera matarte, Wade Whitehouse, créeme que lo haría.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Lo sabes perfectamente. Por lo que me has hecho, y por lo que estás haciendo a esa criatura que tanto dices querer. Querer —dijo despectivamente—. Tú nunca has querido a nadie en la vida, Wade. Ni siquiera a ti mismo. Has destrozado todo lo que has tenido alguna vez.

Tiró de la cancela de cristal, retrocedió un paso y cerró de golpe la puerta interior.

Wade se volvió despacio y echó a andar por el camino de entrada hacia la camioneta.

—¿Vamos a ir en esto? —preguntó Jill.

—Sí. Tengo el coche en el garaje. Aquí iremos estupendamente.

—Por mí, vale. Es muy viejo.

—Es de padre.

—¿De padre?

—Del abuelo. De mi padre. La camioneta es suya.

—Ah.

Jill abrió la puerta y se encaramó al asiento. Wade puso la maleta a su lado y cerró, dio la vuelta por la parte delantera, subió y arrancó el motor. Extendiendo la mano frente a Jill, conectó la calefacción y el mecanismo empezó a chirriar con fuerza.

—¿Has comido ya? —preguntó a su hija.

—No —contestó ella, irguiéndose en el asiento y mirando por el parabrisas.

—¿Qué te parece una Big Mac? —sugirió él, guiñando un ojo.

—Mami no me deja comer hamburguesas y esas cosas. Ya lo sabes —le informó sin mirarlo—. Perjudican la salud.

—Venga, siempre nos tomamos una Big Mac a hurtadillas. Y un buñuelo de cereza. Tu favorito. Vamos, ¿qué me dices?

—No.

Wade suspiró.

—¿Qué quieres, entonces?

—Nada.

—¿Nada? No puedes estar sin tomar nada, Jill. Necesitamos comer. ¿Míster Pizza? ¿Quieres que paremos en Míster Pizza?

—Es lo mismo, papi. Nada de comidas de ésas —dijo categóricamente—. Mami dice...

—Sé lo que dice mami. Pero hoy mando yo.

—Vale, entonces comeremos lo que tú quieras. ¿Qué te apetece? —repuso ella sin dejar de mirar al frente.

Wade quitó el freno de mano y se alejó de la acera. En el cruce del final de la calle se detuvo.

—Pues nada. Creo que puedo esperar a que lleguemos a casa, si quieres. Cuando lleguemos a Lawford, a lo mejor paramos en el restaurante de Wickham a tomar una hamburguesa. ¿Te parece bien? Wickham siempre te ha gustado.

—Vale.

—Estupendo.

Torció a la derecha y se encaminó por Pleasant Street en dirección norte, hacia la interestatal. Guardaron silencio mientras la vieja camioneta traqueteaba por la tortuosa carretera. Luego, al cabo de un rato, miró a su hija y vio que estaba llorando.



—¡Oh, Jill, por Dios, lo siento! ¿Qué te pasa, cariño?

Ella apartó la cabeza y la agachó. Le temblaban los hombros y tenía los puños fuertemente apretados contra las piernas.

—Lo siento —repitió Wade—. Por favor, no llores. No llores, cariño, por favor.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó Jill.

Logró dominarse, dejó de llorar, se enjugó las mejillas con la manga y miró tristemente hacia adelante.

—Pues no sé. Lo de la comida, supongo. Sólo pensaba, ya sabes, que nos comiéramos una Big Mac a espaldas de mami, como solíamos hacer.

—Ya no me gusta hacer eso.

—Muy bien. Pues no lo hacemos. Los deseos de Jillie —dijo él, llamándola como cuando era pequeña— son órdenes.

Ella guardó silencio unos momentos y luego anunció:

—Quiero irme a casa.

—Ni hablar —replicó Wade.

Con el rostro endurecido, al llegar al cruce de Hopkinton aferró el volante con ambas manos y subió la rampa hacia la autopista de peaje. En seguida se puso a ochenta por hora, la velocidad máxima que podía alcanzar la camioneta, que protestó con estremecimientos y sacudidas. El viento penetraba por las tablas del suelo repeliendo las bocanadas de calor de la calefacción y congelando el interior de la cabina. Jill se acurrucó en el asiento lo más lejos posible de su padre y se durmió, despertándose sólo cuando pararon en West Lebanon para echar gasolina y para que Wade orinase, y en la salida de Catamount, donde Wade compró un paquete de seis cervezas y una Coca en una tienda del área de servicio. Jill rechazó la Coca con un movimiento de cabeza y vio a su padre abrir una lata mientras subía la rampa de vuelta a la interestatal, dar un largo trago y sujetarla entre las piernas.

—Eso es ilegal, ¿sabes? —anunció Jill en voz queda.

—Lo sé.

Wade le lanzó una mirada, vio que miraba por la ventanilla al campo y al bosque cubiertos de nieve y dio otro trago de cerveza.

—Tú eres policía —dijo ella sin volverse.

—No. Ya no. Ya no soy nada.

—Ah —repuso ella.

Cuando llegaron a la salida de Lawford, Wade había bebido dos cervezas y tenía la tercera a la mitad. Las latas vacías rodaban por el suelo de un lado a otro, chocando ligeramente mientras la camioneta bajaba por la sinuosa rampa a la Route 29, giraba a la izquierda y se dirigía traqueteando hacia Lawford por la orilla del río.

—WADE TENÍA UN ASPECTO EXTRAÑO cuando llegó, bueno, como de costumbre, ya sabes, con ese aire distraído y nervioso con que va siempre, sólo que esta vez quizá estuviera un poco borracho. Lo cual no era raro, aunque pasase poco de la hora de comer. El local estaba bastante lleno, era el penúltimo día de la temporada de caza, con todos esos gilipollas de Massachusetts que todavía no habían matado un gamo acechando la última oportunidad de pegar un tiro a una pobre vaca o a un repartidor de periódicos en bici con la esperanza de que fuese un ciervo. Eso ha ocurrido realmente, ¿sabes? Hace un par de años un tipo disparó a un chico que iba en la bici repartiendo periódicos cerca de Catamount. Asombroso.

»De todos modos, podría decirse que Wade estaba raro, como si no hubiese dormido las últimas noches, con grandes círculos sombríos bajo los ojos; sólo que iba arreglado como si fuera a un entierro, chaqueta, corbata y todo; y llevaba a su hija, a esa niña tan buenecita, la he visto montones de veces, ¿cómo se llama? Jillie. Y le dice: “¿Quieres un bocadillo de queso a la plancha, Jillie?”. Siempre lo llama así, “bocadillo de queso a la plancha”, y yo suelo seguirle la corriente, qué demonio, todo el mundo habla raro a veces. Sólo que esta vez le corregí, para gastarle una broma, supongo. “Es un emparedado caliente de queso, idiota”, le dije, porque me cabreó el follón que me armó unas semanas antes cuando colgué el jodido letrero. El puñetero anuncio me costó ciento cincuenta pavos y me lo hicieron mal, y cuando Wade se dio cuenta me lo recalcó de una forma que podría llamarse agresiva.

»Así que le dije, “Es un emparedado caliente de queso, idiota”, en tono amistoso, pero, como ya he dicho, un poco cabreado, sobre todo porque teníamos mucho trabajo y Margie, como sabes, se había tomado el día libre a sugerencia mía por muy buenas razones, y mi historia te puede servir para ilustrar lo acertado de mi recomendación, porque el hijoputa va entonces y me agarra por la pechera de la camisa desde el otro lado del mostrador. Está tranquilamente sentado en un taburete, pues mira, justo donde tú estás o un poco más allá, no lo recuerdo exactamente, y a su lado su hija con aire de aburrimiento, cosa propia de niños, cuando de pronto pasa eso y se organiza un lío tremendo. Wade levanta la cabeza, me mira con la cara toda roja y me coge de la camisa. Así.

Y entonces Nick Wickham alargó los brazos por encima del mostrador, me agarró de la pechera de la camisa y tiró fuerte. Me soltó despacio, volví a sentarme y prosiguió su relato. Sentí que me temblaban las piernas.

—Todo el mundo guarda silencio en el local. ¡Qué demonios! Es una cosa infrecuente, ¿no? Muy infrecuente. Y la chica, bueno, no es más que una niña, ya sabes, una criaturita, y está aterrorizada, naturalmente. Se pone toda pálida y empieza a llorar, así que Wade me suelta; y oye, que yo estaba muy asustado, además de cabreado, claro. Pienso que el local está lleno de gente, así que Wade no puede hacer mucho daño, pero de todos modos yo soy un hombre pacífico y no me gustan esas

cosas, sobre todo en el restaurante. A los tíos que vienen borrachos y empiezan a armar bronca los pongo en la puerta con buenas palabras: que arreglen sus cuentas en el aparcamiento. Pero aquel día a Wade no se le podía calmar por las buenas. Tenía los ojos como velados, como si no viera bien, y era imposible penetrar en su mirada; cuando la niña empieza a llorar, la mira sorprendido y confuso como si fuera un gorila, una especie de King Kong que oyera cerca una extraña música justo cuando está a punto de arrancarle a alguien la cabeza de un mordisco, me suelta y se comporta con la misma naturalidad que si estuviera colgando el abrigo o algo así, en vez de atacando físicamente al prójimo. Fue algo muy extraño. Muy raro y desconcertante. Claro que yo sabía que LaRiviere le había despedido y que Jack ocupaba su cargo de policía municipal, todo el mundo lo sabía ya, pero de todos modos se comportaba de una forma muy extraña.

»Hace como si consolara a su hija, le limpia la nariz con una servilleta y esas cosas, como un padre normal y cariñoso, y aquí no ha pasado nada; entonces dice ella que quiere irse a casa. Él se incorpora, rígido, como si la niña le hubiera dado una bofetada y él estuviera conteniendo el impulso de devolvérsela porque es una niña, y le dice: “Muy bien, entonces vámonos a casa”. Pero eso me preocupa bastante, porque sé que Margie está allí en ese preciso momento, haciendo las maletas para largarse a toda prisa, como le dije que hiciera. Bueno, ya sé que las personas de las que estamos hablando son tu padre y tu hermano, pero, no lo digo para ofenderte, me preocupaba mucho que Margie viviese en aquel cerro con aquellos dos comportándose de la forma en que solían. Eso lo podrás entender. Tú habrías hecho lo mismo, probablemente: decirle que se largara cuanto antes, quiero decir.

»Así que le dije: “Tengo un recado para ti, Wade”. “¿Un recado?”, repite él como si le hablara en otro idioma. “Te está buscando Jack Hewitt. Quiere que te lleves tus cosas de su oficina en el ayuntamiento”. Se lo dije con mucha cautela, retrocediendo hasta la cafetera para ponerme fuera de su alcance. Como te he dicho, soy muy pacífico y ese tío es una granada de mano con el jodido seguro quitado; pero imagino que Jack podrá ocuparse bien de él y, lo más importante, no quiero que Wade pille a Margie largándose de su lado. Es una mujer muy buena, cosa que sin duda ya sabes. Tiene un corazón como una casa. Así que le dije a Wade que Jack quería que se llevara sus cosas, lo cual era cierto. Jack estuvo aquí por la mañana temprano. Le habían devuelto la licencia y sólo le quedaba un día para cobrar su ciervo, así que iba a salir de caza; y me dijo: “Si ves a Wade dile que se lleve la mierda que tiene en mi oficina”, ésas fueron sus palabras. Yo se lo dije a Wade con un poco más de educación, digamos. Aunque cometí el error de decir “su” oficina. La de Jack.

»Wade lo captó en seguida. Culpa mía. Yo no lo sabía, si no, no lo habría dicho, pero en aquel momento aún no le habían informado de que Jack era el nuevo policía municipal, que fue decisión de Gordon LaRiviere, de él y de Chub Merritt, los concejales. Wade me pregunta: “¿Su oficina? ¿Te refieres a mi antigua oficina?”. ¿Y qué podía decirle yo? Le dije lo que seguramente no quería oír. Me mira un momento

como a punto de perder los estribos y luego coge a su hija de la mano y se dirige a la puerta, y yo pienso: “Vaya, más problemas”. No me imaginaba cuántos, claro está. Pero ésa fue la última vez que vi a Wade Whitehouse. Para siempre. Y no puedo decir que le eche de menos. No te lo tomes a mal, porque es tu hermano y todo eso, pero supongo que tú tampoco le echas en falta.

Era una pregunta más que una afirmación, y yo no tenía intención de contestarla. En realidad no sabía cómo hacerlo sin mentir. Desconecté el magnetófono y cogí la cuenta, que Nick había depositado junto a mi taza de café.

—Pues sí, lo vi aquel día. Aunque no hablé con él. Pero lo vi desde el jardín cuando pasó delante de casa. Estaba llenando los comederos de los pájaros y, al oír el ruido que hacía la vieja camioneta de su padre, alcé la cabeza y lo vi pasar. Me fijé bien porque llevaba a Jill, mi sobrina nieta. Yo siempre he pensado bien de Wade, a pesar de todo. Sufría. Lo pasó muy mal de niño. Y nunca creí que Lillian le conviniese especialmente, aunque yo la quería y aún la quiero. Al fin y al cabo es mi sobrina. Pero aquel sábado, cuando pasaron Wade y Jill, no había nada raro, nada que verdaderamente valga la pena comentar.

—Pues sí, estaba asustada. *Claro* que tenía miedo de él, ¿y quién no? Pero fue hace mucho tiempo y se me ha olvidado casi todo. Recuerdo que papi me llevó a aquel restaurante y que fuimos a su oficina. ¡Qué horror! Bueno, sé que *fue* horroroso: allí cogió el rifle. Se llevó sus armas de la oficina, de su *antigua* oficina, quiero decir, y eso le puso muy furioso. Yo no dije ni una palabra más, quiero decir desde que salimos del restaurante. Supongo que estaba demasiado asustada.

«Parecía que estaba bien; bueno, actuaba como de costumbre. Menos cuando se enfadó tanto con el del restaurante y creí que iba a haber una pelea. Es que siempre que iba a quedarme con él estaba bastante nervioso, se ponía desagradable y gruñón y al momento siguiente era de lo más amable, y así se comportaba el día que fuimos en aquella camioneta tan vieja. Era de su padre. Disculpa, supongo que ya lo sabes. Luego perdió los estribos en el restaurante y entonces tuve *verdaderamente* miedo. Pero en seguida se calmó, supongo que porque empecé a llorar y todo eso, y probablemente porque todo el mundo nos miraba; y después el hombre del restaurante le dijo que tenía que desocupar la oficina o algo así y volvió a enfurecerse; pero esa vez no le hizo nada al del restaurante. Sólo me cogió del brazo y nos marchamos. Fuimos a la oficina y eso fue todo. No pasó nada.

—¿No pasó nada? —le pregunté.

Desvié la vista hacia su madre, que me lanzó una mirada de reprobación. Estábamos sentados en su sala de estar, Jill y yo juntos en el sofá, Lillian en una butaca y Bob Horner de pie detrás de ella. Tras numerosos ruegos y largas negociaciones, me habían permitido hablar con Jill, pero con ciertas condiciones.

—La niña ha sufrido bastante —me había dicho Lillian—. El médico dice que es importante que hable de esas cosas, de su padre, pero a su propio ritmo, a su manera.

Podía preguntarle lo que recordaba de aquel día, pero cuando ella no quisiera

hablar, yo no debía insistir.

—Bueno, no pasó nada *importante*. Sólo metió algunas cosas de su escritorio en una caja y cogió las escopetas de esa cosa de la pared, el armero; y nos marchamos. En realidad estaba bastante tranquilo. No como antes en el restaurante. Y después.

—¿Después? —le dije—. ¿Te refieres a lo de la casa, con Margie?

—No tengo ganas de hablar de eso, mami, *de verdad* —dijo Jill, mirando a su madre.

Por entonces ya casi tenía doce años y para su edad era alta, pero delgada y de aspecto desgarbado. Sentada con las manos en el regazo, en vaqueros y un voluminoso jersey de punto, tenía un aire tranquilo, casi plácido. Era evidente que pronto sería una muchacha muy atractiva, con el estilo que su madre había tenido y que en realidad seguía teniendo: de movimientos ágiles, elegantes, acompasados.

Horner carraspeó con intención, y cuando lo miré, movió la cabeza apenas un centímetro. Me levanté.

—Bueno, Jill, te agradezco mucho que hayas querido verme y hayas hablado tanto conmigo. Sé que no es fácil...

Oí carraspear a Horner otra vez. Tendí la mano a Jill, que la estrechó con suavidad. No sabía qué añadir, así que no dije nada. Creo que sentí deseos de abrazarla, era su tío y quería darle un fuerte abrazo, pero sabía que no podía. Wade me había impedido ser el tío de su hija. Así que di media vuelta y saludé con la cabeza a su madre y su padrastro.

—No hace falta que me acompañéis —dije, y me dirigí solo hacia la puerta.

—Aquel día sólo vi una vez al gilipollas ese, cuando vino al garaje tratando de llevarse el coche; pero Chub me había dicho que no se lo entregara hasta que pagase la factura, que era casi de trescientos pavos. Se cabreó y me montó un cirio allí mismo, en el garaje, así que agarré una llave de tubos y se la enseñé. Le puse la jodida llave delante de la cara, así, y él se echó para atrás más que a paso. Yo no aguanto chulerías de nadie. De nadie. Me soltó un rollo de lo amigos que habíamos sido y todo eso, cosa que no era verdad en absoluto. Wade Whitehouse nunca me cayó bien, y yo a él tampoco, el gilipollas. Que le den por culo. Desde que era un crío la tenía tomada conmigo, siempre tratando de crearme problemas, lo cual le resultaba más fácil cuando era el jodido policía municipal; pero ahora que era un ciudadano normal y corriente se iba a enterar ese imbécil. Hace años, recién nombrado policía municipal, me pilló una vez en Halloween birlando calabazas en casa de Alma Pittman. Yo tendría dieciséis o diecisiete años, él se lo tomó muy a pecho y dijo a todo el mundo que yo era un jodido mirón, una mentira asquerosa y ridícula, completamente absurda. Yo puedo echar un polvo siempre que me dé la puñetera gana, cosa que Wade Whitehouse no puede decir, así que ¿por qué coño iba a yo a espiar a una tía vieja por la ventana? Si quieres que te diga la verdad, *él* era quien estaba de mirón, y probablemente por eso me pilló mingando las calabazas, que es algo que los chicos hacen corrientemente por aquí, ¿entiendes? En Halloween, me

refiero. Pero qué coño, tú te has criado aquí: claro que lo entiendes. De todos modos, cuando vio la jodida llave de tubos delante de su cara, retrocedió y salió disparado carretera abajo hacia la tienda de Golden, donde le vi parar, ahora que me acuerdo. Conducía la vieja camioneta de su padre y llevaba a su hija, que no se apeó en todo el rato. Fue la única vez que vi a ese cabrón aquel día. Debería haberle abierto la puñetera cabeza cuando tuve ocasión. Me importa un pito que sea tu hermano, sabes que tengo razón. Y tampoco me importa un rábano que lo grabes en cinta: no hice nada ilegal.

—Wade paró frente a la tienda con ese cacharro de su padre y pensé: Vaya, vaya, vaya, hoy tendremos problemas. Lo pensé porque se dirigió derecho a la escalera, al apartamento de Hettie. Mandó a la tienda a su hija, a la niña, con un billete de un dólar en la mano.

»Anduvo por el refrigerador, buscando una botella de tónica. Dijo que quería una de esas bebidas con ingredientes naturales, y ¿quién tiene esas mierdas por aquí? Así que cogió un cartón de leche y se quedó ahí, donde los bollos, leyendo las jodidas etiquetas. Comprobando los ingredientes, como una ratita sabia. Y creo que sentí lástima por ella, y quién no, qué coño, me recordaba muchísimo a su madre. Que no es la persona más simpática que he conocido, si quieres saber mi opinión.

»Entretanto, Wade debió comprobar que Hettie no estaba en casa. Pudo haberlo averiguado sólo con preguntarme, claro está. Pero no lo hizo. Aunque desde luego no era ningún secreto que iba a verla a su apartamento. Su hija allí mismo y yo, que me entero de quién sube y baja por esa escalera. A veces no entiendo nada, francamente. Aquélla fue una de esas veces.

»Entonces, como tratando de ocultar sus intenciones, bajó la escalera, entró en la tienda y me preguntó si sabía si Jack Hewitt había cazado ya su ciervo. Y yo le dije que no, que Jack Hewitt aún no había cazado ninguno. Y yo lo sabía de cierto, porque mi tienda es el único establecimiento oficial de marcaje y tengo que marcar a todos los ciervos cazados en el municipio, así que Jack tendría que haber traído su pieza. De modo que le dije: “No, Jack Hewitt todavía no ha cazado su ciervo”.

»Entonces me preguntó si por casualidad sabía por dónde estaba cazando Jack. Como si yo fuera a tragarme que había ido a ver a Hettie para averiguar dónde estaba Jack. No faltaba más, pensé para mí, si esperas que me lo crea, yo te puedo contar otra historia.

»Así que se lo dije. No es que lo supiera exactamente. Pero Jack había venido temprano a por una caja de munición y habíamos charlado un poco. Sobre todo de que era el nuevo policía municipal y le habían devuelto la licencia. Lo consideré bueno para el pueblo, francamente, sabiendo lo que entonces sabía de Wade Whitehouse y lo que ahora sé. En cualquier caso, Jack mencionó que subiría a Parker Mountain, donde había visto un macho enorme que aún no habían cazado, según sabíamos los dos, ya que el mayor que yo había marcado hasta entonces sólo pesaba sesenta y ocho kilos y medio. Ningún monstruo.

»“Jack anda por alguna parte de Parker Mountain”, eso es más o menos lo que dije. Así de impreciso, porque no tenía datos más exactos. Y sólo se lo dije porque me lo preguntó y porque me figuré que me lo preguntaba únicamente para hacerme creer que tenía algún asunto legítimo que tratar con Hettie. Cuando no tenía ningún motivo inocente para ir a verla. En realidad, era lógico que la única persona del pueblo a la que Wade quisiera evitar fuese Jack Hewitt. Así que no hice nada malo diciéndole dónde estaba. En cualquier caso me dio las gracias, la niña me pagó la leche y se marchó sin encontrar ningún bollo que se ajustara a sus exigencias, cosa que verdaderamente me importaba un pito.

—Me estaba dando toda la prisa que podía, ¡Santo Dios, corría como una loca para salir de allí antes de que él volviera! Me limitaba a echar la ropa y mis cosas en maletas, cajas y bolsas de plástico, todo revuelto, apretujándolas en el maletero y el asiento de atrás. Me daba vergüenza dejarle así, sin decírselo ni darle una explicación; me sentía bastante culpable, pero pensé que podía explicárselo después, y también que una vez que estuviera hecho, una vez que me hubiera ido de casa, no le importaría tanto. Lo que supuse que le molestaría más era el hecho de que me marchara, de que lo hiciera en su cara. Estaba segura de que eso le volvería loco, *más* todavía, porque ya lo estaba bastante y tú lo sabes; por eso me iba, entre otras cosas. No creo que de verdad quisiera tenerme allí con él, pero temía que se quedara completamente destrozado ante la idea de que lo había abandonado, y por eso intentaba marcharme de allí antes de que volviera con Jill, cosa que sabía porque Nick me avisó por teléfono en cuanto Wade salió del restaurante. Bueno, las cosas eran más complicadas. Pero tú lo entiendes. También tenía algo que ver con tu padre, tengo que reconocerlo, o mejor dicho tenía que ver con Wade y tu padre juntos en aquella casa: iban de mal en peor, y en mi opinión la culpa era de los dos. Padre estaba casi siempre en el cuarto de estar, sentado frente al televisor viendo la lucha libre; de cuando en cuando abría una botella de whisky sin empezar y comenzaba a beber hasta emborracharse lo suficiente como para que se le trabara la lengua; y luego aparecía Wade, o se comportaba como si acabara de ver a su padre por primera vez después de ignorarlo hasta aquel momento: y entonces se peleaban con todas sus fuerzas. No era sitio para una mujer. No lo era, no, Wade persiguiendo a la gente por el bosque y estropeando así la camioneta de su jefe. Y su obsesión con el absurdo accidente de caza de Jack, era como si pensase que eso lo explicaba *todo*—, ¡pero para que fuese verosímil tuvo que inventarse prácticamente todo desde el principio! Y la *violencia* que estaba desplegando, como cuando se arrancó la muela con los alicates; casi vomité cuando me lo contó, aunque gracias a ti ya me lo había figurado al encontrar los alicates y la muela llena de sangre en el lavabo. Bueno, tú sabes cómo se comportaba, estabas en contacto con él. Pero tú no lo *veías*. Menos el día del entierro de tu madre, nunca estuviste aquí para verlo y tratar de cerca con él y con tu padre día tras día. Supongo que digo esto porque me siento culpable por haberle dejado justo entonces, por abandonarlo, en realidad, cuando acababan de despedirle

del trabajo y de su cargo de policía municipal, que era muy importante para él, pese a lo que solía decir; me siento culpable por haberle dejado solo en aquella casa cuando estaba tan trastornado, tan maltratado por la vida, de lo cual culpaba sobre todo a su padre, como sabes; me siento culpable porque lo dejé cuando se sentía tan frustrado por aquella absurda demanda judicial, por aquel pleito que quería ponerle a Lillian para lograr la tutela de su hija, aunque entonces yo no sabía lo que me has contado: que su abogado le aconsejó no presentarlo, de modo que seguía dependiendo de ella para ver a su hija, y no es que yo pensara que en aquellos momentos fuese un padre especialmente adecuado, créeme.

»Así que allí estaba yo, con todas mis cosas embaladas y el coche lleno hasta los topes, cuando Wade se presentó con Jill. Demasiado tarde para esconderse, pensé, así que allí me quedé, con las puertas y el maletero abiertos de par en par, mientras él pasaba frente a mí, mirando por la ventanilla a mi coche lleno de cosas sin dar la menor muestra de reconocermelo, y metía la camioneta en el establo. Luego, él y Jill vinieron andando por el camino de entrada a la parte delantera, donde estaba yo (Jill detrás de él y abrazando su maletín con aire de desamparo), y pensé: ¡Oh, Dios mío, lo que está pasando esa niña!; así que no podía marcharme inmediatamente dejando allí sola a la criatura con aquellos dos hombres, uno de ellos borracho y loco y el otro probablemente a punto de emborracharse y volverse loco, aunque en aquel momento no pensé que ninguno de los dos fuera especialmente peligroso, que es por lo que decidí quedarme aquella noche y el día siguiente, o al menos mientras Jill estuviese allí. De modo que cuando Wade se me acercó y echó una mirada a las cosas que había metido en el coche, cajas, maletas y bolsas de plástico llenas de ropa, y me preguntó: “¿Vas a algún sitio, Margie?”, traté de mentirle. No sólo porque me estaba marchando de su lado justo en aquel momento, sino también porque al ver a Jill cambié de idea. Era absurdo, lo sé: resultaba evidente lo que me disponía a hacer; pero de pronto me encontré entre dos deseos opuestos, el de marcharme y el de quedarme, y no había previsto sentir esas dos emociones al mismo tiempo, y probablemente eso era lo que me parecía absurdo. Pero uno se enreda con esas cosas: se toma una decisión sencilla y en seguida hay que adoptar otra de la que no se está tan seguro, y entonces es cuando uno se comporta de forma absurda. Así que le mentí e intenté decirle que llevaba un montón de cosas al fondo de caridad de la iglesia y otro montón al tinte y a la lavandería automática de la Catamount, porque era sábado. Y naturalmente no dio resultado; me vio claramente las intenciones. Dijo: “No me mientas. Vas a dejarme, ya lo veo”. Traté de cambiar de tema diciéndole que no fuese tonto, o algo parecido, y saludé a Jill, que sonrió, o lo intentó, y, a pesar de ello o por eso mismo, parecía triste y desgraciada.

«Carezco de dotes especiales para el engaño y por eso me toman el pelo con tanta facilidad, o a lo mejor no soy muy lista, ya que la mayoría de las personas inteligentes mientan bien y son difíciles de engañar. Gordon LaRiviere, por ejemplo. Pero Wade no. Se parecía más a mí que a Gordon LaRiviere, pongamos, o a Nick



Wickham, que es amable pero muy hipócrita, y creo que eso era lo que me atraía de Wade al principio, cuando aún estaba casado con Lillian: ya sé que lo sabes todo, Wade me dijo que una vez te confesó nuestra aventura extramatrimonial (o como quieras llamarlo: de todos modos no duró mucho y los dos nos sentimos muy culpables). Pero a él nunca intenté mentirle, y no creo que él tratase nunca de engañarme; se guardaba algunas cosas, naturalmente, y yo también, pero eso es distinto, ¿no? ¿Qué te estaba diciendo? Supongo que intentaba explicarte lo triste que estaba aquella tarde cuando Wade apareció con Jill y traté de mentirle en el momento en que me marchaba de casa; de pronto comprendí que lo que nos unía antes había desaparecido para siempre; finalmente veía que podía tener miedo de Wade y que la única manera de protegerme era mentirle. Y como soy tan inepta para eso, como se me da tan mal, sólo conseguí empeorar las cosas; agravé la situación y vi que me encontraba en una posición más vulnerable que antes de mentir; y tampoco estaba en condiciones de resultar lo bastante convincente para defender a nadie. Me refiero a Jill. Me di cuenta de que lo de Wade y yo era una causa perdida y que probablemente nunca volvería a estar con un hombre al que no necesitara mentir, como una vez estuve con Wade. Así que me eché a llorar. Allí mismo, de pie junto al coche ante aquella vieja granja con el sol reflejándose en la nieve y Wade delante de mí y su hija viéndolo, empecé a sollozar. Como una criatura. A gritos, en realidad. Ahora casi no puedo creerlo, pero es la verdad: me puse a llorar a lágrima viva.

»Entonces las cosas se volvieron un poco confusas, o mejor debería decir que mis recuerdos de lo que pasó a continuación se vuelven un poco confusos: sé que Wade intentó que dejara de llorar rodeándome con sus brazos; me abrazó y me dio palmaditas en la espalda. Era un gesto amable, destinado a calmarme, aunque recuerdo la expresión de su rostro cuando se acercó a mí: como si se hubiera apoderado de él una tremenda tristeza, aún mayor que la mía, y debiese acompañarme en el dolor pero fuese incapaz de llorar porque era un hombre, con lo que acabó abrazándome y dándome palmaditas en la espalda, como si fuera una niña. Y aquello hizo que me sintiera aún más sola que antes de que me abrazara. Así que le rechacé. Le dije que me dejara *en paz*, así se lo dije, con un acento terrible, como si me estuviera haciendo algo desagradable: “¡Déjame *en paz*!”. Entonces Jill debió de asustarse porque empezó a golpearle en la espalda y los brazos, gritándole que me dejara tranquila: “¡Déjala en paz! ¡Déjala en paz!”. Yo lloraba y le empujaba para que se apartara, Jill le pegaba puñetazos y él empezó a moverse como un oso, cubriéndose la cara con los brazos y retrocediendo. Jill le persiguió; estaba histérica; le hacía tambalearse por la nieve. Fui tras ellos y cuando traté de sujetar a Jill, Wade abrió los brazos de par en par, la sacudió y la niña salió disparada hacia atrás, hacia mí. Le sangraba la nariz; le había dado en la boca y la nariz; se puso a mi espalda y empezó a sollozar. Ni Wade ni yo dijimos palabra. Retrocedí despacio, sin perderle de vista pero con los brazos colgando a la espalda, tocando a Jill, guiándola hacia el coche. Me miró pasmado, como si le hubieran golpeado con una piedra en la cabeza.

Jamás he visto a nadie con una expresión tan dolida y perpleja: tenía la boca abierta, los ojos desorbitados, los brazos colgados a los costados. Aceché sus movimientos como si fuese una fiera a punto de atacarnos, me volví de lado, logré poner en el suelo la planta de aguacate que tenía en el asiento delantero, metí a Jill en el coche y cerré la puerta con seguro: eso lo recuerdo, echar el seguro nada más cerrar. Luego di la vuelta al coche por la parte de atrás, cerré el maletero de golpe y subí por el lado del conductor. Y en todo el rato nadie dijo una palabra. Cerré mi puerta. Arranqué, salí del camino en marcha atrás y Jill y yo nos alejamos sin volver una sola vez la vista atrás. No, no fue así. Cuando salí a la carretera y tomé la dirección del pueblo, miré hacia la casa: Wade seguía en el mismo sitio junto al camino, mirando a la nieve, probablemente a las manchas de sangre de la nariz de Jill, aunque en realidad no lo sé, pero tenía la vista fija en la nieve como si no diera crédito a sus ojos. Vi que padre había salido al porche, quizá había estado allí viéndolo todo desde el principio, y que, con los dedos en la boca, como un niño pequeño, miraba a Wade sonriendo como un demonio. Era un panorama horroroso, me arrepentí de haber mirado y esperé que Jill no lo hubiera visto. Cuando la miré, tenía los ojos cerrados y, con una voz tan tranquila que me sorprendió, dijo: “Quiero ir a casa. ¿Me llevas?”. Le dije que sí, que la llevaba, y lo hice. Y supongo que ya sabes lo demás.

«YA SABES LO DEMÁS», me dijo. Pero ¿lo sabía? Supongo que si había alguien en este planeta aparte de Wade que sabía lo que pasó en las horas siguientes de aquella fría y luminosa tarde de noviembre, era yo. Sobre todo ahora, después de varios años de meditar, investigar, recordar, imaginar y soñar con el tema.

Los hechos históricos los conoce todo el mundo, naturalmente, todo Lawford, toda New Hampshire, incluso la mayor parte de Massachusetts: todo el que conociera a los protagonistas, leyera la prensa dominical o viera los telediarios conocía los hechos. Pero los hechos no son la historia; los hechos ni siquiera son los acontecimientos. Despojado del sentido y la comprensión de sus causas y relaciones, un hecho no es sino una partícula aislada de experiencia, un reflejo de luz sin origen, un planeta sin sol, una estrella sin constelación, una constelación de otra galaxia, una galaxia de otro universo: un hecho es nada.

No obstante, los hechos de una vida, incluso de una tan solitaria y alienada como la de Wade, sin duda tienen un sentido. Pero únicamente si esa vida se capta en un retrato, si puede visualizarse bajo el aspecto de sus relaciones con otras vidas; sólo si se la considera provista de esencia, igual que el cuerpo, recordando que sin alma también el organismo humano es un mero hecho, un amasijo de minerales, una bolsa de agua: el cuerpo es nada. Así que, a su vez, si se mira la esencia del cuerpo como una membrana de color de sangre, digamos, una enroscada espiral de frágil e inquieto tejido que conecta entre sí todas las partes identificables de la carne, un firmamento cárdeno entre los cielos, que une y define el alma y el cuerpo, podría contemplarse la esencia de la vida de Wade o de cualquier otra como esa parte que está conectada a otras vidas. Y uno podría encolerizarse y quedar sobrecogido de dolor ante el hecho de que tales conexiones se vean cortadas, de que esa membrana se rompa, se desgarre, se haga jirones a los que un niño se aferre al pasar a la edad adulta: sangrientos banderines vanamente desplegados entre abiertos abismos.

Sí, ya sé que al relatar la historia de Wade también cuento la mía y que esta narración es mi banderín sangriento, el jirón de mi alma ondeando en el frío crepúsculo, y que podría parecer egocéntrica, singular, incluso excéntrica; pero nuestras historias, la de Wade y la mía, describen mil años de vidas de muchachos y hombres, de niños golpeados por sus padres, cuya capacidad de amor y confianza quedó rota casi al nacer y cuya máxima esperanza de relación con sus semejantes consiste en establecer para sí mismos una forma elegíaca de parentesco, como si la vida de los demás ya hubiera concluido. Así no cumplimos el turno de destruir a nuestros hijos, de aterrorizar a las mujeres que han tenido la desgracia de amarnos; así nos apartamos de la tradición de la violencia masculina; así rechazamos el tentador papel de ángel vengador: severamente, aceptamos la limitación de la nada — de la desconexión, el aislamiento y el exilio—, mirándola a la luz de una noche elegíaca y cruel: un villorrio teutónico en las montañas, rodeado de profundos

bosques oscuros donde peludas fieras acechan al animal rezagado y el ciervo se revuelve con ojos enloquecidos en la nieve mientras los cazadores encienden fogatas para calentarse las manos y manejar con presteza las armas en medio del frío.

La vida de Wade, por tanto, y la mía también, es un paradigma antiguo y actual, y como dijo Margie, sí, conozco lo demás y lo voy a contar.

En contraste con el silbido del viento entre los pinos, Wade oyó carcajadas, una risa entrecortada y áspera que al principio tomó por graznido de cuervos, *¡jo, jo, jo!*, pero luego comprendió que era humana y, al levantar la vista de la nieve manchada de sangre, vio a padre de pie en el porche. La camisa suelta, desabrochada, los pantalones caídos, los tirantes colgando hasta las rodillas; estaba sin afeitarse, desgredado, los ojos encendidos y la cara roja, sonriente pero alta y prieta como un puño, triunfante: un atleta glorioso, un guerrero invencible, un ladrón impune, un hombre que había atravesado adversidades y peligros asoladores con su amargura no sólo intacta sino confirmada, porque era ese mismo rencor lo que le había mantenido, y la sonrisa y la frágil carcajada eran la muestra de la confirmación, una exultante y maliciosa acción de gracias. El hijo finalmente se había convertido en un hombre igual que el padre. *¡Ah, qué delicioso momento para el solitario y sufrido padre! Un disparo resonó en el aire a lo lejos. Le saludó agitando la botella de whisky, la volvió hacia Wade y, sujetándola con ambas manos por la base, le apuntó: un primitivo acto masculino, la cariñosa parodia de apuntar un arma a un hijo querido, la broma cruel. Como si dijera: ¡Vaya! ¡Al fin lo has conseguido, por Dios! ¡Y lo has hecho tal como te enseñé! ¡Te quiero, miserable hijo de puta!*

Wade apartó la imagen de un manotazo, se volvió, salió trabajosamente al camino por la pisoteada nieve y, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos de la chaqueta, se dirigió al establo. Oyó gritar a padre a su espalda, palabras mezcladas con el viento, entrecortadas exigencias en voz alta: *¿Adónde coño vas ahora? ¡Deja mi camioneta donde está! Necesito... ¡Dame las puñeteras llaves! ¡Tengo que ir al pueblo!* Wade siguió adelante y la voz se hizo más débil, apagándose. *¡Nada que beber en esta apestosa casa..., mi casa, mi dinero, mi camioneta..., todo robado!* Las palabras se evaporaron en la penumbra del establo; una pareja de cuervos se levantaron de una viga del fondo y aletearon torpemente cuando salieron al cielo por el techo abierto; el motor de la camioneta emitía un quedo tictac, como un reloj, enfriándose aún del largo viaje al Norte. Wade colocó las heladas manos en el capó, calentándose contra el descascarillado metal. Se inclinó hacia adelante, como para rezar, apoyó la mejilla derecha entre las manos y sintió que la última oleada cálida del motor pasaba por el metal a su cara. Al cabo de poco el metal se enfrió y empezó a absorber el calor de su rostro. Wade suspiró, se irguió y se dirigió a la plataforma de la camioneta, de donde cogió dos cajas de cartón, el contenido del escritorio y el armario de la oficina, y las colocó en el suelo junto a la rueda trasera. Despacio y con escrupuloso cuidado, como un anciano que caminase sobre hielo, abrió la puerta del conductor y metió medio cuerpo para coger los tres rifles que traía desde el pueblo

con las culatas en el suelo de la cabina y los azulados cañones apoyados contra el asiento entre Jill y él: una escopeta del doce, un rifle 30/30 y un viejo fusil belga del 28 que pertenecía al hermano Elbourne. Los agrupó, los recogió como si fueran remos, con las culatas apoyadas bajo el brazo, y al apartarse de la camioneta sintió un fuerte golpe en plena espalda, un asombroso impacto que le repercutió en el pecho y los brazos, haciéndole soltar los rifles, que cayeron al suelo con estrépito, y lanzándole contra la puerta abierta de la camioneta.

Se encogió, cayó de rodillas y se volvió. Su padre se erguía sobre él con un trozo de tubería roñosa del tamaño de un brazo: era enorme, un gigante furioso salido de un cuento de hadas con piernas como troncos de árbol, el pecho y los hombros descomunales, hinchados y solidificados con calibrada furia, la cabeza tan alta que casi tocaba las vigas del establo y tan lejos que Wade apenas distinguía la expresión de su rostro, sólo veía un gesto de leve disgusto en la boca y los ojos de un hombre obligado a cumplir una tarea no especialmente agradable cuya decisión había tomado en época remota un cacique olvidado, el trozo de tubería de hierro en las manos carnosas, una poderosa maza de guerra, una trituradora, la vengadora mandíbula de un asno, garrote, estaca, maza para romper armaduras, tomahawk, pica, garrote, alzado despacio, levantado como la hoja de la guillotina, martillo pilón, mazo de madera para clavar en el suelo los vientos de la tienda de un circo, para golpear el gong que comprueba la fuerza de un hombre, hender un tronco para una casa, clavar el perno en la traviesa de un solo golpe, fulminar al buey, romper la piedra, aplastar la cabeza de la serpiente, destruir la abominable desolación ante la faz del Señor.

En cuclillas, Wade se revolvió para apartarse de la colosal figura de su padre; le dio la espalda como un hereje preparado para la lapidación; vio el rifle y con un solo movimiento lo cogió y lo empuñó con ambas manos, y con el peso y la fuerza de todo el cuerpo lo blandió —la pesada culata de madera describió por el aire un rápido y poderoso arco desde el suelo— y lo aplastó contra la cabeza de su padre, rompiéndole la mandíbula hasta la sien: el crujido de huesos, un suspiro y una queja, ¡Oh!, y el viejo cayó con los ojos abiertos, destrozado, muerto en el acto, un cadáver rugoso desenterrado de una ciénaga.

Wade miró el cuerpo de su padre: replegado sobre sí mismo, parecía pequeño, del tamaño y la forma de un niño dormido. No había trozo de tubería, ni maza, sólo una botella de whisky vacía cayó al endurecido suelo y rodó hasta la pared. Wade alzó el rifle despacio y se ajustó la culata contra el hombro derecho; apuntó el cañón justo al centro de la frente de su padre. *Te quiero, miserable hijo de puta. Siempre te he querido.* Llevó el cerrojo hacia adelante y hacia atrás, quitó el seguro con el pulgar, apretó el gatillo y oyó el seco ruido metálico cuando cayó el percutor. Sonrió. Una sonrisa fría, como de hielo al quebrarse. Luego bajó el rifle, se agachó y con la yema de los dedos le tocó la arrugada garganta; le acarició los labios, la barbilla y las mejillas grisáceas, le tocó el pequeño pico ganchudo de la nariz; recorrió el huesudo puente por encima de los ojos y le alisó los rígidos cabellos grises. El cuerpo era un

cúmulo de partes separadas. Su alma había muerto, asesinada, desaparecido en el más allá absoluto. Nunca había tocado a su padre así, ni una sola vez en la vida identificó al padre con sus manos, nombrando su rostro con dulzura, cariñosamente, llevándolo hacia él y convirtiéndolo en su propio rostro. Haciendo suya la cara muerta.

Se puso en pie y apoyó el rifle en el guardabarros de la camioneta. Durante unos momentos miró por el establo como sorprendido de encontrarse allí; luego se agachó bruscamente, metió las manos por debajo del cadáver de su padre y lo levantó en brazos ágilmente, con desenvoltura; lo llevó al fondo de la oscura estancia y lo depositó sobre el banco de trabajo. Le cruzó las manos sobre el pecho. Volviendo a la camioneta, se dirigió directamente a una de las cajas de cartón, sacó una caja verde, la abrió y se echó al bolsillo de la chaqueta un puñado de balas. Cogió el rifle y lo metió en la cabina. Arrancó y salió en marcha atrás del establo a la cegadora luz del sol. Luego, con el motor en marcha, bajó de la camioneta y volvió al establo.

Tanteando en la oscuridad debajo del banco de trabajo, cogió la lámpara de petróleo. Permaneció de pie ante el cadáver de su padre como un sacerdote que bendice la hostia, desenroscó el tapón de la base de la lámpara y vertió el petróleo sobre el cadáver, desde los zapatos al pecho y por las manos, el rostro y el pelo, hasta vaciar el depósito. Fue al extremo del banco y miró el cadáver desde los pies. Tenía el mechero en la mano: lo encendió y lo extendió despacio hacia adelante, sosteniéndolo como si ofreciera una vela, y al instante el cadáver se envolvió en un sudario de llamas amarillentas. Tambaleante, Wade retrocedió unos pasos y vio cómo la ropa se prendía fuego y el pelo y la piel resplandecían como oro en el azulado y amarillo cerco de las llamas: el fuego serpenteó por el banco manchado de aceite, saltó a las viejas tablas de la pared, resollando y crepitando, el aire se ennegreció de humo y se llenó del seco y rancio olor a carne quemada. La pared posterior del establo ya estaba ardiendo, y el banco y el cadáver eran una pira alimentada por el viento que soplaba a espaldas de Wade; el calor subía en estrepitosas y grandes oleadas contra su rostro, obligándolo a retroceder paso a paso, cada vez más cerca de la puerta. Y de pronto se encontró fuera, a la luz, en un campo de nieve reluciente con los oscuros árboles detrás y, encima de él, una inacabable extensión de cielo azul y el sol: un disco plano, frío y blanco como el infinito.

Wade enfiló la camioneta al sur por la carretera de Parker Mountain, en dirección contraria al pueblo, fuera del valle y lejos de la casa ensombrecida y del establo en llamas, sin conducir de prisa pero a una velocidad calculada, como alguien que según todas las apariencias tiene una misión civilizada que cumplir; llevaba la chaqueta y la camisa arrugadas y la corbata aflojada, la expresión tranquila, pensativa, de aspecto amable, como si recordara una de sus viejas melodías favoritas y fuese canturreándola para sus adentros.

Llegó a la cresta, pasó la ciénaga cubierta de nieve helada, torció a la izquierda, salió de la carretera y paró detrás de la Ford de Jack Hewitt. En lo alto del talud, a la derecha, en el lindero del bosque, estaba la cabaña de LaRiviere. Wade bajó de la

camioneta, sacó el 30/30 y metió en el cargador las seis balas que llevaba en el bolsillo. Introdujo una en la recámara y comprobó el seguro. En la carretera no había huellas que condujeran a la cabaña, de cuya chimenea no salía humo. Las huellas de Jack en la nieve llevaban directamente a la vieja pista maderera, luego bajaban por la ladera en dirección nordeste entre maleza y matorrales.

Hacía mucho que los ciervos se habían trasladado a los bosques más espesos, lejos de carreteras y lugares habitados, más allá del ruido de los coches y camionetas que seguían merodeando por los remotos senderos y pistas y del rugido que los camiones de diez ruedas emitían al cambiar de marchas en la interestatal al norte de Catamount. Solos y de vez en cuando en parejas, los animales permanecían ocultos con los ojos bien abiertos y las orejas tensas, inmóviles entre tupidos grupos de fresnos o densas marañas de espinos y alisos, metidos en torrenteras y barrancos, en huecos casi invisibles situados bajo abruptos acantilados y laderas pedregosas, lugares de muy difícil acceso a media jornada de la carretera. El ciervo permanecía alerta y en paz del amanecer al crepúsculo, alarmado y tembloroso de miedo sólo a ratos, cuando oía el eco del estampido de un disparo de rifle que el viento llevaba colina arriba desde los valles más accesibles y los campos llenos de vegetación de abajo, donde al declinar el día algunos cazadores de fin de temporada volvían a los coches ateridos de frío y disparaban sus armas casi al azar, malhumorados, a cualquier cosa que su imaginación confundiera con un animal rezagado: una inesperada sombra en un bosquecillo de abedules, una peña musgosa y dorada por un haz del último sol de la tarde, una súbita caída de nieve en polvo arrancada de la rama de un pino por la brisa errante.

Aunque hacía suficiente frío como para que el aliento le saliera de los labios en una visible nube, Wade parecía ajeno al aire helador de la montaña, a pesar de su ropa ligera. Con la chaqueta desabrochada y agitada por la brisa, la corbata aflojada y colgándole por encima del hombro, empuñaba tranquilamente el rifle con las manos desnudas, como si su cuerpo irradiase calor y se dirigiese a cumplir un servicio de guardia. Al salir de la carretera fue resbalando a cada pocos pasos por el áspero terreno helado, pero no por ello aflojó la marcha ni vaciló lo más mínimo, sino que avanzó con temeridad por el derrumbado borde de la ciénaga helada, atravesó un bosquecillo de puntiagudos y plateados abedules e inició torpemente el descenso de la colina con sus zapatos de suela lisa hacia el seco lecho del río, un sendero de cantos y piedras planas que partía de la carretera y la cabaña de LaRiviere hacia una fila de abetos que tapaba la vista del largo talud norte de la montaña. Era como si una fuerza externa, tan poderosa como la gravedad o la succión, imantara su cuerpo y le impidiera caer, desviando su marcha, inclinándolo, enderezándolo cuando tropezaba con peñas, troncos y hojarasca, manteniendo su equilibrio como el jugador de rugby que corre por el campo en zigzag, chocando y rebotando en las barreras que se alzan una tras otra para detenerlo.

Muy lejos, a medio camino entre la cima y el pueblo, la casa estaba a oscuras,

vacía y cerrada, y el establo seguía ardiendo. El incendio se había extendido rápidamente por la pared posterior a las vigas y al pajar, prendiendo el heno viejo y luego los restos del tejado. Grandes nubes de humo negro se desplegaban hacia el cielo. El fuego entonaba una melodía ronca y estridente, un ritmo crepitante y desigual que percutía contra el continuo y frío silbido del viento procedente del patio y los campos nevados para ser aspirado al oscuro centro de la estructura ardiente. Las llamas lamían las vigas, saltando entre las grietas y corriendo por las secas tablas, que se desprendían una a una y caían en leños rojos y dorados al sucio suelo, donde estallaban dispersándose como monedas. Y en el estruendoso centro de aquel infierno, como labrado en antracita, yacía el cadáver de padre, con el rostro contraído en una sonrisa abismal. Su terrible triunfo.

Al borde de los abetos Wade titubeó un momento, estudiando el terreno. Bajo los árboles la capa de nieve era más delgada que en el lecho del río y en algunos tramos se veía el suelo desnudo; hasta entonces había seguido fácilmente las huellas de Jack, y ahora tenía que buscar la pista entre las piedras y las rojizas agujas de los pinos. Desde el norte se había desplazado una capa de cenicientos cirros y se había levantado una brisa cortante, rizando los abetos por encima de su cabeza mientras él proseguía la marcha despacio, con cuidado, rodeando el lindero del bosque.

Y entonces vio lo que buscaba, un pasaje entre los árboles, una rama seca rota a baja altura y la colilla de un cigarrillo aplastada con una bota; pasó bajo los árboles y salió al otro lado, donde vio los sinuosos restos de una pista maderera cubierta de vegetación. Allí había más nieve y en seguida distinguió las huellas, que llevaban colina abajo, a la derecha. Ahora se caminaba mejor y más aprisa, y al cabo de poco había bajado centenares de metros hasta donde la antigua pista se replegaba sobre sí misma y partía en dirección contraria.

Se detuvo en la curva y miró pendiente abajo, por encima de las copas de los árboles, hasta el lago Minuit en la lejanía, liso y blanco como una oblea helada en el oscuro bosque que lo rodeaba. Y en la orilla más apartada distinguió las cajitas de color pastel que formaban el grupo de remolques: Mountain View Trailer Park. Cuando vivía allí, se asomaba por la ventana de la cocina y veía precisamente el sitio donde ahora se encontraba: una pálida apertura bajo la oscura mancha formada por los abetos y, más allá, la deforme cima de la montaña.

Las nubes se habían extendido y casi cubrían la totalidad del cielo: un tirante manto gris se alargaba desde el extremo norte del horizonte hasta la depresión de Saddleback, por el oeste; a espaldas de Wade aún quedaba una larga cinta decreciente de cielo azul, pero hasta la redonda cima de la montaña estaba ya en sombras. Motas de nieve le salpicaron la cara y las manos, fundiéndose al instante. Cambió el rifle de posición, colocándose la culata bajo el brazo derecho, y prosiguió la marcha.

Abajo, por la Route 29, por las carreteras comarcales y las afueras del pueblo, los últimos cazadores salían de los bosques, abandonando hasta el año siguiente su necesidad de disparar y matar a un ciervo. Tal vez hubiese dos o tres afortunados que



en aquellas horas finales de la temporada lograsen avistar a un animal rezagado, un macho confuso o inexplicablemente descuidado que hubiera conseguido sobrevivir a la cacería casi hasta el fin y que movido por el hambre y la inquietud hubiese salido demasiado pronto de su escondite a la última luz sólo para oír el estallido, sentir calor en las entrañas y morir rápidamente. Pero al final de la temporada esas piezas eran raras. Entonces, la mayoría de los cazadores eran de fuera del estado, poco experimentados o ineptos y a menudo simplemente perezosos, de modo que confiaban en la suerte y el azar —divertida ironía— para cobrar su pieza. Se apresuraban a los coches, ponían la calefacción al máximo, esperaban a que se les calentasen los pies y las rígidas manos y volvían derechos al pueblo a tomar un whisky o dos al restaurante de Wickham o al Toby's Inn antes de emprender el viaje a casa.

Wade caminaba ahora más despacio, lanzando miradas a la derecha, colina abajo, a la espesura de recios árboles —roble, arces, gruesos y amarillentos abedules y alisos— que sustituían a los abetos y coníferas de arriba. Tenía que guiñar los ojos para ver entre los remolinos de nieve: llegaban a él como visillos de encaje corridos por el viento y se le pegaban al pelo y la ropa, envolviéndolo en una membrana blanca. De cuando en cuando tropezaba en una piedra del viejo sendero o en una rama de un árbol caído, o resbalaba en la húmeda nieve fresca para proseguir imperturbable, como si no hubiera pasado nada y el camino fuera llano y seco.

A varios cientos de metros de la primera revuelta de la pista, llegó a la segunda curva, donde el terreno se precipitaba en un gran desnivel: un antiguo alud había abierto una larga grieta, lanzando morrena y árboles desarraigados al fondo del profundo barranco. Wade se detuvo bruscamente junto al borde y miró ladera abajo, más allá de la grieta llena de piedras y montones de maleza y enredados troncos que llenaban el barranco, por encima de las copas de los gruesos árboles al norte, donde el terreno descendía a lo largo de kilómetros. El viento soplaba con ímpetu allá arriba, donde la pista estaba expuesta al cielo, hacía frío y la nieve le caía casi en horizontal.

A tres kilómetros de distancia y completamente fuera de la vista tras el largo y estrecho talud apoyado contra la montaña como una chata fortaleza, el establo seguía ardiendo y una negra nube de humo ceniciento se alzaba por encima de los bosques derivando hacia el sur, mientras las sirenas aullaban y los dos camiones contra incendios y una docena de bomberos voluntarios en sus coches particulares avanzaban a toda velocidad desde el pueblo por la carretera de Parker Mountain, sin ser vistos ni oídos desde la otra ladera. Desde donde estaba, de cara al norte, Wade veía —por la depresión entre Saddleback y la montaña— todo el valle hasta el pueblo, del cual distinguía fácilmente, si no su conjunto, sí el campanario de la iglesia congregacionista, el tejado del ayuntamiento y la brecha entre los árboles, una oscura línea sinuosa, por donde corría el río.

Examinó el rifle, lo limpió de nieve, apuntó el cañón hacia el barranco, lo alzó y durante unos momentos tuvo el pueblo en el punto de mira. Luego sonrió: una sonrisa

casi beatífica, dorada, cálida y llena de comprensión, como si un rayo de sabiduría celestial le hubiese atravesado el cerebro. Bajó el arma, se puso la culata bajo el brazo y continuó por la pista hasta un pinar, donde se puso al abrigo del viento, apoyó el rifle en un árbol, se abrochó la chaqueta, se subió el cuello y se metió las manos en los bolsillos, como si sintiera frío por primera vez.

A su izquierda se abría un precipicio con montones de maleza, raíces enmarañadas y viejos árboles secos lanzados por el alud; enfrente, la pista cubierta de vegetación descendía suavemente hasta un bosquecillo de abedules a lo lejos; allí se revolvía por tercera vez volviendo hacia él, pero muy abajo, más allá del acantilado, del barranco y la maleza, aunque en un sitio perfectamente despejado, de forma que alguien que subiera trabajosamente la ladera entre la nieve, el viento frío y la imprecisa luz de la tarde, sobre todo si llevaba ropa de caza roja o anaranjada, sería visible mucho antes de que él pudiera ver a otro que lo esperase entre los pinos.

Wade sacó los cigarrillos del bolsillo de la camisa, miró un momento el paquete y, como cambiando de idea, volvió a guardárselo. Comprobó el seguro del rifle, quitó con la mano algunos flecos de nieve del cañón y lo sopesó con aire apreciativo, luego se volvió un poco y apoyó el hombro izquierdo en un pino. Cuando Jack apareció abajo en su campo de visión —un destello de tela rojiza que se movía entre unos abedules blancos con el tronco del tamaño de un muslo—, Wade alzó el rifle y apuntó directamente a la revuelta de la pista, por donde Jack tendría que torcer y ponerse frente a él.

Jack había cobrado su ciervo, un enorme macho, y lo sacaba a rastras de los bosques. Había atado el voluminoso y destrozado cuerpo del animal a una plataforma hecha con un par de arbolillos trenzados que se extendían en ángulo agudo a partir de sus hombros. Lo arrastraba despacio colina arriba, inclinado hacia adelante bajo el ventarrón de nieve y sudando por el esfuerzo. Llevaba el rifle —el Winchester de Evan Twombly— colgado sobre el pecho, donde el arma le golpeaba rítmicamente mientras ascendía trabajosamente por la pista maderera con la vista fija en el accidentado y resbaladizo terreno, como perdido en sus pensamientos. A su espalda, la rastra avanzaba a tropezones, con el cadáver del ciervo dando tumbos de un lado a otro; la cabeza, por el peso de las largas astas, chocaba contra el suelo, abierta de par en par la sangrienta boca, la lengua negra colgando, opacos como ónices los ojos desorbitados, y por la nieve hollada iba dejando un tenue e irregular reguero de sangre.

Al llegar a la revuelta de la pista, Jack alzó la mirada para ver cuánto camino le quedaba aún, y entonces vio al hombre del rifle y comprendió que le apuntaba al centro del pecho; estaba un poco más arriba, a unos diez metros de distancia. Le reconoció en seguida.

## Epílogo

TODO LO QUE HE NARRADO se apoya en datos comprobables. Las huellas de Wade en la nieve que llevaban de la carretera al bosque y acababan a unos diez metros de donde fue hallado el cadáver de Jack, para volver directamente a la carretera. La camioneta de padre allí parada y la desaparición de la de Jack, que tres días después fue hallada en el aparcamiento de una galería comercial de Toronto; y por supuesto, la absoluta desaparición del propio Wade. Su misma ausencia es una prueba.

¿Se dirigió a Alaska, donde había ido su amigo Bob Grant, el fontanero, se quedó en Toronto sin dinero para gasolina y comida, abandonando la camioneta y sumiéndose entre la población emigrante de la ciudad? No lo sabemos; hacemos cábalas en soledad; cuando estamos juntos no comentamos su desaparición.

Quizá queramos creer que ha muerto, que murió aquel mismo noviembre congelado de frío con su ligera chaqueta de sport y envuelto en periódicos en un banco del parque Harbour Front: un desconocido que nadie reclamó. Pero también pudo ir en dirección oeste, tomando un tren o un camión: en Toronto es donde empieza el oeste canadiense, y allí es muy fácil convertirse en un vagabundo sin nombre. Quizá esta misma noche, años después, está agazapado a las afueras de Winnipeg bajo un paso elevado de la autopista Trans-Canadá.

Claro que también ha podido convertirse en una persona completamente diferente, en un alfarero de nombre supuesto en un pueblo de Vancouver. O, lo que es más probable, en un momento determinado se desvió hacia el sur y cruzó a Minnesota o Dakota del Norte por algún paso fronterizo rural, encontrando trabajo en la gasolinera de alguna parada de camiones abierta toda la noche y es uno de esos hombres de pelo largo y algo canoso, que se ocultan el rostro tras una barba crecida y apartan la vista siempre que se les lanza una mirada inquisitiva.

Pero todo eso son conjeturas. Sabemos que mató de un tiro a Jack Hewitt, igual que sabemos que Jack Hewitt no mató a Evan Twombly. Y también sabemos que mató a su padre, a *nuestro* padre. A *mi* padre. Aquella tarde de nieve, una vez apagado el incendio del establo, encontraron un carbonizado amasijo del tamaño de un niño entre los renegridos escombros, y un especialista forense de Hanover lo identificó fácilmente como los restos de un varón caucásico, de sesenta y cinco a setenta años, un metro setenta y tres, de sesenta y uno a sesenta y seis kilos. ¿Quién sino mi padre?

Al principio se supuso que la muerte del viejo fue accidental: era un borracho y probablemente él mismo empezó el fuego, fumando, quizá, mientras manipulaba torpemente la lámpara de petróleo. Pero luego llegó la prueba científica de que la muerte de mi padre no fue causada por el fuego sino por un golpe en la cabeza que le aplastó el cráneo y que debió de asestarle la última persona que estuvo con el viejo, a quien vio Margie Fogg, la prometida de Wade (porque aún lo era) y su hija, que

también era nieta de la víctima, menos de una hora antes de que estallase el incendio. Y de nuevo se presentaba el hecho acusador de que la última persona vista en compañía del anciano había huido. Las pruebas, todas ellas, eran irrefutables. Las que no aportaba la ciencia eran lógicas; y lo que no resultaba lógico era científico.

Igual que todo el mundo considera hoy indudable la prueba de que Jack Hewitt no mató a Evan Twombly, ni siquiera por accidente. Y yo también. No había motivo, y Jack no dejó ninguna cuenta bancaria secreta ni un fajo de billetes de cien dólares: los vínculos entre Jack y Twombly, LaRiviere y Mel Gordon sólo existieron en la desenfadada imaginación de Wade; y brevemente también en la mía, lo reconozco.

Efectivamente, LaRiviere y Mel Gordon habían creado una sociedad destinada a comprar todos los terrenos de montaña que podían, pero no había nada ilegal en ello, aunque probablemente no era decoroso que Mel Gordon financiase la operación con dinero del sindicato siendo el director y principal accionista de la compañía que recibía los fondos. Era una inversión legal, sin embargo, que producía un alto rendimiento a los miembros del sindicato, a Mel Gordon y Gordon LaRiviere y también a todos los vecinos del pueblo. La Sociedad Urbanizadora del Norte ha cambiado enormemente la región: la estación de esquí de Parker Mountain se anuncia en todo el nordeste, a toda página en la sección de viajes del suplemento dominical del *New York Times*, del *Boston Globe*, del *Washington Post*, etcétera. Quince remontes, veintisiete kilómetros de pistas para principiantes y avanzados, varios hoteles de lujo, más de cien casas tipo chalet construidas a lo largo de la vieja carretera de Parker Mountain en una urbanización llamada Saddleback Ridge, media docena de salones *après-ski*, restaurantes y bares, entre ellos el Toby's Inn, que ahora se llama el Skimeister's Hearthside Lodge. En la carretera de Parker Mountain, la casa de los Whitehouse sigue estando a nombre de Wade, junto con el de Lena y el mío, y yo continúo pagando la contribución para que no caiga en manos de LaRiviere. La casa está vacía y tiene el mismo aspecto que el establo antes del incendio. De cuando en cuando me acerco en el coche, me quedo sentado mirando y me pregunto por qué no abandono, por qué no dejo que LaRiviere la derribe y construya allí todas las urbanizaciones que quiera.

Porque a veces parece que en Lawford no hay nadie sino yo. Mi vida no ha cambiado tanto por la Sociedad Urbanizadora del Norte como por los horrendos crímenes de Wade. Hettie Rodgers trabaja ahora de azafata, según la llaman, vendiendo apartamentos en copropiedad de un enorme complejo que están construyendo en la ladera sur. Jimmy Dame, sin trabajo durante una temporada cuando LaRiviere cerró la empresa de perforación de pozos para dedicarse plenamente a la Sociedad Urbanizadora del Norte, atiende por la noche el bar del salón más importante de Lake Minuit, donde antes estaba el parque de remolques, y parece que está contento. Nick Wickham vendió el restaurante a Burger King, que quería un local en el centro del pueblo, y ahora habla de abrir un salón de juegos de vídeo en la galería comercial de la Urbanizadora en el nuevo cruce de la Route 29.

Frankie LaCoy empezó a vender cocaína y lo detuvieron en una redada en Nashua. Chub Merritt ha abierto un concesionario de motos de nieve y vehículos de recreo. Alma Pittman ha anunciado que, como no quiere trasladar su despacho al nuevo edificio municipal de ladrillo que están edificando en el lugar del antiguo, no volverá a presentar su candidatura a secretaria del ayuntamiento; lo cierto es que no tiene posibilidad alguna de vencer a la mujer que compite con ella, una joven y brillante contable pública, hasta hace poco agente de urbanismo en Dartmouth, casada con un profesor de geología y embarazada de su primer hijo. Ya no existe el pueblo como tal; Lawford es una floreciente zona económica entre Littleton y Catamount.

La vida de los que estaban más relacionados con Wade se ha visto alterada de diversas formas y creo que, a diferencia de los demás, aún siguen perplejos por los acontecimientos de aquellas semanas, quizá para siempre, y por eso, después de contarme sus respectivas historias, ahora desean guardar silencio sobre el tema. En los últimos meses no he hablado ni visto a mi hermana Lena, desde que con su marido y sus hijos se marchó de Massachusetts para ingresar en una comunidad religiosa de Virginia Occidental; cuando hablé con ella, se mostró reacia a mencionar a mi hermano o la muerte de nuestro padre. Ni siquiera comentó la muerte de nuestra madre. Era como si esas tres vidas estuviesen indisolublemente unidas y ella quedase excluida, como de una enfermedad a la que fuese inmune. La dejé en paz y recogí información para este relato en otras fuentes. Lillian, Jill y Bob Horner se trasladaron a Seattle, donde Bob ocupa un nuevo puesto en la compañía de seguros Allstate, Lillian estudia para agente inmobiliario y Jill, legalmente adoptada por su padrastro, está a punto de empezar el bachillerato. Margie Fogg se mudó a Littleton para estar más cerca de su madre y atender a su padre moribundo. Trabaja en el centro de salud femenino de allí, y la última vez que la vi parecía más interesada en hablar de sus planes para adoptar a un niño de América Central que de Wade, así que nuestra entrevista fue breve.

Y quedo yo. Desdoble con cuidado y vuelvo a leer los desgastados recortes del *Boston Globe* y empiezo de nuevo, sabiendo que en el periódico se lee muchas veces el mismo tipo de historia: un hombre de un pueblo pequeño se vuelve loco de repente y asesina a varias personas estrechamente relacionadas con él, matándolas sin previo aviso ni motivo alguno.

## DOBLE ASESINATO EN NEW HAMPSHIRE

Se busca a un vecino del pueblo para interrogarlo

*Lawford, N. H., 15 de nov.* En una serie de acontecimientos producidos durante el fin de semana, dos hombres fueron asesinados en este pacífico pueblo de 750 habitantes del norte del estado. El cadáver de Glenn Whitehouse, de sesenta y siete años, fue sacado entre las cenizas del establo de su casa, que el sábado ardió completamente en un incendio de origen sospechoso. Según las autoridades, Whitehouse fue asesinado

de un golpe en la cabeza.

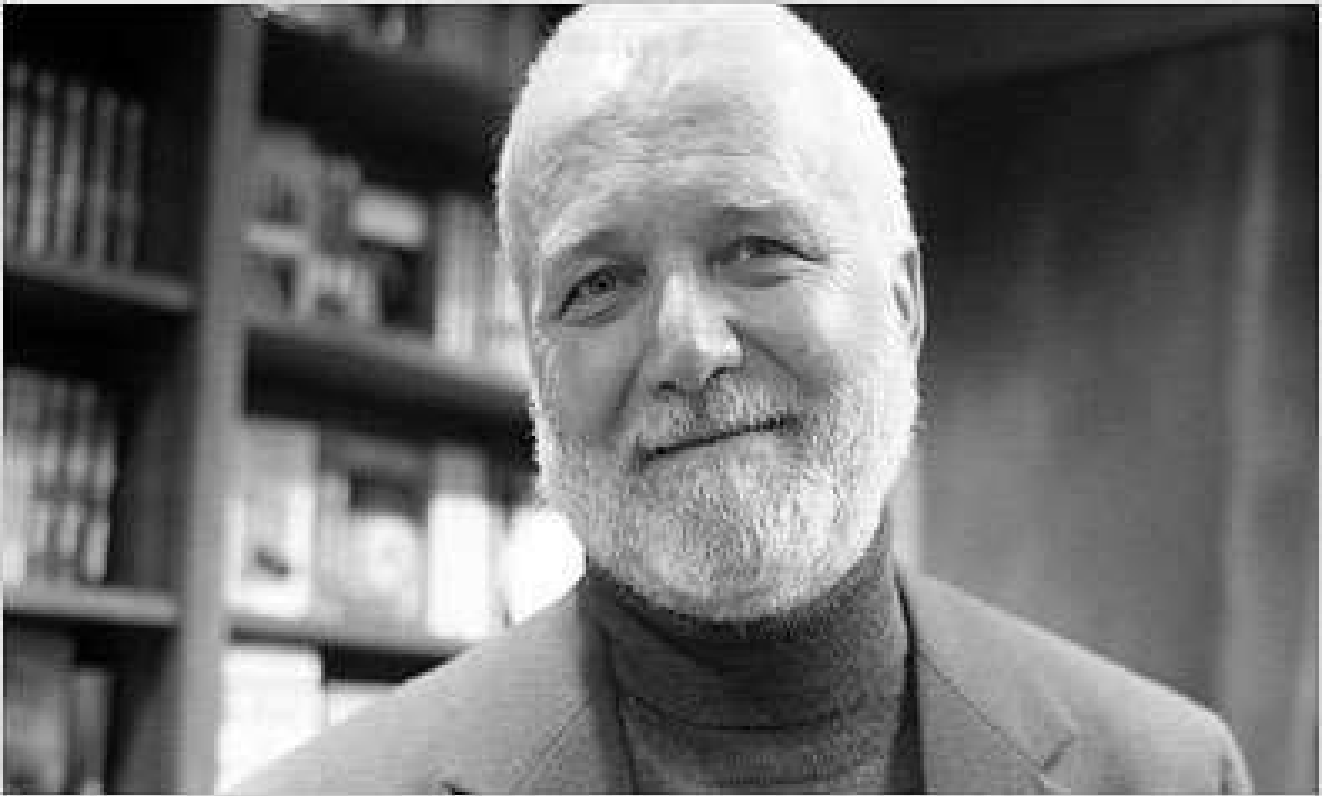
El cuerpo de la segunda víctima, el policía municipal John Hewitt, de 22 años, fue hallado por el capitán Asa Brown en los bosques de la cercana Parker Mountain, donde Hewitt practicaba la caza del ciervo. Según la policía, murió de un balazo disparado con un rifle de gran potencia. Hewitt fue el compañero de cacería de Evan Twombly, el dirigente sindical de Massachusetts de cuya muerte accidental informamos ampliamente hace dos semanas.

La policía busca a Wade Whitehouse, de cuarenta y un años, hijo de la primera víctima. Hewitt acababa de sustituir a Wade Whitehouse como agente de policía municipal. «Tenemos muchas pruebas. El sospechoso ni siquiera trató de ocultar sus huellas», declaró Brown.

Los habitantes del pueblo están conmocionados por los dos asesinatos, los primeros que se producen en el condado de Clinton desde hace más de diez años. Se cree que el sospechoso ha salido del estado en una camioneta Ford de color granate propiedad de Hewitt. Se ha dado una orden de busca y captura por todo el país y se cuenta con la colaboración de la policía canadiense.

Se lee el artículo y en seguida se pasa a las noticias de Oriente Próximo, de las inundaciones, del accidente de trenes al norte de Ciudad de México o de la gigantesca aprehensión de droga en Miami, y a menos que se sea de Lawford y se conozca de otra forma a las víctimas o al sospechoso de los asesinatos, uno se olvida de todo eso. Lo olvida porque no lo comprende: no entra en la cabeza que alguien, una persona *normal* como usted o yo, haga algo tan horrible. Aunque no debe de ser igual que usted y yo. Es mucho más fácil entender las intrigas diplomáticas en Jordania, las desgracias naturales del Tercer Mundo y la economía de la droga que un estallido aislado de rabia homicida en un pueblo pequeño de Estados Unidos.

Y a menos que en otro pequeño pueblo de Norteamérica la policía detenga por casualidad a un vagabundo que resulte ser Wade Whitehouse —o a lo mejor no es un vagabundo; quizá se haya convertido en uno de esos individuos sin rostro que trabajan detrás del mostrador en nuestra tienda de alquiler de vídeos, o es el hombre de cara gris que introduce redondeles de pasta congelada en el horno del Mister Pizza de la galería comercial y que vive en un apartamento al final del pueblo hasta que el cartero le reconoce por la fotografía colgada en la oficina de correos—, a menos que ocurra eso y finalmente Wade Whitehouse sea llevado ante la justicia, los periódicos no volverán a mencionar su nombre ni el de su amigo Jack Hewitt ni el de padre. En ninguna parte volverán a mencionarlos. Acabará la historia. Pero quedo yo.



RUSSELL BANKS (New Hampshire, Massachusetts, 28 de marzo de 1940). Es autor de novelas, relatos y poesía. Ha sido galardonado con las becas de investigación Guggenheim y la National Endowment for the Arts Creative Writing; los prestigiosos premios O. Henry, Pushcart, Fels, Best American Short Story Award, John Dos Passos y el de la Academia Americana de las Artes y las Letras. Ha sido finalista de los premios PEN/Faulkner (por *Aflicción* y *Rompenubes*) y del Pulitzer (por *Deriva Continental* y *Rompenubes*). También fue nombrado Autor del Estado de Nueva York (2004-2008). Banks se crió en un ambiente obrero y de clase baja, de donde provienen la mayoría de sus personajes, personajes de vidas sórdidas que se ven influidos por la propia juventud del autor, hijo de padres alcohólicos y violentos. Fue el primero de su familia en ir a la universidad, y se licenció en la Universidad de Chapel Hill de Carolina del Norte. Antes de dedicarse de pleno a la escritura, fue fontanero, vendedor de zapatos y escaparatista.

Sus novelas *Aflicción* y *El dulce porvenir* han sido adaptados al cine por los directores Paul Schrader y Atom Egoyan, respectivamente.

# Notas



[1] La *ganja* es una especie de marihuana fuerte que en principio se cultiva en las Indias Occidentales a partir de una variedad del cáñamo índico. Por extensión, «hierba», «mandanga». (*N. del T.*) <<